
NADIE
RECUERDA A
NORA
PILAR R. DE LA IGLESIA
THRILLER PSICOLÓGICO

NADIE RECUERDA A NORA

PILAR R. DE LA IGLESIA

THRILLER PSICOLÓGICO

© 2026 Pilar R. de la Iglesia
Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2026

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es mera coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o transmitirse por ningún medio sin autorización previa y por escrito de la titular de los derechos, salvo las excepciones previstas por la ley.

A Pilar Rodríguez de la Iglesia,
por todo lo que permanece incluso cuando ya no puede verse.

Todo el mundo recuerda a tu hija.
Hasta que alguien decide que nunca existió.

PARTE I
LA NIÑA QUE NADIE RECUERDA

1

La mujer de la recepción sonrió cuando le dije el nombre de mi hija.

No fue una sonrisa amable. Fue la sonrisa automática de quien cree haber oído mal y está dispuesto a concederte una segunda oportunidad antes de avergonzarte.

—Nora Rivas —repetí—. Grupo de once años. Cabaña Robles.

La mujer bajó la vista hacia la pantalla. Tenía las uñas pintadas de un azul casi blanco y una cicatriz fina en el dorso de la mano izquierda. Tecleó Nora. Después Rivas. Después juntó ambas palabras, como si mi hija pudiera haberse escondido en el ordenador por culpa de un espacio.

Detrás de mí, otros padres aguardaban con bolsas de deporte, botellas de agua y ese cansancio alegre de los viernes de recogida. Desde el patio llegaban gritos, carreras y el golpe hueco de un balón contra una pared. Olía a resina caliente, a polvo y a crema solar. Todo en La Encina parecía exactamente igual que diez días antes, cuando había dejado a Nora allí con una mochila demasiado grande y una promesa demasiado pequeña: no mirar el móvil cada cinco minutos.

La Encina ocupaba la ladera de un monte bajo, entre robles jóvenes y una franja de pinos que ocultaba la carretera. El edificio principal había sido un preventorio y conservaba una arquitectura pensada para vigilar: ventanas altas, corredores rectos, una torre con reloj y dos pabellones laterales unidos por galerías acristaladas. A esa hora, el sol se filtraba entre las nubes y hacía brillar las pulseras de colores de los niños que salían al patio. Todo transmitía una seguridad antigua, casi institucional, la clase de seguridad que se apoya en paredes gruesas, listas impresas y adultos que llevan acreditaciones al cuello.

Había llegado con tiempo. Durante el trayecto me había detenido en una gasolinera para comprar la bebida de mango que Nora pedía después de los viajes largos. También llevaba una sudadera limpia, sus auriculares y el libro que había olvidado en la mesilla. Esos objetos ocupaban el asiento del copiloto con la naturalidad de una presencia. Al aparcar, vi otros coches abiertos, maleteros llenos de sacos de dormir y padres que se buscaban entre grupos de niños. No había ninguna razón para sentir miedo. Por eso tardé en reconocerlo cuando apareció.

En una pared, un mapa del recinto mostraba las cabañas, el comedor, la enfermería y un pequeño lago al norte. Localicé Robles antes de volver al mostrador. Nora había dibujado aquella distribución en un mensaje y señalado su litera junto a la ventana. La cabaña existía. El grupo existía. Hasta el nombre de la senda que llevaba al lago era el mismo. Lo único que faltaba en aquella representación ordenada del mundo era mi hija.

—¿Me confirma el apellido? —preguntó la mujer.

—Rivas. Con uve.

Volvió a escribirlo.

—¿Y el segundo?

—No usa segundo apellido en la inscripción. Su padre es Daniel Orduña.

La sonrisa desapareció.

—Un momento.

Se levantó y cruzó una puerta de cristal esmerilado. La vi hablar con otra mujer, más alta, vestida con un polo verde del campamento. Ambas miraron hacia mí. La segunda negó despacio.

Algo se contrajo bajo mi esternón.

Saqué el teléfono. Ningún mensaje de Nora desde el miércoles por la noche. No era extraño: en La Encina confiscaban los móviles durante las actividades y permitían una hora de uso antes de dormir. Aun así, abrí nuestra conversación.

Mamá mira lo que ha hecho Alba con mi pelo.

La foto mostraba dos trenzas torcidas y la lengua de Nora asomando entre los dientes.

No me traigas galletas de avena. Son castigo.

Y el último mensaje:

Cuando vengas no aparques delante. Te tengo que contar una cosa.

Lo había leído como se leen las confidencias de una niña de once años: con curiosidad, no con miedo.

La puerta se abrió. La mujer del polo verde se acercó y me tendió la mano.

—Soy Inés Aranda, directora del campamento.

No acepté el saludo.

—¿Dónde está mi hija?

—Vamos a sentarnos un momento.

—No necesito sentarme. Necesito que la llamen.

Las conversaciones a mi espalda fueron apagándose. La recepcionista miró a Inés y luego a mí, como si yo fuera una pieza frágil que alguien había dejado en el borde de una mesa.

—Señora Rivas —dijo Inés—, hemos revisado la inscripción, las listas de grupos y las autorizaciones de recogida. No tenemos ninguna menor llamada Nora Rivas.

Me reí. No porque encontrara nada gracioso, sino porque el cuerpo a veces elige un sonido equivocado para defenderse.

—La dejé aquí el martes de la semana pasada.

—El turno empezó el lunes.

—La dejé el lunes. A las diez y cuarto. Había una cola hasta el aparcamiento. Usted estaba junto a la mesa de pulseras.

—Yo no estuve en recepción ese día.

—Claro que estuvo. Le prestó un rotulador a Nora para escribir su nombre en una etiqueta. Verde. Se manchó la mano.

Miré la cicatriz de la recepcionista. No. Había sido la directora. Recordaba el rotulador, el gesto, la mancha. Recordaba a Nora

diciéndome que no hiciera memoria fotográfica de todo porque era inquietante.

Inés sostuvo mi mirada sin parpadear.

—No conozco a su hija.

La sala se inclinó unos grados. Apoyé una mano en el mostrador.

—Enséñeme las cabañas.

—No puedo permitirle acceder a la zona de menores.

—Mi hija está en esa zona.

—Señora Rivas…

—Llame a Alba. Su amiga. Alba Montes. Están juntas en Robles.

La recepcionista buscó el nombre antes de que Inés pudiera impedírselo. Esta vez apareció algo. Lo vi en el cambio de su expresión.

—Alba Montes sí está inscrita —admitió Inés.

—Perfecto. Pregúntele por Nora.

—No interrogamos a menores por petición de personas ajenas.

Personas ajenas.

Aquellas dos palabras hicieron más daño que cualquier negativa anterior.

Saqué la cartera, abrí el compartimento transparente y coloqué sobre el mostrador mi documento de identidad. Debajo estaba la fotografía tamaño carnet de Nora que había sobrado de la renovación del pasaporte. Pelo castaño, ojos grises, un lunar diminuto bajo la oreja derecha.

—Esta es mi hija. Yo soy su madre. Y si no me dicen dónde está, llamo a la Guardia Civil.

Inés miró la fotografía durante apenas un segundo.

—Hágalo.

Había seguridad en su voz. No desafío. No miedo. Seguridad.

Fue entonces cuando comprendí que la situación no era un error informático.

La directora sabía exactamente quién era yo.

Y estaba esperando mi llamada.

2

El agente joven tomó notas. El mayor me observó.

Llegaron en doce minutos, un tiempo razonable para cualquier emergencia que no te estuviera ocurriendo a ti. Se llamaban Luján y Robledo. El primero no debía de pasar de los treinta; el segundo llevaba el uniforme con la comodidad de quien se había acostumbrado a que los demás bajaran la voz cuando entraba en una habitación.

Nos instalaron en un despacho con trofeos de orientación, una impresora antigua y fotografías de grupos de niños levantando diplomas. Inés dejó la puerta abierta. No sé si para protegerse de mí o para que todos pudieran oírme.

—Explíquelo desde el principio —dijo Robledo.

Lo hice.

Fecha de inscripción. Transferencia. Correo de confirmación. Ficha médica. Alergia al kiwi. Autorización para excursiones. Nombre de la monitora: Celia. Habitación: Robles, litera inferior junto a la ventana. Conté incluso que Nora había olvidado el saco de dormir y que regresamos a casa a buscarlo.

Luján anotó cada detalle. Robledo pidió a Inés el listado completo del turno.

—Ya se lo he facilitado —dijo ella.

Le entregó una carpeta azul. Robledo pasó las hojas despacio. Yo conocía esa clase de listas: nombre, fecha de nacimiento, teléfono, alergias, persona autorizada. Buscó con el dedo.

El despacho improvisado conservaba los rastros de una administración que funcionaba por acumulación. Había carpetas de temporadas anteriores, cajas de medicamentos caducados, autorizaciones de excursiones sujetas con pinzas y una pizarra

donde alguien había dibujado turnos con cuatro colores distintos. Luján fotografió la sala antes de mover nada. Robledo pidió que se preservaran los registros de acceso, las grabaciones y los dispositivos del centro. La precisión de esas órdenes no logró tranquilizarme; hizo que el error dejara de parecer pequeño.

La impresora expulsó tres versiones del listado. La primera procedía del programa de gestión. La segunda, de una hoja de cálculo enviada a cocina. La tercera era una copia en papel firmada por los monitores el día de llegada. Nora no aparecía en ninguna. Sin embargo, el total de dietas especiales incluía una alergia más de las que figuraban con nombre. En la columna de observaciones había una marca borrada con corrector líquido. Luján la examinó a contraluz y distinguió el comienzo de una palabra escrita a mano. La tinta había penetrado el papel lo suficiente para dejar un relieve, pero no para devolver el nombre completo.

Robledo separó los documentos, anotó quién los había entregado y pidió sobres individuales. Ninguna de aquellas precauciones era espectacular. Precisamente por eso resultaban convincentes. La investigación empezaba con cosas que podían tocarse: una cifra que no cuadraba, una mancha de corrector y tres listados que debían coincidir. La ausencia de Nora no era todavía una teoría, sino una suma de anomalías que alguien había producido una por una.

—No aparece ninguna Nora Rivas.

—Porque han borrado su nombre.

Inés no reaccionó.

—¿Puede enseñarnos la confirmación de inscripción? —preguntó Luján.

Abrí el correo en el teléfono. Escribí La Encina en el buscador.

Cero resultados.

Probé con campamento, Nora, Robles, reserva, julio. Aparecieron facturas de otros años, publicidad, un mensaje del colegio sobre una excursión. Nada de La Encina.

—Lo tenía —dije.

—¿La transferencia bancaria? —preguntó Robledo.

Entré en la aplicación del banco. La pantalla tardó más de lo normal en cargar, o quizá fui yo quien dejó de respirar. Revisé junio. Había recibos, supermercado, una cena con Daniel, la cuota de natación de Nora.

No había ningún pago de novecientos ochenta euros al campamento.

—Esto no puede ser.

—¿Pagó usted? —preguntó Robledo.

—Sí.

—¿Desde esta cuenta?

—Sí.

—¿Puede que lo hiciera el padre?

La pregunta me pareció absurda. Daniel llevaba dos años separado de mí y seis meses fingiendo que nuestra relación se había vuelto civilizada. La organización de Nora seguía un sistema práctico: colegio y médicos conmigo; deportes y vacaciones con él. Pero La Encina había sido idea mía.

—Voy a llamarlo.

Daniel contestó al cuarto tono.

—Clara.

Pronunció mi nombre con cautela. No con prisa. No como un padre cuyo teléfono muestra siete llamadas perdidas de la madre de su hija.

—Estoy en el campamento. Dicen que Nora no está aquí.

Hubo un silencio breve. Al otro lado oí un motor, después el clic de una puerta al cerrarse.

—¿Dónde estás exactamente?

—En La Encina. ¿Dónde va a ser? He venido a recogerla.

—Clara, escucha.

—No, escúchame tú. No aparece en las listas. Han borrado los correos y el pago. Necesito que vengas.

Otro silencio.

Robledo y Luján me observaban. Inés permanecía junto a la ventana, con los brazos cruzados.

—Dime que está contigo —pedí.

Daniel respiró hondo.

—No tenemos una hija.

La frase atravesó el despacho sin sonido. Tardé varios segundos en entender que nadie más podía oírla.

—¿Qué has dicho?

—Clara, no tenemos hijos.

—No hagas esto.

—Necesito que te vayas de ahí y vuelvas a casa.

—Nora está desaparecida.

—Nora no existe.

Me levanté tan deprisa que la silla chocó contra la pared.

—Dímelo mirándome a la cara.

—No puedo ir ahora.

—¿Por qué?

—Porque no sería seguro.

Robledo alzó la cabeza al oírme repetir la última palabra.

—¿Seguro para quién?

Daniel bajó la voz.

—En el cajón inferior de tu escritorio hay un sobre. No lo abras allí. No hables con nadie del campamento. Vuelve a casa y cierra las persianas.

—¿Dónde está Nora?

—Lo siento.

—Daniel.

—Lo siento mucho.

La llamada terminó.

Me quedé mirando la pantalla. La fotografía de contacto de Daniel era de hacía tres veranos: él y Nora en una barca, los dos con

chalecos naranjas, riéndose porque una ola acababa de empaparlos. Toqué la imagen para ampliarla.

Durante un instante apareció exactamente como la recordaba.

Después la pantalla parpadeó.

La fotografía cambió.

Daniel seguía en la barca. El asiento a su lado estaba vacío.

INTERLUDIO I

ROBLEDO: UNA DESAPARICIÓN SIN DESAPARECIDA

El sargento Robledo había visto padres equivocados de campamento, custodias incumplidas y denuncias utilizadas como armas. También había visto a personas sinceras describir hechos que no habían ocurrido.

Clara Rivas podía pertenecer a cualquiera de esas categorías hasta que Daniel Orduña dijo por teléfono que no tenían hijos.

La frase no sonó espontánea. Robledo no podía oír la voz de Daniel, pero observó a Clara repetir las palabras con una precisión extraña. Después vio cambiar la fotografía de contacto.

Solicitó desde su terminal una consulta básica. Clara constaba casada y divorciada. No figuraban descendientes. El domicilio tenía dos residentes, ambos adultos, hasta seis meses atrás. El historial tributario no incluía deducciones por menor.

Demasiado limpio.

Las personas sin hijos dejan rastros de no tenerlos. Las vidas borradas dejan bordes.

El sargento pidió registros antiguos. Una copia anual del padrón mostraba durante segundos una tercera línea antes de devolver error. Capturó la pantalla. El identificador de la persona estaba vacío, pero la fecha de nacimiento empezaba por 03/09.

Llamó al centro de coordinación.

—Necesito abrir una desaparición de menor con identidad pendiente.

—Sin nombre válido no se puede generar ficha.

—Use Nora Rivas provisional.

—No hay ningún resultado.

—Precisamente.

La supervisora le indicó que esperara verificación. Dos minutos después recibió una llamada de un superior al que no había informado.

—Cierra la incidencia —ordenó—. Hay antecedentes psiquiátricos de la denunciante.

—No he consultado antecedentes médicos.

—La familia ha pedido discreción.

—¿Qué familia?

La llamada terminó.

Robledo miró a Luján. El agente joven parecía concentrado en sus notas, pero había escrito una frase en el margen:

NO USAR CANALES INTERNOS.

Robledo no pertenecía a Umbral. Tampoco sabía qué era. Entendió algo más simple: alguien con acceso superior estaba cerrando una denuncia antes de que existiera.

Guardó la captura en una memoria personal, fuera del sistema. Después permitió que Clara se marchara porque Luján le indicó con un gesto que la seguirían personas de confianza.

Horas más tarde, su cuenta profesional fue bloqueada por “actividad irregular”.

Robledo entregó la memoria a Teresa Vidal semanas después.

—¿Por qué la conservó? —preguntó la fiscal.

—Porque una niña que no existe no puede denunciar que la han borrado.

3

Robledo me pidió el teléfono.

Se lo entregué porque todavía esperaba que otra persona viera lo que yo acababa de ver y devolviera el mundo a su posición correcta.

—¿Qué fotografía había antes? —preguntó.

—Mi hija estaba sentada junto a él.

—Ahora no.

—Ya sé lo que hay ahora.

Luján se inclinó sobre la pantalla. Ampliaron la imagen, revisaron la fecha, la ubicación y los datos del archivo. El agente joven frunció el ceño.

—La foto se creó el doce de agosto de hace tres años —dijo—. No figura modificada.

—Porque alguien la ha sustituido.

—¿En su móvil?

—En la nube. En todas partes, no lo sé. Trabajo con sistemas documentales, sé que se pueden alterar metadatos.

Decirlo en voz alta empeoró las cosas. Hasta entonces yo era una madre aterrorizada. En aquel momento me convertí en una profesional capaz de construir una explicación técnica para una imagen que nadie más recordaba.

Robledo preguntó si tomaba alguna medicación.

—No.

—¿Ha sufrido episodios de ansiedad, pérdidas de memoria, desorientación?

—Mi hija ha desaparecido y mi exmarido acaba de decirme que nunca existió. Estoy ansiosa. Eso no convierte la frase en verdad.

—No he dicho eso.

—Lo está pensando.

Inés intervino por primera vez desde la llamada.

—Quizá convendría localizar a algún familiar.

—No necesito que me localicen un familiar. Necesito que me enseñen la cabaña de Nora.

Robledo cerró la carpeta.

—Vamos a comprobarlo.

Inés abrió la boca, pero el agente levantó una mano. La directora cedió con una rigidez que no era obediencia, sino cálculo.

Cruzamos el patio. Los padres habían vuelto a hablar, aunque bajaban la voz al verme. Algunos niños corrían hacia los coches con diplomas enrollados. Busqué a Nora en cada cara. Encontré su estatura, su forma de caminar, el color de su pelo, pero nunca a ella.

La cabaña Robles estaba al final de una senda bordeada de pinos. Tenía ocho literas, dieciséis taquillas metálicas y un cartel con normas escrito a rotulador. Reconocí la ventana. Reconocí el banco exterior donde Nora se había sentado para atarse una bota.

La construcción era de madera clara y estaba elevada sobre bloques de hormigón para protegerla de la humedad. Ocho literas ocupaban las paredes y dejaban un pasillo central demasiado estrecho para que dos niñas pasaran a la vez. Había calcetines bajo las camas, pulseras de hilo atadas a los cabeceros y nombres escritos con rotulador sobre tiras de cinta. Todo parecía usado. Todo parecía recordar a alguien.

Reconocí señales que ninguna lista podía explicarme. En una esquina del colchón había una mancha amarilla de la crema para la alergia. El travesaño inferior conservaba dos golpes paralelos, producidos por la costumbre de Nora de balancear los talones mientras leía. Entre la pared y la cama asomaba una goma de pelo del mismo verde que había comprado en un paquete de seis. Ninguna pieza demostraba por sí sola que hubiera dormido allí. Juntas formaban una presencia.

En la litera inferior había una niña rubia doblando una sudadera.

—Alba —dije.

Ella se volvió.

Era la niña de las trenzas de la fotografía. Más pequeña de lo que imaginaba, con pecas sobre la nariz y una pulsera de cuentas verdes.

—¿Conoces a Nora? —pregunté.

Inés dio un paso hacia mí.

—Señora Rivas…

Robledo la detuvo con el brazo.

Alba me miró. Durante un segundo, uno solo, reconocí el miedo en sus ojos.

Después negó.

—No.

—Dormía aquí. En esta cama.

—Esa es mi cama.

—Tú estabas arriba.

—No.

Me acerqué. La niña retrocedió hasta que sus rodillas chocaron con el somier.

—Me enviaste una foto con Nora. Le hiciste dos trenzas.

—No sé quién es.

—Alba, no tienes que mentir.

La pulsera de su muñeca se deslizó hacia el codo. Entre las cuentas verdes había una blanca con una letra N.

La vi. Ella vio que la había visto.

Se cubrió la muñeca.

—¿Quién te ha dado esa pulsera?

—Mi madre.

—Déjeme verla —dijo Luján con suavidad.

La niña empezó a llorar.

Su madre apareció en la puerta casi de inmediato, como si hubiera estado esperando detrás de la cabaña. Se abalanzó sobre Alba, la rodeó con los brazos y me lanzó una mirada llena de odio.

—¿Qué le está haciendo?

—Solo le he preguntado por mi hija.

—No vuelva a acercarse a ella.

—Tiene una pulsera de Nora.

—La hizo en una actividad.

—La letra N.

—De naturaleza —dijo la mujer demasiado rápido.

Alba enterró la cara en su camiseta.

Robledo pidió calma, nombres y documentos. La madre se llamaba Susana Montes. Afirmó que no me conocía. Afirmó que su hija había compartido cabaña con otras siete niñas y que ninguna se llamaba Nora. Afirmó que yo había aparecido de repente y la estaba aterrorizando.

Mientras hablaba, Alba levantó la cabeza apenas unos centímetros.

Sus labios formaron una palabra sin voz.

Debajo.

No supe si la había entendido bien hasta que señaló con los ojos la litera.

Me agaché antes de que nadie pudiera impedírmelo. Pasé la mano por la parte inferior del somier. Encontré polvo, una goma de pelo, una astilla.

Y cinta adhesiva.

Arranqué un pequeño rectángulo de papel pegado a la madera.

En él había tres palabras escritas con la letra de Nora:

MAMÁ, NO CONFÍES.

4

Robledo guardó el papel en una bolsa transparente.

No me dejó tocarlo de nuevo.

Durante veinte minutos, el mensaje cambió la naturaleza de lo ocurrido. Ya no era solo mi recuerdo contra las listas, mi teléfono contra una fotografía vacía. Había una nota. Una caligrafía. Una advertencia.

Luján fotografió la litera, la cinta adhesiva y la parte inferior del somier. Inés exigió que constara que cualquiera podía haber entrado en la cabaña. Susana Montes se llevó a Alba sin permitirme otra palabra.

—Hay que activar una búsqueda —dije.

Robledo no respondió de inmediato.

—La búsqueda empieza ahora. La letra y la identidad se verificarán en paralelo.

La búsqueda se desplegó desde la cabaña hacia el perímetro. Dos agentes recorrieron la senda del lago; otros revisaron almacenes, cobertizos y vehículos. Los monitores reunieron a los niños por grupos y contaron tres veces. La Encina dejó de parecer un lugar de vacaciones: las risas se apagaron, las puertas se cerraron y los adultos empezaron a moverse con una rapidez que intentaba no parecer pánico.

Luján recogió la goma con pinzas, fotografió la mancha del colchón y tomó muestras de fibras, polvo y cabellos. Robledo comprobó las etiquetas de los equipajes y preguntó quién había limpiado la cabaña. La respuesta cambió dos veces: primero fue el personal de mantenimiento; después, una monitora que había abandonado el campamento aquella mañana. La ausencia empezaba a tener manos, horarios y trayectos.

En el camino de servicio, el barro conservaba huellas superpuestas de zapatillas, botas y ruedas de carretilla. Cerca de la valla había una marca profunda, como si alguien hubiera apoyado una maleta o una caja pesada, y una hebra amarilla atrapada en un espino. No bastaba para identificar el impermeable de Nora, pero justificó ampliar el rastreo más allá del recinto.

—Tengo cuadernos en casa.

—También debemos preservar la nota y averiguar quién la colocó.

—Nora.

—No podemos asumirlo.

—¿Qué más necesita? ¿Que deje un diente para comparar el ADN?

El agente mayor me sostuvo la mirada.

—Necesito documentar dos hechos distintos: que falta una menor y que alguien puede haber manipulado sus registros. Ninguno puede esperar al otro.

—Entonces actúe como si Nora estuviera en peligro.

—Un mensaje que ya tratamos como indicio. No como prueba definitiva.

La palabra nadie se quedó conmigo.

Regresamos al despacho. Luján tomó declaración a Inés por separado. Robledo me pidió nombres: colegio, pediatra, actividades, familiares, amigos. Se los di todos.

Colegio Santa Beatriz. Tutora: Eva Lozano. Pediatra: doctor Ferrer, centro de salud Arganzuela. Natación: club Mar Abierto. Ortodoncista: Paula Mena. Mi madre: Adela Rivas. Mi exsuegra: Carmen Orduña.

Robledo hizo llamadas.

Yo escuché cómo el mundo se vaciaba al otro lado de cada línea.

El colegio no tenía ninguna alumna llamada Nora Rivas ni Nora Orduña. El centro de salud no podía confirmar datos sin una solicitud formal, pero el número de tarjeta sanitaria que yo recité no

correspondía a ningún menor. El club de natación encontró mis pagos, no una inscripción infantil. La clínica dental estaba cerrada por vacaciones.

—Llame a mi madre —dije.

No quería hacerlo yo. No después de Daniel.

Robledo marcó con el altavoz activado.

Mi madre contestó con voz dormida.

—¿Sí?

—¿Doña Adela Rivas?

—Sí.

—Le llamo de la Guardia Civil. Está aquí su hija Clara.

—¿Le ha pasado algo?

—Se encuentra bien. Necesitamos hacerle una pregunta. ¿Tiene usted nietos?

Silencio.

Mi madre tardó tanto en responder que el despacho entero pareció contener el aire.

—No —dijo al fin.

Me levanté.

—Mamá.

—¿Clara?

—¿Dónde está Nora?

La respiración de mi madre se volvió irregular.

—Cariño, vuelve a casa.

—No digas eso. Dime quién es Nora.

—No lo hagas más difícil.

—¿Más difícil para quién?

—Para todos.

La llamada se cortó.

Robledo apagó el altavoz. Su expresión ya no era incrédula. Era peor: compasiva.

—Quiero irme —dije.

—Antes tenemos que…

—Me dijo que había un sobre en mi casa.

—¿Su exmarido?

Asentí.

—Podemos acompañarla.

—No.

—Señora Rivas, no me parece buena idea que conduzca.

—Me llamo Clara.

No sé por qué aquello importaba. Quizá porque, en menos de una hora, todas las palabras que me definían —madre, familia, hija— habían empezado a desprenderse de mí. Necesitaba conservar al menos el nombre.

Robledo me dejó marchar con la condición de que me presentara en el cuartel de Madrid antes de las ocho. Luján me entregó una tarjeta y escribió su número personal detrás.

—Llámeme si encuentra algo —dijo.

—¿Me cree?

Miró hacia el pasillo, donde Inés hablaba por teléfono de espaldas a nosotros.

—Creo que alguien ha dedicado mucho esfuerzo a que no podamos creerla.

Fue la primera frase razonable que escuché aquel día.

Al salir, busqué el coche entre las filas del aparcamiento. El calor había convertido el interior en una caja cerrada. Bajé todas las ventanillas y encendí el motor.

Antes de arrancar vi a Inés junto a la puerta principal.

Ya no hablaba por teléfono.

Me observaba.

Levantó la mano izquierda y se tocó dos veces la base del cuello.

Un gesto pequeño. Casi casual.

Yo lo conocía.

Lo había inventado diecisiete años antes para indicar que una identidad estaba comprometida.

INTERLUDIO II

EL CUADERNO DE NORA: DÍA OCHO

En La Encina nos han pedido que escribamos una cosa que nadie sepa de nosotros.

Alba ha puesto que una vez se comió un insecto porque pensaba que era una pasa. Celia dice que debe ser verdad, pero no sé cómo va a comprobarlo.

Yo podría escribir que sé cuándo mamá miente.

No siempre. Cuando miente a otras personas cambia la voz y habla más despacio, como si cada palabra fuera un vaso que no quiere romper. Cuando me miente a mí hace lo contrario. Contesta rápido. Añade detalles que no he pedido. Si le pregunto por cuando estaba embarazada, dice que hacía mucho calor, que odiaba el olor del pescado y que papá pintó mi habitación tres veces. Una historia con demasiadas cosas puede ser una pared.

Hace un mes encontré una fotografía en el álbum donde mamá tiene barriga. La amplié. El borde de su cuello no coincide con la luz del cuerpo. En otra, la mano tiene un anillo que mamá nunca ha llevado. Pensé que eran fotos arregladas porque se veía mal.

Después encontré el cuaderno azul.

La ciudad donde nadie podía mentir.

Mamá me lo contaba cuando era pequeña, pero en la primera página pone MARTA Y CLARA, 1989. La letra de Marta se parece a la de una carta escondida dentro de la tapa.

La carta no dice que sea mi madre. Dice "si Sara encuentra esto".

Yo no me llamo Sara.

Busqué el nombre en el ordenador de mamá. Había una carpeta que se borró cuando la abrí. Solo vi una foto de una casa con

ventanas azules y una mujer que se parece a mí.

Escribí a Iago porque su nombre aparecía en el cuaderno. Me dijo que hablara con Clara. Le pregunté si Clara era mi madre. Respondió: "Es la persona que te ha criado. Lo demás debe contártelo ella".

Esa respuesta significa que hay un lo demás.

Mañana viene Iago al pueblo de al lado. No sé si ir. Alba dice que me acompaña, pero no quiero meterla.

Mamá vendrá el viernes. Le diré que aparque lejos para que podamos hablar sin que nadie escuche.

No sé quién es nadie.

A veces pienso que mamá me protege de una persona. Otras veces pienso que me protege de saber algo sobre ella.

La cosa que nadie sabe de mí es esta:

Tengo miedo de preguntar y que la respuesta cambie a la persona a la que llevo once años llamando mamá.

5

Robledo esperó a que el coche de Clara abandonara el aparcamiento antes de volver al despacho.

No quería que interpretara lo que iba a hacer como una concesión. Tampoco quería que Inés Aranda supiera hasta qué punto había dejado de creer en la versión administrativa de los hechos.

El sargento conocía la diferencia entre una búsqueda que se activa y una búsqueda que solo existe en un formulario. Ordenó preservar los registros de telefonía del centro, identificar los vehículos que habían abandonado el recinto desde el amanecer y comunicar la desaparición a las patrullas de carreteras cercanas. Solicitó perros, aunque sabía que el olor de cientos de niños dificultaría el rastreo. También pidió que se localizara una prenda de Nora no manipulada por otras personas. La inexistencia documental complicaba cada gestión, pero no modificaba la urgencia física.

Robledo había visto denuncias deformadas por el miedo, disputas familiares presentadas como secuestros y desapariciones voluntarias que empezaban con una mentira doméstica. Aquello no se parecía a ninguna. Clara ofrecía detalles comprobables con una exactitud que no parecía ensayada: el tipo de medicación, la ubicación de una cicatriz, el libro que su hija llevaba, el miedo específico a los avisos de megafonía. Al mismo tiempo, los sistemas negaban cada dato con una coordinación imposible para un error casual.

La decisión de escribir que la inexistencia formaba parte del delito no fue retórica. Era una instrucción para quien recibiera el expediente después. Impedía que la ausencia de filiación se convirtiera en excusa administrativa y fijaba una hipótesis de trabajo: alguien no había hecho desaparecer solo a una menor; había preparado un entorno donde cada institución pudiera negarla sin saber que colaboraba.

—Luján, pide a la central que abra incidencia de desaparición de menor —dijo.

El agente joven levantó la cabeza.

—No tenemos filiación verificada.

—Tenemos una mujer que denuncia la desaparición de una niña, una nota oculta en la litera que ella identifica como suya y una responsable del centro que reconoce haber visto a la denunciante el día de entrada, aunque diga que vino sola. Es suficiente para empezar.

Inés cruzó los brazos.

—No pueden activar una búsqueda por una menor que no figura en ninguna parte.

Robledo cerró la carpeta azul.

—No existe un requisito de existencia administrativa para proteger a un menor. Si aparece una niña sin documentación, no esperamos a que el registro civil nos confirme que merece ser buscada.

—Está construyendo un caso sobre la palabra de una persona desorientada.

—Estoy preservando una escena y comprobando una denuncia. Son cosas distintas.

Pidió por radio una patrulla para asegurar los accesos, otra para revisar caminos forestales y una tercera para solicitar las grabaciones de las gasolineras cercanas. La alerta pública exigía más requisitos y una valoración de riesgo, pero la búsqueda operativa no necesitaba un cartel ni una fotografía en televisión. Podía empezar con la descripción que Clara había dado: once años, un metro cuarenta y siete, pelo castaño por debajo de los hombros, lunar o cicatriz detrás de la oreja derecha, alergia al kiwi, zapatillas blancas con una estrella azul dibujada en el talón.

Luján repitió los datos a la central.

Cuando llegó a la estrella, Inés apartó la mirada.

Robledo lo vio.

—Quiero hablar con Alba Montes —dijo.

—Su madre se ha marchado con ella.

—Entonces llámela y pídale que regrese. No voy a interrogar a la niña. Quiero una entrevista breve con su madre presente y, si es posible, con una profesional de protección de menores.

—La está asustando.

—Lo que asusta a una niña no es que un guardia le haga una pregunta. Es que ocho adultos le pidan que niegue a una amiga.

La directora perdió por primera vez la expresión serena.

—No sabe de qué está hablando.

—Todavía no.

Susana Montes tardó veintisiete minutos en regresar. Entró con la mandíbula apretada y una mano sobre el hombro de Alba. La niña llevaba la misma pulsera naranja que el resto del grupo y una sudadera anudada a la cintura a pesar del calor. No miró la litera de Nora cuando cruzaron la cabaña. Miró todo lo demás con un esfuerzo tan evidente que resultaba casi una señal.

Una psicóloga del servicio de emergencias infantiles participó por videollamada porque no había nadie disponible en la zona. Robledo se presentó, explicó que Alba no estaba acusada de nada y le dijo que podía pedir una pausa, agua o que terminara la conversación en cualquier momento. Susana quiso responder por ella.

—Mi hija ya ha dicho que no conoce a esa niña.

—Necesito escuchárselo a Alba —dijo Robledo.

La niña mantenía los pulgares escondidos dentro de las mangas.

—No conozco a Nora.

—De acuerdo. No voy a pedirte que la reconozcas. Solo quiero que me cuentes cómo se distribuyeron las camas en Robles.

Alba describió las literas desde la puerta: las gemelas junto al armario, Celia en la cama de emergencia, ella debajo de Lucía. Al llegar a la litera junto a la ventana, dijo que estaba vacía.

—¿Toda la semana?

—Sí.

—¿Quién dejó la mochila roja bajo esa cama?

Alba miró a su madre.

Susana apretó el hombro.

—No había ninguna mochila.

La psicóloga intervino desde la pantalla.

—Señora Montes, necesitamos que Alba conteste sin ayuda. Puede estar a su lado, pero no responder por ella.

—No la estoy ayudando.

—Sí —dijo Alba.

La madre retiró la mano.

El silencio cambió de forma. La niña respiró dos veces por la nariz.

—La mochila era de una chica que se fue antes.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo.

—¿Cuándo se fue?

—Esta mañana.

—¿Con quién?

—Con Inés.

Susana se puso de pie.

—Se acabó.

—Mamá, siéntate.

Alba no elevó la voz. Precisamente por eso todos la obedecieron.

La niña sacó las manos de las mangas. Tenía una mancha de tinta verde en el índice derecho.

—Nos dijeron que si alguien preguntaba, no existía —continuó—. Que era para protegerla. Celia dijo que era un juego de seguridad, pero después Inés recogió sus dibujos y borró su nombre de la pizarra. Nora me dio la nota antes de irse. Me dijo que la pegara cuando Clara llegara.

—¿Por qué no se lo dijiste a Clara? —preguntó Robledo.

Los ojos de Alba se llenaron de lágrimas.

—Porque Inés dijo que si Clara sabía demasiado, Nora tendría que cambiar de nombre otra vez.

La palabra otra vez cayó en la habitación.

Robledo no preguntó inmediatamente qué significaba. La entrevista con una menor no era una carrera para obtener confesiones; era un ejercicio de no contaminar lo poco que podía recordar sin ayuda. Pidió a Alba que describiera la mañana con sus propias palabras, sin completar silencios.

A las cinco, Inés había entrado en la cabaña. Nora estaba despierta. Hablaron en voz baja. Alicia esperaba fuera con una bolsa gris. Nora se vistió y escondió algo en una zapatilla. Antes de salir, abrazó a Alba y le susurró que no confiara en ningún adulto que dijera «es por tu bien» sin explicar el resto.

—¿Parecía que iba obligada? —preguntó Robledo.

Alba lo pensó.

—Parecía que estaba intentando no demostrar miedo.

—¿Dijo adónde iba?

—Dijo que quizá a Madrid. Después preguntó si mi madre tenía un teléfono que no estuviera conectado a internet.

Susana cerró los ojos. La niña la miró.

—Tú dijiste que no se lo diera.

—Porque la directora me aseguró que había una amenaza contra su familia.

—También dijo que Clara estaba enferma.

—Yo no sabía…

—Nunca sabéis. Pero hacéis cosas igual.

Robledo detuvo la entrevista. No porque hubiera terminado, sino porque Alba había alcanzado el punto en que cada nueva pregunta podía convertirse en otra obligación adulta. La psicóloga le explicó qué ocurriría después y le aseguró que no tendría que repetirlo a cada patrulla que llegara.

Fuera de la cabaña, Luján esperaba con el teléfono en la mano.

—Las cámaras de la gasolinera muestran un monovolumen gris entrando a las cinco y cuarenta y tres. Matrícula legible. Figura a nombre de una empresa de alquiler.

—Pide conservación inmediata de las imágenes y localización del vehículo. No una captura por mensajería. El original y la trazabilidad de quién lo entrega.

—Ya lo he hecho.

—¿La empresa?

—El contrato se abrió con un documento de una mujer fallecida hace siete años.

Robledo miró a Inés a través de la ventana. La directora hablaba con alguien desde un teléfono que no había enseñado durante la primera inspección.

—Separa ese dispositivo de la red —ordenó—. Y llama al juzgado de guardia. Quiero autorización para intervenirlo antes de que alguien decida que también ha dejado de existir.

Luján no se movió.

—Hay otra cosa. La matrícula del monovolumen ha pasado por un lector de tráfico a treinta kilómetros. El aviso apareció y desapareció del sistema en menos de un minuto.

—¿Quién puede borrar una alerta?

—Más gente de la que debería.

Robledo pensó en Clara pronunciando todos los lugares donde había vivido su hija. Colegio. Médico. Piscina. Cada dato cancelado por una respuesta correcta en apariencia. No era ausencia de información. Era información disciplinada.

Sacó su libreta y escribió en la primera página del atestado provisional:

Posible desaparición forzada de menor con alteración coordinada de registros y participación de personal con acceso institucional. Riesgo extremo. Actuación inmediata.

Después añadió a mano una frase que no pertenecía al lenguaje policial:

La inexistencia documental forma parte del delito denunciado. No puede utilizarse para negar el delito.

6

No recordaba a quién se lo había enseñado.

Conduje hasta Madrid repitiéndome que los gestos no pertenecen a nadie. Dos dedos en el cuello podían significar picor, cansancio, una cadena mal colocada. Sin embargo, mi cuerpo lo había reconocido antes que mi memoria.

La salida del campamento quedó atrás en el retrovisor como una puerta que se cerraba. Durante los primeros kilómetros, la carretera atravesó pinares y urbanizaciones dispersas. Después aparecieron áreas industriales, estaciones de servicio y rotondas donde el tráfico obligaba a reducir. El todoterreno mantenía una distancia constante. No se acercaba lo suficiente para amenazar ni se alejaba lo bastante para parecer coincidencia.

Intenté reconstruir los viajes recientes. Recordé una visita al colegio, una reunión de trabajo, una mañana en que había despertado con barro seco en el borde de los zapatos. Eran recuerdos sin contexto, pequeñas piezas que hasta entonces había explicado mediante cansancio. El gesto del conductor convertía esas lagunas en una estructura. La posibilidad más peligrosa no era que alguien me hubiera seguido desde La Encina, sino que supiera con antelación qué parte de mí iba a reconocer la señal.

A ambos lados de la autovía, las cámaras de tráfico, los pórticos de peaje y las matrículas de los coches construían un registro continuo. Había diseñado sistemas parecidos. Sabía cuánto podía saberse de una persona sin intervenir su teléfono: dónde entraba, cuánto tardaba, qué rutas repetía, qué estaciones de servicio prefería. Aquella conciencia técnica, que durante años había sido una herramienta profesional, se convirtió en una forma precisa de vulnerabilidad.

Identidad comprometida.

En los primeros años de mi carrera, cuando auditaba migraciones de datos para administraciones públicas, usábamos señales discretas en simulacros de seguridad. Un dedo en la muñeca significaba credencial duplicada. La palma sobre el pecho, documento alterado. Dos toques bajo la mandíbula: salir del sistema, no dejar rastro.

O quizá no había sido en el trabajo.

Cada vez que intentaba fijar el recuerdo, aparecía una habitación blanca sin ventanas y una voz de mujer diciendo: los nombres son puertas; si alguien tiene la llave, puede entrar en tu vida.

Después, nada.

Llamé a Daniel seis veces. No respondió. Llamé a mi madre. Teléfono apagado. Llamé al colegio, al club de natación, a tres madres de compañeras de Nora. Dos números no existían. En el tercero respondió un hombre que nunca había oído hablar de mí.

A la altura de Villalba, el teléfono emitió el sonido de un mensaje.

Número oculto.

NO VUELVAS A CASA.

Frené por instinto. Un camión hizo sonar el claxon detrás de mí. Recuperé el carril y conduje hasta una estación de servicio.

El mensaje desapareció antes de que pudiera hacer una captura.

Me quedé dentro del coche, las manos en el volante, observando a una familia que salía de la tienda con helados. La niña, de unos ocho años, corría alrededor de su padre. La madre le gritó que tuviera cuidado con los coches. Una escena ordinaria. Una violencia insoportable.

Abrí la galería del teléfono.

Busqué Nora.

Aparecieron trescientas doce fotografías.

Durante unos segundos sentí alivio. Allí estaba: disfrazada de astronauta a los seis años, sin un incisivo a los siete, abrazando un gato que nunca conseguimos adoptar. Toqué la primera imagen.

La pantalla se volvió negra.

Archivo no disponible.

Probé otra.

Archivo no disponible.

Otra.

La miniatura mostraba a Nora soplando las velas de su décimo cumpleaños. Al abrirla, solo vi una mesa, una tarta y diez llamas inclinadas hacia un rostro ausente.

Las miniaturas comenzaron a cambiar delante de mí. Una tras otra. Nora desaparecía y el espacio que había ocupado se reconstruía: una arruga nueva en una sábana, una silla vacía, mi brazo rodeando aire.

Activé el modo avión.

El proceso continuó.

No estaban borrando archivos remotos. El teléfono llevaba dentro la orden de sustituirlos.

Saqué la tarjeta SIM, apagué el dispositivo y lo envolví en la chaqueta como si pudiera contener la infección.

Tenía una copia física.

Desde que trabajaba en preservación documental desconfiaba de la nube, de las actualizaciones y de cualquier empresa que utilizara la palabra permanente. Cada enero imprimía una selección de fotografías familiares y guardaba los álbumes en el armario del pasillo. Había once, uno por cada año de Nora.

El mensaje decía que no volviera a casa.

Daniel decía que allí había un sobre.

Arranqué.

Durante los primeros quince minutos no vi nada extraño. Después apareció un todoterreno gris en el retrovisor. Mantuvo la distancia cuando adelanté. Redujo cuando reduje. Tomó la salida hacia Madrid detrás de mí.

Hice una prueba: abandoné la autovía en una vía de servicio, rodeé una rotonda dos veces y regresé.

El todoterreno hizo lo mismo.

No distinguía al conductor. El parabrisas reflejaba el cielo.

Aceleré. También él.

El indicador de gasolina estaba por debajo de un cuarto. Mi teléfono, apagado y sin tarjeta, no servía para pedir ayuda. A treinta kilómetros de casa comprendí que no tenía ningún plan, solo una dirección conocida y la esperanza infantil de que una puerta cerrada siguiera significando seguridad.

El todoterreno se acercó hasta ocupar todo el retrovisor.

Entonces encendió las luces.

Dos destellos largos. Uno corto.

Código de extracción.

Mis manos recordaron la respuesta aunque yo no supiera de dónde: intermitente derecho, tres pulsos; izquierdo, uno.

No lo hice.

El todoterreno volvió a emitir la señal.

Yo pisé el acelerador.

7

Perdí al todoterreno en el túnel de Moncloa.

O creí perderlo.

Tomé tres calles sin lógica, atravesé Chamberí y aparqué en un garaje público a seis manzanas de casa. Dejé el teléfono en la guantera, subí por la rampa peatonal y recorrí el resto del camino mirando escaparates para vigilar los reflejos.

Mi edificio estaba en silencio. La portera no ocupaba su silla y el ascensor se encontraba detenido en el séptimo piso. Subí por las escaleras.

El portal olía a yeso húmedo. Al subir, vi una mota de barro oscuro en el tercer peldaño, otra junto al rellano y una marca de goma en la puerta de casa. Podían proceder de cualquier vecino, pero formaban una línea demasiado limpia hacia mi planta. La cámara de la comunidad tenía el piloto apagado.

La puerta de casa no mostraba señales de fuerza.

Introduje la llave y esperé.

Nada.

Entré.

El salón conservaba la taza que había dejado por la mañana, una manta sobre el sofá y el libro abierto boca abajo que Nora odiaba que maltratara. Todo olía a cerrado y a mí. La luz de las persianas dibujaba franjas sobre el suelo.

La normalidad no resistió una segunda mirada. Un cojín estaba girado, la carpeta de facturas había cambiado de estante y el polvo del marco familiar se interrumpía en una franja estrecha. Quien había entrado no buscaba al azar. Había movido la casa lo suficiente para encontrar algo y después había reconstruido una versión casi exacta de nuestra vida.

—¿Nora?

Pronunciar su nombre en una casa vacía fue la primera estupidez del día que reconocí como tal.

Cerré con llave. Fui al escritorio. El cajón inferior estaba bloqueado. Nunca lo cerraba. Busqué la pequeña llave en el bote de clips y no la encontré.

Golpeé el frontal con la base de una lámpara hasta que la madera cedió.

Dentro había un sobre color crema con mi nombre escrito por Daniel.

CLARA. SOLO SI EMPIEZA.

No decía si empieza qué.

Abrí el sobre.

Contenía una llave de latón, una fotografía y una hoja doblada cuatro veces.

La fotografía mostraba a mi hermana Marta sosteniendo un bebé. Reconocí la terraza del piso de nuestra madre y el vestido amarillo que Marta llevaba el verano de su muerte. En el reverso, una fecha: 18 de agosto. Once años atrás.

Nora había nacido el 3 de septiembre.

El bebé de la fotografía tenía dos semanas como mucho.

Desdoblé la hoja.

Clara:

Si estás leyendo esto, han activado CERO. No llames desde tus dispositivos. No busques a Nora en registros oficiales. Todo lo que encuentres estará preparado para ti.

Recuerda estas tres cosas:

1. Nora es real.

2. Tú la salvaste.

3. No eres su madre.

Ve a la consigna 214 de Atocha. La llave abre el depósito interior. No confíes en Iago. No confíes en Julia. Si yo te digo que Nora no existe, significa que me están escuchando.

Perdóname por no habértelo contado antes.

Daniel.

Leí la tercera frase varias veces.

No eres su madre.

El significado estaba claro. Lo incomprensible era mi cuerpo: no sentí sorpresa, sino el reconocimiento sucio de una verdad que llevaba años empujando desde el otro lado de una puerta.

La fotografía de Marta tembló entre mis dedos.

Mi hermana había muerto la noche del 19 de agosto, en un incendio en su apartamento. La autopsia determinó que llevaba varias horas muerta cuando comenzó el fuego. Su marido, Andrés Galván, fue investigado y absuelto. El bebé que ella sostenía no aparecía en ninguna noticia, ninguna declaración, ningún recuerdo familiar.

Pero tenía el lunar de Nora bajo la oreja derecha.

Un ruido en el pasillo me hizo levantar la cabeza.

Pasos.

Se detuvieron frente a mi puerta.

No llamaron.

La manilla bajó despacio.

Me guardé la fotografía y la nota en el pantalón. Cogí la lámpara rota con ambas manos.

La cerradura emitió un clic.

Alguien tenía llave.

INTERLUDIO III

LA LLAMADA DE DANIEL

Daniel recibió la primera alerta a las 16:03.

PROTOCOLO CERO / NORA RIVAS / EXTRACCIÓN CONFIRMADA.

El mensaje llegó a un teléfono que mantenía apagado dentro de una caja metálica. Se encendía solo si un nodo de Umbral utilizaba una frecuencia de emergencia. Daniel estaba en el aparcamiento del hospital.

Llamó a Inés. No respondió. Llamó a Luján. La línea estaba ocupada. Después vio siete llamadas de Clara.

Sabía qué debía decir si ella mencionaba el campamento.

No tenemos una hija.

La frase había sido acordada once años atrás. Significaba que la conversación estaba intervenida y que Clara debía regresar al sobre. También significaba pronunciar la herida exacta que nunca habían querido nombrar.

Contestó.

Cuando Clara dijo "Nora está desaparecida", Daniel estuvo a punto de romper el código. Oyó voces al fondo, una puerta, quizá agentes. Activó un detector. La llamada salía del teléfono de Clara hacia la red del campamento y se duplicaba a un servidor desconocido.

—No tenemos una hija —dijo.

Clara se quedó callada.

Daniel repitió. Cada palabra le pareció una traición física.

Le indicó el sobre. Le pidió que cerrara persianas. No podía decirle que el todoterreno gris ya estaba preparado ni que Adela conocía una salida. Todo dato transmitido podía convertir una ruta de seguridad en una trampa.

Al colgar, abrió una aplicación oculta. El sistema mostraba la fotografía de contacto que Clara utilizaba: él y Nora en la barca. Una orden remota estaba sustituyendo imágenes en sus dispositivos sincronizados.

Daniel desconectó su cuenta, pero llegó tarde. La niña desapareció de la foto.

Conservaba una copia impresa en la cartera. La sacó. Nora seguía junto a él, empapada y riendo.

Durante años había pensado que los objetos físicos eran una excentricidad profesional de Clara. En aquel momento comprendió que ella había preparado defensas contra una amenaza que no recordaba conscientemente.

Arrancó el todoterreno.

Antes de salir, llamó a Julia.

—Has activado CERO.

—Nora lo solicitó —respondió.

—Protección, no cierre.

—Andrés sabe dónde está.

—¿Y Clara?

—Clara es parte del riesgo.

Daniel apretó la fotografía impresa.

—Si la borras también a ella, no volverás a controlar la raíz.

—Por eso necesito que la lleves hasta la consigna.

Comprendió que el sobre no era solo una salida. Era un anzuelo colocado por ambos años atrás.

—No trabajo para ti —dijo.

—Trabajas para la continuidad de Nora. Igual que siempre.

Daniel colgó sin responder.

La frase era eficaz porque se parecía a la verdad.

8

La puerta se abrió diez centímetros.

—Clara —susurró mi madre.

Solté el aire de golpe.

—¿Qué haces aquí?

—Déjame entrar.

Adela Rivas tenía setenta y cuatro años, una rodilla operada y la costumbre de vestirse como si cualquier salida pudiera terminar en una fotografía. Aquel día llevaba una camisa arrugada, zapatos distintos y el pelo sin peinar.

Mi madre no llevaba abrigo, aunque fuera llovía. Tenía el cabello pegado a las sienes, una raspadura en la barbilla y una bolsa de tela contra el pecho. La bolsa pertenecía a Nora; la había cosido Adela con retales de camisas antiguas y contenía todavía una mancha de témpera verde. Verla en manos de mi madre produjo una certeza inmediata: no había llegado para consolarme. Había venido a trasladar algo antes de que otra persona lo encontrara.

Entró de lado y cerró sin permitir que la puerta completara el recorrido. Comprobó la mirilla, la cadena y la holgura del marco. Sus movimientos no eran los de una anciana asustada, sino los de alguien que repetía un protocolo aprendido mucho tiempo atrás. En el bolsillo de la chaqueta llevaba un pequeño detector de radiofrecuencia y una linterna ultravioleta. Ambos objetos estaban gastados por el uso. Mi madre había conservado una vida operativa detrás de una apariencia doméstica que yo nunca había examinado con atención.

La bolsa contenía copias de fotografías impresas, una libreta de vacunación sin sellos oficiales, sobres de farmacia con fechas que cubrían los primeros dos años de Nora y tres llaves etiquetadas con

letras. Ningún objeto demostraba por sí solo una filiación. Juntos reconstruían cuidados continuos: dosis ajustadas al peso, revisiones de oído, una intolerancia transitoria, una caída en el parque. Adela había elegido pruebas que no dependían de servidores. El papel estaba doblado, las fotografías conservaban huellas y las llaves abrían lugares concretos. Llevaba años preparándose para un borrado digital.

La dejé pasar y cerré.

—¿Dónde está Nora?

—No lo sé.

—Me has dicho que no tienes nietos.

—Porque había un guardia civil escuchando.

—Precisamente por eso tenías que decir la verdad.

Mi madre me agarró las muñecas.

—No sabes quién escucha a quién.

Olía a sudor y a colonia de lavanda. Nunca había visto miedo en ella. Preocupación, sí. Dramatismo, con frecuencia. Pero miedo no. El miedo la había empequeñecido.

Saqué la fotografía.

—¿Quién es el bebé?

No necesitó mirarla.

—Nora.

—¿Marta era su madre?

Cerró los ojos.

—Sí.

La palabra no cambió nada visible en la habitación. La mesa continuó junto a la ventana. El reloj siguió avanzando. Sin embargo, mi vida se partió exactamente por la línea que separaba aquel sí de todo lo anterior.

—¿Y Andrés?

—Su padre.

—¿Por qué no lo recuerdo?

—Lo recuerdas.

—No.

—Decidiste no hablar de ello. Nos obligaste a todos a no hablar.

—Eso no borra once años.

—No los borraste. Los cubriste con otra historia.

Me aparté.

—¿Le robé la hija a mi hermana?

—Tu hermana estaba muerta.

—Nora sigue dentro.

—La sacaste de aquella casa antes del incendio. Daniel falsificó el informe médico-forense preliminar. Tú creaste los registros. Yo firmé lo que me pusiste delante. Dijiste que era la única forma de que Andrés no la encontrara.

—Fue absuelto.

—Porque era policía. Porque sus compañeros perdieron pruebas. Porque Julia consiguió que la investigación mirara hacia otro lado mientras vosotros desaparecíais a la niña.

Julia.

El nombre de la nota.

—¿Julia quién?

Mi madre me miró como si la pregunta confirmara algo que temía.

—Montalbán. La jueza.

Vi la habitación blanca. Una mujer de voz grave. Los nombres son puertas.

—¿Qué es CERO?

Adela se llevó una mano a la boca.

—Daniel te lo ha escrito.

—¿Qué es?

—El último protocolo.

—¿De qué?

—De Umbral.

La palabra abrió una grieta en mi memoria.

Un sótano. Archivadores grises. Fotografías sin nombres. Mujeres practicando firmas nuevas. Yo explicando cómo construir un pasado que resistiera una consulta superficial. Marta discutiendo con Julia. Daniel quemando una tarjeta sanitaria en un fregadero.

Me apoyé en la pared.

—Yo trabajé para ellas.

—Tú construiste el sistema.

—¿Para esconder a Nora?

—Al principio, no. Umbral existía antes. Ayudabais a mujeres a escapar de hombres que podían encontrarlas en cualquier registro. Nuevos domicilios, historiales trasladados, matrículas escolares, identidades puente. Cosas ilegales para evitar cosas peores.

—¿Y después?

—Después murió Marta.

Un golpe seco sonó en la cocina.

Mi madre y yo nos quedamos inmóviles.

La ventana estaba cerrada.

El golpe se repitió, más suave.

Alguien había entrado por la puerta de servicio.

Adela señaló el pasillo.

—La escalera de incendios.

—No llegas.

—Tú sí.

—No voy a dejarte.

—Clara, escucha. A mí no me buscan.

La puerta de la cocina se abrió.

Una sombra cruzó el suelo del pasillo.

Mi madre me empujó hacia el dormitorio.

—La niña está viva —dijo—. Pero no la estás buscando tú sola.

9

El hombre llevaba guantes negros y una mascarilla quirúrgica.

No vi su cara. Vi el destello metálico en su mano y a mi madre colocándose delante de mí.

—Sal por la ventana —ordenó.

El hombre avanzó.

Le lancé la lámpara. No pretendía acertarle; necesitaba que levantara el brazo. El metal golpeó la pared y la bombilla estalló. Adela agarró una silla. Yo corrí hacia el dormitorio.

El pasillo medía menos de ocho metros y estaba lleno de obstáculos domésticos: una consola estrecha, el paragüero, una silla que Nora utilizaba para calzarse. El intruso había previsto el espacio. Entró con el cuerpo de perfil, mantuvo la mano izquierda libre y evitó mirar directamente a la cámara del descansillo. La mascarilla no ocultaba solo el rostro; impedía que una grabación posterior captara el movimiento completo de la mandíbula y la forma de la boca.

La navaja era una herramienta de trabajo, no un arma ornamental. Tenía la hoja corta, el lomo dentado y restos de adhesivo cerca de la empuñadura. Más tarde, Luján deduciría que había sido utilizada para abrir precintos, retirar sensores y cortar cableado. El hombre no había acudido a matarnos de inmediato. Su objetivo principal era recuperar documentos y dispositivos, y llevaba la violencia preparada para cuando alguien se interpusiera.

Mi madre recibió el primer golpe en el antebrazo. La tela se abrió antes que la piel y la sangre tardó unos segundos en aparecer. Yo recordaría después la precisión absurda de ese intervalo: la manga rasgada, el blanco del forro, la línea roja creciendo hasta tocar la muñeca. El miedo no llegó como una emoción completa. Se

fragmentó en detalles que mi mente almacenó porque no podía abarcar la escena entera.

Cuando el hombre perdió el equilibrio, su bolsillo golpeó la pared y dejó caer dos tarjetas, una brida y una cápsula transparente. La cápsula contenía una etiqueta numerada, como las que se adhieren a bolsas de evidencias. El agresor no trabajaba al margen de los procedimientos. Había aprendido a imitarlos para decidir qué conservar, qué contaminar y qué hacer desaparecer.

La escalera de incendios estaba al otro lado de una ventana estrecha que nunca abríamos. Tiré del pestillo. Pintura antigua, óxido, años de inmovilidad. Detrás oí un grito y el golpe de un cuerpo contra un mueble.

—¡Mamá!

El pestillo cedió.

Me subí al alféizar. El patio interior caía cinco plantas hasta un suelo de baldosas y bicicletas. La escalera metálica vibró bajo mi peso.

Regresé la cabeza.

Adela estaba en el suelo. El hombre se inclinaba sobre ella.

Volví a entrar.

No fue valentía. Fue incapacidad para repetir una ausencia.

Cogí el primer objeto pesado que encontré: la figura de piedra que Nora había hecho en una excursión, una masa irregular con ojos pintados. La estampé contra la nuca del hombre.

Se volvió tambaleándose. Sus ojos eran claros. La mascarilla se había desplazado y vi una cicatriz vertical junto a la boca.

Me golpeó con el dorso de la mano.

Caí de rodillas. La habitación se llenó de luz blanca. Noté un sabor a hierro.

El hombre me agarró del pelo.

—¿Dónde está la copia? —preguntó.

—¿Qué copia?

Apretó más.

—Marta te la dio.

Mi madre se incorporó detrás de él y le clavó algo en el muslo. Un abrecartas. El hombre gritó y me soltó.

Corrimos.

No hacia la escalera de incendios, sino hacia la puerta principal. Adela cojeaba. Yo la sujeté por la cintura. Cerramos desde fuera y bajamos dos pisos antes de oír la puerta abrirse de una patada.

En el tercero, una vecina asomó la cabeza.

—Llame a la policía —dije.

No esperé a comprobar si obedecía.

Salimos por el portal y nos mezclamos con la gente de la calle. Mi madre tenía sangre en la manga, pero no era suya. Le temblaban las manos.

—¿Qué copia? —pregunté.

—No lo sé.

—Ha dicho que Marta me la dio.

—Marta te daba cosas todo el tiempo. Documentos, discos, nombres. Estaba investigando Umbral antes de morir.

—¿Investigando algo que yo había construido?

—Decía que se había corrompido.

El sonido de una sirena se acercó desde la avenida.

Mi madre miró alrededor.

—No podemos quedarnos.

—Acaban de atacarnos.

—Y cuando llegue la policía, ¿qué les dirás? ¿Que un hombre buscaba una copia entregada por una muerta cuya hija hiciste pasar por tuya?

—La verdad.

Adela me agarró del brazo.

—La verdad no es una puerta que se abre. Es una casa entera cayéndote encima.

La sirena dobló la esquina.

En el extremo opuesto de la calle vi un todoterreno gris.

El mismo de la autopista.

Esta vez distinguí al conductor.

Daniel.

Bajó la ventanilla y gritó:

—¡Subid!

Mi madre echó a correr hacia él.

Yo no me moví.

La nota decía que, si Daniel negaba a Nora, lo estaban escuchando. También decía que me había ocultado la verdad durante once años.

El hombre de la cicatriz apareció en el portal.

Daniel abrió la puerta trasera.

—Clara, ahora.

Subí.

Mientras el coche arrancaba, vi al hombre llevarse dos dedos a la base del cuello.

Identidad comprometida.

Daniel respondió con tres pulsos del intermitente derecho y uno del izquierdo.

INTERLUDIO IV

MARTA: LA PRIMERA PUERTA

Documento recuperado: cuaderno de Marta Rivas. Operación 001.

Persona protegida: Nuria M. Dos hijos menores. Riesgo inmediato: el agresor trabajaba en Instituciones Penitenciarias y había consultado domicilios, matrículas y una receta médica para localizarla pese a la orden de alejamiento.

Intervención inicial: apartamento prestado, asistencia médica no registrada, cambio temporal de domicilio de notificación y coordinación con una plaza de acogida. Duración prevista: setenta y dos horas.

Resultado: el agresor encontró la nueva dirección tres semanas después.

Clara concluyó que retrasar datos no bastaba porque cada sistema copiaba la información en otro. Propuso una identidad completa. Julia advirtió que fabricar una persona no corregía la incapacidad de protegerla. Yo pregunté a Nuria qué necesitaba antes de que volviéramos a decidir por ella.

«Dormir una noche sin zapatos. Mis hijos duermen vestidos por si tenemos que salir».

Construimos a Nuria Navas. No hubo una sola falsificación, sino decenas de favores, omisiones y accesos que parecían pequeños cuando se miraban por separado. La postal llegó un mes después: «Por primera vez, mis hijos duermen sin zapatos».

La guardamos como prueba de que la puerta funcionaba. Debimos guardarla también como advertencia.

Primera puerta abierta. Primera persona convertida en expediente. Vigilar que la casa no termine creyéndose dueña de

quienes entran.

10

Daniel llegó por la escalera de incendios, no por la puerta.

Yo todavía sostenía la lámpara rota. Mi madre estaba sentada contra la pared con el brazo ensangrentado y el hombre de la mascarilla trataba de incorporarse entre los restos de una silla. Daniel no preguntó qué había ocurrido. Se agachó junto al intruso, comprobó que respiraba y le golpeó la muñeca hasta que soltó la navaja.

Llevaba una mochila médica compacta y una chaqueta sin distintivos. Antes de atender a Adela, fotografió la posición del intruso, la navaja y las tarjetas caídas. Colocó guantes, marcó con cinta dos zonas que no debíamos pisar y cubrió el arma con una caja de plástico sin moverla. La secuencia le salió con una naturalidad que no pertenecía a una visita improvisada. Daniel había ensayado la llegada a una escena comprometida.

La herida de mi madre era superficial, pero el borde presentaba partículas negras. Daniel las retiró con una gasa estéril y guardó la gasa en un sobre. El material resultó ser después una mezcla de adhesivo industrial y polvo de grafito, compatible con los paneles de aislamiento utilizados en los accesos de Umbral. Aquella contaminación minúscula conectaba al intruso con lugares que todavía no conocíamos.

El hombre respiraba de forma regular. Bajo la mascarilla tenía una cicatriz reciente junto a la oreja y restos de pegamento médico en el cuello. Daniel no intentó identificarlo por el rostro. Revisó las manos, las suelas, el contenido de los bolsillos y el tipo de nudos de las bridas. Había aprendido que una identidad falsa puede cambiar una cara y un nombre, pero no elimina las herramientas elegidas ni los hábitos del cuerpo.

La escena doméstica quedó dividida en dos tiempos. En uno, la casa seguía siendo el lugar donde Nora había desayunado, perdido lápices y dejado huellas de dedos en los interruptores. En el otro, cada superficie podía contener información sobre quienes habían entrado para borrarla. Daniel se movía entre ambos sin confundirlos. Yo todavía no sabía si esa capacidad era protección o una forma más sofisticada de control.

—¿Hay otro? —preguntó.

—En la cocina —dijo mi madre.

—No había nadie en la cocina —respondí.

Adela me miró como se mira a una persona que acaba de demostrar el peligro de su propia memoria.

Daniel cruzó el pasillo sin hacer ruido. Escuchamos un golpe, una carrera y el cristal de la ventana del patio interior rompiéndose. Regresó solo.

—Se ha ido.

—¿Quiénes son?

—Ahora no.

—Llevas once años diciendo ahora no.

Se quitó el cinturón y lo usó para comprimir la herida de mi madre. Sus manos no temblaban. Había trabajado varios años en urgencias antes de incorporarse al Cuerpo de Médicos Forenses; durante nuestra convivencia, esa serenidad me había parecido una virtud. Aquel día parecía entrenamiento para una vida que yo no conocía.

—La herida es superficial —dijo—, pero necesita puntos.

—No voy a un hospital —respondió Adela.

—No te lo he preguntado.

—Y yo no soy una paciente a la que puedas dormir para evitar discutir.

La frase le hizo levantar la mirada. Entre ellos había una conversación antigua.

Me acerqué al hombre de la mascarilla. Tenía unos treinta y cinco años, el pelo rapado y una marca roja en la base del cuello. Ninguna cicatriz. Ningún uniforme. Revisé sus bolsillos antes de que Daniel pudiera impedírmelo: bridas de plástico, un teléfono sin tarjeta, una jeringa precintada y una fotografía mía entrando en el colegio de Nora.

En el reverso figuraban tres horarios. Entrada habitual. Recogida. Natación.

—Esto no es una extracción —dije—. Es vigilancia.

Daniel me quitó la fotografía.

—Clara, tenemos que salir.

—¿Qué contiene la jeringa?

—Probablemente un sedante.

—¿Para quién?

No respondió.

Me agaché junto al intruso. Había empezado a recuperar la conciencia. Le retiré la mascarilla. No lo reconocí, pero él sí me reconoció a mí. Sus pupilas buscaron a Daniel y después la puerta.

—¿Dónde está Nora?

Apretó los labios.

—Si no hablas, llamo a la policía.

Sonrió con sangre en los dientes.

—Llámala.

La misma seguridad de Inés. No era valentía. Era infraestructura.

Daniel guardó la jeringa y el teléfono en una bolsa de congelación que sacó de un cajón. No tocó directamente ninguno de los objetos. Después fotografió la habitación con un dispositivo pequeño que llevaba sujeto al cinturón.

—¿Qué estás haciendo?

—Dejando constancia antes de irnos.

—Eso lo hace la policía.

—La policía que llegue quizá sea la correcta. Quizá no.

—Luján es correcto.

—Luján está dentro de una unidad donde alguien ha borrado una alerta hace treinta minutos.

No sabía cómo podía conocerlo. No pregunté. Había demasiadas respuestas esperando detrás de cada pregunta y ya no confiaba en el orden en que pudieran salir.

Mi madre intentó levantarse. La ayudé. Se mareó y apoyó la frente en mi hombro.

—¿Cuánto sabes? —le susurré.

—Lo suficiente para haberte mentido mal durante once años.

—Has dicho que no tenías nietos.

—Había un guardia escuchando.

—Robledo.

—No sabía quién era.

—Podrías haber dicho cualquier otra cosa.

—No. La frase acordada era esa.

Me separé.

—¿Acordada con quién?

Adela miró a Daniel.

—Contigo.

Sentí que la habitación volvía a inclinarse. No de forma física. Era el mundo buscando una geometría en la que yo pudiera haber ordenado a mi madre negar a Nora y, al mismo tiempo, no recordarlo.

—No te creo.

—Yo tampoco me creí cuando me lo pediste —dijo—. Por eso lo grabé.

—¿Dónde está la grabación?

—No en un sitio al que podamos ir ahora.

Daniel se acercó a la ventana. El patio interior estaba vacío. Sacó otro teléfono, marcó un número y pronunció dos palabras:

—Ruta seis.

Colgó.

—¿Quién viene?

—Nadie. Es una orden para vaciar la ruta.

—No vuelvas a utilizar esa palabra conmigo.

Por primera vez perdió el control. Se volvió y levantó la voz.

—Pues deja de actuar como si nombrar cada cosa fuera a devolvértela. Hay una niña retenida, dos hombres han entrado en tu casa y la red que construiste está operando contra nosotros. No puedo explicarte diecisiete años en este pasillo.

—Puedes empezar por decirme por qué estabas preparado.

El enfado desapareció de su cara. Quedó algo más cansado.

—Porque cada noche desde que Nora nació he esperado este día.

Mi madre cerró los ojos.

Daniel se arrodilló junto al intruso y le sujetó las manos con una de sus propias bridas. Colocó el teléfono desechable sobre su pecho y pulsó una tecla. En la pantalla apareció una cuenta atrás de cinco minutos.

—¿Una bomba? —pregunté.

—Una baliza. Cuando se active, enviará la ubicación a una patrulla y a un periodista. Si sus jefes quieren recuperarlo, tendrán que decidir delante de testigos.

—¿Y si muere?

—No se está muriendo.

—No lo sabes.

Daniel me miró. La acusación había encontrado un lugar que ya existía dentro de él.

—Tienes razón.

Se inclinó, volvió a comprobarle el pulso y colocó al hombre de lado para mantener libre la vía respiratoria. Después escribió la hora en la bolsa que contenía la jeringa.

No era un héroe. Era alguien acostumbrado a que cualquier decisión pudiera convertirse en prueba.

Bajamos por la escalera de incendios. Adela iba entre los dos. En el patio, un coche negro esperaba con el motor encendido. No había conductor visible. Daniel abrió la puerta trasera y nos hizo entrar.

—¿Es tuyo?

—No.

—¿De quién?

—De una persona que ya no usa este nombre.

Arrancó desde el asiento delantero. Al salir del garaje, un hombre situado junto a la rampa se tocó dos veces la base del cuello. Daniel respondió con tres pulsos del intermitente derecho y uno del izquierdo.

El código que yo había reconocido en la carretera.

—¿Por qué le has contestado? —pregunté.

Daniel no apartó los ojos de la salida.

11

—¿Por qué le has contestado?

Daniel no apartó los ojos de la carretera.

—¿A quién?

—Al hombre que ha entrado en mi casa. Te ha hecho la señal y tú has respondido.

Mi madre se volvió desde el asiento delantero. Tenía un pañuelo apretado contra una herida en el antebrazo.

—¿Qué señal?

—Dos dedos en el cuello. Daniel ha usado el código de extracción.

Él giró a la derecha sin poner el intermitente y se metió por una calle de dirección restringida. Un taxi frenó y nos insultó.

Daniel condujo por calles secundarias y evitó las avenidas con lectores automáticos de matrículas. El coche que utilizaba no figuraba a su nombre y llevaba en el maletero placas duplicadas, mantas térmicas y un extintor. No eran objetos de una huida improvisada. Formaban parte de un equipo mantenido durante años. El polvo acumulado sobre las cajas demostraba que no se usaban con frecuencia; las revisiones de fecha, anotadas a mano, demostraban que alguien seguía comprobándolas.

Adela permanecía recostada con el brazo inmovilizado. En cada semáforo miraba hacia atrás, no para buscar al intruso, sino para comprobar la distancia con los vehículos que repetían nuestra ruta. Había aprendido a distinguir un seguimiento por la secuencia de pequeñas coincidencias: el mismo coche después de tres giros, una moto que no adelantaba, una furgoneta detenida demasiado tiempo junto a una salida.

La entrada al túnel de servicio estaba oculta detrás de una puerta de mantenimiento en un aparcamiento. Daniel utilizó una tarjeta sin logotipo, una llave mecánica y un código distinto para cada cierre. El sistema combinaba tecnología y elementos físicos porque Umbral desconfiaba tanto de las redes como de las personas. Cada paso requería algo que otro miembro podía revocar. Aquella arquitectura había sido diseñada para impedir que una sola traición abriera todos los refugios. También hacía casi imposible saber quién conservaba acceso real.

El gesto al conductor del todoterreno no había sido una conversación. Era una comprobación mutua de protocolo. Daniel respondió porque necesitaba saber si la otra persona reconocería una secuencia antigua. El resultado no reveló lealtad; reveló antigüedad. Quien nos seguía no había aprendido el código observándonos aquella tarde. Lo conocía desde antes de que Nora naciera.

—He respondido para que creyera que seguía el protocolo —dijo.

—¿Qué protocolo?

—El que tú diseñaste.

—Todo el mundo me dice que hice cosas que no recuerdo.

—Las recuerdas. Solo llevas once años sin permitirte mirarlas de frente.

—No juegues a ser psiquiatra. ¿Dónde está Nora?

Daniel apretó la mandíbula. Había envejecido desde la última vez que lo vi, tres días antes, cuando tomamos café para discutir si Nora podía cambiar las clases de piano por teatro. Aquella conversación existía. Recordaba la mesa pegajosa, el ruido de la cafetera y a Daniel diciendo que abandonar piano era una derrota frente a la perseverancia. Recordaba haberle contestado que una niña no era un proyecto de mejora continua.

—No lo sé —dijo.

—Eres su padre.

—No lo soy.

La frase me golpeó de otra manera que la de la llamada. Entonces había sido una mentira codificada. Ahora era una precisión.

—La has criado.

—Sí.

—Te llama papá.

—Sí.

—Entonces eres su padre.

Daniel me miró por el retrovisor. En sus ojos había rabia, pero no dirigida contra mí.

—Díselo a la gente que está borrando su vida.

El todoterreno atravesó dos barrios y descendió a un aparcamiento subterráneo. Daniel ocupó una plaza junto a una puerta metálica sin señalización. Apagó el motor.

—Tenemos cuatro minutos —dijo.

—¿Para qué?

—Antes de que localicen esta matrícula.

—¿Quiénes?

—CERO.

Mi madre soltó una risa amarga.

—No es una persona, Clara. Es un procedimiento.

Daniel salió, abrió el maletero y sacó tres mochilas. Una contenía ropa, dinero en efectivo y teléfonos antiguos. Otra, vendas, analgésicos y agua. La tercera llevaba una manta infantil doblada.

La reconocí. Estrellas azules sobre fondo gris. Nora dormía con ella cuando tenía fiebre.

—Llevas esto preparado —dije.

—Desde hace once años.

—¿Sabías que iba a ocurrir?

—Sabía que podía ocurrir.

—¿Y nunca pensaste en decírmelo?

—Lo intenté. Cada vez que hablábamos de Marta, te bloqueabas. Cada vez que Nora preguntaba por su nacimiento, cambiabas la

historia. Consultamos a una especialista. Dijo que forzarte podía destruirte.

—¿Qué especialista?

—Julia.

Mi madre cerró los ojos.

—Julia no es especialista en nada salvo en conseguir que la gente haga lo que ella quiere.

Daniel me entregó un teléfono de teclas.

—Solo tiene tres números: el mío, el de Adela y el de una línea que no debes usar salvo que estés a punto de morir.

—¿De quién?

—De Julia.

—La nota dice que no confíe en ella.

—La nota la escribí hace siete años. Entonces todavía no sabía si Julia era el problema o la única persona capaz de contenerlo.

—¿Y ahora?

—Ahora han activado el protocolo que solo ella podía autorizar.

Algo vibró dentro del coche. Mi madre buscó en sus bolsillos. Daniel maldijo.

El sonido procedía del forro de su bolso.

Lo rasgó con una navaja y extrajo una pieza negra del tamaño de una moneda.

Un localizador.

—Nos encontraron en casa —dijo Adela.

—No. —Daniel miró la luz roja que parpadeaba—. Os dejaron salir.

En el extremo del aparcamiento se encendieron dos faros.

Daniel lanzó el localizador debajo de una furgoneta y nos empujó hacia la puerta metálica.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Atocha.

—La consigna 214.

—Sí.

—¿Qué hay dentro?

Daniel abrió la puerta. Detrás había un túnel de servicio iluminado por fluorescentes.

—La primera mentira que te contaste.

12

El túnel desembocaba en un andén de metro.

Daniel debía de conocer los accesos de mantenimiento porque no dudó en ninguna bifurcación. Mi madre avanzaba apoyada en su brazo; yo caminaba detrás, con la llave de latón clavándose en la palma.

La galería de mantenimiento discurría paralela a las vías y conservaba cables etiquetados con años distintos. El aire movía polvo metálico y traía el olor caliente de los frenos. Daniel eligió las bifurcaciones por señales casi invisibles: una tuerca pintada, una marca de tiza bajo una tubería, el orden de tres placas oxidadas. Eran indicaciones que podían parecer daños casuales y sobrevivir a una actualización de la señalización oficial.

A esa profundidad, los teléfonos perdieron cobertura. La desconexión me produjo alivio durante unos segundos. Después comprendí que también nos aislaba de Robledo y de cualquier ayuda que no perteneciera a Umbral. La red clandestina había construido seguridad separando a sus protegidos de los sistemas que podían delatarlos. Ese mismo aislamiento permitía a quienes controlaban las rutas decidir qué versión de una emergencia llegaba al exterior.

El andén estaba abierto al público y lleno de personas que volvían a casa. Nos mezclamos entre maletas, mochilas y trabajadores cansados. Adela ocultó la venda bajo una chaqueta. Daniel compró tres billetes en efectivo y evitó las máquinas situadas frente a cámaras directas. Yo observé los rostros reflejados en las puertas del tren. La multitud ofrecía anonimato, pero también cientos de testigos incapaces de recordar a una familia concreta unos minutos después.

Las estaciones desfilaron como habitaciones de un corredor. En cada parada podían subir quienes nos buscaban o bajar quienes nos

habían guiado. La ciudad seguía funcionando con una normalidad perfecta mientras una niña era borrada de sus registros. Aquella indiferencia mecánica resultaba más inquietante que una persecución visible.

—¿También construí estos pasadizos? —pregunté.

—No todo gira alrededor de ti —respondió Daniel.

Era una frase cruel y, por primera vez desde La Encina, agradecí su normalidad.

Subimos a un tren en Argüelles. Había turistas, adolescentes con bolsas de compras y un hombre dormido con la cabeza pegada al cristal. Nosotros parecíamos una familia que regresaba de una excursión desastrosa. Nadie miró la sangre seca en la manga de Adela.

Daniel se sentó frente a mí.

—Cuando lleguemos, tú abres la consigna. Yo vigilo.

—¿Y mamá?

—Va a un lugar seguro.

—No —dijo Adela.

—No puedes seguir con nosotros.

—Puedo seguir mejor que vosotros dos juntos.

—Te han marcado.

—A todos nos han marcado.

El tren se detuvo en una estación. Dos policías entraron en el vagón. Daniel bajó la cabeza. Yo reconocí el impulso de llamarles, contarles todo, dejar que una institución volviera a hacerse cargo del mundo.

Entonces recordé la lista vacía del campamento y la tarjeta sanitaria inexistente.

Los policías pasaron de largo.

—¿Andrés está detrás de esto? —pregunté.

Mi madre hizo un ruido de desaprobación.

Daniel respondió:

—Andrés lleva años detrás de todo.

—Fue absuelto.

—No significa que fuera inocente.

—¿Mató a Marta?

—Sí.

No dudó. No suavizó la palabra.

—¿Lo viste?

—Vi lo que hizo después.

—¿Qué hizo?

—Buscó a Nora antes de llamar a emergencias.

Mi garganta se cerró.

—¿Por qué no declaró eso?

—Porque yo no estaba allí oficialmente. Había entrado con credenciales falsas para sacar a la niña. Si declaraba, entregaba a Umbral, a las mujeres ocultas y a todos los que habían ayudado. Julia dijo que perderíamos a Nora y quizá a otras veinte personas.

—Así que callasteis.

—Sí.

—Y le dejasteis libre.

Daniel miró sus manos.

—Sí.

—¿Quién decidió que yo fuera la madre?

—Tú.

—No lo recuerdo.

—Tenías a Nora pegada al pecho. Marta llevaba muerta horas. Dijiste que no permitirías que un tribunal se la entregara a Andrés por falta de pruebas. Dijiste: si no podemos demostrar quién es su padre, tendremos que impedir que exista como hija suya.

El tren volvió a ponerse en marcha.

—¿Qué hicisteis con el nacimiento?

—Nora no había sido registrada. Marta dio a luz en una clínica privada con un nombre falso porque ya estaba huyendo. Creamos

una inscripción tardía. Tú apareciste como madre. Yo como padre. Julia consiguió la resolución judicial. Adela declaró que habías ocultado el embarazo por motivos laborales.

Miré a mi madre.

—¿Cómo pudo creerlo alguien?

—La gente cree lo que llega con sellos —dijo ella.

Aquella frase me devolvió otra imagen: yo alineando documentos sobre una mesa y explicando que una identidad no se construye con una gran mentira, sino con veinte verdades pequeñas colocadas alrededor.

—¿Por qué me separé de Daniel? —pregunté.

Él levantó la vista.

—Eso sí lo recuerdas.

—Recuerdo que dejaste de confiar en mí.

—No. Dejé de confiar en lo que estabas haciendo.

—¿Qué estaba haciendo?

Las puertas se abrieron en Atocha.

Daniel se levantó.

—Buscar una forma de borrar también a Andrés.

INTERLUDIO V

ADELA FIRMA

La funcionaria no miró al bebé.

Revisó los documentos, comprobó sellos y preguntó por qué el nacimiento se inscribía con un mes de retraso. Adela había ensayado la respuesta.

—Mi hija ocultó el embarazo. Tuvo complicaciones emocionales y dio a luz fuera de Madrid.

Clara estaba sentada junto a ella, con Nora en brazos. Llevaba un vestido holgado y una pulsera hospitalaria falsa. Daniel sostenía un informe médico firmado por un colega.

—¿Quién atendió el parto? —preguntó la funcionaria.

—Una clínica privada —dijo Daniel.

—¿Nombre?

—Cerró temporalmente por una inspección. Aquí tiene la certificación.

Cada documento apoyaba al siguiente. Ninguno debía soportar una revisión profunda porque todos creaban la apariencia de que otro ya la había realizado.

La funcionaria introdujo los datos.

—Nombre de la menor.

Clara respondió:

—Nora.

Adela pensó en Sara, en Marta pronunciando el nombre junto a la camilla, en la carta que todavía no habían encontrado.

—Apellidos.

—Rivas Orduña.

La impresora emitió un certificado.

La funcionaria lo selló y sonrió por primera vez.

—Enhorabuena.

Fuera del edificio, Adela vomitó en una papelera.

—No podíamos hacer otra cosa —dijo Clara.

—Podíamos decir que era hija de Marta.

—Andrés la encontraría.

—Podíamos solicitar tutela.

—Él sería el padre con derechos y una absolución.

—Podíamos acudir a Teresa.

—No sabemos si está comprometida.

Cada alternativa tenía un peligro. Clara utilizaba los peligros para convertir una opción en inevitable.

Adela miró el certificado.

—Prométeme que se lo contarás.

—Cuando pueda entenderlo.

—Pon una edad.

—No puedo.

—Entonces no es una promesa.

Clara sostuvo a Nora más cerca.

—Antes de que pregunte.

La niña preguntó mucho antes de que cualquiera estuviera dispuesto a escuchar.

Adela conservó una copia del certificado original de Sara dentro de una caja de costura. Cada año pensó en entregárselo. Cada año encontró una razón: Nora era pequeña, Clara estaba frágil, Daniel decía que había riesgo, Andrés aparecía en televisión.

La mentira no se sostuvo solo por quienes la diseñaron. Se sostuvo por cada persona que decidió esperar un momento mejor.

13

La consigna 214 estaba al final de una hilera nueva de compartimentos electrónicos.

La llave de latón no servía para abrir la puerta exterior. Daniel introdujo un código de seis cifras: la fecha de muerte de Marta. Dentro había un depósito metálico antiguo, encajado al fondo como una caja dentro de otra caja.

La zona de consignas ocupaba un espacio blanco, excesivamente iluminado y sin personal fijo. Las cámaras cubrían los accesos, pero dos de ellas orientaban sus objetivos hacia ángulos ligeramente altos. Un rostro podía quedar registrado; unas manos trabajando cerca de la cerradura quedaban fuera de plano. La instalación parecía moderna y segura. El defecto estaba calculado para permitir una intervención sin alterar el aspecto general.

Dentro del compartimento antiguo había una capa de polvo interrumpida por huellas recientes. La caja metálica mostraba tres tipos de arañazos: los producidos por la llave original, otros más finos alrededor de la bisagra y una línea semicircular junto al cierre. Daniel los fotografió con luz rasante. Alguien había abierto el depósito con herramientas y después había vuelto a cerrarlo utilizando la llave correcta, como si necesitara que descubriéramos la manipulación tarde, no que la ignoráramos para siempre.

La llave giró con resistencia.

Encontré una carpeta roja, una grabadora de casete, un pasaporte a nombre de Elena Vidal y un peluche de conejo sin un ojo.

Los objetos pertenecían a tecnologías y momentos distintos. La carpeta estaba protegida con papel encerado; la grabadora, expuesta a humedad y golpes; el pasaporte, dentro de una funda antiestática. Aquella desigualdad no parecía descuido. Alguien había

decidido qué debía sobrevivir intacto y qué debía ser utilizado al encontrarlo.

Daniel se puso guantes, fotografió la posición de cada pieza y registró la hora antes de moverlas. No conectó ningún soporte digital. La urgencia no justificaba inutilizar una prueba verdadera por la forma de obtenerla.

Nora había dormido con aquel conejo hasta los cuatro años. Lo llamaba Norte.

Lo acerqué a la cara. Conservaba un olor imposible: jabón infantil y armario. Durante un segundo vi a Nora con fiebre, abrazada a él, pidiéndome que contara la historia de la ciudad donde nadie podía mentir porque las palabras dejaban manchas en el aire.

—¿Por qué está aquí?

—Lo llevaba cuando la sacamos de casa de Marta —dijo Daniel.

Abrí la carpeta.

La primera hoja era un certificado de nacimiento. Nombre: Sara Galván Rivas. Madre: Marta Rivas Cuenca. Padre: Andrés Galván Mena.

Fecha: 3 de agosto, once años atrás.

Nora había celebrado siempre su cumpleaños el 3 de septiembre.

—Se llamaba Sara.

—Durante dieciséis días —dijo mi madre.

—¿Por qué cambiar la fecha?

—Para separar el parto de la muerte de Marta —respondió Daniel —. Andrés buscaba una niña de un mes. Nosotros creamos una recién nacida.

Había informes médicos, fotografías del apartamento quemado, copias de mensajes de Marta y una lista de nombres tachados. En la última página, una dirección escrita a mano: calle San Dimas, 17, sótano.

—¿Qué es esto?

—La primera sede de Umbral —dijo Adela.

Daniel cogió la grabadora.

Dentro había una cinta etiquetada con mi nombre.

CLARA. 19/08. 03:12.

—Nunca la escuchamos —dijo.

—¿Por qué?

—Porque tú dijiste que no existía.

Introduje la cinta. La grabadora no tenía pilas. Daniel sacó dos de una bolsa lateral de la mochila.

El mecanismo chirrió. Durante varios segundos solo se oyó estática.

Después, la voz de Marta.

—Clara, si has llegado antes que él, coge a Sara y vete. No llames a Julia. No uses el protocolo. Julia está dentro. Andrés tiene los nombres. No sé cuántos. La copia está donde aprendimos a mentir. No dejes que Nora…

La grabación se interrumpió con un golpe. Después se oyó respiración, un llanto de bebé y una voz masculina lejana.

Marta volvió a hablar, esta vez en un susurro.

—No dejes que Nora sepa que la elegiste por culpa.

La cinta terminó.

Nadie dijo nada.

—La llamó Nora —murmuré.

—Era el nombre que quería ponerle si conseguía salir —dijo mi madre—. Sara fue el nombre que Andrés exigió.

Rebobiné y escuché de nuevo la frase sobre Julia.

Julia está dentro.

—¿Dentro de qué?

Daniel hojeó la carpeta.

—Pensábamos que quería decir dentro de Umbral. Ya lo sabíamos.

—No. Marta estaba avisando de que Julia trabajaba con Andrés.

—O de que Andrés había infiltrado a alguien.

—La copia está donde aprendimos a mentir —repetí—. ¿Qué significa?

Mi madre señaló el conejo.

—De niñas inventabais historias en el desván de la casa de la abuela.

—La vendimos hace veinte años.

—No decía aprendimos a inventar. Decía aprendimos a mentir.

La grabadora emitió un clic.

Una luz roja se encendió en el lateral, aunque el aparato no tenía ninguna función de transmisión.

Daniel le dio la vuelta. Debajo de la tapa de pilas había un componente nuevo, minúsculo.

—Nos han oído —dijo.

En ese instante, todas las pantallas de las consignas se apagaron.

14

La puerta del pasillo se bloqueó.

Daniel tiró del pomo una vez y dejó de intentarlo. Las luces de emergencia tiñeron las consignas de rojo.

—Hay una salida técnica detrás del módulo —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque elegí la consigna.

Mi madre se apoyó contra la pared. Había perdido color.

—No puedo correr otra vez.

—No tendrás que hacerlo.

Daniel sacó un destornillador y retiró cuatro tornillos de una rejilla inferior. Detrás había un hueco estrecho con cables y polvo.

El cierre no fue inmediato. Primero se apagaron los indicadores verdes. Después, las cerraduras emitieron una serie de pulsos y los ventiladores redujeron la velocidad. Daniel contó el intervalo entre cada cambio. La secuencia correspondía a una orden remota que priorizaba el confinamiento sobre la evacuación. Un fallo real habría liberado las puertas; aquel sistema hacía lo contrario.

Las luces rojas proyectaban sombras dobles sobre las consignas. La salida técnica quedaba detrás de un módulo atornillado a la pared. Daniel retiró dos placas con una herramienta plana y encontró tornillos nuevos en una estructura antigua. Alguien había revisado la vía de escape. Uno de los anclajes estaba apretado con tanta fuerza que la cabeza se deformó. El sabotaje no impedía completamente la salida; aumentaba el tiempo necesario para alcanzarla.

Mi madre examinó el suelo y señaló una tira de goma distinta al revestimiento. Debajo había un canal con cableado de datos. Cortarlo habría abierto la puerta, pero también activado una alarma

independiente. La instalación obligaba a elegir entre escapar sin ser localizada o ser localizada antes de escapar. La mayoría de los sistemas de Umbral compartían ese principio: cada solución conservaba una forma de dependencia.

La voz que llegó por el teléfono de teclas conocía nuestra posición y el contenido del depósito. No improvisaba. La escena había sido preparada como una prueba de obediencia. El mensaje sobre devolver a Nora a su sitio no describía un lugar físico. Describía la intención de reducirla a la identidad que otros habían asignado antes de que pudiera hablar.

—Clara primero.

—Mamá primero.

—Adela no cabe con el brazo así.

—Pues buscamos otra salida.

Un golpe resonó al otro lado de la puerta.

Después otro.

Daniel me agarró por los hombros.

—Quieren la carpeta y la cinta. Si tú sales con ellas, Adela y yo dejamos de importarles.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé. He trabajado once años para saberlo.

—¿Para Umbral?

—Para mantenerte fuera.

El metal de la puerta comenzó a deformarse cerca de la cerradura.

Mi madre me empujó hacia la rejilla.

—Vete.

—No.

—Te he obedecido toda la vida, incluso cuando me pediste que negara a mi nieta. Ahora me obedeces tú.

Guardé la carpeta bajo la camiseta y la cinta en el bolsillo. El peluche no cabía. Le arranqué una costura del lomo y palpé el relleno. Encontré algo duro: una pequeña llave negra.

—Daniel.

Él la vio y palideció.

—¿Qué abre?

—No lo sé.

El hombre de la cicatriz gritó desde el pasillo:

—Clara, no queremos hacer daño a tu madre.

Reconocí la voz.

No del ataque. De otro lugar.

Una sala con persianas cerradas. Yo sentada frente a una mesa. El hombre más joven, sin cicatriz, preguntándome cuántas identidades podía crear en una semana.

—Se llama Baeza —dije.

Daniel dejó de moverse.

—¿Lo recuerdas?

—Trabajaba con nosotros.

—Trabajaba para Andrés.

La puerta cedió unos centímetros.

Me introduje en el hueco. El metal me raspó los hombros. Daniel volvió a colocar la rejilla detrás de mí.

—Ve hasta el final y baja —susurró—. Saldrás a una sala de equipajes. Busca a Iago Salvat.

—Tu nota dice que no confíe en él.

—No confíes. Úsalo.

—Daniel…

—Dile que Marta dejó una cinta. No le enseñes la carpeta.

La puerta exterior se abrió de golpe.

Avancé a oscuras. Detrás oí voces, una orden y el sonido seco de alguien cayendo.

No me detuve.

El conducto terminaba en una caída de casi dos metros. Me dejé deslizar y aterricé entre maletas. Una empleada gritó. Corrí hacia una salida, crucé un pasillo y aparecí en el vestíbulo de la estación.

Decenas de personas caminaban bajo las pantallas de salidas. Trenes a Barcelona, Sevilla, Valencia, Alicante. Cualquier dirección podía ser una huida.

El teléfono de teclas vibró.

Número de Daniel.

Contesté.

—¿Estáis bien?

No respondió Daniel.

La voz de Baeza sonó tranquila.

—La niña no desapareció, Clara. La devolvimos a su sitio.

INTERLUDIO VI

EXPEDIENTE U-001:
NURIA

Solicitud inicial: protección frente a pareja con acceso privilegiado a registros públicos.

Intervención prevista: deslocalización temporal de tres semanas.

Intervención ejecutada: creación de identidad puente, traslado a otra comunidad, historial sanitario parcial, escolarización protegida, cuenta bancaria de transición.

Incidencia: localización de la usuaria mediante prescripción farmacéutica vinculada al número sanitario original.

Corrección: segundo traslado y nueva identidad estable.

Revisión al año: sin contacto con agresor. Hijos escolarizados. Riesgo alto.

Revisión a los tres años: no realizada.

Revisión a los cinco años: carta de la usuaria solicitando contacto controlado con su madre. No entregada por decisión de J.M. Motivo: posible exposición de estructura.

Anotación de C.R.: ninguna. Operadora no informada.

Anotación de M.R.: el expediente demuestra que la red sabe sacar a una persona y no sabe devolverle capacidad de decidir. Proponer revisión periódica obligatoria con consentimiento renovable.

Resolución: propuesta aplazada por riesgo operativo.

Revisión a los diez años: no realizada.

Estado al cierre: activa bajo identidad de salida. Ubicación reservada.

Comentario añadido tras la caída de Umbral: la operación salvó la vida de la usuaria y produjo una separación irreversible de su familia de origen que nunca fue revisada con ella. Ambas afirmaciones son ciertas. Ninguna debe utilizarse para cancelar la otra.

15

—¿Qué le has hecho a Daniel?

—Lo mismo que tú le hiciste a Nora. Quitarle el nombre correcto.

La llamada terminó.

Marqué de nuevo. El teléfono estaba fuera de cobertura.

No podía regresar a las consignas. La policía ferroviaria ya se dirigía hacia allí; vi dos uniformes abriéndose paso entre la gente. Si Daniel tenía razón, Baeza habría desaparecido antes de que llegaran. Si mi madre tenía razón, no podía confiar en que los uniformes pertenecieran al mismo lado.

Busqué el nombre de Iago Salvat en uno de los teléfonos antiguos. No había conexión a internet, pero Daniel había cargado una lista de contactos cifrada. IAGO aparecía con una dirección y una instrucción: utilizar cabina pública.

Las cabinas habían desaparecido de la ciudad años atrás. Encontré un locutorio frente a la estación.

El hombre del mostrador me dejó usar un fijo por dos euros. Marqué.

—¿Sí?

La voz era masculina, áspera, impaciente.

—Iago Salvat.

—Depende de quién pregunte.

—Clara Rivas.

Silencio.

—No vuelvas a llamar a este número.

—Tengo una grabación de Marta.

La línea quedó muda durante varios segundos.

—¿Dónde estás?

—Atocha.

—Sal por Méndez Álvaro. Camina hasta la estatua del ángel caído del Retiro.

—Eso está a media hora.

—Si alguien te sigue, tardarás más.

Colgó.

Compré una gorra, una camiseta y una bolsa de tela con el dibujo de un toro. Me cambié en el baño de un café y guardé la ropa manchada en una papelera. La carpeta roja seguía pegada a mi piel bajo la camiseta.

Mientras caminaba, la ciudad parecía desempeñar una normalidad ofensiva. Terrazas llenas. Bicicletas. Turistas consultando mapas. Nadie sabía que una niña podía ser borrada sin que el tráfico se detuviera.

Llegué al Retiro con la sensación de que me seguían cinco personas distintas. Un hombre con mochila azul apareció en dos cruces. Una mujer de vestido blanco entró y salió de la misma tienda que yo. Un ciclista redujo el ritmo al pasar a mi lado.

La estatua del ángel caído estaba rodeada de visitantes. Iago no había dicho qué debía hacer allí.

Me senté en un banco.

Cinco minutos después, un niño dejó caer una pelota cerca de mis pies. La recogí. Había un papel pegado con cinta.

CAFETERÍA DEL PALACIO DE CRISTAL. TERRAZA. MESA 6.

El niño volvió con su padre. Ninguno me miró.

Iago Salvat ocupaba la mesa seis.

Tenía unos cincuenta años, pelo gris muy corto y una cicatriz de quemadura que trepaba desde el cuello hasta la mandíbula. En la fotografía del funeral de Marta era más joven, delgado, siempre al fondo. Editor de investigación en un periódico que ya no existía.

—Llegas tarde —dijo.

—Mi hermana lleva muerta once años. Supongo que tenemos margen.

Sus ojos se detuvieron en mi boca hinchada.

—¿Quién te ha golpeado?

—Baeza.

Iago dejó la taza.

—Entonces Julia sabe que recuerdas.

—No recuerdo. Reconozco fragmentos.

—Es suficiente para matarte.

—¿Dónde está Nora?

—No lo sé.

—Todo el mundo dice lo mismo.

—Porque la alternativa sería mentirte y ya tienes demasiada gente haciéndolo.

Saqué la grabadora, no la carpeta.

Iago escuchó la cinta una vez. En la segunda reproducción detuvo el aparato después de la frase la copia está donde aprendimos a mentir.

—No hablaba contigo —dijo.

—Dice mi nombre al principio.

—La frase no era para ti. Era para mí.

—¿Dónde aprendisteis a mentir?

Iago miró hacia el Palacio de Cristal, donde la luz se rompía en cientos de paneles.

—En un periódico.

16

El periódico se llamaba La Verdad.

No había ironía deliberada. Lo fundaron en 1984, sobrevivió a tres crisis, dos compras y una demanda que terminó de arruinarlo. Marta había trabajado allí sus últimos seis años. Iago dirigía la sección de investigación.

La redacción había ocupado dos plantas de un edificio estrecho cerca de la plaza de Castilla. Iago conservaba planos, fotografías y una caja con credenciales caducadas. Marta trabajaba junto a la salida de emergencia porque prefería ver quién entraba antes de que la vieran a ella. Sus compañeros recordaban su capacidad para relacionar datos dispersos y su costumbre de imprimir cualquier documento importante.

El cierre dejó discos duros sin inventariar, libretas de fuentes y fotografías cuyo reverso contenía más información que la imagen. Marta distribuía el significado entre números de página, errores tipográficos y posiciones dentro de las cajas: un recorte aislado no revelaba nada; junto a otros permitía seguir empresas, policías y resoluciones. Umbral adoptaría después aquella lógica y la convertiría en una arquitectura mucho más peligrosa.

—El archivo cerró con el periódico —dijo—, pero guardé una parte.

—¿La copia de qué?

—De los expedientes de Umbral. Nombres reales, nombres nuevos, funcionarios, pagos, rutas, casas seguras. Marta descubrió que alguien estaba usando el sistema para desaparecer no solo víctimas, sino también testigos, dinero y criminales.

—Julia.

—Marta pensaba que sí. Yo pensaba que era Andrés. Los dos teníamos razón y ninguno entendía el tamaño.

—¿Por qué no publicasteis?

Iago se inclinó hacia mí.

—Porque cada prueba incluía la dirección de una mujer escondida. Si publicábamos, destruíamos a los culpables y entregábamos a las víctimas. Marta buscó una forma de separar ambos conjuntos. Murió antes de conseguirlo.

—¿Y yo?

—Tú eras la arquitecta de datos. La única capaz de hacerlo.

—No recuerdo haber visto la copia.

—La viste. Después del incendio te encerraste durante tres días en el sótano de San Dimas. Al salir, dijiste que habías destruido todo.

—¿Me creíste?

—Nunca te he creído del todo.

La nota de Daniel advertía contra él. Iago no intentaba parecer digno de confianza; quizá por eso resultaba más difícil detectar la trampa.

—Marta dijo que no dejara que Nora supiera que la elegí por culpa.

—¿Crees que eso es verdad?

—No lo sé.

—La culpa no cría a una niña once años.

—Puede empezar algo que luego llamamos amor para no admitir cómo empezó.

Iago me observó con una dureza casi profesional.

—Esa pregunta no importa ahora. Nora encontró algo. Hace seis semanas me escribió desde una cuenta desechable. Sabía quién era Marta y sabía que tú no eras su madre biológica.

Se me helaron las manos.

—¿Qué le dijiste?

—Que hablara contigo.

—No lo hizo.

—Dijo que no podía. Que cada vez que preguntaba, tú cambiabas fotografías, fechas o versiones. Pensaba que habías borrado a Marta para quedarte con ella.

—Es una niña.

—Es una niña a la que construiste una vida falsa con documentos perfectos.

—¿Quedaste con ella?

Iago dudó.

—Sí.

Me levanté. La silla chirrió sobre el suelo.

—¿Te reuniste a escondidas con mi hija?

—Con la hija de Marta.

Le lancé la taza.

No acerté. El café se derramó sobre la mesa y dos turistas se volvieron.

Iago ni siquiera parpadeó.

—La viste el miércoles —dije—. Por eso su último mensaje decía que tenía que contarme algo.

—No la vi el miércoles. La vi hace dos semanas. Me entregó una llave negra y una fotografía de una casa.

Me llevé la mano al bolsillo. La llave seguía allí.

—¿Esta?

Iago palideció.

—¿Dónde la has encontrado?

—En el peluche de Nora.

—Entonces ella quería que la encontraras tú.

—¿Qué abre?

—El archivo privado de Marta.

—¿Dónde?

Iago miró alrededor antes de responder.

—Debajo del lugar donde la enterramos.

17

Iago no nos llevó directamente al cementerio.

Dijo que necesitaba comprobar si la llave seguía siendo una llave y no una forma elegante de dirigirnos hacia una emboscada. Caminamos hasta un aparcamiento subterráneo, cambiamos de coche y salimos del Retiro por una ruta que cruzaba dos veces el río. Cada maniobra parecía excesiva hasta que vi un turismo gris repetir el mismo giro tres calles después.

Antes de acercarnos a La Almudena, Iago cambió dos veces de transporte y nos hizo caminar por calles con salidas visibles. No era teatralidad. La llave podía ser una prueba, un señuelo o una forma elegante de reunirnos bajo una cámara. Solo cuando comprobó que nadie repetía nuestros giros aceptó continuar.

—¿Nos siguen? —pregunté.

—Siempre nos siguen —dijo Iago—. La cuestión es quién ha conseguido encontrar el turno de hoy.

Conducía un utilitario antiguo que olía a tabaco frío y papel. En la guantera había libretas numeradas, pilas, dos mapas plegados y un ejemplar de La Verdad del día del incendio de Marta. La fotografía de portada mostraba humo saliendo de su edificio. El titular decía PERIODISTA FALLECIDA EN UN INCENDIO DOMÉSTICO.

—¿Lo escribiste tú?

—Escribí la versión inicial. Julia la sustituyó antes del cierre.

—¿Por qué un periódico permitió que una funcionaria sustituyera una portada?

—Porque no entró como funcionaria. Entró con una orden judicial, un informe de riesgo y la promesa de que publicar la relación entre Marta y Umbral expondría a treinta y dos mujeres.

—¿Era verdad?

—Sí.

No añadió nada. La respuesta era suficiente para explicar por qué la manipulación había funcionado. Las mejores mentiras de Umbral no negaban los hechos; los colocaban junto a un daño verdadero hasta que oponerse parecía irresponsable.

Iago aparcó frente a una iglesia cerrada. Desde allí caminamos por un sendero entre cipreses. Yo llevaba la llave negra en el bolsillo y la grabadora de Marta contra el pecho.

—¿Cuándo la viste por última vez? —pregunté.

—Dos días antes de morir.

—¿Estaba embarazada?

—Sí.

La palabra me detuvo.

—Iago.

Él siguió caminando.

—Lo sabía muy poca gente.

—Tú eras una de esas personas y durante once años no me lo dijiste.

—Durante once años creí que tú habías sacado a la niña del país.

—¿Por qué?

—Porque la noche del incendio apareciste en la redacción con sangre en la camisa y me pediste las copias del Libro. Dijiste que Marta había muerto, que el bebé estaba a salvo y que si yo pronunciaba su existencia volvería a ponerla en peligro.

—No recuerdo haber ido.

—Lo sé.

—¿Cómo puedes saber qué recuerdo?

—Porque tres días después volviste y me preguntaste por qué había una fotografía de Marta en tu bolso. Tenías la misma camisa, pero limpia. No fingías. Te habías arrancado la noche de la cabeza o alguien te había ayudado a hacerlo.

El sendero desembocó en un banco de piedra. Me senté sin decidirlo.

Durante años había tratado la muerte de Marta como una habitación cerrada: incendio, cuerpo, investigación, absolución. Un conjunto de hechos dolorosos pero estables. Cada información nueva no abría una puerta. Cambiaba las paredes.

—¿La querías? —pregunté.

Iago tardó en responder.

—Eso no te ayudará a encontrar a Nora.

—Me ayudará a saber por qué sigues aquí.

—La quería de una forma poco útil. Ella necesitaba que publicara y yo necesitaba que sobreviviera. Cuando comprendí que las dos cosas podían ser incompatibles, elegí por ella.

—Como todos.

—Como tú.

No había crueldad en su tono. Solo reconocimiento.

Sacó del bolsillo una fotografía doblada. Marta aparecía en la rotativa, descalza sobre una mesa, señalando una pared cubierta de documentos. Yo estaba de espaldas frente a un ordenador. Julia hablaba por teléfono. Daniel, mucho más joven, sostenía dos vasos de café.

—Esto fue antes de que Umbral tuviera nombre —dijo—. Marta investigaba agresores que encontraban a sus parejas a través de registros públicos. Tú explicaste cómo se cruzaban los datos. Julia consiguió refugios. Daniel atendía a las mujeres que llegaban con medicación, lesiones o niños enfermos. Yo debía documentar los fallos.

—¿Y Andrés?

—Apareció después. Primero como fuente de Marta. Luego como marido.

Miré la fotografía. En el borde inferior, mi mano tocaba la de Daniel. No llevábamos anillos.

—¿Cuándo empezamos nosotros?

—No soy el archivo sentimental de vuestra familia.

—Eres el único que parece conservar copias.

Iago guardó la foto.

—Daniel se enamoró de la versión de ti que podía entrar en un registro y sacar a una mujer antes de que su agresor terminara el café. Después pasó años intentando protegerte de esa misma versión.

—Eso suena como algo que él te habría dicho.

—No nos contamos cosas. Nos vigilamos desde lados distintos.

Continuamos andando. El cementerio aparecía ya detrás de una tapia baja. Antes de entrar, Iago me pidió la llave. Me negué.

—Marta la dejó para mí.

—Marta la dejó en un lugar donde Nora pudiera encontrarla.

—¿Eso te molesta?

—Me preocupa que estés interpretando cada objeto como una absolución.

—No necesito que mi hermana me absuelva.

—Todavía no sabes de qué.

La frase activó una imagen: la cocina estrecha del apartamento de Marta, el olor a gas y alcohol sanitario, mi hermana en el suelo con el pelo pegado a la frente. Un bebé lloraba detrás de una puerta. Daniel, por teléfono, repetía que Marta seguía respirando.

Me apoyé en la pared.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Conozco esa cara. Es la que ponías antes de desaparecer durante horas.

—He visto a Marta viva la noche en que murió.

Iago no pareció sorprendido.

—¿Dónde?

—No lo sé. Había un bebé.

—Entonces has recordado el apartamento.

El nombre tenía el sonido de una palabra que hubiera escuchado dormida.

—¿Qué era?

—El apartamento fue la última escena. Casa Cero vino después: refugio, archivo y laboratorio moral. Allí Umbral dejó de limitarse a ocultar una dirección y fabricó una vida completa.

—¿La de Nora?

—Antes hubo otras.

—¿Y debajo de la tumba qué hay?

—La parte del archivo que Marta no confió a ninguno de nosotros en vida.

Entramos por una puerta lateral. El vigilante estaba en la caseta, viendo un partido con el volumen alto. Iago conocía el recorrido entre los nichos sin consultar nada. Eso significaba que había vuelto muchas veces.

—¿La enterrasteis sin cuerpo? —pregunté.

—Enterramos lo que Julia nos entregó.

—¿Qué era?

—Ceniza, una alianza y suficiente tejido para una identificación genética.

—Nora sigue dentro.

—No. Responde lo mismo que el informe: que alguien convirtió una prueba en una conclusión.

Llegamos al columbario. El nombre de Marta estaba grabado en una placa de mármol. Debajo, las fechas. Me sorprendió descubrir que recordaba haber elegido la tipografía.

Iago señaló una pequeña cerradura oculta en el borde inferior.

La llave negra encajó.

El mecanismo liberó la placa con un chasquido.

Detrás no había urna.

Había una caja metálica roja.

18

Marta no estaba enterrada.

Sus cenizas descansaban en un columbario del cementerio de La Almudena. La placa llevaba su nombre, dos fechas y una frase elegida por mi madre: No se pierde lo que se recuerda.

La galería de piedra estaba protegida de la lluvia y olía a cera, flores secas y humedad. Las placas formaban una cuadrícula demasiado regular. La de Marta tenía un arañazo reciente junto a uno de los tornillos y una línea más limpia en el borde inferior, señal de que alguien la había retirado y colocado de nuevo. El lugar de duelo había funcionado también como escondite.

No recordábamos nada.

Iago me condujo en una motocicleta antigua. Me dio un casco y me ordenó no usar el teléfono. Durante el trayecto pensé en Daniel y en Adela. Cada vez que imaginaba el cuerpo de mi madre en el suelo de la consigna, mi mente lo reemplazaba por otra escena: Marta en su apartamento, once años antes, esperando una llamada que yo retrasé.

No sabía si aquel recuerdo era real o una culpa heredada de la cinta.

Entramos al cementerio poco antes del cierre. Iago saludó al vigilante por su nombre. Caminamos entre panteones blancos y árboles quemados por el verano.

—¿Vienes a menudo? —pregunté.

—Cada año.

—Yo también.

—Tú traes flores. Yo compruebo la cerradura.

La placa de Marta tenía una esquina astillada. Iago introdujo una herramienta en una junta lateral y retiró el panel completo. Detrás

no había una urna, sino una caja de seguridad empotrada.

—Las cenizas están en casa de Adela —dijo—. Nunca confiasteis en un lugar público.

La llave negra encajó.

Dentro había tres cuadernos, un disco duro y un sobre dirigido a Sara.

No a Nora.

Sara Galván Rivas.

Cogí el sobre.

—No lo abras.

—Está dirigido a mi hija.

—Precisamente.

—Lleva once años aquí.

—Marta lo escribió para cuando Sara tuviera edad suficiente. No para cuando tú tuvieras miedo.

Guardé el sobre en la carpeta roja.

El primer cuaderno contenía fechas, matrículas y nombres en clave. En la cubierta interior había una lista titulada CERO. Veintisiete personas. Junto a cada una, una fecha y una palabra: extraída, reubicada, cerrada.

La última línea estaba en blanco, salvo por un nombre.

CLARA RIVAS.

—Esto no es una lista de víctimas —dije.

Iago negó.

—Son operadores de Umbral que desaparecieron después de descubrir algo.

—¿Murieron?

—Algunos. Otros ya no son quienes eran.

Pasé la página. Encontré una fotografía de Julia Montalbán entrando en un hotel con Andrés Galván. La fecha era posterior a la muerte de Marta.

—Trabajaban juntos.

—Siguen trabajando juntos.

En la imagen siguiente aparecía Baeza con uniforme policial. En otra, Daniel entregaba un sobre a Julia.

—¿Qué hace Daniel aquí?

—No lo sé.

La fecha era de hacía seis meses, una semana antes de que Daniel y yo firmáramos el divorcio.

Algo crujió detrás de nosotros.

Iago apagó la linterna.

Pasos sobre grava.

Nos agachamos junto al columbario. Una voz masculina habló al otro lado del muro.

—La caja está abierta.

Baeza.

Otra voz respondió.

—Entonces Clara ya tiene la carta.

Era Daniel.

19

Iago me tapó la boca antes de que pronunciara su nombre.

A través de una rendija vi a Daniel entrar en el pasillo acompañado por Baeza. No llevaba sangre ni parecía herido. Mi madre no estaba con ellos.

La rendija entre las placas permitía ver el pasillo en fragmentos. Daniel apareció primero por los zapatos. Llevaba barro seco en la suela derecha y una mancha de sangre ajena en el puño. Baeza caminaba medio paso detrás, lo bastante cerca para controlarlo y lo bastante lejos para evitar un ataque. La posición revelaba que Daniel no era un colaborador libre, aunque tampoco parecía un prisionero convencional.

Baeza examinó las placas sin tocar la de Marta. Conocía el mecanismo y sabía qué señales dejaría una apertura reciente. Daniel mantuvo las manos visibles. Su respiración era irregular, pero no por miedo; el patrón correspondía a alguien que calculaba cuánto esfuerzo podía realizar antes de perder precisión. Iago observaba esos detalles con la concentración de un reportero acostumbrado a reconstruir relaciones de poder a partir de gestos mínimos.

La conversación que no podíamos oír por completo dejó palabras sueltas: consigna, carta, menor, cierre. Cada término coincidía con una pieza distinta. Baeza no buscaba un único objeto. Intentaba saber cuánto del sistema había llegado hasta nosotros. Su problema no era la filtración de una prueba, sino la posible unión de elementos que por separado parecían incompletos.

El mensaje de Nora llegó en el instante en que Daniel giró la cabeza hacia nuestra placa. No podía vernos. Sin embargo, su mirada se detuvo un segundo más de lo necesario. Aquella pausa no bastaba para saber si nos protegía o nos señalaba. La incertidumbre se convirtió en otra forma de encierro.

—La llave estaba en la consigna —dijo Baeza.

—No. Clara la sacó del conejo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fui yo quien la escondió.

La confesión me dejó inmóvil.

—¿Y la carta? —preguntó Baeza.

—Si ha venido aquí, la tiene.

—Julia quiere que la recupere.

—Julia quiere demasiadas cosas.

Baeza soltó una risa breve.

—No estás en posición de negociar.

—Mientras Nora esté viva, sí.

—No sabes si lo está.

Daniel se abalanzó sobre él. Fue tan rápido que apenas vi el movimiento. Lo golpeó contra el muro y le arrebató el arma. Baeza respondió con un codazo. Forcejearon entre las placas de mármol.

Iago me soltó.

—Ahora.

Salimos de nuestro escondite. Daniel nos vio y gritó que corriéramos. Iago se lanzó sobre Baeza. Yo no corrí; apunté con el arma que había caído al suelo sin saber si el seguro estaba puesto.

—¿Dónde está mi madre?

Daniel tenía sangre en el labio.

—Segura.

—¿Con quién?

—Con Luján.

—¿El guardia civil?

—Es de Umbral.

Todo el día se reorganizó. La tarjeta personal. La frase sobre el esfuerzo dedicado a que nadie me creyera. Su ayuda.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿De qué lado estás?

Daniel miró el arma en mis manos.

—Del de Nora.

Baeza derribó a Iago y corrió hacia la salida. Daniel intentó seguirlo, pero Iago lo sujetó.

—Déjalo. Habrá avisado.

—¿A quién? —pregunté.

—A todos —dijo Daniel.

Recogimos los cuadernos y el disco. Iago volvió a colocar la placa, aunque la cerradura había quedado rota. Mientras caminábamos hacia una salida lateral, Daniel explicó que había fingido colaborar con Baeza desde la consigna.

—Le dije que podía llevarlo hasta la copia. Necesitaba salir y averiguar si Adela estaba viva.

—¿Lo está?

—Sí. Luján la sacó por otro acceso.

—¿Por qué no me llamaste?

—Porque Baeza tenía mi teléfono.

—En la fotografía entregas un sobre a Julia.

Daniel se detuvo.

—¿Qué fotografía?

Se la enseñé.

Su cara cambió.

—Eso fue el acuerdo de divorcio.

—No se lo entregaste a un abogado.

—Julia redactó las condiciones reales.

—¿Qué condiciones?

—Que tú no volverías a buscar a Andrés y yo mantendría a Nora fuera de Umbral.

—¿A cambio de qué?

—De que Julia no activara CERO contra ti.

El nombre en el cuaderno. Clara Rivas.

—¿Llevaban once años pensando en borrarme?

—No. —Daniel bajó la voz—. Llevaban once años esperando a que recordaras dónde escondiste el Libro de Ausencias.

—¿Qué es?

Iago respondió:

—La prueba de todas las personas que Umbral convirtió en nadie.

Daniel señaló el disco duro.

—Y creo que Nora lo encontró antes que nosotros.

A lo lejos sonó una campana. El cementerio iba a cerrar.

En mi bolsillo, el teléfono de teclas vibró.

Un mensaje de un número desconocido:

MAMÁ, SI ESTÁS CON PAPÁ, NO LE ENSEÑES LA CARTA.

INTERLUDIO VII

PROYECTO ESCOLAR: QUIÉN SOY

La profesora pidió una línea del tiempo con cinco momentos importantes.

Nora eligió:

1. Cuando aprendí a montar en bicicleta.
2. Cuando Alba se cambió a mi colegio.
3. Cuando murió Píxel, el pez.
4. Cuando fui a Lisboa con mamá y papá.
5. Cuando descubrí que los adultos guardan documentos que no quieren enseñar.

La profesora tachó el quinto y escribió: "Elige un recuerdo concreto".

Nora llevó la hoja a casa.

—¿Qué pongo? —preguntó.

Clara le propuso el nacimiento de una prima. Daniel, su primera competición de natación.

—Es mi línea —dijo Nora.

—Sí —respondió Clara—, pero la actividad pide acontecimientos que puedas ilustrar.

—Puedo dibujar una carpeta cerrada.

Clara contestó demasiado deprisa:

—No seas dramática.

Nora supo que había tocado la pared.

Esa noche añadió en secreto una sexta fecha: 3 de agosto. No sabía qué había ocurrido, solo que el número aparecía en el

cuaderno azul, en una ficha médica eliminada y en una fotografía de Marta.

En la presentación final, mostró cinco momentos aceptables. La profesora le puso sobresaliente.

Guardó la versión original detrás del dibujo de un pulpo con zapatillas.

Años después, cuando los investigadores revisaron el colegio, encontraron la hoja. En el reverso había una frase:

Si una línea del tiempo tiene que quedar bonita, no es una línea. Es una historia.

20

Daniel leyó el mensaje dos veces.

—No es de Nora.

—Conoces su forma de escribir —dije.

—Conozco la forma en que alguien quiere que creamos que escribe.

—Me llama mamá.

—Eso no demuestra nada.

Iago nos hizo apartarnos de la entrada principal. El cementerio cerraba y los últimos visitantes caminaban hacia la salida sin imaginar que un hombre armado acababa de escapar entre los panteones.

La carta de Marta estaba escrita en papel de periódico sin imprimir, un material poroso que absorbía la tinta y obligaba a escribir despacio. Las cuatro hojas presentaban correcciones, flechas y márgenes ocupados por notas posteriores. No era una despedida compuesta de una vez. Era un documento trabajado durante meses, revisado cada vez que Marta encontraba una nueva amenaza o dudaba de una decisión.

La fotografía del embarazo tenía marcas en el reverso. Una línea indicaba la altura de la cámara; otra, la dirección de la luz. Daniel reconoció el apartamento de Marta por el suelo hidráulico, pero las paredes cubiertas de periódicos pertenecían a una habitación que yo no recordaba. Entre los titulares podían distinguirse nombres tachados, fechas y mapas de conexiones. La imagen no era familiar. Era una captura accidental de una investigación.

Cada hoja llevaba un patrón de perforaciones cerca del borde. Iago explicó después que procedían de una antigua encuadernadora de la redacción. Marta había distribuido copias parciales entre

cuadernos y archivos utilizando la misma perforación para demostrar origen. La carta que sosteníamos era auténtica, pero no necesariamente completa. Faltaban al menos dos segmentos según la secuencia de agujeros.

El contenido no pedía confianza. Pedía que Nora pudiera revisar las decisiones tomadas en su nombre cuando tuviera edad suficiente. La diferencia era esencial. Marta no había intentado construir una madre perfecta ni un relato cerrado. Había previsto que el amor de quienes cuidaran a su hija podía convertirse en otro sistema de ocultación si nadie conservaba el derecho a contradecirlos.

—¿Este teléfono puede rastrearse? —preguntó.

Daniel lo cogió sin pedirme permiso, retiró la batería y examinó la carcasa.

—No debería. Pero tampoco debería haber recibido un mensaje desde fuera de la red.

—Entonces alguien conoce el número.

—Solo tres personas.

—Tú, mi madre y Julia.

—Y quien haya copiado la configuración.

—Nora podría haberlo hecho.

Daniel negó.

—Nora no sabe que existe este teléfono.

—Nora sabía que había una llave dentro de Norte. Sabía que yo encontraría la carta. Sabía más de todos nosotros de lo que quisisteis ver.

Iago se adelantó varios pasos. Caminaba rápido, sin mirar atrás.

—Discutid después. Baeza no ha venido solo.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A un lugar que murió antes que Marta.

Salimos por una puerta lateral que Iago abrió con una tarjeta vieja. Había dejado la motocicleta, pero Daniel tenía otro coche

aparcado en una calle próxima: un utilitario blanco, lleno de polvo, con placas distintas de las del todoterreno.

—¿Cuántos vehículos tienes? —pregunté.

—Los suficientes para que una matrícula no nos mate.

Iago quiso conducir. Daniel se negó. Durante unos segundos se enfrentaron sin hablar, dos hombres que habían compartido demasiados secretos y ningún afecto.

—Nora ha dicho que no le enseñe la carta —dije.

—A mí —aclaró Daniel.

—Quizá deberías irte.

Su expresión no cambió, pero el dolor apareció en un pequeño movimiento de la boca.

—No.

—No es una petición.

—Tampoco es una decisión que puedas tomar tú sola.

—La crié once años.

—Yo también.

—Y me mentiste todos ellos.

—Porque tú me obligaste a sostener la mentira.

—No puedes usar una orden que no recuerdo como permiso perpetuo.

Iago intervino:

—Los dos estáis hablando como si Nora fuera el premio de una discusión. No lo es. Si el mensaje es suyo, acaba de decirnos de quién no se fía. Conviene escucharla.

Daniel lo miró con desprecio.

—Tú te reuniste con ella a escondidas.

—Porque contigo no se sentía segura.

—No conoces a mi hija.

—Conocí a su madre.

Daniel lo golpeó.

No fue una pelea. Un solo puñetazo, seco, directo a la mandíbula. Iago retrocedió y se limpió la sangre con el pulgar.

—Eso —dijo— es exactamente lo que hacía Andrés cuando alguien pronunciaba el nombre de Marta.

Daniel palideció.

Pensé que volvería a golpearlo. En lugar de hacerlo, me entregó las llaves del coche.

—Conduce tú.

—¿Vas a venir?

—Voy a encontrar a Nora aunque tenga que hacerlo sentado en el maletero.

Abrí la carta dirigida a Sara.

No por confianza. Por necesidad.

Dentro había cuatro hojas y una fotografía de Marta embarazada, sentada en el suelo de una habitación con paredes cubiertas de periódicos. En la primera línea, mi hermana había escrito:

Para mi hija, cuando tenga edad para descubrir que los adultos llaman protección a las mentiras que necesitan conservar.

21

Nora contó las ventanas desde que salió del campamento.

Era una forma de no llorar.

Ciento diecisiete hasta la carretera. Treinta y dos en la primera gasolinera. Seiscientas o más cuando entraron en la ciudad y dejó de poder seguirlas. Algunas eran ventanas verdaderas. Otras eran reflejos en autobuses, escaparates, parabrisas. Había decidido que todas contaban porque una ventana era cualquier lugar desde el que alguien podía verte sin que tú supieras quién era.

El vehículo tenía los cristales oscurecidos, pero no completamente opacos. A través de ellos, Nora construyó un mapa con fragmentos: una gasolinera con un caballo rojo, una rotonda presidida por una escultura oxidada, tres naves con tejados verdes y un puente donde el río aparecía durante pocos segundos. No sabía la dirección, así que registró secuencias. Contar era una forma de conservar coordenadas cuando los nombres habían dejado de ser fiables.

También observó a los adultos. Inés se tocaba el anillo cada vez que recibía una orden que no compartía. Alicia revisaba el retrovisor sin mover la cabeza. El conductor mantenía las dos manos en el volante y evitaba mirar hacia atrás. Nora clasificó esos gestos como hacía con los personajes de los libros: miedo, obediencia, duda, peligro. No necesitaba comprender toda la organización para detectar que no actuaban con la misma convicción.

El interior olía a plástico calentado por el sol y a un ambientador de pino. Bajo el asiento encontró una brida cortada y un envoltorio de galletas de una marca que no vendían en el campamento. Los objetos eran insignificantes, pero le permitieron imaginar otros trayectos y otras personas. La posibilidad de no ser la primera no la consoló. Le dio una tarea.

Inés conducía. No llevaba el polo verde del campamento, sino una camisa gris y el pelo suelto. En el asiento trasero, junto a Nora, viajaba una mujer llamada Alicia que olía a tabaco aunque no había fumado.

—Tu madre vendrá cuando sea seguro —dijo Alicia.

—¿Cuál de ellas?

La mujer se quedó callada.

Nora miró por la ventanilla.

Había ensayado esa pregunta durante dos semanas. Pensaba decírsela a Clara en el coche, después de salir de La Encina. Había imaginado distintas respuestas: una frenada brusca, una mentira, un abrazo, quizá todas a la vez.

En lugar de Clara había aparecido Inés en la cabaña antes del amanecer.

Tienes que venir conmigo. Tu madre ha activado el protocolo.

Nora había sabido que mentía porque Inés dijo tu madre, no Clara. La gente que conocía la verdad escogía las palabras con demasiado cuidado.

—¿Dónde está mi teléfono? —preguntó.

—A salvo.

—Eso significa que no me lo vais a devolver.

Alicia sonrió.

—Eres observadora.

—Mi madre dice que es una palabra que usan los adultos cuando los niños descubren algo que querían ocultar.

Inés miró por el retrovisor.

—Clara te quiere.

—No he preguntado eso.

El coche se detuvo ante un edificio de ladrillo sin rótulo. Entraron por un garaje y descendieron dos plantas. No había cobertura. No había cámaras visibles. Nora contó siete puertas hasta la habitación donde la encerraron.

La llamaban habitación, pero tenía una cama, una mesa y una puerta sin picaporte interior.

Le dieron comida. Le permitieron ducharse. Alicia le entregó un cuaderno nuevo, como si una niña secuestrada pudiera agradecer la calidad del papel.

Durante la primera noche, Nora no durmió. Sacó de la costura de su pantalón una tarjeta de memoria del tamaño de una uña.

Iago le había dicho que nunca guardara todas las copias en el mismo lugar.

La llave negra que le entregó era una distracción. El disco que había encontrado dentro de la caja de música de Marta era otra. La tarjeta contenía el archivo que nadie sabía que había copiado.

LIBRO_AUSENCIAS_3_FINAL.

No podía abrirlo. Pedía una contraseña de treinta y dos caracteres.

Pero sí había logrado ver la lista de carpetas.

Una llevaba su nombre antiguo: SARA_GALVÁN.

Otra llevaba el de Clara.

Y una tercera se llamaba NORA_RIVAS_FECHA_CIERRE.

Dentro figuraba una fecha.

El domingo siguiente.

Faltaban dos días.

Nora abrió el cuaderno que Alicia le había dado y escribió la primera frase:

Si desaparezco de verdad, que al menos quede claro que yo me di cuenta antes que ellos.

INTERLUDIO VIII

INÉS ABRE LA CABAÑA

Inés recibió la orden a las 05:12.

EXTRACCIÓN NIVEL B. MENOR COLABORADORA. EVITAR CONTACTO CON C.R.

No decía CERO.

Entró en Robles antes de que las niñas despertaran. Nora estaba sentada en la cama, vestida, con el cuaderno sobre las rodillas.

—Sabía que vendrías —dijo.

—¿Por qué?

—Ayer cambiaste mi ficha de grupo y preguntaste si mi madre tenía fotos impresas.

Inés había vivido veinte años bajo una protección que Clara ayudó a construir. Conservó su nombre, perdió su domicilio y cortó contacto con una hermana. Cuando Julia le pidió dirigir La Encina como punto de tránsito, aceptó porque quería devolver algo.

—Tu madre ha activado protección —mintió.

Nora guardó el cuaderno.

—Clara no llama protección a nada. Dice "plan" o "protocolo".

—Tenemos que salir antes de que llegue.

—¿Está en peligro?

—Sí.

Era la primera verdad.

Nora se calzó. Antes de irse, se agachó junto a la litera y pegó una nota. Inés fingió no verlo.

En recepción, Alicia esperaba con una bolsa y un teléfono nuevo. Julia apareció en vídeo.

—Nora, necesitamos preguntarte si quieres activar protección temporal.

—Quiero saber la verdad antes de volver con Clara.

—Podemos darte tiempo.

—Y avisarla si está en peligro.

—Sí.

Inés supo que la promesa no era completa. Preguntó por el nivel.

Julia respondió por un canal privado:

—CERO preventivo. Andrés ha localizado el expediente.

—La menor no lo ha autorizado.

—La menor ha solicitado protección y no puede evaluar el riesgo.

—Entonces necesita una representante independiente.

—La representante está comprometida. Es Clara.

Inés debió detenerlo allí. En lugar de hacerlo, pensó en su marido encontrando el segundo refugio, en la noche que Julia le dio una ruta y en todo lo que debía a la red.

Trasladó a Nora.

Antes de abandonar el campamento, ordenó a Alba y a las demás niñas que negaran conocerla. Creyó que así impediría que cualquiera rastreara el grupo.

Cuando Clara apareció y exigió ver la cabaña, Inés comprendió que había convertido a ocho niñas en parte del borrado.

Aun así, siguió el protocolo.

Las personas no traicionan sus principios de una vez. Los reducen a una excepción hasta que la excepción aprende su nombre.

22

Nora tardó cuatro horas en descubrir que la habitación no estaba diseñada para impedir que saliera.

Estaba diseñada para registrar cómo lo intentaba.

La puerta carecía de picaporte interior, pero el marco tenía tres sensores. Uno detectaba apertura, otro vibración y el tercero, temperatura. La rejilla de ventilación parecía desmontable; dos tornillos eran reales y los otros dos, cabezas pegadas. La cámara estaba detrás del espejo, demasiado alta para cubrir el suelo junto a la cama. Había un punto ciego de cuarenta centímetros.

Las paredes habían sido pintadas recientemente con un blanco mate que absorbía la luz. No había cuadros ni interruptores accesibles. La cama estaba atornillada al suelo y el escritorio carecía de cajones. El único objeto blando era una manta gris, demasiado fina para ocultar nada. La habitación pretendía parecer neutral, pero toda neutralidad impuesta revela la intención de quien la diseña.

Nora midió el espacio con pasos. Tres metros y medio por cuatro. La ventilación emitía ciclos de cuarenta y ocho segundos. La cámara del espejo tenía un ángulo muerto estrecho junto al zócalo, visible porque el cristal reflejaba peor en una esquina. El sensor de temperatura reaccionaba al calor de la mano con retraso. Cada descubrimiento no era una salida; era información sobre el tipo de personas que la observaban y el grado de confianza que tenían en el sistema.

La bandeja de comida aportó otras pruebas. El yogur procedía de un distribuidor hospitalario. La botella llevaba un lote impreso y una fecha. La servilleta tenía el logotipo de una empresa de limpieza. Nora copió esos datos en el reverso de una etiqueta y los escondió dentro del dobladillo del pantalón. Había aprendido de Clara que las historias podían discutirse. Los números de lote, las rutas de

suministro y las marcas de mantenimiento eran más difíciles de borrar todos a la vez.

Nora colocó allí el cuaderno y la tarjeta de memoria.

Después empezó a comportarse como esperaban.

Golpeó la puerta una vez. Preguntó cuándo podría hablar con Clara. Dejó la comida casi intacta. Se tumbó de espaldas y miró el techo durante veinte minutos. No lloró porque quisiera parecer valiente, sino porque las cámaras eran una forma de conversación y no pensaba regalarles una respuesta que no hubiera elegido.

Alicia entró a las ocho con otra bandeja.

—Deberías comer.

—Deberíais abrir la puerta.

—No puedo hacerlo.

—Sí puedes. No quieres.

La mujer colocó la comida sobre la mesa. Tendría unos cuarenta años, ojeras profundas y las uñas cortadas al ras. No llevaba uniforme. En la muñeca derecha tenía una quemadura antigua con forma de media luna.

—¿También te cambiaron el nombre? —preguntó Nora.

Alicia miró la cámara antes de responder.

—No es asunto tuyo.

—Entonces sí.

—No todo lo que no te cuentan confirma lo que imaginas.

—Eso dice Clara cuando ya he acertado la mitad.

Alicia acercó la silla a la cama. La distancia entre ellas parecía calculada para no resultar amenazante.

—Tu madre está en peligro.

—¿Marta o Clara?

La mujer apretó la mandíbula.

—Clara.

—Marta está muerta. También puede seguir en peligro si estáis borrando lo que hizo.

Alicia no respondió. Nora observó el movimiento de sus ojos: puerta, cámara, bandeja. Tenía miedo de otra persona, no de la niña.

—¿Qué es CERO?

—Un procedimiento de protección.

—Eso no significa nada.

—Significa que se cierra una identidad comprometida y se crea otra.

—¿Como borrar una cuenta?

—Como trasladar una vida.

—Las vidas no son carpetas.

—A veces una carpeta permite que sigan vivas.

La frase no sonaba aprendida. Alicia la creía.

Nora abrió el envase de yogur, pero no comió. Lo usó para comprobar la corriente de aire. Dejó caer un trozo mínimo de papel cerca de la rejilla. La ventilación aspiraba hacia fuera durante treinta segundos y se detenía diez. Había otro espacio conectado al sistema.

—¿Cuántas personas habéis protegido? —preguntó.

—Muchas.

—¿Cuántas pidieron volver a su nombre anterior?

Alicia se levantó.

—Come.

—No lo sabes.

—No tengo que discutir el sistema contigo.

—Porque tengo once años.

—Porque estás retenida por una amenaza real.

—Eso se llama secuestro aunque la amenaza exista.

Alicia se detuvo en la puerta.

—Cuando tenía diecinueve años, mi padre me encontró en una casa protegida porque una funcionaria escribió mi nueva dirección en un formulario que no debía. Me rompió la mandíbula y dejó a mi

hermana sin visión en un ojo. Julia nos sacó del hospital antes de que él llegara por segunda vez. No me importa cómo llames a lo que hace. Estoy viva.

La puerta se cerró.

Nora permaneció inmóvil hasta que el zumbido de la cámara cambió. Después recuperó el cuaderno del punto ciego y escribió:

Alicia: protegida por Umbral. Cree que deber una vida obliga a obedecer para siempre. Pregunta útil: ¿quién decide cuándo termina la deuda?

Debajo dibujó la habitación. Marcó sensores, cámara, ventilación y tiempos. No sabía si podría escapar por la rejilla; seguramente no. Pero un plano servía para pensar en algo que no fuera el miedo.

A las nueve y diecisiete, las luces se apagaron durante tres segundos.

Nora contó.

Uno. Dos. Tres.

Al volver, el reloj digital de la mesa parpadeaba. El sistema no tenía alimentación continua. Usaba una batería secundaria que tardaba en entrar. Si provocaba una sobrecarga en el momento adecuado, quizá la cerradura fallaría antes que los sensores.

No tenía herramientas, pero sí el cargador del cepillo eléctrico que Alicia había dejado en el baño. Lo desmontó con la hebilla del cinturón. Dentro había dos cables finos y una pequeña bobina. No era suficiente para romper una cerradura. Podía ser suficiente para hacer creer al sensor de temperatura que algo ardía.

El problema era el humo. Los protocolos contra incendios podían abrir puertas o bloquearlas. Clara le había explicado una vez que nunca debía confiar en que una salida de emergencia funcionara como en las películas: algunos sistemas liberaban, otros sectorizaban. Primero había que observar.

Nora recordó la conversación. Tenía nueve años y habían quedado encerradas en el ascensor durante doce minutos. Clara le enseñó a leer la placa del fabricante, buscar el teléfono de mantenimiento y no saltar. Después, en casa, Nora quiso saber cómo

se abrían todas las puertas. Clara respondió que conocer un sistema no servía para hacer trampas, sino para saber qué podía fallar.

Ahora la frase parecía preparada para aquel cuarto.

A las diez, escuchó voces detrás de la rejilla. Se tumbó en el suelo, junto al punto ciego, y acercó el oído.

—…la madre ya ha abierto la consigna.

—¿Qué madre?

—Clara.

—Julia dijo que no recordaría la ruta.

—Recuerda por capas.

—Entonces adelantará el cierre.

Los pasos se alejaron.

Nora escribió la hora. Después abrió el archivo de la tarjeta desde el pequeño lector oculto en su pulsera. No podía descifrar el Libro, pero había copiado el encabezado y los nombres de las carpetas. CERO no era una fecha de muerte. Era una operación programada: revocación de documentos, traslado, cambio de historial sanitario, cierre de matrículas escolares, sustitución de fotografías y creación de una nueva identidad puente.

Nora imaginó despertar el lunes con otro nombre. Otra habitación. Otra mujer explicándole que Clara era un riesgo y que Sara Galván nunca había existido. Comprendió que el terror no estaba en olvidar quién era. Estaba en que los demás dispusieran de pruebas para corregirla cada vez que intentara recordarlo.

Se permitió llorar entonces, pero lo hizo en el punto ciego.

No mucho. Lo suficiente para que el miedo dejara de ocupar todo el espacio del pecho.

Después escribió una segunda lista.

Cosas que sé:

Clara me ha mentido.

Daniel me ha mentido.

Iago no me contó todo.

Inés prometió avisar y no lo hizo.

Alicia cree que esto salva vidas.

Marta dejó una carta para Sara.

Yo soy Nora porque llevo once años respondiendo a ese nombre, no porque aparezca en un archivo.

Cosas que todavía puedo decidir:

A quién entrego la copia.

Qué nombre uso cuando salga.

Si perdono.

No escribió si salgo.

Le parecía importante no convertir una esperanza en un hecho. Clara hacía eso: edificaba una conclusión y después llenaba los huecos con detalles. Nora quería ser distinta.

A las once y ocho, Alicia regresó sin bandeja. Llevaba un teléfono en la mano.

—Tienes dos minutos —dijo.

—¿Con Clara?

—Con alguien que dice poder demostrarte quién eres.

La pantalla se encendió. Apareció el rostro de un hombre al que Nora conocía por fotografías antiguas: Andrés Galván.

Su padre biológico sonrió.

—Hola, Sara.

Nora apoyó la espalda contra la pared.

—Te equivocas de nombre —dijo.

23

El lugar que había muerto antes que Marta era la antigua rotativa de La Verdad.

El edificio ocupaba una manzana industrial junto a la M-30. Las ventanas estaban tapiadas y un cartel anunciaba viviendas de lujo que nunca se construyeron. Iago abrió una verja lateral con una cadena aparentemente oxidada.

La nave principal conservaba la escala de una industria construida para producir certeza cada madrugada. Los techos se perdían entre cerchas negras, las pasarelas cruzaban sobre rodillos de acero y las bobinas vacías parecían cilindros de un mecanismo detenido a mitad de una frase. El suelo estaba cubierto por una película de tinta seca que se pegaba a las suelas. En las paredes sobrevivían carteles de seguridad, calendarios de 2009 y titulares utilizados para ajustar las primeras planchas.

Iago había instalado el archivo en una sala donde antes se revelaban fotografías. La ausencia de ventanas evitaba miradas desde el exterior y mantenía una temperatura estable. Cada estantería tenía dos numeraciones: la antigua, del periódico, y otra añadida por Marta. Las cajas no estaban organizadas por nombres, sino por relaciones. Empresas, funcionarios, refugios, movimientos bancarios, escuelas, hospitales. El método permitía seguir una identidad aunque el nombre cambiara.

La electricidad llegaba desde un cuadro independiente conectado a baterías. Los ordenadores no accedían a internet y las unidades se guardaban separadas. Aun así, alguien había conseguido mantener trescientas doce identidades actualizadas. Aquello exigía visitas, copias físicas y personas que trasladaran información. El archivo no era una reliquia. Era una estación activa dentro de una red que seguía respirando bajo el edificio abandonado.

Dentro olía a aceite, papel húmedo y palomas.

La rotativa seguía allí: una criatura de hierro que atravesaba dos plantas, con rodillos enormes y pasarelas suspendidas. Iago nos condujo a la sala donde antes se cerraban las ediciones. Había instalado una mesa, baterías externas, dos ordenadores y un router conectado a una antena improvisada.

—¿Vives aquí? —pregunté.

—Solo cuando alguien intenta matarme.

—¿A menudo?

—Desde que conocí a tu hermana, más de lo razonable.

Daniel revisó las puertas. Yo extendí sobre la mesa el contenido de la caja del cementerio. Los cuadernos de Marta parecían diarios, pero estaban escritos en tres tintas y con símbolos entre palabras. El disco duro estaba cifrado.

—Nora me entregó una fotografía —dijo Iago—. La dejó dentro de un libro en una biblioteca. Nunca llegamos a vernos de frente.

Sacó una copia impresa. Mostraba la fachada de una casa de piedra, dos alturas, contraventanas azules y un número borroso junto a la puerta.

—¿La reconocéis?

Daniel negó.

Yo sentí una presión detrás de los ojos.

—He estado allí.

—¿Dónde es?

—No lo sé.

En la esquina de la foto había un azulejo con una cigüeña. El detalle me llevó a una mesa larga, mujeres recortando fotografías, una tetera roja, Julia caminando descalza porque los tacones hacían demasiado ruido.

—Era una casa segura —dije—. Para madres con niños.

—Casa Cero —respondió Daniel.

—Creía que CERO era un protocolo.

—Lo es. La casa fue el primer lugar donde se ejecutó por completo. Una mujer entraba con sus hijos y salía una familia distinta.

Iago conectó el disco. La pantalla mostró una única carpeta: UMBRAL_RESPALDO. Al abrirla apareció una petición de contraseña y una frase de recuperación.

¿QUÉ NOMBRE NO DEBE SER PRONUNCIADO?

—Andrés —dijo Daniel.

Contraseña incorrecta.

—Julia —probó Iago.

Incorrecta.

—Sara —dije.

Incorrecta.

Había cinco intentos antes del borrado automático. Quedaban dos.

—No probéis nada más —ordené.

La frase pertenecía a Marta. No preguntaba qué nombre era peligroso, sino cuál no debía pronunciarse. La respuesta podía ser una persona, un lugar o una identidad de la red.

Abrí el primer cuaderno. Marta utilizaba iniciales para las víctimas, apodos para los operadores y nombres completos para los culpables. En varias páginas aparecía una palabra rodeada por un círculo: Ausencia.

No como concepto. Como nombre propio.

—¿Quién era Ausencia?

Iago se inclinó.

—Nunca lo supe. Era la persona con acceso a todos los niveles. Marta pensaba que se trataba de Julia.

Daniel pasó páginas hasta encontrar una anotación:

A. no es una persona. Es la parte del sistema que decide quién merece conservar su vida.

Debajo había una secuencia de números.

19-1-18-1.

—Sara —dije. Cada número correspondía a una letra.

—Ya lo hemos probado —recordó Iago.

—No preguntaba por el nombre que no debe pronunciarse. Preguntaba por el nombre que fue sustituido.

Escribí NORA.

La carpeta se abrió.

En la pantalla aparecieron trescientas doce identidades.

La primera era la de una mujer desaparecida en 2009.

La última era la mía.

24

Mi expediente estaba fechado seis meses antes.

El día del divorcio.

Nombre de origen: Clara Rivas Cuenca. Identidad de salida: pendiente. Motivo: riesgo de exposición estructural. Nivel de intervención: CERO. Responsable de activación: J.M.

El archivo utilizaba un formato visual deliberadamente sobrio. No había fotografías grandes ni descripciones personales. Cada identidad aparecía como una serie de estados, relaciones y permisos. La frialdad reducía a las personas a operaciones, pero también evitaba que quienes gestionaban la red se identificaran con historias concretas. Umbral había aprendido a protegerse de la empatía tanto como de la policía.

Mi ficha incluía horarios, trayectos frecuentes y una valoración de vínculos. Daniel figuraba como protector condicionado. Adela, como depositaria histórica. Nora aparecía en una referencia cifrada, no por su nombre. Alguien había evaluado mi capacidad de reacción, mi acceso a sistemas y la probabilidad de que intentara recuperar recuerdos. No preparaban solo una identidad de salida; preparaban la forma en que mi vida debía interpretarse después.

Entre los anexos había capturas de calendarios y facturas. Un patrón mostraba días con actividad normal y desplazamientos físicamente incompatibles. Esas contradicciones habían sido clasificadas como episodios de continuidad asistida. La expresión burocrática ocultaba el hecho esencial: otra persona había utilizado mis credenciales mientras yo sostenía una vida doméstica que servía de coartada.

El nivel CERO no significaba máxima protección. Significaba que la persona podía ser borrada sin necesidad de preservar continuidad social. Amigos, trabajo y domicilio se considerarían daños

aceptables. Leerlo produjo una sensación más profunda que el miedo. Descubrí que la red donde había participado disponía de un lenguaje para convertir mi existencia en coste operativo.

—Julia Montalbán —dije.

Daniel se dejó caer en una silla.

—Creí que había detenido esto.

—Firmaste un acuerdo con ella.

—Para ganar tiempo.

—Le entregaste algo.

—Una declaración firmada en la que asumía toda la falsificación de los documentos de Nora.

—¿Por qué?

—Porque Julia amenazó con denunciarte. Si tú entrabas en prisión, Andrés pediría la custodia alegando que era su único progenitor biológico.

—Así que te ofreciste.

—Me ofrecí a decir que lo había hecho sin tu conocimiento.

Lo miré. Durante años había interpretado el silencio de Daniel como cobardía, su rigidez como desprecio, el divorcio como una rendición. Podía haber amor en un acto y, al mismo tiempo, una forma insoportable de decidir por otra persona.

—No tenías derecho.

—No.

—Pero lo hiciste.

—Sí.

No pidió perdón. Por eso pude creerle.

Iago abrió varios expedientes al azar. Algunas personas tenían una identidad de salida completa: nuevo nombre, número de documento, historial laboral, dirección, incluso fotografías retocadas. Otras aparecían como cerradas. No había explicación.

—¿Cerradas significa muertas? —pregunté.

—A veces —dijo Iago—. A veces significa que regresaron con el agresor. A veces que el expediente fue vendido.

—¿Vendido a quién?

—A cualquiera que necesitara una vida limpia.

El archivo incluía pagos de despachos, empresas de seguridad, políticos y organizaciones criminales. Umbral había comenzado como una red clandestina para salvar a mujeres; alguien la había convertido en un mercado de identidades.

Busqué SARA GALVÁN.

No había resultados.

Busqué NORA RIVAS.

Apareció un expediente sin contenido. Solo una línea:

ACTIVO HASTA CIERRE BIOLÓGICO.

Daniel leyó por encima de mi hombro.

—¿Qué significa?

—Que mientras Andrés esté vivo, Nora sigue siendo un riesgo para el sistema.

Una puerta metálica se abrió en la planta baja.

Los tres nos quedamos quietos.

Iago apagó el monitor.

—No esperaba a nadie.

Pasos en la escalera. Pausados. Sin intento de ocultarse.

Daniel cogió una barra de hierro. Yo guardé el disco duro y la carta bajo la chaqueta.

El rostro que apareció en el umbral fue el de Luján, el guardia civil joven.

Detrás venía mi madre con el brazo vendado.

—Está bien —dijo ella antes de que pudiera preguntar.

Corrí hacia Adela. La abracé con una fuerza que la hizo quejarse.

—Daniel dijo que estabas segura.

—Daniel dice muchas cosas con una convicción que no mejora su exactitud.

Luján cerró la puerta.

—Tenemos que salir. Baeza ha movilizado a una unidad entera con la excusa de que la señora Rivas ha secuestrado a una menor inexistente y ha agredido a personal del campamento.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Teniente Marcos Luján.

—¿Y en Umbral?

Miró a Daniel.

—Su sustituto.

INTERLUDIO IX

CARTA NO ENVIADA DE DANIEL

Clara:

Hoy hemos firmado el divorcio y Julia ha guardado mi declaración. Cree que con eso ha detenido tu búsqueda. Yo no.

Sé que sigues a Andrés. Sé que alquilas coches como Elena Vidal y que utilizas medicación para no consolidar parte de lo que haces. No sé si recordarás haber leído esta carta si te la entrego. Por eso no la entregaré.

Esta es la parte que nunca consigo decir sin que parezca una defensa: te vigilo porque tengo miedo. No de ti todo el tiempo. De la versión de ti que cree que una buena causa mejora cualquier método.

También me vigilo a mí y no lo hago suficiente.

He alterado informes, he mentido a médicos, he firmado como padre de una niña que no era legalmente mi hija y he permitido que Nora crea que su madre biológica nunca existió. Cada vez tenía una razón inmediata. Ninguna explica once años.

Julia dice que la continuidad de la familia protege a Nora. Yo he aceptado porque la alternativa era imaginar a Andrés solicitando custodia, a ti en prisión y a Nora convertida en prueba. Pero quizá la familia que intento conservar ya es una prueba.

Nora pregunta por qué no hay fotos del hospital. Dice que no se parece a ti de bebé. Hace una semana encontró una cicatriz detrás de la oreja y buscó en internet. Le dijimos que era un lunar.

No podemos seguir.

Y, aun así, mañana probablemente seguiré.

Si CERO empieza, dejaré la nota en tu escritorio. Si te digo que no tenemos hija, significará que escuchan. Si no consigo llegar hasta ti, busca la consigna.

Quiero creer que preparar una salida no es lo mismo que aceptar el desastre. A veces sospecho que llevo años haciendo exactamente eso: preparar tan bien el peor momento que he dejado de impedirlo.

Daniel.

25

Daniel no pareció sorprendido.

—Te dije que abandonaras cuando naciera tu hijo.

—Y tú dijiste que abandonarías después del divorcio.

—No sabía que Julia había reactivado CERO.

—Nadie lo sabía. Por eso funciona.

Luján dejó una carpeta sobre la mesa. Contenía copias de mi declaración en el campamento, fotografías del mensaje bajo la litera y una orden interna para localizarme por riesgo para mí misma y para terceros.

—Dentro de una hora tu matrícula, tus tarjetas y tu teléfono estarán en alerta —dijo—. Antes de medianoche circulará la versión de que sufres un episodio psicótico y buscas a una hija imaginaria. Si te detienen, te ingresarán.

—¿Con una orden médica?

—La están preparando.

—¿Quién?

—La doctora Elisa Montiel.

Daniel golpeó la mesa.

—Está retirada.

—Sigue firmando para Julia.

La especialista que había recomendado no obligarme a recordar. Otra puerta colocada delante de una verdad.

—¿Me diagnosticó algo? —pregunté.

—Trastorno de estrés postraumático con episodios disociativos —respondió Daniel—. Era real.

—¿Y lo utilizasteis para convertir mi silencio en una versión clínica?

Nadie contestó.

Abrí la carta de Marta. Necesitaba una voz que no pudiera defenderse ni justificar lo que había hecho.

Sara:

Puede que te llamen de otra manera cuando leas esto. Elegí Nora porque significa luz, aunque esa explicación es una mentira bonita; la verdad es que era el nombre de una mujer que me escondió cuando tu padre empezó a vigilarme. Me salvó durante nueve días. Luego la encontraron.

Tu tía Clara dirá que hizo todo por protegerte. Será verdad y no será toda la verdad. Clara sabe construir refugios, pero también cree que amar a alguien le permite decidir qué partes del mundo puede conocer. Si te ha criado, te habrá querido con una ferocidad que a veces se parece demasiado al miedo.

No la castigues por sobrevivir a mi muerte. Tampoco permitas que use mi muerte para gobernar tu vida.

Hay algo que debes saber: tu padre no actuó solo. Julia Montalbán le dio acceso a Umbral a cambio de protección institucional. Cuando lo descubrí, copié el Libro de Ausencias. La copia completa está dividida en tres piezas. Iago tiene una. Clara tiene otra, aunque probablemente se convencerá de que la destruyó. La tercera está donde nadie busca documentos: dentro de una historia para niños.

Si alguna vez las reúnes, no publiques los nombres de quienes huyeron. Publica quién vendió sus vidas.

Tu nombre no es Sara ni Nora. Tu nombre será el que elijas cuando conozcas todos los anteriores.

Te quiero desde antes de saber cómo salvarte.

Mamá.

No había despedida.

Leí la carta de nuevo, esta vez buscando algo más que dolor. Las primeras letras de cada párrafo formaban P T N H S T.

Nada.

Las últimas palabras: otra, miedo, vida, piezas, niños, anteriores, salvarte.

—Una historia para niños —dije.

Mi madre señaló el peluche.

—¿Norte?

—No. Marta escribió un cuento. La ciudad donde nadie podía mentir.

Daniel me miró.

—Se lo contabas a Nora.

—Pensaba que lo había inventado yo.

—Lo tenías escrito. Un cuaderno azul. Desapareció de casa hace un mes.

—Nora se lo llevó —dijo Iago—. La fotografía de Casa Cero estaba escondida entre sus páginas.

Luján consultó el reloj.

—Entonces Julia tiene a Nora y el cuaderno.

—No necesariamente —dije—. Nora sabía que la buscaban. Dejó la llave, el mensaje y probablemente una copia.

—Tiene once años —dijo mi madre.

—Tiene once años criados por personas que convierten cada objeto en un escondite.

Un ruido de motores llegó desde la calle.

Luján apagó las luces.

—Demasiado tarde.

26

Entraron por tres puntos a la vez.

La verja lateral cayó con un estruendo. Una puerta del muelle de carga se abrió desde dentro. En la azotea sonaron botas sobre chapa.

La rotativa tenía cuatro accesos conocidos y al menos dos vías de mantenimiento. El grupo atacante evitó la entrada principal, donde Luján había colocado una cámara portátil. Utilizó el muelle, la cubierta y una puerta interior que solo podía abrirse con una llave conservada por la antigua empresa de seguridad. La coordinación demostraba acceso a planos y a información reciente sobre nuestra posición.

El primer impacto no fue un disparo, sino la pérdida de iluminación. Las lámparas del techo se apagaron por sectores y las de emergencia orientaron a los intrusos hacia pasillos concretos. La oscuridad no era total. Estaba diseñada para dividirnos. Iago quedó aislado cerca del archivo; Daniel y Luján, junto a la plataforma; yo, entre máquinas que convertían cualquier ruido en una dirección falsa.

El polvo de papel suspendido en el aire hacía visibles los haces de las linternas. Cada movimiento levantaba partículas y delataba posiciones. Los atacantes utilizaban luces bajas, cerca del suelo, para no iluminar sus rostros. Luján respondió con destellos breves contra superficies metálicas, creando reflejos que obligaban a cerrar los ojos. El enfrentamiento se convirtió en una disputa por la visión antes de convertirse en violencia.

La mochila estaba protegida por una cadena y un mosquetón. No bastó. Uno de los intrusos no intentó llevársela; activó la máquina y la lanzó hacia los rodillos. La prioridad era destruir la relación entre

las pruebas, no recuperar cada soporte. Quien dirigía el asalto entendía el valor del conjunto.

—No son policías —dijo Luján.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque los policías anunciarían su presencia antes de cortar la electricidad.

La sala quedó a oscuras.

Iago encendió una linterna roja y señaló la pasarela superior de la rotativa.

—El edificio tiene una salida al colector. Hay que cruzar la máquina.

Mi madre no podía subir la escalera con rapidez. Daniel se agachó frente a ella.

—Sube.

—No pienso montar a caballito con setenta y cuatro años.

—Entonces tendrás que rejuvenecer en los próximos treinta segundos.

Adela se subió a su espalda maldiciendo.

Luján avanzó primero, arma en mano. Yo iba detrás con el disco, la carta y los cuadernos dentro de una mochila. Iago cerraba el grupo.

La rotativa crujía bajo nuestro peso. Las pasarelas metálicas se estrechaban entre rodillos negros. Abajo se movían haces de luz.

—Clara Rivas —gritó una voz amplificada—. Somos Policía Nacional. Baje con las manos visibles.

Luján negó.

—La unidad que lleva este distrito no ha sido avisada.

—Puede que sí sean policías —susurré.

—Eso no significa que vengan a detener a quien crees.

Una bala golpeó el metal junto a mi cabeza.

La duda terminó.

Corrimos.

Daniel casi cayó cuando mi madre se movió para mirar atrás. Iago disparó una vez hacia las luces inferiores. No vi si alcanzó a alguien.

Llegamos a una plataforma central. La escalera siguiente había sido retirada.

—Antes estaba —dijo Iago.

—Gran conocimiento del lugar —espetó Daniel.

A tres metros había otra pasarela. Entre ambas, un rodillo de impresión del diámetro de un coche. Luján saltó primero. Daniel pasó a Adela por encima del hueco. Yo me preparé.

Una mano me agarró del tobillo.

Baeza había subido por el lateral de la máquina. Tiró de mí. Caí sobre la rejilla y la mochila se abrió. Los cuadernos resbalaron hacia el vacío.

Atrape uno. Los otros dos cayeron entre los rodillos.

—La copia —dijo Baeza.

Me golpeó en las costillas. Busqué algo con lo que defenderme y encontré la grabadora. Se la lancé a la cara. Él la apartó y me inmovilizó el brazo.

—Julia solo quiere hablar.

—¿Por eso disparáis?

—Los muertos escuchan mejor.

Daniel regresó por la pasarela. Baeza apuntó hacia él.

—Un paso más y Clara cae.

Estábamos junto al borde. Debajo había seis metros de maquinaria.

Daniel se detuvo.

—No la necesitas —dijo—. Yo sé dónde está el libro.

Baeza sonrió.

—Llevas once años diciendo eso.

—Porque llevo once años mintiendo.

Mientras lo miraba, aflojó apenas la presión sobre mi muñeca. Le mordí la mano. Baeza disparó. La bala alcanzó a Iago en el hombro.

Daniel se lanzó contra nosotros.

Los tres chocamos con la barandilla. El metal cedió.

Baeza cayó hacia el rodillo, pero consiguió agarrarse a una cadena. Daniel quedó colgando del borde. Yo me aferré a su brazo.

—Suelta la mochila —gritó.

—No.

—¡Clara!

La correa me cortaba el cuello. El peso del disco y los documentos nos arrastraba.

Solté la mochila.

Cayó dentro de la rotativa.

Los rodillos, inmóviles durante años, comenzaron a girar.

Alguien había activado la máquina.

INTERLUDIO X

IAGO EN LA AMBULANCIA

La bala había atravesado el hombro y salido cerca de la escápula. La sanitaria insistía en que era afortunado. Iago pensaba en los cuadernos de Marta triturados por la rotativa.

—No se duerma —ordenó ella.

—No pensaba.

—Todos dicen eso antes de desmayarse.

Adela viajaba frente a él. Sujetaba una bolsa con los restos de la cinta y repetía que Clara encontraría otra copia.

—¿Por qué confías en ella? —preguntó Iago.

—No confío en todo lo que hace. Confío en que no deja un documento único.

—Dejó una hija dentro de un documento falso.

Adela lo miró con cansancio.

—Y tú dejaste a esa hija investigando sola porque preferías una fuente a una conversación familiar.

Iago quiso defenderse. Nora había acudido a él. No podía ignorar pruebas. Clara podía destruirlas. Todas las razones eran ciertas y, juntas, no mejoraban el hecho de que había trabajado con una niña de once años como si fuera una colaboradora.

—Debí avisar —dijo.

—Sí.

—A Clara no.

—A alguien que protegiera a Nora sin utilizarla.

—¿Quién?

Adela no respondió.

El problema de Umbral había contaminado incluso las alternativas. Cada persona fiable conocía una parte, debía lealtad a

alguien o tenía un interés en el Libro.

Iago pidió su teléfono. La sanitaria se negó. Le dictó a Adela una clave para acceder al servidor del periódico.

—Si muero…

—No vas a morir.

—Si me duermo, envía el borrador a Teresa. No publiques las identidades.

—¿Y si el borrador contiene errores?

—Los contiene.

—Entonces no lo envíes como artículo.

Iago cerró los ojos.

—Marta te habría contratado.

—Marta discutía conmigo cada vez que le corregía una fecha.

—Por eso.

La ambulancia tomó una curva. El dolor lo arrastró hacia una zona blanca.

Antes de perder el conocimiento, Iago pensó que había pasado su carrera creyendo que la obligación de un periodista era publicar. Marta le había enseñado una obligación más difícil: saber cuándo una prueba debe preservarse antes de convertirse en noticia.

27

El sonido fue monstruoso.

Hierro contra hierro, correas despertando, polvo expulsado por engranajes que no deberían haber tenido corriente. La mochila desapareció entre los rodillos. El disco duro, la carta de Marta y los cuadernos se trituraron en segundos.

La rotativa expulsó primero una nube de polvo y después fragmentos de plástico. Las correas, resecas por años de abandono, golpeaban las protecciones con un ritmo irregular. El disco duro se abrió dentro del mecanismo y dejó una lluvia de placas, tornillos y material magnético. Algunas piezas quedaron atrapadas en zonas inaccesibles; otras salieron despedidas por la cinta de residuos.

Luján ordenó no tocar los restos hasta que la máquina se detuviera. Fotografió el recorrido, marcó con números los fragmentos visibles y anotó el momento exacto de la activación. La destrucción no eliminaba necesariamente toda la información. Los laboratorios podían recuperar partes, y la distribución de los daños ayudaría a demostrar que no se trató de un accidente. Incluso la pérdida podía convertirse en evidencia si se preservaba correctamente.

El papel de la carta se mezcló con páginas de periódicos antiguos. Las fibras eran similares, pero la tinta no. Iago recogió con pinzas un fragmento donde solo quedaba media línea y lo guardó dentro de una funda rígida. La frase incompleta no servía para comprender el mensaje. Servía para acreditar que la carta estuvo allí antes de ser destruida.

La máquina había sido símbolo de un periódico que investigaba el poder. Ahora se utilizaba para triturar una investigación. El gesto contenía una ironía demasiado exacta para ser casual. Andrés y quienes trabajaban para él no solo querían ocultar pruebas. Querían

demostrar que podían convertir los instrumentos de memoria en instrumentos de desaparición.

Daniel consiguió subir. Baeza saltó a una plataforma inferior antes de que la cadena se enredara en la máquina.

—¡Moveos! —gritó Luján.

Las luces del edificio se encendieron de golpe. Vimos a seis hombres distribuidos por la planta baja. Dos llevaban uniformes; los demás, ropa oscura sin distintivos.

Iago presionaba su hombro herido. La sangre le empapaba la camisa.

—El colector —dijo—. Al otro lado.

Cruzamos la última pasarela y bajamos por una escalera de servicio. La rotativa rugía detrás, devorando las pruebas que Marta había protegido once años.

La salida al colector era una compuerta circular. Luján disparó al candado. Entramos en un túnel húmedo donde el agua nos llegaba a los tobillos.

Mi madre resbaló. Daniel la sostuvo.

Iago caminaba cada vez más despacio.

—Déjame —dijo.

—No —respondí.

—Si me encuentran herido, quizá me detengan en lugar de matarme.

—No confías ni tú en eso.

Le pasé el brazo sano por mis hombros. Avanzamos en la oscuridad, guiados por la linterna de Luján.

La pérdida de la mochila no me produjo desesperación inmediata. Primero sentí alivio: el peso había desaparecido. Después llegó el vacío. La carta de Marta. La única carta a su hija. Destruida por mi mano.

—Lo siento —dijo Daniel.

—No la soltaste tú.

—Te obligué a hacerlo.

—No conviertas cada tragedia en una prueba de tu culpa. Ya tenemos suficiente.

La frase era para él, pero me atravesó a mí.

Al final del túnel encontramos una escalera que subía a un solar. Luján llamó desde un teléfono protegido. Quince minutos después llegó una ambulancia sin distintivos. Dos sanitarios atendieron a Iago.

—La bala ha atravesado —dijo una mujer—. Necesita cirugía, pero no ha tocado arteria.

—No voy a un hospital —protestó él.

—Entonces te desangrarás en un sitio mucho más original.

Luján organizó su traslado a una clínica de confianza. Mi madre fue con él. Antes de subir a la ambulancia me puso una mano en la mejilla.

—No has perdido la carta.

—La he visto desaparecer.

—La has leído. La recordarás.

—No confío en mi memoria.

—Pues empieza a hacerlo. Todo esto depende de que dejes de tratarte como la versión de ti que Julia necesitaba.

La ambulancia se marchó.

Daniel, Luján y yo quedamos en el solar. La tarde empezaba a caer. A lo lejos, la rotativa seguía funcionando.

—El disco era una copia —dijo Luján.

—Era lo único que teníamos.

—No. Nora tiene otra.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hace tres semanas accedió a un nodo de Umbral desde la tableta del colegio. Descargó doce gigas y dejó un archivo vacío con una frase.

—¿Qué frase?

Luján me mostró una captura.

YA SÉ POR QUÉ MI MADRE ME ENSEÑÓ A HACER COPIAS.

Miré a Daniel.

—¿Se lo enseñaste tú?

—No.

El recuerdo llegó sin aviso.

Nora, con siete años, sentada a mi lado frente al ordenador. Yo le explicaba la regla tres-dos-uno: tres copias, dos soportes, una fuera de casa. Ella se aburría y dibujaba una ciudad en el margen de un cuaderno azul.

La ciudad donde nadie podía mentir.

—Fui yo —dije.

La imagen se amplió. Vi mis manos sobre las suyas. Vi el cuaderno. Vi una línea escrita debajo del dibujo:

La verdad se guarda donde la mentira aprende a leer.

—Sé dónde está la tercera pieza —dije.

28

La tercera pieza no estaba en un lugar. Estaba en una secuencia de hábitos.

Se lo expliqué a Luján mientras esperábamos a que la clínica confirmara que Iago había entrado en quirófano. La tarde había adquirido el color gris de las horas que no terminan porque nadie se atreve a llamarlas noche.

La clínica donde operaban a Iago ocupaba dos plantas sobre un centro de diagnóstico. En la sala de espera, las máquinas de café zumbaban junto a una ventana que daba a un patio técnico. La televisión estaba apagada. Cada vez que se abrían las puertas de quirófano, todos levantábamos la cabeza aunque no hubiera noticias. La investigación convivía con el olor a desinfectante y la conciencia de que una persona podía morir mientras nosotros discutíamos sistemas de copia.

Luján extendió sobre una mesa las fotografías disponibles. Las ordenó por fecha, soporte y procedencia. Una imagen del cumpleaños de Nora mostraba un libro fuera de lugar. Un dibujo escolar contenía una secuencia de colores que coincidía con las carpetas de Clara. Un recibo de papelería demostraba la compra de sobres idénticos a los hallados en la consigna. Ninguna pieza era secreta. El secreto surgía al colocarlas en el orden que Nora había aprendido como juego.

La cadena de hábitos revelaba algo más que un escondite. Mostraba que Nora había percibido el peligro antes del campamento y había trabajado con los recursos disponibles para una niña: libros, tareas, fotografías, rutinas familiares. La evidencia no procedía de una capacidad extraordinaria, sino de atención sostenida. Eso la hacía más creíble y más dolorosa. Durante meses había dejado

señales dentro de una vida cotidiana que los adultos interpretamos como normalidad.

—Cuando Nora tenía siete años —dije— le enseñé a guardar copias. Tres versiones, dos soportes, una fuera de casa. Ella convirtió la regla en un juego. Cada copia se escondía donde una mentira pudiera "leerla". No era una metáfora sofisticada. Usaba libros con títulos relacionados.

Daniel se apoyó en el capó del coche.

—El cuaderno azul estaba en la biblioteca del colegio.

—Porque es una historia. El disco de Marta pudo acabar dentro de otro libro.

—¿Cuál?

Cerré los ojos. No para recordar mejor, sino para reducir todo lo que competía con la imagen. Nora frente a la estantería. Siete años. Dos trenzas mal hechas. Un libro abierto sobre las rodillas. Yo decía que una copia fuera de casa debía estar en un lugar que no dependiera de la misma cerradura ni de la misma persona.

—La casa de los nombres perdidos —dije.

Daniel frunció el ceño.

—No conozco ese título.

—Porque no existe. Nora cambió las cubiertas de varios libros para una actividad del colegio. Pegó su propio título sobre un atlas viejo.

Luján consultó su teléfono protegido.

—El colegio estará cerrado.

—La biblioteca abre los viernes hasta las ocho.

—Son las siete y diez.

—Entonces todavía existe una puerta legal.

Luján no sonrió.

—No para mí. Me han retirado acceso a las bases y mi superior quiere que entregue el arma.

—¿Por qué?

—Por abandonar servicio, manipular una alerta y colaborar con una persona buscada.

—La alerta la borraron otros.

—Eso figura al revés en el informe.

Daniel soltó una risa sin humor.

—Bienvenido.

Luján lo miró.

—No me compare con ustedes. Yo no he falsificado identidades durante diecisiete años.

—Todavía no has tenido diecisiete años para justificarte.

—Basta —dije.

Los dos se callaron, no porque yo tuviera autoridad, sino porque el cansancio se había convertido en una forma de obediencia.

—Necesitamos preservar lo que encontremos —continuó Luján—. Si entramos sin autorización, manipulamos un soporte y después lo entregamos, la defensa dirá que lo fabricamos.

—¿Y si esperamos una orden? —pregunté.

—La petición pasará por un sistema donde alguien ha modificado ya dos incidencias. Puedo llamar directamente a la fiscal Teresa Vidal. Fue quien recibió los primeros datos de Marta, según la carta.

—¿Confías en ella?

—Confío en que una llamada registrada y una instrucción escrita dejan más huella que una decisión nuestra en un sótano.

Marcó desde el dispositivo protegido. No puso el altavoz. Se identificó con nombre, número profesional y situación. Expuso los hechos sin adjetivos: desaparición de menor, alteración de registros, intervención de agentes, soporte potencial en un colegio, riesgo de destrucción. Hizo pausas para que la fiscal preguntara. En un momento se alejó del coche.

Daniel lo siguió con la vista.

—Marta confiaba en Teresa.

—Marta confió en demasiadas personas —respondí.

—Y desconfió de ti al final.

—Lo sé.

—No, Clara. Lo has leído. No es lo mismo que saberlo.

Me volví hacia él.

—¿Quieres aprovechar que nuestra hija está secuestrada para resolver el divorcio?

—Quiero que dejes de llamarla nuestra cuando sirve para reclamarla y tuya cuando sirve para decidir.

La frase dolió porque era exacta.

—Tú firmaste como padre.

—Sí.

—Mentiste cada día.

—Sí.

—¿Y ahora quieres ocupar el lugar moralmente limpio?

—No existe ese lugar. Ese es el problema. Cada vez que intentamos encontrarlo, empujamos a Nora fuera del plano.

Luján regresó antes de que pudiera contestar.

—Teresa abre diligencias y comunica al juzgado de guardia. Nos autoriza a asegurar el posible soporte con presencia de la responsable del centro, sin acceder a su contenido salvo riesgo de pérdida. Quiere que grabemos de forma continua desde la entrada y que dos personas firmen la recogida.

—¿Puede autorizarlo ella? —preguntó Daniel.

—Puede ordenar diligencias urgentes dentro de su competencia y solicitar ratificación judicial. No vamos a registrar una vivienda. La directora del colegio nos dará acceso a una biblioteca y preservaremos un objeto identificado por la denunciante. Si se niega, esperamos al juez.

—¿Y tú?

—Oficialmente estoy suspendido de funciones. Robledo vendrá.

El nombre me sorprendió.

—¿Le has contado dónde estamos?

—Le he contado lo necesario. Ha sido quien corrigió la denuncia y mantuvo la búsqueda cuando su mando quiso cerrarla.

Veinte minutos después, Robledo apareció en un coche sin distintivos. No llevaba uniforme. Traía una cámara corporal, bolsas de evidencia, precintos numerados y una expresión que no admitía agradecimiento.

—Señora Rivas, a partir de ahora no toca nada —dijo.

—Ya he tocado medio país.

—Por eso mismo.

Me entregó guantes, pero no para manipular pruebas. Para evitar que la sangre seca de Iago, todavía en mis manos, contaminara el entorno.

—La entrevista de Alba confirma que Nora salió del campamento a las cinco y diecisiete con Inés y una mujer no identificada —añadió —. La matrícula fue alterada después. Hemos localizado el contrato de alquiler, pero la identidad utilizada pertenece a una fallecida.

—Umbral.

—No escriba nombres de organizaciones en mi atestado hasta que sepamos qué significan jurídicamente.

—Significa que hay funcionarios borrando niños.

—Significa que investigamos falsedad documental, detención ilegal, obstrucción, posible organización criminal y lo que aparezca. Las palabras grandes sirven después de asegurar las pequeñas.

Era la primera persona que hablaba de la investigación sin pedirme que redujera lo imposible a una crisis personal.

Durante el trayecto al colegio, me senté detrás con Daniel. La ciudad pasaba por la ventanilla como un catálogo de la vida de Nora: la tienda donde compramos su primer uniforme, la plaza donde aprendió a montar en bicicleta, el semáforo en el que me preguntó por qué los adultos decían "ya veremos" cuando querían decir no.

—¿Recuerdas el atlas? —preguntó Daniel.

—Recuerdo haberla ayudado a forrarlo.

—Yo estaba allí.

—No en la imagen.

—Porque estabas enfadada conmigo. Había dicho que no era buena idea enseñarle cifrado.

—No le enseñé cifrado. Le enseñé copias.

—Le enseñaste a desconfiar de una única versión.

—Eso parece una virtud ahora.

—También fue lo que la llevó a investigar sola.

La culpa buscaba propietarios. Saltaba de uno a otro porque ninguno podía soportar que fuera compartida.

El colegio Santa Beatriz apareció al final de la calle. Las ventanas superiores reflejaban el último sol. La directora esperaba en la entrada lateral junto a la bibliotecaria. Robledo encendió la cámara y leyó en voz alta la hora, el lugar y el motivo de la actuación.

Antes de entrar, Luján me detuvo.

—Hay una condición de la fiscal.

—¿Cuál?

—Si encontramos el soporte y Nora dejó instrucciones, se respetarán siempre que no pongan en riesgo su vida. No es solo una fuente de prueba. Es una menor con derecho a ser escuchada.

Daniel asintió.

Yo miré la puerta.

Durante once años había traducido el amor a Nora en decisiones tomadas antes de que pudiera formular preguntas. Aquella noche, por primera vez, la investigación dependía de obedecer una instrucción que ella había dejado para nosotros.

—Entramos —dije.

29

La biblioteca del colegio Santa Beatriz cerraba los viernes a las ocho.

Llegamos a las siete y cuarenta. Luján aparcó dos calles más allá. Daniel insistió en entrar conmigo; le recordé el mensaje de Nora.

—Puede que sea una trampa —dijo.

—También puede que sea la primera decisión suya que respetamos.

El colegio ocupaba un antiguo convento reformado. Conservaba techos altos, suelo de mosaico y muros capaces de devolver cada paso, pero las puertas llevaban lectores electrónicos y las aulas dependían de una red inalámbrica. Conocía aquellos pasillos por reuniones, festivales y tardes de espera. Esa noche, abiertos con una tarjeta duplicada y sin voces infantiles, parecían una copia defectuosa del lugar.

En el tablón de honor no había fotografías de Nora. En la pared del comedor, donde antes colgaba un dibujo suyo de un pulpo con zapatillas, había un espacio ocupado por un paisaje.

—Han rehecho el edificio —murmuré.

—Solo los rastros —dijo Luján.

La biblioteca estaba en el segundo piso. Filas de estanterías bajas, cojines de colores y una mesa central con marcas de rotulador. Fui directa a la sección infantil.

El catálogo digital ocupaba una pantalla junto a la entrada. En una cajonera baja sobrevivían fichas antiguas con signaturas retiradas, anotaciones a lápiz y préstamos que nadie había migrado. Nora conocía ambos sistemas. Sabía qué registraba la cámara, qué estantes quedaban fuera de plano y qué libros seguían físicamente allí después de desaparecer del buscador.

La ciudad donde nadie podía mentir no era un libro publicado. Era un cuaderno azul que yo había escrito con Marta de niñas y reescrito para Nora. Recordé haberlo donado al colegio durante una campaña de cuentos familiares.

—Estante de autores anónimos —dije.

Había veinte cuadernos artesanales. El azul no estaba.

Busqué detrás, debajo, dentro de las cajas de lectura. Nada.

—Llegamos tarde —dijo Luján.

—Nora no dejaría una copia en el lugar obvio.

Sus préstamos de los últimos meses formaban un recorrido que antes había parecido curiosidad: novelas sobre dobles, manuales de códigos sencillos y biografías de personas que utilizaron otros nombres. No era una clave completa. Era la preparación de una niña que había aprendido que una clasificación podía ocultar tanto como ordenar.

Miré la mesa. Los niños aprendían a leer allí. Debajo había cajones con fichas de préstamos. Abrí el correspondiente a la letra M, de mentira.

Dentro encontré una tarjeta de biblioteca a nombre de Nora Rivas.

El primer documento que confirmaba su existencia.

En el reverso había una serie de números: 3-9-4-1-4-1.

—¿Una signatura? —preguntó Luján.

—No. Coordenadas de estantería: fila tres, módulo nueve, balda cuatro, libro uno, página cuarenta y uno.

El libro era una edición infantil de Alicia en el país de las maravillas. En la página cuarenta y uno, una frase estaba subrayada: "Yo sabía quién era esta mañana, pero he cambiado varias veces desde entonces".

La cubierta posterior tenía un corte fino. Dentro había una tarjeta de memoria.

—La tercera pieza —dije.

Una voz a nuestra espalda respondió:

—No. Solo el anzuelo.

Julia Montalbán estaba junto a la puerta.

No la había visto en once años y, sin embargo, la reconocí antes de que mi memoria le devolviera el nombre. Sesenta años, cabello blanco cortado a la altura de la mandíbula, traje oscuro sin una arruga. La misma voz de la habitación sin ventanas.

Los nombres son puertas.

Llevaba un arma apuntando al suelo.

—Nora está viva —dijo—. Y seguirá estándolo si dejas de buscar la versión de la verdad que te permite sentirte inocente.

Daniel apareció en el pasillo detrás de ella.

Julia alzó el arma.

—Te pidió que no le enseñaras la carta. No que trajeras a su padre.

—No soy su padre —dijo Daniel.

—Por fin una verdad.

Julia me miró.

—Ven conmigo, Clara. Es hora de que recuerdes por qué inventaste a tu hija.

PARTE II

LAS VIDAS PRESTADAS

INTERLUDIO XI

REGISTRO DE ELENA VIDAL: 3 DE AGOSTO

00:18. Llega M.R. con contracciones regulares. Se niega a utilizar centro hospitalario por riesgo de localización. A.R. presente. J.M. informada.

00:41. M.R. solicita que no se avise a C.R. Razón declarada: "Clara intentará activar Umbral y no sé quién está escuchando".

01:10. Frecuencia fetal estable. M.R. cambia nombre previsto de Nora a Sara por presión del progenitor y por la posibilidad de que los registros de búsqueda utilicen el nombre original. Expresa intención de recuperar Nora tras salida segura.

02:57. Nace menor. Peso y constantes dentro de rango. Pequeña intervención detrás de oreja derecha por lesión superficial. Queda cicatriz.

03:11. M.R. graba declaración de violencia y voluntad de protección.

05:20. J.M. propone identidad de tránsito para madre e hija. M.R. rechaza. Solicita salida legal y entrega de pruebas a fiscal T.V.

07:45. M.R. duerme. A.R. sostiene a la menor.

08:30. Se crea copia del vídeo en soporte físico. M.R. divide información de Libro de Ausencias.

09:12. M.R. deja sobre para C.R. y carta para la menor.

10:03. Pregunta: "Si todo sale mal, ¿Clara sabrá quererla sin convertirla en una culpa?". No se registra respuesta.

Observación de Elena Vidal: la paciente no solicita que C.R. figure como madre. Solicita que C.R. impida entrega al progenitor si ella muere o desaparece. Cualquier interpretación adicional deberá revisarse con la menor al alcanzar edad suficiente.

Anotación posterior de J.M.: el registro no debe incorporarse al sistema general. Riesgo de exposición.

Anotación posterior de C.R.: no consta.

30

Julia cerró la puerta de la biblioteca con el talón.

No había nadie más a la vista, pero eso no significaba que estuviera sola. Nunca significaba eso con personas como ella. Su poder no procedía del arma, sino de la certeza de que las habitaciones se habían preparado antes de que los demás entraran.

Llevaba un traje oscuro sin chaqueta y zapatos planos. No había nada llamativo en su apariencia, pero cada objeto que portaba tenía una función: reloj sin conexión, guantes finos en un bolsillo, bolígrafo metálico capaz de romper cristal y una cartera con compartimentos blindados. Julia no necesitaba parecer poderosa. Había eliminado de su aspecto todo lo que pudiera convertirse en recuerdo distintivo.

Se situó entre la mesa y la única salida sin mirar atrás. Desde allí controlaba la tarjeta, mi cuerpo y el reflejo de las ventanas. Conocía la disposición del edificio porque había elegido la hora exacta en que el personal se marchaba y las luces exteriores todavía dificultaban ver desde el patio. La escena no dependía de una amenaza explícita. Dependía de que todas las opciones hubieran sido reducidas antes de mi llegada.

La tarjeta sobre la mesa tenía un borde raspado y una mancha de tinta azul. Julia la examinó sin conectarla. Utilizó una lupa, comprobó el peso y midió el grosor con una herramienta plegable. Buscaba señales de sustitución física antes de preocuparse por el contenido. La prudencia revelaba que también desconfiaba de Baeza y de quienes supuestamente obedecían sus órdenes.

La biblioteca acumulaba miles de voces impresas, pero el silencio se organizó alrededor de Julia. Su control no procedía de saberlo todo. Procedía de conseguir que los demás asumieran que cada palabra, movimiento o demora ya había sido prevista.

—Deja la tarjeta sobre la mesa —dijo.

La mantuve entre dos dedos.

—Primero quiero hablar con Nora.

—No estás en condiciones de imponer requisitos.

—Entonces dispara y busca la tarjeta entre mi sangre.

Daniel dio un paso. Julia movió el cañón apenas unos centímetros y él se detuvo.

—Sigues confundiendo impulsividad con valor —dijo ella.

—Y tú sigues confundiendo control con razón.

Su mirada se afiló. Había dicho aquella frase antes. Lo supe por la forma en que el silencio se ajustó entre nosotras.

Luján permanecía junto a la estantería, con las manos visibles. Julia no le había pedido que entregara el arma. Quizá sabía que no podía alcanzarla antes de que disparase. Quizá había otra razón.

—Marcos —dijo—, cierra la salida del pasillo.

Luján no se movió.

—Ya no trabajo para usted.

—Nunca trabajaste para mí. Trabajabas para la continuidad.

—La continuidad empezó a vender expedientes.

—La continuidad pagó casas, abogados, documentos y años de invisibilidad. La pureza moral no financia una red.

—El tráfico de identidades sí, por lo visto —dije.

Julia me observó con algo parecido al cansancio.

—Tú diseñaste la primera tarifa.

—Para cubrir costes.

—Y yo descubrí que los costes no terminan cuando la víctima cruza una puerta. Necesita trabajo, colegio, médico, una historia. Todo eso cuesta. A veces la única forma de salvar a una persona es aceptar dinero de otra que no merece ser salvada.

—Después empezaste a vender nombres a delincuentes.

—Después dejaste de mirar. Es una diferencia importante.

La acusación encontró un lugar abierto dentro de mí. No supe si era verdad, pero Julia supo que había acertado.

—Nora —repetí—. Quiero verla.

Sacó un teléfono del bolsillo y lo dejó sobre una mesa. En la pantalla apareció una imagen en directo: una habitación sencilla, una cama, una lámpara. Nora estaba sentada en el suelo, escribiendo en un cuaderno.

El aire desapareció de mis pulmones.

Llevaba la sudadera amarilla que había metido en su mochila. Tenía el pelo recogido y una pequeña herida en la barbilla. Parecía cansada, no aterrorizada.

—Activa el sonido.

—No.

—¿Puede vernos?

—No.

Me acerqué un paso. Julia levantó el arma.

—¿Dónde está?

—En un lugar donde Andrés no puede encontrarla.

—Tú trabajas con Andrés.

—Trabajé con él. También trabajé contigo. Las alianzas son herramientas, no matrimonios.

—Mató a Marta.

Por primera vez, la expresión de Julia cambió. No a culpa. A memoria.

—Sí.

La palabra fue tan limpia como un corte.

—Y lo protegiste.

—Protegí Umbral.

—Protegiste a un asesino.

—Si Andrés caía, entregaba ciento cuarenta y siete identidades. Había copiado suficientes expedientes para hundirnos. Nos dio una opción: su libertad o las vidas de todas esas mujeres.

—Elegiste su libertad.

—Elegí ciento cuarenta y siete vidas frente a una justicia que no devolvería a Marta.

Daniel dejó escapar un sonido de repulsión.

—No eran tuyas para ponerlas en una balanza.

Julia lo ignoró.

—Clara entendió la decisión.

—No —dije.

—La ejecutaste. Fuiste tú quien limpió el expediente de Andrés, quien eliminó los enlaces con Umbral y quien creó la identidad de Nora. Yo conseguí sellos. Tú hiciste desaparecer la verdad.

La pantalla mostraba a Nora pasando una página. Levantó la cabeza de repente, como si hubiera oído algo fuera de la habitación. La imagen se congeló.

—La transmisión ha terminado —dijo Julia—. Puedes venir conmigo y hablar con ella en persona. O puedes seguir aquí, rodeada de hombres que llevan once años diciéndote qué debes recordar.

—¿Y ellos?

—Se marchan.

—No te creo.

—No necesito que me creas. Necesito la tarjeta.

La dejé sobre la mesa, pero mantuve un dedo encima.

—Daniel sale primero. Luego Luján. Cuando me confirmen que están fuera, voy contigo.

Julia sonrió de manera casi imperceptible.

—Estás volviendo.

—No confundas negociación con obediencia.

—Nunca lo hice. Por eso te elegí.

Daniel se acercó a mí. Julia le permitió hacerlo.

—No vayas —susurró.

—Nora está con ella.

—Eso es lo que quiere que pienses.

—La he visto.

—Has visto una pantalla.

—Y tú llevas once años escondiéndome pantallas enteras.

Su mano rozó la mía. Sentí un pequeño pinchazo en la muñeca.

Daniel se apartó sin mirarme.

—Volveré a por ti —dijo.

—Encuentra a Nora, no a mí.

Luján salió detrás de él. Antes de cruzar la puerta, se tocó una vez la base del cuello.

No era el código antiguo. Era una pregunta.

¿Estás comprometida?

Respondí con la palma sobre el pecho.

Documento alterado.

Julia lo vio.

—Los códigos solo sirven mientras el adversario no los conoce.

—Entonces será mejor que averigües cuál de las dos está mintiendo.

Solté la tarjeta.

Julia la recogió.

—Vamos a San Dimas —dijo—. Allí empezó tu maternidad.

31

El coche de Julia no tenía matrícula visible.

Un hombre esperaba al volante, separado de nosotras por un cristal oscuro. Julia se sentó a mi lado en la parte trasera. No me esposó. Tampoco revisó mis bolsillos. Confiaba en su preparación o quería que yo creyera que no necesitaba temerme.

Las ventanillas no podían bajarse y las manillas interiores habían sido retiradas. El tapizado era liso, sin bolsillos ni costuras profundas, y el aire llegaba por una ventilación independiente. El vehículo estaba preparado para transportar personas sin conservar casi nada de ellas.

La ciudad avanzó al otro lado de las ventanillas tintadas. No reconocí el recorrido hasta que entramos en Lavapiés y descendimos por una calle estrecha cerrada al tráfico.

Intenté memorizar secuencias en lugar de nombres: tres giros a la izquierda, una pendiente larga, olor a pan, adoquines, el temblor de una línea de metro bajo el suelo. Era la misma técnica que Nora utilizaba para contar ventanas. Cuando los documentos podían cambiar, la memoria espacial se convertía en una forma de resistencia.

Calle San Dimas, 17.

La dirección de la carpeta roja.

El edificio había albergado una pequeña imprenta municipal y, después, un almacén de telas. La fachada conservaba letras fantasma y un relieve religioso casi borrado por la pintura. Entramos por un portal sin timbres, sobre baldosas de estrellas rotas. El conductor abrió una puerta interior y bajamos dos pisos.

El sótano olía a humedad y lejía.

La memoria regresó a través del cuerpo.

Antes de reconocer una sola pared, supe dónde estaba el interruptor. Supe que el tercer escalón estaba roto. Supe que detrás del falso armario había una habitación con dos salidas.

Encendí la luz.

Archivadores grises. Una mesa larga. Un mapa de España cubierto de alfileres. Una tetera roja sobre una placa eléctrica desconectada.

La habitación blanca.

—Lo habéis conservado —dije.

—Tú pediste que nadie lo desmontara.

—¿Por qué?

—Dijiste que algún día volverías para destruirlo correctamente.

Caminé hacia los archivadores. En el primero, cada cajón llevaba una letra. No eran apellidos, sino niveles de intervención: Acompañamiento, Borrado, Cruce, Desaparición.

El cajón CERO estaba vacío.

—¿Dónde están los expedientes?

—No existen en papel desde hace diez años.

—Marta sí guardaba papel.

—Marta tenía una fe romántica en las pruebas físicas. Murió rodeada de ellas.

Me volví.

—No vuelvas a hablar de ella como si su muerte demostrara que tú tenías razón.

Julia dejó el arma sobre la mesa. El gesto no era una rendición. Quería que la conversación pareciera voluntaria.

—Marta confundió verdad con exposición. Creía que publicar nombres de culpables podía hacerse sin que el resto de la estructura se derrumbara. No entendió que los sistemas clandestinos no tienen paredes interiores. Rompes una y cae la casa.

—Por eso la dejaste morir.

—No sabía que Andrés iba a matarla esa noche.

—Pero sabías que la amenazaba.

—Sí.

—Y sabías que tenía una niña.

—Sí.

Cada respuesta era una piedra colocada con cuidado.

—¿Por qué no avisaste a Marta de que Andrés tenía los nombres?

—Porque fue Marta quien se los dio.

Me reí. Sonó mal en la habitación.

—Eso es mentira.

—Buscaba una prueba. Le entregó una lista parcial marcada para rastrear por dónde circulaba. Andrés comprendió lo que era, amplió el acceso y tomó expedientes reales. Tu hermana creó la brecha que intentaba demostrar.

—Y tú utilizaste su error para protegerte.

—Utilicé su error para salvar a quienes había puesto en peligro.

Julia abrió un archivador lateral y sacó una caja transparente. Dentro había un teléfono antiguo, un manojo de llaves y una pulsera hospitalaria.

La pulsera llevaba mi nombre.

CLARA RIVAS. URGENCIAS. 20/08.

—Después del incendio sufriste una crisis aguda —dijo—. Te encontraron caminando junto al río con Nora en brazos. Llevabas sangre de Marta en la ropa y repetías que habías llegado diecisiete minutos tarde.

El número se clavó en mi cabeza.

Diecisiete minutos.

—¿Por qué tarde?

—Marta te llamó a las tres y doce. Tú estabas aquí, cerrando accesos. Yo te ordené que no respondieras hasta verificar si la llamada estaba intervenida. Esperaste diecisiete minutos.

La cinta estaba etiquetada a las 03:12.

—Cuando llegué…

—Marta seguía viva.

La habitación se estrechó.

—No.

—Sí.

—La autopsia dijo…

—La autopsia se modificó para colocar la muerte antes de tu llegada. Cuando entraste, Andrés ya se había marchado. Marta respiraba. Tú cogiste a la niña y llamaste a Daniel antes que a emergencias.

—No.

—Tenías miedo de que la policía devolviera a Nora a su padre. Elegiste sacar a la niña. Cuando llegó la ambulancia, Marta había muerto.

Me apoyé en la mesa.

La voz de Marta volvió desde la cinta: si has llegado antes que él, coge a Sara y vete.

—Ella me lo pidió.

—Te pidió que salvaras a su hija. No que la dejaras morir.

—Tú me ordenaste esperar.

—Y tú obedeciste.

La crueldad de Julia consistía en no ofrecerme una mentira completa. Colocaba la verdad suficiente para que yo terminara de herirme sola.

—¿Nora sabe esto?

—Sabe que llegaste a tiempo para elegir.

—Quiero verla.

—La verás cuando recuerdes qué hiciste con tu parte del Libro.

—La destruí.

—No. Te conozco. Nunca destruyes la única copia.

—La mochila cayó en la rotativa.

Julia sonrió.

—Eso era un índice. El Libro no cabe en un disco. No es solo información. Es la arquitectura que permite demostrar que cada identidad fue creada por nosotros. Sin tu clave raíz, son nombres aislados y delitos inconexos.

—¿Y Nora tiene la clave?

—Tiene algo que cree que es la clave.

—¿Por eso la secuestraste?

Julia se acercó hasta quedar a un paso.

—Nora no fue secuestrada. Nora pidió desaparecer de ti.

32

La primera reunión de Umbral se celebró diecisiete años antes en la trastienda de una librería.

Lo recordé mientras Julia hablaba.

Marta había llegado con una mujer llamada Nuria y dos niños que no paraban de mirar la puerta. El marido de Nuria era funcionario de prisiones. Había descubierto el refugio anterior consultando la matrícula escolar del mayor. La policía recomendó una orden de alejamiento. Él la violó siete veces.

La librería se llamaba El Pasaje y vendía ensayo, manuales universitarios y libros de segunda mano. La trastienda tenía una mesa plegable, cajas de novedades y un lavabo separado por una cortina. Nadie habría elegido aquel lugar para fundar una organización. Precisamente por eso resultó posible. Las personas llegaban por separado, compraban algo barato y esperaban a que el propietario cerrara la persiana.

No existía todavía una doctrina. Había una periodista, una técnica de datos, una abogada, un médico, dos trabajadoras sociales y personas que habían visto fracasar órdenes de alejamiento, refugios saturados y traslados mal coordinados. Cada una aportaba una parte del problema. Los primeros acuerdos se escribieron en hojas arrancadas de cuadernos y se destruyeron al terminar. La ausencia de actas parecía prudencia; también eliminaba la posibilidad de discutir responsabilidades después.

Marta insistía en que toda intervención debía tener una salida. Julia insistía en que la urgencia no podía esperar a consensos perfectos. Yo convertía ambas posiciones en procedimientos. Así nació el defecto central de Umbral: la excepción se documentaba con precisión, pero nadie diseñó con la misma precisión el momento en que debía dejar de ser excepción.

—No necesita otra dirección —dijo Marta—. Necesita dejar de ser localizable.

Yo trabajaba entonces en una empresa que digitalizaba archivos municipales. Sabía cómo se conectaban padrón, sanidad, educación, tributos y servicios sociales. También sabía que la seguridad de aquellos sistemas dependía menos de la tecnología que de la fatiga de quienes los usaban.

Julia era una jueza joven con fama de resolver lo que otros aplazaban. Daniel, médico forense recién incorporado, examinaba a mujeres cuyas lesiones terminaban archivadas como accidentes domésticos. Iago documentaba casos que nunca publicaba. Marta reunía a todas las personas.

Ninguna de nosotras dijo vamos a crear una red clandestina.

Dijimos ayudaremos a una mujer.

Después ayudamos a otra.

Yo diseñé identidades puente: no falsificaciones completas, sino inconsistencias suficientes para desviar consultas. Un segundo apellido omitido. Un expediente sanitario trasladado con error. Una matrícula escolar vinculada a un domicilio administrativo. Julia conseguía resoluciones de protección. Daniel emitía informes. Marta acompañaba. Iago convencía a funcionarios de que no hicieran preguntas.

Nuria y sus hijos desaparecieron de Madrid. Se convirtieron en la familia Navas en una ciudad del norte. Durante años enviaron postales sin remite.

La primera llegó a San Dimas con una frase:

Por primera vez, mis hijos duermen sin zapatos.

Creímos que aquello nos absolvía de todo.

—Tú inventaste los códigos —dijo Julia en el sótano—. Las señales, las frases, las capas de acceso. Yo solo les di continuidad.

—Yo nunca autoricé vender identidades.

—Autorizaste cobrar a hombres que querían proteger patrimonio antes de un divorcio.

Una imagen emergió: un empresario sentado frente a mí, explicando que su esposa era inestable. Julia había presentado una orden. Yo había migrado cuentas a una sociedad instrumental. Meses después supe que no había esposa violenta; había dinero oculto.

—Dijiste que era una excepción —murmuré.

—Y tú aceptaste porque necesitábamos financiar tres extracciones.

—Me mentiste.

—Te ofrecí una versión que podías soportar.

—Eso no es consentimiento.

—No. Es gobierno.

La palabra me devolvió la voz de Marta durante nuestra última discusión.

No estás salvando a nadie, Clara. Estás aprendiendo a gobernar vidas desde una habitación sin ventanas.

Había ocurrido allí, junto a la tetera roja. Marta lanzó sobre la mesa una lista de pagos. Yo le dije que exageraba, que sin Julia no habría red. Marta respondió que una red capaz de decidir quién merecía desaparecer terminaría decidiendo quién merecía existir.

—Ella descubrió que eras Ausencia —dije.

Julia no negó de inmediato.

—Ausencia no era una persona.

—Era tu nivel de acceso.

—Era el mecanismo de decisión.

—Que controlabas tú.

—Que controlábamos cuatro personas.

—¿Quiénes?

—Tú, yo, Marta y Daniel.

—Daniel no tenía acceso a datos.

—Tenía acceso a cuerpos. Declaraba cuándo una víctima podía ser trasladada, cuándo una lesión justificaba una medida, cuándo

una muerte podía sostener una desaparición.

—¿Y Andrés?

—Era seguridad externa. Marta lo introdujo cuando todavía creía que podía salvarlo de sí mismo.

La memoria me mostró a Andrés en la librería, joven, amable, cargando cajas. Siempre había sido útil. Siempre sabía qué policía estaba de guardia, qué carretera tenía controles, qué denuncia se archivaría.

—Cuando Marta intentó expulsarlo, ya conocía la red —continuó Julia—. Robó una lista. Exigió protección. Nosotros cedimos.

—Y después de matarla seguiste trabajando con él.

—Lo mantuve cerca. Un enemigo vigilado es menos peligroso que un enemigo libre.

—Eso te dices para dormir.

—Yo no duermo.

Julia tomó la pulsera hospitalaria y la dejó delante de mí.

—Tras la muerte de Marta pediste activar CERO para Nora, para ti y para Daniel. Luego cambiaste de opinión. Dijiste que no querías desaparecer; querías construir una vida tan sólida que Andrés no pudiera arrancárosla. Creaste colegios, médicos, fotografías, recuerdos. Convenciste a tu madre, a tus amigos y a ti misma.

—Las fotografías eran reales.

—Por supuesto. La infancia de Nora fue real. La mentira estaba debajo.

—¿Por qué borrar todo ahora?

—Porque ella accedió al Libro. Porque Andrés lo sabe. Y porque tú llevas seis meses acercándote otra vez a él.

—No he visto a Andrés en once años.

Julia abrió un cajón y sacó una serie de fotografías.

En todas aparecía yo.

Frente a la oficina de Andrés. Siguiendo su coche. Entrando en el edificio donde vivía. Dejando una caja en su portal.

Fechas de los últimos cuatro meses.

—No recuerdo haber hecho esto.

—Ese es el problema, Clara. No podemos proteger a Nora de un enemigo al que buscas durante episodios que después borras.

INTERLUDIO XII

LA ÚLTIMA DISCUSIÓN ENTRE HERMANAS

Marta llegó a San Dimas con una carpeta de pagos.

Clara estaba migrando tres expedientes. No levantó la vista.

—Julia vende identidades —dijo Marta.

—Cobra por operaciones de cobertura.

—A hombres investigados por fraude, violencia y tráfico.

—El dinero financia extracciones.

—Eso dice ella.

Marta dejó la carpeta sobre el teclado.

—Mira los nombres.

Clara reconoció a un empresario cuya esposa había solicitado protección. Umbral había trasladado activos a otra identidad. Julia explicó que el hombre era víctima de una pareja extorsionadora. Los documentos mostraban lo contrario.

—Me engañó —dijo Clara.

—Te dio una razón que querías creer.

—No podía verificar cada historia sin exponer a las víctimas.

—Entonces no podíamos aceptar clientes que pagaran.

—Sin ellos cerramos tres casas.

—Cerradlas.

—¿Y las mujeres dentro?

—Buscamos financiación legal.

—Tardará meses.

—Siempre utilizas el daño inmediato para justificar un sistema que produce daños invisibles.

Clara se levantó.

—Tú traes casos, exiges que los resolvamos y luego te indignas porque la solución no es limpia.

—Me indigno porque hemos empezado a llamar solución a cualquier cosa que mantenga Umbral vivo.

—Umbral salva personas.

—También nos convierte en personas que deciden qué sacrificio es aceptable.

—Alguien tiene que decidir.

—No siempre nosotras.

Marta señaló la habitación sin ventanas.

—Estás aprendiendo a gobernar vidas desde aquí.

—Y tú estás aprendiendo a publicar peligros desde una redacción.

La frase hirió porque tenía parte de verdad.

Marta recogió la carpeta.

—Voy a entregar pruebas a Teresa.

—Si lo haces sin separar identidades, Andrés encontrará a todas.

—Entonces ayúdame a separarlas.

—Necesito tiempo.

—No tenemos.

—Eso lo decides tú porque quieres una historia cerrada.

Marta se detuvo en la puerta.

—No quiero una historia. Quiero salir antes de que Sara nazca.

Fue la primera vez que Clara supo que su hermana estaba embarazada.

—¿Sara?

—No preguntes dónde estoy.

—Marta…

—Si de verdad quieres ayudarme, deja de proteger la red de la verdad.

No volvieron a hablar cara a cara.

33

Nuria llegó a la librería con dos hijos, una bolsa de deporte y un labio partido.

La persiana estaba bajada a medias. Marta la hizo pasar sin encender las luces del escaparate. Yo esperaba en la trastienda con un portátil, tres formularios y la convicción arrogante de que los problemas complejos se volvían manejables cuando alguien los traducía a campos.

La librería estaba cerrada al público por inventario. En la planta superior vivía la propietaria, una mujer jubilada que aceptó alojar a Nuria durante dos noches sin conocer el nombre real. Las habitaciones eran pequeñas, con techos inclinados y estanterías llenas de libros escolares. Los niños durmieron vestidos porque nadie podía asegurar cuánto tiempo permanecerían allí.

La bolsa contenía documentos, medicación y tres objetos elegidos por los menores: un coche de juguete, una manta azul y una caja de cromos. Aquellas pertenencias no tenían valor operativo, pero Marta insistió en conservarlas. Una identidad de protección que elimina todo objeto anterior puede salvar un cuerpo y dejar a la persona sin continuidad suficiente para reconocerse.

La primera evaluación de riesgo se realizó sobre una mesa rodeada de novelas. Clara revisó registros y teléfonos. Marta reconstruyó la violencia. Daniel examinó lesiones. Ninguna persona tenía autoridad legal para decidir el traslado. La urgencia y el fracaso institucional llenaron ese vacío, y el éxito inicial convirtió una excepción desesperada en precedente.

Los hijos de Nuria recordaron después la librería por el olor a polvo y por una lámpara con pantalla roja. No recordaron los formularios ni los nombres utilizados. La memoria infantil preservó el lugar mediante detalles que Umbral nunca incluyó en su expediente.

Esa diferencia anticipaba todo lo que la red aprendería a registrar y todo lo que seguiría sin comprender.

El hijo mayor llevaba una carpeta escolar abrazada contra el pecho. La pequeña conservaba una pegatina con su nombre en el abrigo. Esos detalles nos parecieron problemas técnicos: objetos que podían vincularlos con el domicilio, el colegio y las rutinas anteriores. No pensamos que también eran las últimas pertenencias de una vida que íbamos a desmontar.

El proceso comenzó con inventarios. Medicación, tallas, contactos seguros, lugares prohibidos, documentos disponibles, dispositivos que debían abandonarse. Después llegaron las capas administrativas: empadronamiento, asistencia sanitaria, escolarización, empleo, cuentas. Cada solución generaba una nueva dependencia. Para que el colegio aceptara al niño era necesario un registro; para que el registro no revelara la dirección había que implicar a otra persona. La red creció porque la identidad contemporánea no reside en un documento, sino en cientos de sistemas que se confirman entre sí.

Nuria participó al principio. Eligió parte del nuevo nombre, discutió la ciudad y pidió conservar una vía de contacto con su madre. La urgencia redujo esas decisiones. Cuando el primer refugio fue localizado, Julia eliminó la vía de contacto sin consultarla. Yo apoyé la medida porque podía demostrar el riesgo. Marta preguntó qué ocurriría cuando la seguridad exigiera decisiones que Nuria ya no aceptaba. Nadie respondió. Estábamos demasiado ocupados celebrando que seguía viva.

El éxito operativo ocultó el coste humano. Los niños aprendieron nombres nuevos antes de entender por qué no podían mencionar los antiguos. El mayor dejó de participar en clase durante meses. La pequeña preguntaba por la pegatina del abrigo. En nuestros informes, esos efectos aparecieron como adaptación. La palabra convertía el sufrimiento en una fase prevista y nos permitía continuar sin reconocer que también nosotros producíamos daño.

Nombre. Documento. Domicilio. Teléfono. Centro de salud. Colegio de los menores.

Nuria no quiso sentarse.

—Mi marido trabaja en la prisión de Soto —dijo—. Tiene amigos en la policía y una hermana en el ayuntamiento. Sabe dónde está el refugio.

—¿Cómo? —preguntó Julia.

—El mayor tuvo fiebre. Fui a urgencias. Dos horas después él llamó al teléfono de la casa.

Julia miró hacia mí.

—¿Puede localizar una dirección por una atención sanitaria?

—No debería.

—No te he preguntado si debería.

Abrí el portátil. La tarjeta sanitaria de Nuria estaba vinculada a un domicilio protegido, pero el sistema de urgencias había generado una receta electrónica. La dispensación quedó asociada a una oficina de farmacia cercana. Un empleado de la prisión con acceso a una investigación interna podía consultar movimientos de permisos, pero no datos sanitarios. Un cuñado policía sí podía pedir comprobaciones informales. Una hermana municipal podía ver el padrón si conocía el nombre.

No había una gran brecha. Había personas ayudándose con pequeñas ilegalidades que, sumadas, producían una puerta.

—Tiene que salir esta noche —dije.

—¿Adónde? —preguntó Nuria.

Nadie respondió.

El hijo pequeño agarraba un coche de plástico sin una rueda. El mayor, de nueve años, no dejaba de mirar la persiana. Cada vez que un vehículo pasaba por la calle, contenía la respiración.

Marta se arrodilló delante de él.

—¿Cómo te llamas?

Nuria intervino.

—No le preguntes eso.

Marta levantó las manos.

—Tienes razón.

Fue la primera regla de Umbral antes de que existiera Umbral: no pedir a una persona que entregue un dato que pueda convertirla en objetivo.

Julia llamó a tres recursos oficiales. El primero no tenía plazas. El segundo exigía una derivación que no podía tramitarse hasta la mañana. El tercero aceptaba a Nuria, pero solo si acudía a una comisaría a formalizar una ampliación de denuncia. Su marido tenía un compañero de promoción en esa comisaría.

—Ya denuncié —dijo Nuria—. Siete veces.

Sacó de la bolsa una carpeta con copias. Incumplimientos de la orden de alejamiento. Mensajes. Fotografías del coche de él frente al colegio. Un parte médico. La resolución que fijaba un régimen de visitas supervisadas que nunca se había supervisado por falta de personal.

—No voy a volver a contar lo mismo para que otra persona me diga que espere —añadió.

Julia colgó el teléfono.

—Podemos trasladarla a una vivienda privada durante cuarenta y ocho horas.

—Después volverá a ocurrir —dijo Marta.

—Cuarenta y ocho horas permiten pedir medidas.

—Las medidas ya existen.

Yo seguía mirando la pantalla. Había trabajado cinco años en migraciones de datos para la administración. Sabía dónde se duplicaban los registros, qué sistemas actualizaban por la noche y cuáles conservaban una copia local durante semanas. Si Nuria cambiaba de domicilio legal, el nuevo dato se propagaría a doce lugares. Si no lo cambiaba, perdería acceso a ayudas, colegio y médico.

—Podemos crear una identidad de tránsito —dije.

Julia se volvió lentamente.

—Explícalo.

—No una identidad falsa completa. Un conjunto temporal. Otro número sanitario, matrícula escolar provisional, cuenta de pago y contrato de alquiler con documentación de cobertura. Lo suficiente para que no tenga que usar sus datos reales mientras se resuelve el traslado.

—Eso es falsedad documental —dijo Marta.

—También lo es firmar una autorización con un domicilio que sabemos comprometido.

—No son equivalentes.

—Para el hombre que la está buscando, sí.

Nuria se acercó a la mesa.

—¿Tendré que cambiar el nombre de los niños?

La pregunta convirtió el diseño en una vida.

—Solo durante unas semanas —dije.

—¿Y podrán volver al colegio?

—A otro.

—¿Y llamar a mi madre?

—No desde sus teléfonos.

—¿Cuánto tiempo?

Miré a Julia. Ella no miró a nadie.

—Hasta que sea seguro —respondió.

Nuria soltó una risa breve.

—Eso no es una fecha.

Marta se sentó junto a ella.

—No tienes que aceptar.

—¿Cuál es la alternativa?

La habitación quedó en silencio. Consentimiento sin alternativa era una palabra más limpia para la necesidad.

A las once de la noche, Daniel llegó con medicamentos, ropa infantil y un maletín. Exploró a Nuria y comprobó la cicatrización del labio. El hijo mayor tenía una contusión en el hombro. El pequeño, otitis.

—Necesita antibiótico —dijo.

—Si emitimos receta, deja rastro —respondí.

Daniel me miró como si acabara de descubrir la clase de sistema que estábamos construyendo.

—Entonces lo consigo por otra vía.

—Eso también deja rastro.

—Clara, es un niño enfermo.

—Precisamente. Si el padre pregunta en farmacias cercanas…

Marta golpeó la mesa.

—Escucha cómo hablamos. Ya no estamos decidiendo qué necesita Nuria. Estamos optimizando su desaparición.

—Porque la necesita —dijo Julia.

—Necesita que detengan a su marido.

—No lo han hecho.

—Entonces forzamos al sistema.

—¿Esta noche?

Marta no contestó.

La primera identidad puente se llamó Elena Vidal porque era el nombre de una comadrona que había ayudado a mujeres sin papeles y había muerto sin descendientes. Julia conservaba copias de su documentación por un antiguo caso. Yo modifiqué los datos suficientes para crear una cobertura. No entré en un registro central ni borré a Nuria. Construí un pasillo entre bases que no se comprobaban entre sí en tiempo real.

El trabajo duró seis horas.

A las cuatro de la mañana, Nuria era Elena en una tarjeta provisional, en un contrato de alquiler y en una carta de matrícula escolar. Sus hijos tenían apellidos distintos solo en los documentos de tránsito. Daniel consiguió medicación de un lote hospitalario. Marta llamó a una directora de colegio dispuesta a aceptar a los niños sin preguntas durante una semana. Iago documentó cada paso con la condición de que, cuando estuvieran a salvo, publicaría los fallos que lo habían hecho necesario.

—No puede publicarse nunca —dijo Julia.

—Entonces no participo.

—Si publicas el método, el marido aprenderá dónde buscar.

—Puedo anonimizar.

—Las fechas bastan para identificarla.

Nuria escuchó la discusión desde la puerta.

—No publiquéis mi nombre —dijo—. Pero publicad lo que hicieron ellos. Si no, la próxima mujer también tendrá que desaparecer.

Marta escribió aquella frase en la primera hoja del expediente U-001.

Antes del amanecer, subieron a Nuria y a los niños a una furgoneta. Yo le expliqué la regla de los tres niveles: datos que podía usar, datos que debía reservar y datos que no debía recordar en voz alta. El hijo mayor me observaba con una hostilidad adulta.

—¿Cómo me llamo ahora? —preguntó.

Le mostré la tarjeta.

—Durante un tiempo, Marcos.

—No me llamo así.

—Lo sé.

—Entonces no digas que sí.

Guardé la tarjeta.

—Tienes razón. Este documento dice Marcos. Tú decides a qué nombre respondes cuando estéis solos.

Fue la primera concesión ética del sistema y también la más fácil de incumplir después. Al principio, todos creíamos que las identidades puente durarían semanas. Luego aparecieron riesgos, filtraciones, órdenes judiciales contradictorias, agresores con nuevos contactos. Cada prórroga parecía prudente. Cada revisión se aplazaba porque obligaba a preguntar si la persona seguía consintiendo lo que nosotros necesitábamos que continuara.

La furgoneta se marchó.

Nos quedamos cuatro personas en la calle: Marta, Julia, Daniel y yo. Iago observaba desde la puerta de la librería.

—Ha funcionado —dijo Julia.

—Todavía no —respondió Marta—. Funcionará si dentro de un año Nuria sigue viva y puede decidir si quiere continuar.

—Dentro de un año ya no tendrá que esconderse.

—¿Lo sabes?

Julia no respondió.

Yo miré el portátil dentro de la trastienda. Había creado una vida incompleta en una noche. Sentí miedo y orgullo en proporciones que no supe separar.

—Necesitamos un protocolo —dije.

Marta negó.

—Necesitamos que esto sea la última vez.

No lo fue.

Tres meses después, el marido de Nuria localizó la primera vivienda por una prescripción farmacéutica. Hubo que trasladarla de nuevo. Se perdió el contacto con su madre. El hijo mayor dejó de responder incluso a su nombre real. Umbral aprendió a hacer mejor lo que el Estado no había sabido hacer.

Y, en lugar de utilizar esa mejora para exigir un sistema distinto, empezamos a convencernos de que nosotros éramos el sistema.

34

Alicia llevaba la comida a las ocho en punto.

Nora había contado el tiempo por el ruido del sistema de ventilación y por las visitas, porque le habían quitado el reloj. La primera bandeja fue desayuno. La segunda, comida. Aquella era la tercera. Debían de ser las ocho de la tarde del viernes.

La bandeja seguía una pauta nutricional calculada para mantener a Nora estable y reducir cualquier argumento de maltrato visible. Había proteínas, fruta pelada, agua en botella sin etiqueta y una dosis exacta de su antihistamínico. El cuidado material era parte del dispositivo de control. Permitía a los responsables describir el encierro como protección y conservar fotografías donde la menor aparecía alimentada, limpia y sin lesiones evidentes.

Nora registraba detalles. La temperatura de la comida indicaba la distancia desde la cocina. Las marcas de presión en la botella mostraban que alguien la había sostenido con guantes. Una fibra azul en el borde de la bandeja coincidía con el uniforme de Inés. El fondo tenía una etiqueta retirada cuyo adhesivo conservaba dos cifras. Cada elemento podía ayudar a reconstruir el edificio o a identificar a quienes entraban.

La habitación cambiaba ligeramente después de cada periodo de sueño. Una silla aparecía unos centímetros desplazada. El recipiente de residuos se vaciaba sin que Nora oyera la puerta. El espejo tenía una zona más limpia. Esos cambios demostraban que existía un acceso secundario o que la sedación alteraba su percepción del tiempo. Nora decidió no consumir de inmediato todo lo que recibía y observó qué alimentos eran sustituidos con mayor rapidez.

Alicia intentaba mantener distancia, pero dejaba señales involuntarias: el cansancio en la forma de apoyar la bandeja, una uña rota, el olor a humo en la ropa, la mirada repetida hacia la

cámara. Nora comprendió que la mujer no ocupaba una posición estable dentro de Umbral. Esa debilidad no garantizaba ayuda. Solo abría la posibilidad de que una orden futura encontrara resistencia.

Quedaba un día y unas horas hasta la fecha de cierre de su expediente.

—¿Qué significa fecha de cierre? —preguntó cuando Alicia entró.

La mujer dejó la bandeja.

—No sé de qué hablas.

—Entonces sabes exactamente de qué hablo.

Alicia se sentó en la silla. Tendría unos cuarenta años. Una línea blanca cruzaba su ceja y llevaba una alianza en una cadena alrededor del cuello.

—Cierre significa que una identidad deja de utilizarse.

—¿Voy a tener otra?

—Puede que sí.

—¿Y Clara?

—Tu madre también recibirá protección.

—No has dicho cuál.

Alicia suspiró.

—Marta te dio a luz. Clara te crió. Las dos cosas pueden ser verdad.

—¿Tú conociste a Marta?

—No.

—¿Y a Clara?

—Sí.

—¿Me quería cuando me llevó?

La pregunta salió más pequeña de lo que Nora quería. Miró la bandeja para no ver la respuesta en la cara de Alicia.

—Estaba aterrorizada —dijo la mujer—. A veces el amor empieza como miedo a perder algo.

—Eso lo dice la carta.

Alicia se quedó inmóvil.

—¿Qué carta?

Nora comprendió el error. Bajó la vista y cortó un trozo de tortilla.

—Una carta que imaginé.

—Nora.

—Sara.

La mujer se levantó y salió sin cerrar del todo. Nora oyó voces en el pasillo. No distinguió palabras, solo un nombre: Julia.

Esperó.

Había aflojado uno de los tornillos de la rejilla de ventilación con el borde metálico del cuaderno. Lo retiró. El conducto era demasiado pequeño para pasar, pero contenía cables de red. Nora había aprendido a distinguirlos de los eléctricos en un taller del colegio. Cortó el revestimiento de uno con la esquina de la bandeja y sacó dos hilos.

No tenía ordenador. Tenía el pequeño dispositivo que había ocultado dentro de la suela de la zapatilla: una placa con memoria y un emisor de baja potencia que había comprado para un proyecto de ciencias. Clara la habría castigado por llevarlo al campamento. Clara castigaba primero y preguntaba después cuando tenía miedo.

Conectó los hilos como había practicado. Una luz verde se encendió.

El dispositivo no podía navegar, pero sí enviar un paquete breve a una dirección programada.

MAMÁ SI ESTÁS CON PAPÁ NO LE ENSEÑES LA CARTA.

Lo había enviado horas antes. No sabía si llegó.

Ahora escribió otro mensaje, pero no lo transmitió.

NO HE PEDIDO DESAPARECER. DIJE QUE QUERÍA SABER LA VERDAD.

Oyó una puerta abrirse. Guardó el dispositivo en la manga.

Inés entró.

—Tenemos que trasladarte.

—¿Adónde?

—A Casa Cero.

Nora conocía la fotografía. La casa de contraventanas azules.

—¿Julia va a llevar allí a Clara?

Inés evitó mirarla.

—Eso depende de Clara.

—No. Depende de lo que le digáis.

La directora recogió la mochila de Nora.

—Hay cosas que una niña no puede entender.

Nora se calzó despacio.

—Eso es lo que decís justo antes de hacer algo que entendería demasiado bien.

INTERLUDIO XIII

CUADERNO ELENA: OPERACIÓN DIECISIETE

Objetivo: obligar a A.G. a mover su garantía documental sin alertar a J.M.

Premisa: A.G. conserva pruebas de los cambios posteriores a la muerte de Marta. No puede destruirlas porque son su seguro frente a Julia. Tampoco puede mantenerlas siempre en el mismo lugar si cree que han sido localizadas.

Método:

- Caja 1: recortes de prensa con marcas sobre fechas inconsistentes.

- Caja 2: copia incompleta del informe forense.

- Caja 3: cilindro con microcámara y mensaje sobre la lista.

- Caja 4: frase "Te quedan diecisiete minutos".

Resultado esperado: A.G. contactará con J.M. y trasladará la copia o a la persona que la custodia.

Riesgo: Daniel detectará desplazamientos. Considerará recaída clínica. No informarle; su prioridad es estabilidad familiar y puede negociar con J.M.

Riesgo: Nora empieza a investigar. Ha encontrado cuaderno azul. Cambiar ubicación de archivos, pero no borrar. Si los borro, confirmará que existe algo.

Riesgo principal: despertar después de cada operación sin recuerdo integrado. La medicación reduce consolidación, no elimina trazas. Puedo dejar señales que Julia interprete como descompensación y que yo misma interprete como amenaza externa.

Regla: nunca actuar con Nora presente. Nunca llevar arma cargada. Nunca entrar en domicilio de A.G. sin salida visible.

Recordatorio para Clara: no estás enferma por querer demostrar qué ocurrió. Sí estás utilizando tu enfermedad como herramienta sin informar a nadie. Si el plan fracasa, no conviertas la sofisticación en excusa.

La raíz requiere C + M. La primera mentira abre, no valida.

Si olvidas el objetivo, mira la cicatriz de Nora y recuerda que un cuerpo conserva datos que un expediente puede borrar.

35

Alicia no debía hablar con la menor más de diez minutos seguidos.

La instrucción de Julia aparecía en el manual operativo: limitar vínculo, evitar promesas, no discutir la legitimidad del traslado. La relación personal convertía una custodia en una negociación y Umbral funcionaba precisamente porque sus operadores ejecutaban decisiones tomadas en otra parte.

Había entrado en Umbral después de trabajar en un centro de acogida. Conocía los turnos imposibles, las decisiones urgentes y la forma en que una institución puede llamar protocolo a la falta de tiempo. Julia la reclutó por su capacidad para cumplir instrucciones bajo presión. Alicia aceptó porque creía que una red pequeña podría hacer lo que la administración no conseguía: mover a una persona antes de que el agresor llegara.

Durante años se especializó en traslados. Preparaba bolsas sin objetos rastreables, comprobaba rutas, enseñaba a reconocer seguimientos y acompañaba las primeras noches. Guardaba una lista privada de las personas a las que había visto dormir por fin. Nunca registró a quienes pidieron regresar, a quienes perdieron contacto con hermanos o a quienes descubrieron tarde que una protección temporal se había convertido en identidad permanente.

Nora alteraba ese equilibrio porque no encajaba en la categoría de víctima que Alicia necesitaba. Observaba, preguntaba y distinguía entre peligro y autoridad. Cada minuto adicional de conversación hacía visible que la menor comprendía la situación lo suficiente para rechazarla. Pulsar la alarma habría protegido el procedimiento. No hacerlo era la primera decisión de Alicia que reconocía a Nora como persona antes que como expediente.

Alicia llevaba cuarenta minutos sentada frente a Nora.

La niña había dibujado una cuadrícula en el cuaderno y utilizaba trozos de pan como fichas. Las blancas eran migas compactadas. Las negras, pedazos de corteza.

—No sabes jugar al ajedrez —dijo Alicia.

—No es ajedrez.

—Hay un tablero y dos bandos.

—Es una red. Cada casilla es un lugar donde alguien puede encontrarte.

Nora movió una miga desde el centro hasta una esquina.

—Esta es una mujer que cambia de domicilio. El padrón se actualiza, pero el colegio conserva una copia anterior. El agresor llama fingiendo ser el padre y pregunta por una excursión. La secretaria confirma el nombre del centro nuevo.

Alicia dejó de mirar el reloj.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Nadie. Leí los expedientes.

—No has leído los expedientes completos.

—He leído suficientes errores.

La niña colocó una corteza junto a la miga.

—Este es el agresor.

—¿Y cuál es la solución?

—No sé. Pero fingir que la mujer murió no arregla que la secretaria entregue información.

—Evita que la llame.

—Hasta que otra cosa falle.

Alicia recordó su segunda identidad. La primera había durado nueve días. La segunda, siete años. En ninguna revisión le preguntaron si quería recuperar el apellido de su madre. Cuando lo planteó, Julia le explicó que una modificación generaría enlaces y que el riesgo seguía activo. Alicia aceptó. Después aceptó trabajar para la red. La gratitud fue convirtiéndose en un contrato que nadie había redactado.

—Clara creó el sistema —dijo.

Nora levantó la vista.

—Clara creó una parte.

—Sin ella no existiría.

—Yo tampoco existiría como Nora. Eso no convierte todo lo que hizo en correcto.

—Eres muy joven para entender lo que cuesta mantener a alguien vivo.

—Y tú eres demasiado mayor para seguir usando esa frase como respuesta.

Alicia debería haber terminado la conversación. En lugar de hacerlo, movió una corteza.

—El agresor tiene acceso a un policía.

Nora añadió otra pieza.

—La mujer tiene una abogada.

—El policía accede al sistema antes de que la abogada consiga una medida.

—La abogada deja constancia y el acceso queda registrado.

—El registro se revisa después de que la encuentren.

Nora movió la miga a otra casilla.

—Entonces necesita tiempo.

—Eso es Umbral.

—No. Umbral se queda con su tiempo y decide cuándo devolvérselo.

Alicia miró la cámara. El piloto permanecía verde, pero sabía que el audio podía revisarse después. Debería informar de que la menor estaba construyendo un argumento contra la red. También sabía que Julia lo interpretaría como evidencia de influencia de Clara.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Hablar con Clara sin que nadie corte la conversación.

—No es seguro.

—¿Para quién?

—Para ti.

—Andrés ya sabe quién soy. Cambiarme el nombre no borrará eso de su cabeza.

—Dificultará que te encuentre.

—También dificultará que Clara me encuentre.

—Clara es parte del riesgo.

—Porque me ha mentido.

—Porque cuando se siente acorralada toma decisiones que no recuerda o finge no recordar.

La niña absorbió la frase sin defenderla.

—¿Le hizo daño a alguien?

Alicia pensó en las cajas enviadas a Andrés, en los coches alquilados como Elena Vidal, en la doctora Montiel advirtiendo de episodios de automatismo. Pensó en la noche en que Clara había aparecido en la sede con las manos ensangrentadas y una niña de dieciséis días.

—No lo sé.

—Eso es una respuesta mejor.

Nora dividió el tablero con una línea.

—En este lado están las cosas que sabéis. En este, las que suponéis. Julia habla como si estuvieran mezcladas.

—Julia ha salvado muchas vidas.

—También es una cosa que sabéis. No responde a lo demás.

Alicia sintió una irritación casi maternal. No hacia Nora, sino hacia el modo en que la niña obligaba a terminar cada razonamiento. Umbral había sobrevivido porque nadie podía terminar los razonamientos sin llegar a una víctima real: una mujer localizada, un niño devuelto, una sentencia tardía. El daño inmediato justificaba la excepción. La excepción protegía el sistema. El sistema producía daños que exigían nuevas excepciones.

—Tu padre biológico quiere encontrarte —dijo.

—Lo sé.

—Mató a Marta.

—Lo sé.

—Clara llegó antes de que muriera y se llevó a la niña.

Nora se quedó quieta.

—¿Qué niña?

Alicia comprendió demasiado tarde que había dicho algo que Julia quería reservar.

—Tú.

—¿Marta seguía viva?

—No estaba allí.

—Pero sabes lo que ocurrió.

—Conozco el informe.

—¿Clara pudo pedir ayuda?

Alicia se levantó.

—La conversación ha terminado.

Nora barrió las fichas con la mano.

—No. Tú has terminado de contestar. No es lo mismo.

Alicia abrió la puerta. Antes de salir, dejó sobre la mesa el vaso de agua de cristal en lugar del recipiente de plástico permitido. Un error pequeño. O una decisión que todavía no estaba dispuesta a nombrar.

Nora esperó a que la cerradura se activara. Después rompió el vaso dentro de una toalla, eligió el fragmento más estrecho y lo envolvió con cinta del cuaderno. No iba a usarlo como arma. Lo introdujo en la junta del zócalo y sacó un cable de red que alguien había considerado inaccesible.

En la cámara, Alicia vio el movimiento.

Pudo pulsar la alarma.

No lo hizo.

36

Las fotografías de mis seguimientos a Andrés eran auténticas.

Reconocía mi abrigo, mi bolso, la forma de inclinar la cabeza cuando caminaba deprisa. En una imagen ampliada, la fecha coincidía con una mañana que recordaba haber pasado trabajando desde casa. Había enviado correos, participado en una videollamada y preparado la cena de Nora.

El laboratorio temporal del sótano permitía revisar los archivos sin conexión. Las imágenes conservaban datos de cámara, ruido de sensor y patrones de compresión coherentes. No habían pegado mi figura sobre otros fondos. Yo había estado allí. La autenticidad técnica eliminaba la defensa más cómoda y dejaba una pregunta más peligrosa: qué parte de mi conciencia había acompañado a mi cuerpo.

Las secuencias mostraban hábitos que no recordaba. Caminaba por rutas que evitaban cámaras, cambiaba de abrigo en baños públicos y utilizaba reflejos para vigilar a Andrés. En una serie, compraba un billete y abandonaba la estación por otra salida. Aquella Clara no improvisaba. Aplicaba métodos aprendidos en Umbral y mejorados durante meses. Su competencia convertía mis lagunas en una actividad organizada.

Los recibos y correos de mi vida cotidiana no eran falsos. Habían sido producidos de forma automática o preparados con antelación. Una videollamada breve podía grabarse, un mensaje programarse y una compra repetirse desde una cuenta compartida. La coartada no necesitaba convencer a un juez; necesitaba convencerme a mí al despertar y revisar un día que ya parecía completo.

Julia había clasificado los episodios por nivel de control, no por causa clínica. Eso indicaba que Umbral conocía el patrón y lo utilizaba. Nadie había intentado detenerme, tratarme o advertirme.

Mi fragmentación resultaba funcional mientras condujera hacia Andrés sin comprometer el resto de la red.

—Pueden estar manipuladas —dije.

—Comprobaste tú misma que las imágenes pueden sustituirse —respondió Julia.

—Eso no las convierte en verdad.

—Tampoco en mentira.

Había una fotografía tomada dentro del portal de Andrés. Yo sostenía una caja de cartón. Otra mostraba el contenido: recortes sobre la muerte de Marta, una bala y una nota.

TE QUEDAN DIECISIETE MINUTOS.

La letra parecía mía.

—¿Qué significa?

—No lo sé —dijo Julia—. Andrés recibió cuatro cajas. La última hace nueve días. Después contactó conmigo y exigió que cerráramos el expediente de Nora.

—¿Por qué iba a amenazarlo sin recordar?

—Tu memoria no funciona como una habitación vacía. Funciona como puertas que cierras desde dentro. Durante meses puedes mantener una vida normal. Después algo activa la parte que sigue en San Dimas, intentando corregir la decisión que tomó la noche de Marta.

—¿Elisa Montiel te ha dado esa explicación?

—Elisa te trató.

—Elisa firmará que estoy loca si me detienen.

—Firmará que eres peligrosa si vuelves a acercarte a Andrés.

—¿Para quién?

Julia no respondió.

Recordé el roce de Daniel en la biblioteca. Levanté la correa del reloj y encontré debajo una lámina flexible, casi del color de la piel, adherida con film médico. No formaba parte del reloj y no estaba allí por accidente.

Una baliza de proximidad.

Julia observó mi gesto.

—Daniel sigue creyendo que puede adelantarse.

—¿Vas a quitarlo?

—No. Quiero que venga.

—Entonces todo esto es un escenario.

—Todo es un escenario. La diferencia está en saber quién ha escrito la salida.

Encendió un monitor grande. Apareció Nora sentada frente a una cámara. La grabación tenía fecha del jueves, un día antes de mi llegada al campamento.

—Di tu nombre —ordenó una voz fuera de plano.

—Nora Rivas.

—¿Sabes que no es tu nombre de nacimiento?

—Sí.

—¿Quién te lo ha explicado?

—Lo descubrí sola.

—¿Quieres regresar con Clara Rivas?

Nora miró a un punto fuera de cámara. Tardó en responder.

—No hasta que me diga la verdad.

—¿Temes que pueda hacerte daño?

—No físicamente.

—¿Qué temes?

—Que vuelva a decidir quién soy sin preguntarme.

La imagen se detuvo.

Me acerqué al monitor.

—¿Quién la interrogó?

—Inés.

—La pregunta induce la respuesta.

—La respuesta sigue siendo suya.

—Dijo que no quería regresar hasta que hablara conmigo, no que quisiera desaparecer.

—Te negaste a hablar durante once años.

—No sabía que me estaba negando.

—Los efectos sobre Nora son los mismos.

No podía defenderme con la amnesia. Tampoco permitir que Julia utilizara mi culpa como título de propiedad.

—Pon el resto.

—No hay más.

—Sí lo hay. La grabación no termina así.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Nora mira a la derecha antes de responder cuando está buscando una palabra. Cuando ha terminado, mira abajo. Aquí sigue mirando a la derecha. La cortaste.

Julia me sostuvo la mirada durante un segundo demasiado largo.

Después reanudó el vídeo.

Nora continuó:

—Pero si Clara está en peligro, quiero que la aviséis. Y no quiero otra identidad. Ya tengo dos nombres. No pienso dejar que una mujer a la que no conozco me dé un tercero.

La grabación terminó.

—No pidió CERO —dije.

—Pidió tiempo.

—Tú convertiste el tiempo en desaparición.

—Porque Andrés ya se movía.

—¿Dónde está Nora?

Julia apagó el monitor.

—Donde tú la pusiste la primera vez: entre un asesino y una mentira.

37

Durante seis meses viví dos vidas sin cambiar de nombre.

La primera empezaba a las siete y cuarto. Preparaba café, despertaba a Nora dos veces, discutía por la fruta del desayuno y revisaba que llevara la medicación para la alergia. A las ocho y diez salíamos de casa. Yo trabajaba, hacía compras, respondía correos y recogía a Nora o coordinaba con Daniel. Esa vida dejaba calendarios, recibos, fotografías y mensajes.

La investigación posterior permitió reconstruir los huecos con una precisión que mi memoria no tenía. Pagos de aparcamiento, accesos a edificios, registros de una tarjeta de transporte y copias de seguridad automáticas mostraban desplazamientos que yo negaba recordar. No eran seis meses vacíos. Eran jornadas fragmentadas en las que una parte de mí utilizaba los mismos recursos, contraseñas y hábitos que la otra.

Las fotografías de seguimiento contenían errores humanos. En dos aparecía reflejada en escaparates; en otra había dejado el coche en una zona de residentes. Los metadatos no coincidían siempre con la hora visible porque la cámara llevaba el reloj mal configurado. Esa imperfección debilitaba la teoría de un montaje. Una falsificación diseñada para convencer habría sido más limpia.

También había pruebas de la vida cotidiana. Correos enviados desde el portátil doméstico mientras mi teléfono se desplazaba por otro barrio. Una receta consultada desde la cuenta del supermercado. Una videollamada en la que la cámara permaneció apagada. Había construido coartadas sin formularlas como tales, automatizando presencia y actividad. La capacidad profesional que utilicé para proteger identidades se había vuelto contra mi propia continuidad.

La segunda aparecía en los huecos.

No era una personalidad distinta. No despertaba en lugares desconocidos. Yo misma la había construido mediante rutinas que impedían que una parte de mi día se conectara con el resto. Utilizaba un segundo teléfono sin agenda, coches alquilados con la documentación de Elena Vidal y pagos en efectivo. Antes de cada operación escribía una carta a mi yo habitual. Después la destruía sin leerla de nuevo.

El objetivo no era olvidar. Era no conservar pruebas que Julia pudiera extraer de mí mediante preguntas, vigilancia o miedo.

Elisa Montiel lo descubrió en la tercera sesión.

Su consulta estaba en una calle tranquila de Salamanca, con cuadros abstractos y una máquina de ruido blanco junto a la puerta. Julia había elegido a Elisa después de la muerte de Marta. Durante años creí que la doctora era parte del mecanismo de ocultación. Más tarde comprendí que también había intentado detenerlo.

—No estás teniendo amnesias espontáneas —me dijo aquella tarde—. Estás produciendo compartimentos conductuales.

—No sé de qué hablas.

—Has llegado cuarenta minutos tarde y llevas polvo de obra en los zapatos. Me has contado una mañana en casa. Al preguntarte por el trayecto, has descrito tres calles que no conectan entre sí.

—Puedo haberme equivocado.

—También tienes una quemadura reciente en el índice y una marca de adhesivo en la muñeca.

Me miré la mano. La quemadura procedía de una cerradura electrónica manipulada el día anterior. La marca de la muñeca, de una baliza adhesiva que había retirado antes de entrar.

—¿Qué quieres que diga?

—La verdad que te cuentas cuando nadie escucha.

—No existe.

—Clara, eso no es una respuesta clínica. Es una consigna.

Elisa no tomaba notas durante las sesiones. Grababa audio cifrado y me entregaba al final un resumen impreso. Aquella vez

apagó la grabadora.

—Julia me ha pedido un informe sobre tu capacidad para ejercer la guarda de Nora.

Sentí el cambio antes de comprenderlo.

—¿Por qué?

—Dice que has vuelto a acercarte a Andrés.

—¿Le has contestado?

—He dicho que no puedo evaluar tu conducta si oculta información relevante.

—Entonces ya le has confirmado que oculto algo.

—No. Le he confirmado que no trabajo para ella.

Me levanté.

—Todos trabajáis para alguien.

—Eso es lo que Umbral te enseñó para que cualquier límite pareciera una alianza enemiga.

La frase me detuvo.

Elisa sacó una hoja de un cajón. Era una copia de mi consentimiento de tratamiento, firmado once años atrás. Debajo de mi firma había una cláusula añadida: en caso de riesgo para la menor, la profesional comunicaría cualquier episodio a Julia Montalbán como coordinadora de protección.

—Yo no firmé esa línea.

—La cláusula estaba cuando recibí el expediente. Creí que formaba parte de una tutela administrativa. Hace dos meses comprobé que no existe resolución que otorgue a Julia esa función.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque necesitaba saber si reaccionarías como paciente o como operadora.

—¿Y qué soy ahora?

—Una madre asustada que ha decidido investigarse a sí misma sin confiar en nadie.

Volví a sentarme.

No le conté todo. Le dije que Andrés poseía una parte del Libro y que Julia vigilaba mis movimientos. Le expliqué que necesitaba obligarlo a trasladar el soporte. No le dije que había enviado cajas ni que utilizaba la identidad de Elena.

—Tu plan depende de que Julia interprete tus actos como una recaída —dijo.

—Sí.

—Y de que Daniel también lo crea.

—Daniel no sabe mentir cuando tiene miedo.

—¿Nora?

—No puede saberlo.

—Esa frase debería alarmarte.

—La protege.

—También te permite continuar sin que te pregunte si quiere asumir el riesgo.

—Tiene once años.

—Tiene derecho a no convertirse en la razón universal de todo lo que haces.

Me levanté otra vez. Elisa no intentó retenerme.

—Cuando esto termine, integrarás las dos rutinas —dijo—. No puedes vivir pensando que la versión que actúa y la versión que ama son personas distintas.

—No pienso eso.

—Entonces deja de llamar recaída a las decisiones que tomas deliberadamente.

La siguiente operación fue la caja con la bala hueca. Entré en el portal de Andrés disfrazada con una peluca corta, dejé el paquete y coloqué una microcámara en el rellano. Tres horas después, Baeza recogió la caja y la llevó a una oficina vinculada a Julia. La ruta confirmó que Andrés no actuaba solo.

No conservé el vídeo. Lo envié a un nodo que solo podría abrirse si Nora activaba la copia del Libro. En aquel momento no pretendía implicarla. Había utilizado un sistema de claves familiares porque era

el único conjunto que Julia no conocía completo: historias, dibujos y hábitos compartidos con una niña.

Esa fue la racionalización.

La verdad era peor. Había convertido la infancia de Nora en infraestructura sin pedirle permiso.

La última vez que vi a Elisa antes de La Encina, me entregó un sobre sellado.

—Contiene un informe real —dijo—. No una declaración de incapacidad ni una coartada para Julia. Si te detienen, puede impedir que una conducta planificada sea presentada como psicosis. Pero también explica que has expuesto a otros sin informarles.

—¿A quién se lo entrego?

—A una autoridad que no forme parte de Umbral.

—No sé quién queda.

—Entonces tu problema no es clínico.

Guardé el sobre en el falso fondo de la caja de costura de Adela. Después me administré una dosis mínima del fármaco que reducía la consolidación de recuerdos recientes. No borraba nada. Volvía los bordes menos accesibles y permitía que, al día siguiente, aceptara mi propia versión rutinaria.

Antes de dormir escribí en una hoja:

Si Clara encuentra esto antes de que Andrés mueva el Libro, el plan ha fallado. Si lo encuentra después, debe decidir si entrega la prueba aunque eso exponga lo que hizo.

A la mañana siguiente rompí la hoja sin leerla.

Seis días después, llevé a Nora al campamento.

38

Daniel vio desplazarse la señal de la baliza en la pantalla.

Luján había instalado una aplicación en un portátil del coche. Un punto rojo avanzaba por Lavapiés y se detuvo bajo el número 17 de la calle San Dimas.

El punto rojo no representaba una posición exacta. La señal rebotaba entre antenas y edificios, creando un área de incertidumbre que cambiaba con cada minuto. Luján superpuso mapas de cobertura, cámaras urbanas y tiempos de trayecto. El resultado no era una línea limpia, sino una sucesión de zonas probables. La persecución dependía de interpretar errores, no de seguir un icono perfecto.

Daniel había adherido la baliza bajo la correa de mi reloj durante el forcejeo de la biblioteca. Conservaba el identificador, pero no podía obtener una posición exacta: el dispositivo emitía pulsos breves que los receptores cercanos convertían en áreas probables. La misma señal podía ayudar a localizarme y delatar la búsqueda a quien conociera su protocolo.

Luján pidió registros de cámaras sin utilizar los canales habituales. Contactó con operadores concretos y solicitó fragmentos breves para no dejar una búsqueda centralizada. Cada petición generaba una huella administrativa. La prudencia consistía en repartirla, no en imaginar que podía actuar sin rastro.

Cuando la señal dejó de cambiar bajo San Dimas, Daniel no interpretó la inmovilidad como seguridad. Podían haber arrancado la baliza, abandonado el reloj o mantenido a Clara en el mismo lugar. La pantalla ofrecía datos; la experiencia aportaba miedo.

—Demasiado fácil —dijo.

—Julia sabe que la seguimos —respondió Luján.

—Entonces no quiere mantener a Clara. Quiere reunirnos.

—O separarnos de Nora.

Estaban aparcados a cuatro calles del sótano. Iago había sido trasladado a una clínica clandestina. Adela se negó a quedarse allí y ocupaba el asiento trasero, con el brazo en cabestrillo y una manta sobre las piernas.

—La casa de la fotografía —dijo—. ¿Sabéis dónde está?

Luján amplió la imagen que Nora había entregado a Iago. El azulejo de la cigüeña era el único elemento distintivo.

—Hemos cruzado catálogos de cerámica, alojamientos rurales y archivos de propiedades de Umbral. Hay diecisiete casas posibles.

—No buscáis la casa —dijo Adela—. Buscáis la cigüeña.

Daniel se volvió.

—¿Qué significa?

—Era la marca de Elena Vidal.

El pasaporte encontrado en la consigna llevaba ese nombre.

—¿Quién era? —preguntó Luján.

—Una comadrona. Ayudó a nacer a Nora. Tenía azulejos de cigüeñas en todas las casas donde atendía partos clandestinos.

—¿Dónde vivía?

—En un pueblo de Segovia. Murió hace años.

—¿Cuál?

Adela cerró los ojos, buscando.

—No recuerdo el nombre. Cerca de un embalse. Había una fábrica de vidrio abandonada y una iglesia sin torre.

Luján escribió datos. Daniel no podía apartar la mirada del punto rojo.

—¿Cuánto tardarás en localizarlo?

—Si la propiedad sigue vinculada a Elena, minutos. Si está bajo una identidad puente, horas.

—No tenemos horas.

—Entrar ahora en San Dimas es exactamente lo que espera Julia.

—Clara está sola.

—Clara nunca está tan sola como cree —dijo Adela.

Daniel golpeó el volante.

—Basta de frases. Todos sabíais cosas. Todos decidisteis que ocultarlas era una forma de protegerla. Mirad dónde estamos.

Adela lo observó sin ofenderse.

—Tú estabas con nosotros.

—Yo intentaba mantener una familia.

—No. Intentabas mantener una estructura. Una madre, un padre y una hija. Aunque para hacerlo tuvieras que vigilar a Clara, negociar con Julia y llamar protección a cada renuncia.

Daniel abrió la puerta.

—Voy a entrar.

Luján lo sujetó del brazo.

—Si Julia quiere reunirnos, no le regalamos el orden.

—¿Qué propones?

—Que yo entre por el acceso de servicio. Tú sigues la ruta de la casa. Adela se queda con el coche.

—No —dijeron Daniel y Adela al mismo tiempo.

El portátil emitió un sonido.

Había encontrado una coincidencia: una vivienda en San Miguel del Embalse, Segovia, adquirida quince años atrás por una sociedad vinculada a Elena Vidal. La fotografía catastral mostraba contraventanas azules y un azulejo de cigüeña.

Casa Cero.

A una hora y veinte minutos.

Daniel arrancó.

—¿Y Clara? —preguntó Adela.

Luján sacó su arma y comprobó el cargador.

—Yo voy a recordarle que el código no era una pregunta.

39

Daniel condujo hacia Segovia con Adela a su lado y la sensación de que cada kilómetro lo alejaba de la única persona a la que había prometido no dejar sola.

La promesa no era romántica. La hizo en Casa Cero, once años atrás, cuando Clara sostenía a Nora y no podía dejar de repetir que había llegado tarde. Daniel le dijo que él mantendría unidas las partes hasta que pudiera recordar. Nadie definió qué partes ni cuánto tiempo.

La carretera abandonó Madrid entre naves logísticas y urbanizaciones, ascendió hacia la sierra y se estrechó al otro lado del puerto. La lluvia se convirtió en niebla baja. Los faros iluminaban apenas la línea central y las señales aparecían demasiado tarde. Daniel conocía la ruta principal, pero eligió desvíos utilizados por Umbral para evitar peajes y lectores. Cada atajo ahorraba exposición y añadía minutos.

Adela llevaba una carpeta sobre las rodillas. Contenía planos de Casa Cero dibujados de memoria, inventarios de material médico y una lista de personas que habían utilizado la vivienda. Las anotaciones mezclaban fechas exactas con impresiones personales. En un margen había escrito que Marta temía el sótano. En otro, que la tubería del ala norte golpeaba tres veces antes de perder presión. Esos detalles domésticos podían convertirse en orientación dentro de un edificio modificado.

Daniel condujo con una pierna tensa por el dolor de una lesión antigua. Cada frenada desplazaba la venda bajo el pantalón. No dijo nada porque admitir limitación podía alterar la decisión de Adela de continuar. La dinámica repetía un patrón familiar: ocultar información para proteger la operación y llamar protección a impedir que otra persona eligiera con todos los datos.

La sierra apareció como una masa oscura detrás de la niebla. En algún lugar al otro lado estaban Nora, Clara, Andrés y una casa que había funcionado como refugio, clínica y escena de un encubrimiento. El paisaje no separaba el presente del pasado. Los obligaba a recorrer físicamente la distancia entre ambos.

—¿La quieres todavía? —preguntó Adela.

Daniel mantuvo los ojos en la carretera.

—No es relevante.

—Es la respuesta que dan los hombres cuando quieren que una emoción parezca profesional.

—Nos divorciamos.

—También firmasteis un plan de custodia para una niña que legalmente no era vuestra. Sois constantes en las contradicciones.

Daniel adelantó un camión.

—¿Por qué no me contaste lo de Elena?

—Porque Clara me pidió que solo lo hiciera si CERO se activaba y tú desaparecías.

—Clara te pidió muchas cosas durante una crisis.

—No fue durante la crisis. Fue cuatro años después. Vino a mi casa una noche, dejó una grabación y explicó que estaba siguiendo a Andrés.

Daniel redujo la velocidad.

—¿Hace siete años?

—Sí.

—Entonces empezó mucho antes de lo que yo sabía.

—Clara siempre empieza antes de lo que los demás creen. El problema es que también termina después.

Adela abrió el bolso y sacó una pequeña grabadora. No era la de Marta. Llevaba una etiqueta con la letra de Clara: PARA CUANDO DANIEL CREA QUE TODO DEPENDÍA DE ÉL.

—¿La has llevado todo este tiempo?

—Desde que fui a tu clínica esta mañana.

—¿Por qué no la has puesto antes?

—Porque quería ver si me decías la verdad sin que una grabación te obligara.

—¿Y la he dicho?

—Has dicho la parte que te hace imprescindible.

Daniel apretó el volante.

Adela pulsó reproducir.

La voz de Clara sonó más joven y, al mismo tiempo, más cansada.

Daniel vigila porque yo se lo he pedido y porque no sabe dejar de hacerlo cuando ya no se lo pido. Si escuchas esto, probablemente utilizará la vigilancia como prueba de amor. Recuérdale que una jaula bien cuidada sigue siendo una jaula.

Hubo una pausa.

También recuérdame a mí que fui quien le enseñó a construirla.

La grabación terminaba allí.

—No prueba nada —dijo Daniel.

—No pretendía probar. Pretendía interrumpir la historia que te cuentas.

—¿Qué historia?

—Que si hubieras vigilado mejor a Clara, nada habría ocurrido. Esa idea te permite sentir culpa sin aceptar que también tomaste decisiones.

—Tomé la decisión de mantener a Nora lejos de Andrés.

—Y de mantenerla lejos de Marta.

—Marta estaba muerta.

—Su historia no.

El navegador indicó una salida. Daniel la tomó demasiado tarde y tuvo que corregir. La señal de la baliza de Clara había dejado de moverse en San Dimas. Luján seguía allí. No podía saber si la explosión que había escuchado por la línea había afectado al sótano.

—¿Por qué firmaste como padre? —preguntó Adela.

—Porque alguien tenía que figurar.

—Julia podía crear otra cobertura.

—No iba a dejar que Nora creciera con una sucesión de tutores falsos.

—Así que elegiste una familia.

—Elegí quedarme.

—¿Clara te lo pidió?

Daniel recordó la noche en que llevaron a la niña al piso. Clara estaba medicada, no dormía y tenía las manos llenas de pequeñas heridas. Julia explicó que necesitaban una historia coherente: embarazo discreto, parto fuera de Madrid, inscripción tardía. Daniel podía figurar como padre porque sus datos no estaban conectados a Andrés. Clara lo miró y dijo solo: no pueden llevársela.

Él interpretó la frase como una petición.

—No con esas palabras.

—Entonces quizá elegiste ser padre antes de que ella pudiera elegirte como marido.

—¿Eso lo vuelve menos real?

—No. Lo vuelve tu decisión. Deja de presentarla como una misión que otros te impusieron.

Daniel guardó silencio.

En la siguiente gasolinera paró para revisar la herida de Adela. La venda estaba manchada, pero el sangrado no había aumentado. Compró agua, gasas y un bocadillo que ella se negó a comer.

Mientras cambiaba el apósito, Adela observó sus manos.

—Nora te llama papá incluso cuando está enfadada.

—No sé qué me llamará después de esto.

—Esa es la primera pregunta honesta que haces desde que salimos.

—Podría elegir no verme.

—Sí.

Daniel levantó la cabeza. Esperaba consuelo. Adela no se lo dio.

—También podría elegirte —continuó—. Pero tendrás que dejar que esa elección ocurra sin falsificar el resultado.

Volvieron al coche. El paisaje se abrió en campos secos y pequeñas poblaciones. Daniel llamó a la clínica donde habían ingresado a Iago. La cirugía había terminado. Estable. Después intentó contactar con Luján. Sin respuesta.

Adela consultó el mapa de carreteras en papel.

—San Miguel del Embalse tiene dos accesos —dijo—. El principal pasa por la presa. El otro rodea la fábrica.

—¿Cómo lo sabes?

—Fui allí cuando nació Nora.

—Dijiste que no recordabas el nombre.

—No lo recordaba hasta ver la cigüeña. La memoria también protege sin pedir permiso.

—¿Qué ocurrió esa noche?

Adela dobló el mapa.

—Marta llegó con contracciones y una herida en el costado. Andrés la había seguido hasta Segovia. Julia quería moverla antes del parto. Marta se negó. Dijo que no volvería a huir sin entregar el Libro a Teresa.

—¿Clara estaba allí?

—Llegó después.

—¿Cuánto después?

—Lo suficiente para que todo el mundo pudiera culparla de algo distinto.

Daniel sintió el teléfono vibrar. Un mensaje de Luján contenía una sola coordenada y dos palabras:

ID ADELANTADA.

Julia había movido a Nora antes de la hora prevista.

Daniel arrancó.

—Sujétate.

Adela se abrochó el cinturón.

—No conduzcas como si llegar primero te convirtiera en la persona correcta.

—Ahora mismo me basta con llegar.

40

Julia me dejó sola durante siete minutos.

Los conté por el reloj de pared. Aproveché para examinar el sótano.

Las paredes de ladrillo estaban cubiertas por pintura lavable y el suelo tenía desagües, más propios de una sala de preparación que de un archivo. Había marcas donde se habían retirado armarios, cables cortados a distintas alturas y orificios sellados en el techo. San Dimas había cambiado de función sin perder la infraestructura necesaria para contener personas y limpiar rastros.

El ordenador utilizaba un sistema mínimo y no aceptaba dispositivos sin autorización. La tarjeta no estaba leyendo una carpeta: ejecutaba una verificación que esperaba una respuesta externa. En el borde de la mesa encontré una tira de papel térmico con números incompletos. Los memoricé en grupos de tres; usar el teléfono habría revelado actividad.

Los siete minutos tampoco eran un descuido. Una cámara visible cubría la puerta y una lente mínima asomaba dentro del detector de humo. Julia quería observar qué hacía cuando creía estar sola. Examiné las salidas, fingí ignorar el equipo y dejé que el miedo al reloj pareciera más grande que mi interés por la pantalla.

La baliza de Daniel seguía adherida bajo la correa. No sabía si la estructura del sótano permitía que la señal saliera. La tarjeta de memoria que Julia había recogido estaba conectada a un ordenador aislado; en la pantalla, una carpeta vacía y una línea de código se repetían.

Abrí un cajón. Encontré formularios antiguos, sellos, fotografías de carnet. En el fondo había una carpeta con mi nombre.

No era el expediente digital. Era una evaluación clínica firmada por Elisa Montiel.

La paciente presenta recuerdos intrusivos, conductas automatizadas y una narración defensiva centrada en la menor. Recomiendo integrar gradualmente la verdad biográfica. La supresión completa incrementará el riesgo de conductas disociadas.

Debajo, una nota manuscrita de Julia:

No integrar. La estabilidad de N. depende de la continuidad narrativa.

No habían seguido la recomendación médica. Habían elegido mi silencio porque facilitaba la estructura.

Seguí leyendo.

Durante los episodios de automatismo yo utilizaba el nombre Elena Vidal. Había alquilado coches, accedido a bases de datos y realizado pagos. Las fotografías frente a la oficina de Andrés podían pertenecer a esos periodos.

Pero una página contenía algo distinto: una declaración grabada seis meses antes, transcrita y firmada por mí.

Si vuelvo a buscar a Andrés, no intentéis detenerme. Significará que he localizado la parte del Libro que prueba el asesinato de Marta. Si me retenéis, Julia sabrá que la tengo. Daniel debe creer que sufro una recaída. Nora no puede saberlo hasta que yo pueda demostrarlo todo.

Mi firma era inconfundible.

No bastaba con llamarlos episodios disociativos.

Yo había construido una segunda conducta deliberada y luego había borrado de mi rutina cualquier registro. Me había engañado a mí misma para engañar a Julia.

La puerta se abrió.

Guardé la declaración bajo mi camisa.

Julia entró con dos vasos de agua.

—Has leído tu expediente.

No era una pregunta.

—Elisa recomendó decirme la verdad.

—Elisa no tenía que mantener viva a Nora.

—Tú necesitabas que yo creyera que estaba enferma.

—Lo estabas.

—Y después dejé de estarlo.

Julia me entregó un vaso. No bebí.

—Los trastornos no obedecen a decisiones.

—Pero las operaciones encubiertas sí.

Vi un cambio mínimo en sus pupilas.

—¿Qué has encontrado?

—Que me seguías porque yo quería que me siguieras.

—Eso no explica las cajas de Andrés.

—Eran mensajes. Cada una llevaba una pista para obligarlo a mover la copia que robó.

—No había ninguna copia en su poder.

—Entonces ¿por qué te llamó después de la cuarta?

Julia dejó el vaso.

—Porque estaba asustado.

—Andrés no se asusta de una mujer a la que consideráis inestable. Se asusta de algo concreto.

La memoria se abrió otro poco.

Yo en el portal de Andrés. La caja. Dentro no había una bala verdadera, sino un cilindro vacío con una microcámara. Quería grabar quién recogía el paquete. Quería seguir la ruta.

—La frase de recuperación —dije—. ¿Qué nombre no debe ser pronunciado? No era Nora.

—Abristeis el disco.

—Nora era una contraseña de nivel. La clave raíz es Elena Vidal.

Julia no respondió.

—La comadrona no murió —continué—. La convertisteis en identidad puente. Elena no era una persona, sino el nombre que usábamos para actuar fuera de nuestras vidas oficiales. Por eso el

pasaporte estaba en la consigna. Por eso yo seguía a Andrés sin dejar rastro como Clara.

El silencio confirmó más que una respuesta.

—¿Dónde está la casa de Elena?

—No llegarás a tiempo.

—¿A tiempo para qué?

Julia miró el reloj.

—Para impedir que Nora deje de existir el domingo.

41

—Explícalo.

—CERO no mata a nadie —dijo Julia—. Cierra una identidad y abre otra.

—¿Sin consentimiento?

—Con consentimiento cuando es posible. Con necesidad cuando no.

—Nora dijo que no quería otro nombre.

—Nora tiene once años.

—Precisamente por eso no puedes condenarla a vivir una huida que no entiende.

—Tú lo hiciste cuando tenía dieciséis días.

—Su padre acababa de matar a su madre.

—Y ahora su padre sabe quién es, dónde estudia y qué mujer la ha criado. La situación no ha mejorado. Solo se ha retrasado.

—¿Qué ocurrirá el domingo?

—Nora Rivas morirá administrativamente. Habrá un accidente durante una excursión, un cuerpo imposible de identificar y una familia destruida. Una semana después, otra niña empezará una vida en otro país.

El método era antiguo. No necesitaba un cadáver real, solo informes conectados, muestras contaminadas y autoridades dispuestas a cerrar una búsqueda. Yo había diseñado versiones menos extremas para víctimas adultas.

—¿Y yo?

—Tendrás dos opciones. Desaparecer con ella bajo otra relación o regresar a tu vida sin una hija.

—No voy a elegir entre dos formas de perderla.

—Ya elegiste una vez.

—Y salió mal.

—Salió bien durante once años.

—Salió bien para los adultos. Nora ha vivido dentro de una historia que todos podían abrir excepto ella.

Julia caminó hasta el mapa. Retiró un alfiler de Segovia.

—No es la única. Hay niños que no saben por qué cambiaron de apellido, mujeres que no pueden visitar a sus padres, hombres que viven con miedo a que una multa revele un domicilio. La protección perfecta se parece demasiado a una condena. Aun así, están vivos.

—Eso no te autoriza a decidir eternamente.

—Alguien decide. El Estado decide mal y tarde. Las familias deciden con miedo. Los jueces deciden con expedientes incompletos. Yo acepté ser la persona que decide sabiendo que me odiarían si funcionaba.

—No te odian por decidir. Te odian porque empezaste a beneficiarte de ello.

Julia se acercó al ordenador. La tarjeta de Nora había terminado su proceso. En la pantalla apareció un mapa de nodos con una luz parpadeando en San Dimas y otra en algún punto al norte de Madrid.

—Tu hija es extraordinaria —dijo.

—No es una cualidad útil cuando te secuestran.

—No la secuestramos.

Abrió otro vídeo. Nora estaba en la cabaña de La Encina, sola con Inés. La fecha era del jueves por la noche.

—Necesito que me saquéis de aquí antes de que venga Clara —decía Nora.

Sentí que el suelo desaparecía.

Inés preguntó:

—¿Quieres activar protección?

—Quiero tiempo para saber qué hizo.

—El protocolo tiene niveles. Si hay riesgo inmediato, no podemos garantizar que vuelvas a tu vida anterior.

Nora miró hacia la puerta.

—¿Clara está en peligro?

—Puede estarlo.

—Entonces sí. Haced lo que tengáis que hacer. Pero no la borréis.

Julia detuvo la imagen.

—Activó protección.

—No CERO.

—La distinción técnica no puede exigirse a una menor en una situación de riesgo.

—Entonces no hubo consentimiento informado.

—Hubo una petición de ayuda.

—Que convertiste en la autorización que necesitabas.

La puerta de servicio emitió un ruido leve. Julia miró hacia allí.

Luján apareció con el arma levantada.

—Aléjese del ordenador.

Julia no se sorprendió.

—Llegas siete minutos antes de lo previsto.

—Clara, ven conmigo.

Yo no me moví.

En la pantalla, el mapa generado por la tarjeta de Nora amplió el segundo nodo. Una coordenada apareció debajo.

San Miguel del Embalse.

Julia vio que yo la había visto.

Pulsó una tecla. El nodo desapareció.

Luján avanzó.

—No puede cerrar lo que ya hemos leído.

—No necesito cerrarlo. —Julia levantó las manos—. Solo necesito que lleguéis después de Andrés.

Fuera, en la calle, sonó una explosión.

El suelo tembló. Las luces se apagaron.
Y, en la oscuridad, Julia susurró junto a mi oído:
—Él ya va de camino a la casa.

PARTE III

LA MADRE QUE INVENTÓ A SU HIJA

INTERLUDIO XIV

LA ÚLTIMA REUNIÓN DE REDACCIÓN

Iago recordaba a Marta de pie sobre una mesa llena de pruebas.

El periódico estaba a punto de cerrar. La dirección había despedido a la mitad de la plantilla y exigía historias capaces de atraer lectores. Marta tenía la historia más grande de su carrera y no podía publicarla.

—Si ponemos un solo documento, exponemos la estructura —dijo Iago.

—Si no ponemos nada, Julia seguirá vendiendo expedientes.

—Necesitamos anonimizar.

—No basta. Las fechas y rutas permiten reidentificar.

—Clara puede separar los árboles.

Marta negó.

—Clara todavía cree que Julia controla los daños.

—Es tu hermana.

—Precisamente. Sé cuánto necesita que lo que construyó siga siendo una forma de ayudar.

Iago cerró la puerta de la sala.

—¿Qué propones?

—Dividir el Libro. Tú guardas pagos y nombres de compradores. Yo saco la firma operativa. Clara conserva, sin saberlo, la arquitectura de cambios. Ninguna parte puede publicarse sola.

—Eso exige confiar en que todos sigamos vivos.

—No. Exige que quien sobreviva necesite a los demás.

Marta grabó una explicación para Iago y la escondió en un diccionario. Después escribió el nombre de Teresa Vidal.

—Una fiscal no puede proteger una red clandestina —dijo él.

—No quiero que la proteja. Quiero que la sustituya por algo que tenga controles.

—El Estado falló a Nuria.

—Y nosotros aprendimos de ese fallo hasta convertirlo en poder privado.

La discusión terminó sin acuerdo.

Al marcharse, Marta señaló el rótulo del periódico: LA VERDAD.

—Aquí aprendimos a mentir —dijo—. No cuando publicamos algo falso. Cuando descubrimos una verdad y decidimos que todavía no era conveniente contarla.

Iago tardó once años en comprender que no se refería solo a Umbral.

42

La explosión no derribó el edificio. Lo cerró.

Una columna de humo subió por la escalera y el sistema de incendios bloqueó las puertas cortafuegos. Luján encendió una linterna y me agarró del brazo.

La carga había sido colocada junto al cuadro secundario y orientada hacia el sistema de ventilación. Produjo humo, fragmentos y una caída controlada de tensión. Las puertas cortafuegos descendieron por sectores, separando el sótano de la salida principal. El objetivo no era destruir San Dimas, sino convertir sus medidas de seguridad en barreras.

Los rociadores no se activaron con el humo. Sus ampollas respondían al calor y el incendio todavía no había elevado suficiente la temperatura del techo. El corredor se llenó de partículas antes de que llegara el agua. Luján nos cubrió la boca, nos obligó a agacharnos y utilizó la pared como guía.

La salida de servicio tenía una barra antipánico anulada con una pieza metálica. No era una modificación reciente. El mecanismo llevaba años preparado para impedir evacuaciones no autorizadas. La instalación revelaba la filosofía original de Umbral: proteger el secreto incluso cuando entraba en conflicto con la seguridad de quienes se encontraban dentro.

Al alcanzar la calle, la humareda salía por una rejilla baja y no por las ventanas. Los transeúntes apenas se detenían. El edificio parecía sufrir una avería menor. Esa apariencia era parte del diseño. San Dimas podía arder por dentro sin producir una imagen suficientemente clara para que alguien llamara a emergencias antes de que los responsables hubieran desaparecido.

—La salida de servicio.

—Julia está aquí.

—Eso quiere que pensemos.

La busqué en la oscuridad. No oí pasos, solo el agua de los rociadores y el chasquido de algo eléctrico quemándose. El ordenador había quedado apagado. La tarjeta de Nora seguía conectada.

La arranqué.

—Clara.

—Es suya.

—Puede llevar un rastreador.

—Precisamente.

Avanzamos hacia la puerta por la que había entrado Luján. El corredor estaba lleno de humo. La explosión había afectado a un cuadro eléctrico cerca del portal. No parecía un atentado para matarnos, sino una forma de obligarnos a salir por rutas previstas.

—¿Quién la provocó? —pregunté.

—Daniel llevaba un transmisor secundario en el coche de apoyo. Lo hemos perdido al mismo tiempo. Puede ser Baeza.

—O Julia.

—Julia no destruye una instalación que lleva diecisiete años conservando.

—La conserva mientras le sirve.

Llegamos a una bifurcación. Mi cuerpo recordó el camino antes que la cabeza. A la izquierda estaba la salida al callejón. A la derecha, una escalera que descendía a un corredor bajo las viviendas.

—Por aquí —dije.

—Esa dirección baja.

—San Dimas tenía dos salidas. Una para quienes llegaban y otra para quienes dejaban de existir.

La puerta inferior estaba oculta tras un panel de yeso. Lo empujé y cedió. Bajamos a un pasadizo estrecho donde el aire era respirable.

En el suelo había huellas recientes de zapatos de tacón.

—Julia —dijo Luján.

Las seguimos. El corredor desembocaba en un pequeño cuarto con una trampilla abierta. Sobre una mesa habían dejado una fotografía.

Nora, a los cuatro años, dormida en Casa Cero con el conejo Norte entre los brazos.

En el reverso había una frase:

UNA MADRE SABE CUÁNDO DEJAR DE PERSEGUIR A SU HIJA.

Debajo, una hora: 23:40.

—Son las nueve y doce —dijo Luján.

—¿Qué ocurre a las once y cuarenta?

—Puede ser la hora prevista de llegada de Andrés.

—O la hora a la que quiere que lleguemos nosotros.

La trampilla conducía a un garaje contiguo. Julia se había marchado en un vehículo. Una cámara de seguridad giraba hacia nosotros, demasiado moderna para el edificio.

Luján disparó al objetivo.

—Acaba de confirmar que estamos vivos —dije.

—Ya lo sabía.

—Entonces ¿por qué destruirla?

—Porque estoy cansado de actuar para su público.

Su teléfono protegido emitió una alerta. La señal de Daniel avanzaba por la A-6 hacia Segovia. Otra señal, correspondiente a un vehículo asociado a Andrés, circulaba quince kilómetros por delante.

—No va detrás de Daniel —dijo Luján—. Va delante.

—Sabe dónde está la casa.

—Siempre lo ha sabido.

—Entonces Casa Cero nunca fue segura.

Luján guardó el teléfono.

—Los lugares no son seguros. Solo lo son los secretos mientras alguien no los vende.

Salimos al callejón. Sirenas y humo llenaban la calle principal. Entre los curiosos vi a una mujer con una chaqueta gris caminando en dirección contraria a los bomberos.

Julia.

Corrí tras ella.

Doblé la esquina y encontré la calle vacía.

En la acera había un sobre blanco.

Dentro solo había una llave de coche y una nota:

LLEGA ANTES QUE ÉL.

43

Daniel conducía demasiado rápido.

Adela lo sabía por el modo en que las luces de los coches se alargaban sobre las ventanillas y por la presión constante del cinturón. No le pidió que redujera. Había momentos en que la prudencia era otra forma de llegar tarde.

—¿Cuándo empezaste a vigilar a Clara? —preguntó.

Daniel tardó en responder.

—Después de que siguiera a Andrés por primera vez.

—¿Hace cuatro meses?

—Hace ocho años.

Adela se volvió hacia él.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabía. Se levantó de madrugada, condujo hasta Toledo y esperó frente a una conferencia donde él daba una charla sobre seguridad familiar. Volvió antes de que Nora despertara. Encontré el recibo de gasolina.

—¿Se lo preguntaste?

—Dijo que no había salido de casa.

—Podía no recordarlo.

—Durante un tiempo lo creí. Luego encontré un cuaderno. Registraba los movimientos de Andrés, sus cuentas y las personas con las que se reunía. No era una crisis. Era una investigación.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque tú habrías intentado detenerla y ella habría sabido que la vigilaba.

—Así que preferiste vigilar mejor.

Daniel apretó el volante.

—Preferí entender qué buscaba.

—¿Lo entendiste?

—El Libro. Clara estaba convencida de que Andrés guardaba una copia con la prueba de que mató a Marta. Si la conseguía, podía denunciarlo sin exponer a las víctimas.

—Eso no parece una conducta enferma.

—No. Lo enfermo era que al día siguiente no recordaba haber escrito el cuaderno.

La carretera ascendía hacia la sierra. El coche de Andrés seguía por delante en el mapa, pero la señal se había detenido cerca de un área de descanso.

Daniel redujo la velocidad.

—Puede estar esperándonos.

—Entonces no pares.

Pasaron junto al área. Había un vehículo negro junto a las bombas y un hombre apoyado en el capó. No era Andrés. Era Baeza.

Los vio.

Subió al coche.

—Nos seguirá —dijo Daniel.

—¿Y eso te sorprende?

—No. Me sorprende que quiera que lo veamos.

Adela miró la carretera por la luneta trasera. El coche negro se incorporó dos vehículos después.

—Quiere empujarnos hacia la casa.

—O comprobar que no nos desviamos.

—¿Hay otra entrada?

—La fotografía muestra una vivienda junto al embalse. Umbral siempre preparaba una salida de agua si era posible.

Adela sonrió sin humor.

—Eso lo diseñó Clara. Tenía miedo al fuego desde niña.

Daniel la miró.

—Nunca me lo contó.

—Nuestra casa se incendió cuando Marta tenía siete años. Fue pequeño. Una sartén. Pero Clara se escondió dentro de un armario y no salió hasta que los bomberos la encontraron. Después dibujaba rutas de salida en todas partes.

El incendio de Marta. El fuego en la rotativa. San Dimas. Julia utilizaba el fuego porque sabía qué abría dentro de Clara.

—No quiere solo el Libro —dijo Daniel—. Quiere que Clara vuelva a ser la persona que construyó Umbral.

—¿Para qué?

—Porque el sistema se está rompiendo. Sin Clara, Julia puede borrar expedientes, pero no crear una arquitectura nueva que sobreviva a las auditorías actuales.

—Quiere reclutarla.

—Quiere obligarla a elegir otra vez entre una persona y la red. Si Clara sacrifica a Nora para proteger identidades, Julia demuestra que nunca fueron distintas.

El coche negro se acercó.

Daniel aceleró.

—¿Y si elige a Nora? —preguntó Adela.

—Entonces Umbral cae.

—¿Cuántas personas caerán con él?

Daniel no respondió.

Adela entendió por qué Julia había conservado el poder tantos años. No necesitaba convencer a nadie de que era buena. Bastaba con conseguir que todas las alternativas parecieran peores.

44

Inés no condujo hacia Segovia por la ruta más rápida.

Nora lo supo porque el sol apareció primero a la derecha, luego detrás. Atravesaron carreteras secundarias y pueblos pequeños. Alicia iba delante. Un segundo coche las seguía a distancia.

El vehículo era una furgoneta de transporte escolar sin distintivos, con las ventanas traseras cubiertas por cortinas grises. En el suelo había anclajes para sillas y una caja de primeros auxilios completa. También había bridas, mantas y bolsas numeradas. La misma infraestructura servía para trasladar a una menor protegida o a una menor retenida. La diferencia no estaba en el vehículo, sino en quién había autorizado el viaje y si la persona podía negarse.

Nora observaba las curvas mediante el movimiento de la luz bajo las cortinas. Contaba rotondas por la inclinación del cuerpo y cambios de firme por el sonido de los neumáticos. La carretera secundaria atravesaba pueblos con fachadas de piedra, talleres cerrados y paradas de autobús vacías. Cada población ofrecía una oportunidad de pedir ayuda, pero la furgoneta no se detenía en lugares con peatones.

Inés llevaba un mapa impreso sobre el salpicadero. Había marcado dos rutas y tachado una tercera. Alicia comprobaba el teléfono sin señal y anotaba horas en una libreta. Las discrepancias entre ambas empezaban a expresarse en decisiones pequeñas: velocidad, paradas, agua para Nora, uso de cinturones. Ninguna declaraba abierta oposición, pero el traslado dejaba de ser una operación unificada.

El segundo coche apareció después de un puente. Mantuvo distancia hasta que la furgoneta tomó una salida no prevista. Nora vio el miedo en el espejo interior de Inés y comprendió que quienes la retenían también podían haber perdido el control de la operación.

—¿Quién viene detrás? —preguntó Nora.

—Seguridad —dijo Alicia.

—¿Para protegerme o para impedir que escape?

—Las dos cosas pueden ser ciertas.

—Esa respuesta la habéis aprendido todos en el mismo curso.

Inés sonrió a pesar de sí misma. Alicia no.

Nora llevaba la tarjeta verdadera dentro de la suela. El pequeño emisor permanecía en la manga. No había podido enviar el segundo mensaje; la red del edificio se cortó cuando conectaron el dispositivo.

—Necesito ir al baño —dijo.

—Esperaremos a la casa.

—Me mareo.

—Abre la ventanilla.

—Voy a vomitar en el coche.

Alicia miró a Inés. Se detuvieron en una gasolinera sin otros vehículos. Alicia acompañó a Nora al baño y se quedó junto a la puerta.

Dentro había una ventana alta, demasiado pequeña para salir. Nora abrió el grifo, mojó papel y lo pegó al espejo. Escribió con jabón sobre el cristal:

NORA RIVAS. ME LLEVAN A SAN MIGUEL DEL EMBALSE. CASA CON CIGÜEÑA. LLAMAR A CLARA RIVAS.

No sabía quién lo leería ni si el personal limpiaría antes. Era una copia fuera del sistema. La regla tres-dos-uno convertida en auxilio.

Al salir, vio un expositor de postales. Cogió una del embalse y la dejó caer cerca de una papelera. Pisó el borde para doblarla en forma de flecha. Alicia no se dio cuenta.

De nuevo en el coche, Inés la miró por el retrovisor.

—¿Has dejado algo?

Nora sintió una descarga de miedo.

—He tirado una compresa.

Alicia apartó la mirada. Inés mantuvo los ojos sobre ella un segundo más.

Cuando regresaron a la carretera, la directora habló sin volverse.

—En Casa Cero hay una habitación con azulejos verdes. Si ocurre algo, busca el tercero de la fila inferior.

Alicia se tensó.

—¿Qué estás haciendo?

—Explicando las normas.

—Esa no es una norma.

—Lo era antes de que tú llegaras.

Nora comprendió que Inés acababa de darle una salida. No sabía si era ayuda o una prueba.

—¿Por qué trabajas para Julia? —preguntó.

—Porque hace veinte años me dio un nombre con el que mi marido no pudo encontrarme.

—¿Y ahora le das niños?

Las manos de Inés se endurecieron sobre el volante.

—Ahora intento que no terminen como yo.

—Encerrados y agradecidos.

Alicia se volvió.

—No sabes nada de lo que pasamos.

—Tenéis razón. Nadie me cuenta nada. Por eso he tenido que robarlo.

El silencio llenó el coche.

—¿Qué has robado? —preguntó Alicia.

Nora miró por la ventanilla.

—Mi nombre.

El teléfono de Inés sonó. Contestó con manos libres.

—Sí.

Una voz masculina dijo:

—Cambio de protocolo. Galván ha llegado antes. Llevad a la menor a la sala de archivo.

Inés frenó tan bruscamente que el coche de detrás estuvo a punto de chocar.

—Andrés no puede entrar en la casa.

—Orden de Julia.

—Julia prometió…

—La promesa ha cambiado.

La llamada terminó.

Inés y Alicia se miraron.

Por primera vez, Nora vio el mismo miedo en las dos.

45

Inés tomó la siguiente salida sin consultarlo.

El segundo coche tocó el claxon y aceleró para ponerse a su altura. El conductor bajó la ventanilla. Nora reconoció al hombre que había estado en el garaje del edificio, aunque entonces llevaba gorra.

La carretera descendía hacia un valle cubierto por embalses y antiguas explotaciones industriales. El asfalto estaba agrietado y las líneas laterales desaparecían en algunos tramos. Inés aceleró en las rectas y redujo antes de las curvas sin utilizar el freno, intentando no avisar al coche perseguidor mediante las luces traseras.

El conductor del segundo vehículo conocía la zona. Se colocaba en puntos donde podía cortar el paso y evitaba acercarse en tramos con casas. No buscaba detenerlas de inmediato. Las empujaba hacia la ruta de la presa, donde Umbral disponía de accesos propios. Inés comprendió que la orden recibida no pretendía llevar a Nora a Casa Cero, sino entregarla antes de llegar.

Alicia revisó la caja de emergencia y encontró un martillo, vendas y una linterna. No había armas. El protocolo había separado el transporte de la fuerza, pero esa separación solo funcionaba mientras todos obedecieran. La deslealtad del segundo coche convertía la falta de armas en una vulnerabilidad.

Nora no conocía los nombres de quienes las seguían, pero identificó la estructura del conflicto: dos adultas que habían aceptado una operación injusta empezaban a descubrir que también podían ser consideradas prescindibles. No confundió ese miedo con bondad. Lo utilizó para ampliar el espacio donde sus decisiones podían influir.

—¡La ruta es por la presa! —gritó.

—Tengo un problema mecánico —respondió Inés.

—No tienes autorización para detenerte.

—Entonces avisa a Julia de que el coche arde.

No ardía. El indicador de temperatura seguía en el centro. Inés condujo hasta una zona de descanso rodeada de pinos y apagó el motor. El otro vehículo frenó detrás.

—¿Qué haces? —preguntó Alicia.

—Decidir si seguimos obedeciendo a alguien que acaba de entregar a una menor a Andrés.

—Julia no ha dicho eso.

—Ha cambiado la ruta a la sala de archivo. Andrés controla la sala central.

—Puede ser una maniobra para protegerla.

Nora soltó el cinturón.

—Cuando los adultos dicen puede ser, ya han decidido que el riesgo lo asuma otra persona.

El conductor del segundo coche se acercó. Inés bloqueó las puertas.

—Abre —ordenó él.

—Confirma la cadena de mando.

—Baeza dirige el traslado.

Alicia palideció.

—Baeza trabaja para Andrés.

—Baeza trabaja para quien mantiene operativa la red —respondió el hombre.

Golpeó la ventanilla con los nudillos.

—Abre.

Inés puso el coche en marcha. El hombre se apartó y sacó un arma. Nora se agachó antes de que Alicia la empujara. El primer disparo perforó la luna trasera. El segundo golpeó la carrocería.

Inés aceleró entre los pinos. El camino de tierra descendía hacia un área de pícnic abandonada. Las ramas arañaron los laterales. El

otro coche las siguió.

—Hay una barrera al final —dijo Alicia.

—Lo sé.

—No podemos pasar.

—Él tampoco.

Inés frenó junto a una mesa de piedra.

—Salid.

—¿Adónde? —preguntó Nora.

—Hay un sendero que llega a la carretera vieja. Yo lo retraso.

—No.

—Nora, no es una negociación.

—Eso también lo decís todos en el mismo curso.

Alicia abrió su puerta.

—Vamos.

Nora no se movió.

—Si nos separamos, él seguirá a quien crea que lleva la tarjeta.

Las dos mujeres la miraron.

—¿Qué tarjeta? —preguntó Inés.

—La que Baeza cree que está en mi zapatilla.

—¿Está ahí?

—No voy a decírtelo.

El motor del coche perseguidor se acercaba.

Nora cogió la postal del embalse que había escondido bajo la sudadera. Escribió en el reverso con un bolígrafo de Alicia: TARJETA EN EL COCHE. Después la dobló y la introdujo entre el asiento y el respaldo.

—Que encuentre esto —dijo—. Pensará que seguimos a pie con la tarjeta o que la hemos dejado. Tendrá que decidir.

—Puede registrar el coche en segundos —dijo Alicia.

—No si cree que hay una trampa electrónica.

—¿La hay?

—No.

Inés sonrió, esta vez sin querer ocultarlo.

—Clara hacía lo mismo —dijo.

—No me compares con ella ahora.

Salieron por la puerta del copiloto y corrieron hacia el sendero. Nora iba en medio. Alicia llevaba el arma de Inés y miraba atrás cada pocos pasos.

El hombre llegó al coche, abrió la puerta y vio la postal. No las siguió de inmediato. Sacó el teléfono y llamó a alguien.

La demora fue de treinta y ocho segundos.

Nora los contó.

El sendero terminaba en una carretera estrecha. No había casas ni tráfico. A lo lejos, el embalse reflejaba una franja de luz. Inés señaló una nave agrícola.

—Podemos escondernos allí.

—No —dijo Alicia—. Si Baeza controla la zona, la habrá revisado.

—Entonces ¿qué propones?

—Seguir hasta la casa.

Inés se detuvo.

—Acabas de decir que Andrés la controla.

—También es donde están Clara y Daniel intentando llegar. Fuera de la red no tenemos aliados, cobertura ni vehículo.

—Tenemos a Nora.

—Precisamente.

La niña escuchó cómo discutían sobre ella a un metro de distancia. Las palabras eran distintas de las de Clara y Daniel, pero la estructura era la misma: riesgo, protección, opciones limitadas, alguien más autorizado para decidir.

—Voy a la casa —dijo.

—No puedes decidir eso sola —respondió Inés.

—Ya lo habéis decidido por mí dos veces. Una tercera no mejora el resultado.

—Andrés puede estar allí.

—Es mi padre biológico. Quiere que abra el Libro. Si huimos, seguirá buscando. Si voy, puedo averiguar qué necesita.

Alicia negó.

—No vas a utilizarte como cebo.

—Vosotras me habéis utilizado como paquete.

El sonido de un coche apareció detrás de los árboles.

Inés miró el mapa del teléfono. Sin red, solo mostraba la ruta descargada.

—Hay una vieja conducción de agua que entra en la propiedad por el oeste. Elena la usaba para evacuar a las mujeres si la carretera se bloqueaba.

—¿Conduce a la fábrica? —preguntó Nora.

—A la casa.

—Entonces vamos por ahí.

No era una buena opción. Era la menos controlada por los hombres que venían detrás. A veces, comprendió Nora, los adultos llamaban elegir a quedarse con la única puerta que los demás no habían cerrado todavía.

Caminaron durante veinte minutos por el monte. Inés perdió un zapato en el barro y siguió descalza. Alicia respiraba demasiado deprisa. Nora sintió el roce de la tarjeta bajo la plantilla y pensó en Clara enseñándole a distribuir las copias.

Tres copias. Dos soportes. Una fuera de casa.

Había entendido la regla como seguridad técnica. Ahora comprendía su parte política: ninguna persona debía poseer la única versión de otra vida.

Cuando vieron el azulejo de la cigüeña entre los árboles, Inés se detuvo.

—A partir de aquí no sigo órdenes de Julia —dijo.

Alicia la miró.

—¿Desde cuándo?

—Desde que la orden exige que deje de fingir que Nora consintió.

Nora no le dio las gracias. Inés no lo merecía todavía y ella no quería convertir cada corrección tardía en una absolución.

—Entonces empieza por llamarme Nora —dijo.

—Nora —respondió Inés.

Y entraron en Casa Cero.

46

El coche cuya llave había dejado Julia estaba aparcado en la calle paralela.

Era un monovolumen azul con un teléfono, dos botellas de agua y una carpeta de carreteras. No había armas. No había documentos. En la guantera encontré una fotografía de Nuria Navas y sus hijos, los primeros desaparecidos de Umbral. Al dorso, una fecha reciente y una frase:

El monovolumen tenía neumáticos nuevos, depósito lleno y una matrícula asociada a una empresa de alquiler disuelta. La documentación de la guantera era correcta hasta tres meses antes. Después, los seguros y revisiones se habían pagado desde cuentas que conducían a asociaciones sin actividad. Julia había preparado una salida que soportaría una comprobación superficial y se desharía bajo una investigación completa.

La carpeta de carreteras incluía mapas de papel con zonas sin cobertura, hospitales, cuarteles y caminos forestales. Algunas rutas estaban marcadas en lápiz para poder borrarse. Otras llevaban fechas y nombres de operaciones antiguas. El conjunto mostraba la geografía invisible de Umbral: no un territorio continuo, sino una red de lugares separados por distancias calculadas para cambiar de vehículo, identidad o jurisdicción.

La fotografía de Nuria y sus hijos había sido tomada recientemente. El fondo mostraba una plaza costera y un comercio cuyo rótulo permitía localizar el país. Julia la dejó como argumento, no como recuerdo. Quería demostrar que ciertas desapariciones habían salvado vidas. La imagen no mostraba el precio pagado: nombres abandonados, familiares sin respuesta, niños obligados a aprender otra historia.

En el maletero había tres mochilas de distintos tamaños. Cada una contenía ropa básica, dinero, medicación genérica y un teléfono sellado. Ninguna estaba preparada para Nora específicamente. Julia mantenía salidas estándar porque la rapidez dependía de reducir a las personas a necesidades previsibles.

SIGUEN VIVOS GRACIAS A LO QUE HICIMOS.

Julia había previsto incluso la discusión que quería mantener durante el viaje.

Luján condujo. Yo intenté comunicarme con Daniel, pero el teléfono de teclas no tenía cobertura y mi dispositivo habitual seguía en el garaje de Madrid.

—¿Por qué entraste en Umbral? —pregunté.

—Mi hermana.

Esperé.

—Su pareja era policía local —continuó—. Cuando denunció, él accedió al atestado antes de que se emitiera la orden. La encontró en casa de una amiga. Casi la mata. Umbral la sacó del país. Yo era guardia civil recién destinado y creía que el sistema podía corregirse desde dentro.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿Nunca te lo dijeron?

—Era la condición. Si yo no sabía, no podían obligarme a revelarlo.

—¿Lo aceptaste?

—Tenía veinticinco años. Julia me dijo que amar a alguien era soportar no ser necesario en su siguiente vida.

—Suena a ella.

—Durante mucho tiempo me pareció cierto.

La autopista se abría delante bajo un cielo violeta. Las luces de los pueblos aparecían y desaparecían entre montes.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que convirtió la pérdida en una doctrina porque así nadie podía reclamarle lo que quitaba.

La tarjeta de Nora estaba sobre mis rodillas. No me atrevía a conectarla al coche. Podía enviar nuestra posición o ejecutar otra búsqueda.

—Julia dijo que Umbral caería si elegía a Nora.

—No lo dijo con esas palabras.

—No necesitaba hacerlo. Si publicamos el Libro, cientos de identidades quedan expuestas.

—Si no lo publicamos, Julia y Andrés siguen vendiéndolas.

—Marta quería separar víctimas y culpables.

—¿Puedes hacerlo?

—La Clara de hace once años quizá. Yo no sé cuánto de ella queda.

—Has abierto un disco, localizado una salida que yo no veía y detectado una edición en un vídeo. No te falta capacidad. Te falta confiar en que la capacidad no te convierte en Julia.

Miré su perfil.

—¿Por eso te eligió Daniel como sustituto?

—Daniel no me eligió. Me reclutó Clara.

—No te conocía.

—Me entrevistaste hace nueve años. Dijiste que necesitabas a alguien que no te debiera la vida. Alguien capaz de desobedecerte.

—¿Por qué no me lo dijiste en el campamento?

—Porque la instrucción era no activar recuerdos salvo que Nora estuviera físicamente en peligro.

—Ya había desaparecido.

—No sabíamos si había activado protección voluntaria.

—Todos escondiéndoos detrás de una palabra técnica.

—Sí.

La respuesta sin defensa me desarmó.

Luján tomó una salida secundaria. En el arcén apareció un área de servicio. Un empleado y una mujer observaban un espejo cubierto de papel mojado. Un coche de la Guardia Civil estaba aparcado fuera.

—Reduce —dije.

La mujer levantó una fotografía del mensaje escrito en el cristal. Aunque pasamos demasiado deprisa para leerlo, vi las primeras letras.

NORA RIVAS.

—Ha dejado un rastro —dijo Luján.

—No para nosotros. Para cualquiera.

—Eso aumenta el riesgo.

—También impide que la conviertan en una historia privada. Si más gente sabe que existe, borrarla cuesta más.

La orgullosa satisfacción que sentí duró apenas un segundo. Después llegó el miedo.

Julia no toleraba variables que no controlaba.

El teléfono del coche sonó.

Luján activó el altavoz.

Era Daniel.

—No entréis por la carretera principal —dijo—. Baeza nos sigue y Andrés está en el pueblo.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—A cinco kilómetros. La señal de la casa acaba de desaparecer.

—Nora ha dejado un mensaje. Está allí.

Hubo un silencio.

—Clara, si tenemos que elegir entre el Libro y ella…

—No vamos a elegir.

—Eso dijiste la noche de Marta.

La llamada se cortó.

INTERLUDIO XV

EL MENSAJE DEL ESPEJO

La empleada de la gasolinera estuvo a punto de limpiarlo.

Había jabón en el espejo y papel mojado. Pensó que era una broma hasta que leyó el nombre y la frase ME LLEVAN.

Fotografió el mensaje y llamó a la Guardia Civil. La central encontró una alerta interna sobre Clara Rivas, no sobre Nora. El operador recomendó no difundir y esperar instrucciones.

La empleada publicó la fotografía en un grupo local antes de que llegaran los agentes.

En seis minutos la vieron ciento treinta personas. En doce, alguien la envió a un periodista. En veinte, Luján pasó frente a la gasolinera y reconoció las letras desde el coche.

La publicación era peligrosa. Revelaba la ruta. También impedía que el mensaje desapareciera dentro de un informe.

Luján solicitó a la central activar búsqueda de menor. La supervisora respondió que no existía identidad válida.

—Use el nombre de la fotografía.

—Podría ser una broma.

—Hay una denuncia, una nota en un campamento y un traslado no autorizado.

—La madre está bajo evaluación psiquiátrica.

—La madre no ha escrito en este espejo.

No obtuvo la alerta formal. Envió la imagen directamente a Teresa Vidal y a dos unidades de carretera de confianza.

Uno de los agentes que recibió el mensaje pertenecía a Andrés. Avisó de que Nora había dejado rastro.

La decisión de la niña ayudó a localizarla y aceleró a sus perseguidores.

Cuando Teresa revisó el episodio, alguien preguntó si Nora había actuado imprudentemente.

—Actuó sin información completa —respondió—. Igual que todos los adultos. La diferencia es que ella no había construido el sistema que le ocultaba la información.

47

Teresa Vidal recibió el mensaje del espejo mientras estaba en una cena familiar.

No abrió la fotografía hasta salir al pasillo. Le bastaron el nombre de Clara Rivas, la mención de San Miguel del Embalse y la caligrafía infantil para abandonar el restaurante sin explicar nada. Once años antes, Marta Rivas había solicitado hablar con ella sobre una red de protección que utilizaba documentación falsa. La reunión nunca se produjo. Dos días después, Marta murió.

Teresa llevaba tres décadas en fiscalía y había aprendido a desconfiar de los casos que llegaban con una explicación completa. Prefería los expedientes incómodos, aquellos donde las piezas no compartían todavía un relato. La nota de Marta permaneció archivada porque no contenía delito verificable, pero Teresa la había leído cada vez que aparecía una denuncia relacionada con documentos falsos y víctimas protegidas.

Su hermana Elena mencionó Casa Cero una sola vez, años antes, durante una discusión familiar. Teresa entendió que existía un refugio, no una red de sustitución de identidades. La separación entre ambas se consolidó después de la muerte de Marta. Elena defendía que algunas personas sobrevivían gracias a decisiones que un juzgado no habría autorizado a tiempo. Teresa respondía que la urgencia no anulaba la responsabilidad. Ninguna consiguió convencer a la otra.

El mensaje del espejo unía los nombres que habían permanecido separados: Clara, Marta, San Miguel y una menor. Teresa no abandonó la cena por intuición dramática. Lo hizo porque reconoció una oportunidad probatoria irrepetible. Si la red estaba moviendo a Nora, las horas siguientes producirían trayectos, comunicaciones,

accesos y personas en posiciones que después negarían. Había que llegar mientras los hechos todavía estaban ocurriendo.

Teresa conservaba la nota en un expediente archivado por falta de indicios.

No por nostalgia. Por incomodidad.

En el coche llamó al juzgado de guardia y pidió apertura de diligencias urgentes. No presentó Umbral como una organización secreta capaz de borrar personas; presentó hechos verificables: denuncia de desaparición, traslado de una menor desde un campamento, vehículo con identidad falsa, manipulación de alertas, posible participación de funcionarios y riesgo inmediato.

El juez preguntó quién era la menor.

—Eso forma parte de lo que se está intentando destruir —respondió.

—Necesito filiación.

—Necesitamos protegerla antes de resolverla.

La diferencia importaba. Teresa había visto investigaciones paralizadas por la necesidad de clasificar a la víctima antes de impedir el siguiente daño. Pidió localización del vehículo, conservación de grabaciones, intervención de comunicaciones de números ya identificados y una entrada limitada en las propiedades vinculadas a la sociedad propietaria de Casa Cero. El juez autorizó las medidas de urgencia y exigió un informe completo antes del amanecer.

Después Teresa creó un grupo de trabajo reducido.

No utilizó la lista habitual de mandos. Llamó a una inspectora de Policía Judicial con la que había trabajado en corrupción, a un especialista en delitos informáticos y a una letrada de protección de menores. Cada uno recibió solo la parte necesaria. Las órdenes quedaron registradas por escrito y con destinatarios duplicados para que ninguna desaparición interna pudiera borrar el encargo.

—No compartáis la ubicación por la red operativa general —dijo —. Utilizad canal cifrado y confirmación verbal.

—Eso vulnera el procedimiento ordinario —objetó la inspectora.

—El procedimiento ordinario ya ha filtrado una alerta. Documentad la excepción y el motivo.

El especialista informático abrió una línea de preservación con la empresa que gestionaba lectores de matrículas. Descubrió que el aviso del monovolumen se había eliminado con credenciales de un agente destinado en otra provincia. La cuenta se había conectado desde una dirección asociada a una oficina del Ministerio.

—Puede ser robo de credenciales —dijo.

—Trátelo como posibilidad, no como coartada —respondió Teresa.

La letrada de menores revisó la información de Nora.

—No figura en Registro Civil, padrón, sanidad ni educación. La madre denunciante no tiene resolución de guarda.

—¿Eso impide protegerla?

—No. Impide decidir con quién debe quedar después. Primero se localiza, se evalúa riesgo y se la escucha con asistencia adecuada.

—Quiero que quede por escrito.

—¿Por qué?

—Porque alguien va a intentar convertir la falta de filiación en un motivo para devolverla a quien tenga el documento más convincente.

La primera fuga se produjo doce minutos más tarde.

Una patrulla de carretera comunicó que había recibido una fotografía de Nora y una matrícula. Antes de llegar al control, un superior le ordenó retirarse por posible operación reservada. El superior utilizó una clave correcta.

Teresa pidió su identificación. El nombre pertenecía a un comisario jubilado.

—Están reutilizando identidades institucionales —dijo el informático—. No solo documentos personales. Perfiles, certificados, permisos.

—No digas están hasta demostrar quién —corrigió ella—. Y no utilices esos certificados para entrar en nada. Preserva los registros.

La tentación de responder a un sistema ilícito con atajos era exactamente lo que había permitido crecer a Umbral. Cada operador empezaba convencido de que la urgencia justificaba saltarse una garantía. Después la garantía se convertía en obstáculo permanente.

A las diez y diecisiete, Teresa recibió la llamada de Luján. Estaba en ruta con Clara. Le informó de la fotografía del espejo y de la posible casa en Segovia. La señal se cortaba.

—No entre sin apoyo —ordenó.

—Hay disparos y una menor dentro.

—En una situación de peligro actual puede intervenir para proteger vidas. Pero no registre archivos ni manipule equipos salvo necesidad. Grabe desde el acceso y comunique cada hallazgo.

—No sé quién recibirá la comunicación.

—Yo. Directamente. Y si dejo de responder, envíela al juzgado y a los dos correos que le voy a dictar.

Clara tomó el teléfono.

—Teresa, Marta confiaba en ti.

La fiscal cerró los ojos un instante.

—No lo suficiente para llegar viva a una declaración.

—No fue culpa tuya.

—No estamos repartiendo culpa. ¿Dónde está Nora?

—En San Miguel. Andrés también.

—¿Qué pruebas tiene?

—Una red entera de documentos falsos, personas vendidas y una grabación de Marta.

—Eso no responde. ¿Qué prueba tiene ahora, en su poder?

Clara guardó silencio.

—Una tarjeta, quizá. Nora la lleva.

—Entonces no convierta a la niña en portadora de prueba. Sáquela. Lo demás se asegura después.

—Si sacamos a Nora y Andrés destruye el Libro, no podremos demostrarlo.

—La protección de una menor no compite con la conservación de un archivo. Primero la vida. Después la prueba.

—Marta dijo lo mismo y murió.

—Marta murió porque varias personas creyeron que solo ellas podían decidir qué sacrificio era necesario.

La línea quedó muda.

Teresa temió haber perdido la comunicación, pero Clara respondió:

—Entendido.

No prometió obedecer.

Teresa envió las coordenadas a dos equipos de confianza, solicitó apoyo sanitario y pidió a la jefatura de Policía Judicial que el primer mando operativo estableciera perímetro, registrara entradas y salidas y verificara por doble canal cualquier instrucción sensible.

Después abrió el expediente antiguo de Marta. En la última página encontró una nota que había escrito ella misma once años atrás:

Si reaparece la menor, separar inmediatamente tres cuestiones: identidad biológica, guarda efectiva y riesgo penal. No permitir que una resuelva automáticamente las otras.

No recordaba haberla escrito.

Quizá había entendido más de lo que hizo.

A las diez y cuarenta y cinco, el primer equipo informó de un corte de luz selectivo en San Miguel del Embalse, vehículos abandonados y disparos en la zona de la fábrica.

Teresa se puso el chaleco identificativo en el asiento trasero del coche.

—Vamos —dijo a la inspectora.

—Estamos a una hora.

—Entonces llevamos once años y una hora de retraso.

48

San Miguel del Embalse no aparecía en los carteles grandes.

Daniel abandonó la carretera comarcal y siguió indicaciones hacia una zona recreativa. El coche de Baeza ya no estaba detrás, pero eso no significaba que hubiera dejado de seguirlos. Significaba que conocía otra ruta.

El agua había transformado el valle. Bajo la superficie permanecían los cimientos de un barrio obrero, una escuela y el camino antiguo hacia la fábrica. En años de sequía, algunos muros reaparecían cubiertos de limo. Los habitantes del pueblo hablaban de ellos como si fueran recuerdos personales, aunque muchos hubieran nacido después de la inundación.

La fábrica de vidrio ocupaba la orilla norte. Sus naves de ladrillo, chimeneas y depósitos se extendían entre maleza. Durante décadas produjo botellas y aislantes; cerró después de un accidente y una quiebra. Umbral aprovechó conducciones, sótanos y una subestación eléctrica que seguía conectada por razones administrativas. El lugar ofrecía aislamiento sin parecer secreto: figuraba en catastros, recibía inspecciones ocasionales y pertenecía a una sociedad disuelta cuya propiedad nadie terminaba de reclamar.

Casa Cero quedaba algo más arriba, protegida por árboles y un muro bajo. Desde la carretera parecía una vivienda señorial abandonada. Desde el agua se comprendía su función: dominaba la fábrica, la presa y los dos accesos al pueblo. Quien la había elegido no buscaba solo ocultación. Buscaba tiempo para ver llegar a cualquiera.

El pueblo surgió alrededor de una iglesia baja sin torre. Había una plaza, un bar cerrado y una fuente de piedra. Más allá, junto al agua, se extendían las ruinas de una fábrica de vidrio.

Adela señaló una calle en pendiente.

—La casa de Elena estaba arriba.

—¿Estuviste aquí?

—Cuando nació Nora.

—Dijiste que Marta dio a luz en una clínica.

—La clínica era esta casa. Los informes se hicieron después.

Daniel frenó.

—¿Clara estuvo en el parto?

—No. Marta no quería que supiera dónde estaba. Pensaba que Umbral tenía una filtración.

—Tenía razón.

—Cuando empezó el parto, llamó a Julia. Julia llamó a Elena. Yo vine porque Marta me pidió que no avisara a Clara.

—¿Por qué?

—Porque Clara todavía defendía la red. Marta ya no confiaba en nadie que pusiera Umbral por encima de una persona.

Daniel miró la casa al final de la calle. Contraventanas azules. Azulejo de cigüeña. Una luz encendida en la planta baja.

—Quédate aquí.

—No.

—Baeza puede aparecer.

—Y si me quedo sola, ¿qué crees que hará?

No había una respuesta buena.

Aparcaron detrás de un almacén abandonado. Daniel sacó una linterna, una pistola y un pequeño botiquín. Adela cogió una llave inglesa del maletero.

—No puedes venir armada con eso.

—Es menos ilegal que lo tuyo.

Subieron por un sendero entre huertos. La casa estaba demasiado quieta. No había coches, voces ni movimiento tras las cortinas.

La puerta principal estaba abierta.

Dentro encontraron una cocina antigua, una mesa preparada para cuatro personas y un reloj detenido a las 3:29.

Diecisiete minutos después de la llamada de Marta.

—Esto es para Clara —dijo Adela.

—Todo es para Clara.

En la pared había fotografías de niñas y mujeres. Algunas mostraban la misma persona con nombres distintos. En una esquina, una serie completa de Nora desde su nacimiento hasta el año anterior.

No eran fotografías familiares. Habían sido tomadas a distancia: saliendo del colegio, en el parque, durmiendo junto a una ventana.

Daniel arrancó una de la pared.

—Andrés la vigilaba.

—O Julia.

Un suelo de madera crujió arriba.

Daniel indicó a Adela que se ocultara en la despensa. Subió con el arma levantada.

La primera habitación estaba vacía. La segunda contenía una cama infantil y el conejo Norte, aunque Norte debía seguir en la consigna o en manos de Baeza. Era otro peluche idéntico.

Sobre la almohada había una nota:

PAPÁ, LLEGAS TARDE OTRA VEZ.

—No soy su padre —dijo una voz detrás de él—. Esa fue vuestra mentira favorita.

Andrés Galván ocupaba la puerta.

Tenía cincuenta y cinco años, el pelo gris en las sienes y una elegancia discreta que ninguna fotografía policial había conseguido volver amenazante. Sostenía el arma con una mano relajada.

—¿Dónde está Nora? —preguntó Daniel.

—Sara.

—Ella elige su nombre.

—Eso dicen quienes le robaron el primero.

Daniel apuntó.

—Mataste a Marta.

Andrés sonrió con tristeza ensayada.

—Y tú falsificaste la hora de su muerte. A veces me pregunto cuál de los dos debería temer más que la niña conozca la verdad.

Un golpe sonó en la planta baja.

Andrés no miró. Daniel sí.

Fue suficiente.

El disparo alcanzó a Daniel en el muslo.

Cayó.

Andrés le quitó el arma y se agachó a su lado.

—Julia va a traer a Clara. Cuando llegue, los tres le contaremos a Sara qué clase de familia le construisteis.

—No vas a tocarla.

—Llevo once años sin tocar a mi hija.

—No es tu hija.

La expresión de Andrés perdió la tristeza.

—Eso —dijo— es exactamente lo que pienso corregir esta noche.

49

Adela oyó el disparo desde la despensa.

No gritó. Había aprendido, demasiado tarde, que el miedo no siempre se expresa haciendo ruido. A veces se convierte en una precisión extraordinaria.

Casa Cero conservaba la distribución de una vivienda rural, pero las paredes habían sido reforzadas y los corredores desviados. La despensa se encontraba entre la cocina y una cámara fría. Los estantes ocultaban bisagras, cableado y marcas de altura de varias generaciones de personas protegidas. Algunas habían escrito iniciales en la madera; otras, fechas que ya no coincidían con sus documentos actuales.

El disparo produjo un eco corto, amortiguado por los muros. Adela identificó la habitación aproximada por la vibración de los frascos. Había vivido allí durante el nacimiento de Nora y recordaba qué paredes eran macizas y cuáles ocultaban conductos. El conocimiento doméstico se convirtió en un mapa táctico sin dejar de ser memoria familiar.

La puerta secundaria descendía hacia un depósito de agua y un antiguo túnel de carga. El peldaño tercero estaba roto. La barandilla terminaba antes de la curva. Adela avanzó apoyando el hombro sano y dejó una marca de sangre en la cal. Esa marca permitiría después reconstruir su recorrido y demostrar que no había estado en la sala donde Andrés intentaría situarla.

En el nivel inferior encontró cajas de material obstétrico, mantas selladas y un calentador antiguo. Algunos lotes coincidían con la fecha del nacimiento de Nora. Casa Cero no era solo el escenario de una persecución actual. Conservaba objetos que podían confirmar una noche que todos habían narrado de manera distinta.

La despensa tenía una segunda puerta oculta detrás de sacos vacíos. La abrió y encontró una escalera que descendía. Recordaba aquel paso del día del nacimiento de Nora: Elena lo utilizaba para traer agua caliente desde un depósito inferior.

Bajó.

El sótano estaba lleno de cunas desmontadas, maletas y cajas con ropa. En una pared había azulejos verdes. El tercero de la fila inferior mostraba una grieta.

Adela lo retiró.

Detrás encontró una palanca y una cavidad con una radio antigua. La palanca abrió un pasadizo hacia la fábrica de vidrio. La radio funcionaba con batería.

Pulsó el botón.

—¿Me escucha alguien?

Estática.

—Soy Adela Rivas. Andrés Galván está en Casa Cero. Daniel está herido. Nora puede estar aquí.

Una voz respondió, débil:

—No diga nombres por este canal.

Adela reconoció a Inés.

—Ya no tenemos tiempo para códigos.

—Estamos a seis minutos. No entre en la casa.

—Estoy dentro.

Silencio.

—Busque la sala de azulejos verdes —dijo Inés—. El tercer azulejo abre el túnel.

—Ya lo he abierto.

—Entonces salga.

—¿Dónde está mi nieta?

—Conmigo.

La palabra nieta quebró algo en Adela.

—¿Está bien?

—Sí. Pero Galván ha tomado el control de la operación. Julia no responde.

—Julia siempre responde. Que no lo haga es una respuesta.

Arriba sonaron pasos y un arrastre. Daniel quizá. Adela tomó la radio y entró en el pasadizo. No salió hacia la fábrica. Avanzó en dirección contraria, siguiendo un ramal que recordaba vagamente.

—¿Qué hace? —preguntó Inés por la radio.

—Buscar la sala de partos.

—No está en el plano actual.

—Porque la cerramos después de que naciera Nora.

El corredor terminaba en una puerta de madera. Adela utilizó la llave inglesa para romper el candado.

La habitación conservaba la camilla, un lavabo y un armario metálico. En la pared había una cigüeña pintada por Marta. Bajo las alas, una frase:

NINGÚN NOMBRE ES MÁS VERDADERO QUE LA VIDA QUE CONSIGUE PROTEGER.

Adela abrió el armario. Encontró ropa de bebé, una cámara de vídeo y una caja sellada con las iniciales M.R.

Dentro había una cinta y un sobre.

PARA CLARA. NO PARA UMBRAL.

Marta había dejado una segunda grabación.

Adela guardó ambos objetos. Cuando se volvió, Baeza estaba en la puerta.

Tenía la pierna vendada donde ella le había clavado el abrecartas.

—La señora de la casa —dijo.

—La rata del sótano.

Baeza le quitó la radio.

—¿Qué ha encontrado?

—El lugar donde guardábamos a los hombres que hacían preguntas estúpidas.

Él la golpeó con el arma. Adela cayó, pero mantuvo una mano dentro del bolsillo, apretando la cinta.

Baeza abrió la caja vacía.

—¿Dónde está?

—Once años tarde y seguís buscando lo mismo.

—Porque su hija era mejor escondiendo cosas que eligiendo aliados.

Adela escupió sangre sobre sus zapatos.

—Al menos tuvo una hija que la quiso.

Baeza levantó el arma.

Una voz infantil sonó en el pasillo.

—No la mates.

Nora estaba detrás de él.

50

Nora había abierto la puerta del coche antes de que se detuviera por completo.

Inés la siguió. Alicia discutía con el conductor del segundo vehículo, que había recibido órdenes distintas. En el momento de confusión, Nora corrió hacia la casa.

El patio de Casa Cero estaba cubierto de grava y rodeado por muros altos. Nora cayó sobre una rodilla, se levantó y corrió hacia la entrada lateral. El impermeable amarillo resultaba visible desde cualquier ventana, pero también permitía a Clara reconocerla si estaba dentro. Durante el trayecto había decidido que ser encontrada por su madre compensaba el riesgo de ser vista por otros.

La puerta no tenía cerradura exterior. Se abría mediante presión en un azulejo verde y un mecanismo oculto. Inés le había explicado el gesto porque creyó que controlar la información bastaba para controlar su uso. Nora memorizó la ubicación, la fuerza necesaria y el retraso de dos segundos antes del clic.

Dentro, el aire olía a humedad, desinfectante y madera vieja. Había huellas recientes sobre el polvo y una línea de barro que se dirigía hacia el corredor. Nora distinguió tres tamaños de calzado. Uno correspondía a Adela, otro a un hombre adulto y el tercero a botas con dibujo profundo. El edificio le ofrecía pruebas antes de ofrecerle personas.

La fotografía que había estudiado no mostraba las ampliaciones. Una pared ocupaba el lugar de una puerta y el pasillo terminaba en un armario falso. Nora avanzó utilizando sonidos: una respiración, metal arrastrado, agua en una tubería. Llegó a la escena no porque conociera la casa, sino porque la casa seguía revelando dónde se movían los cuerpos.

Conocía la entrada por la fotografía. También conocía el azulejo verde por la indicación de Inés. No sabía que encontraría a Adela en el suelo y a Baeza apuntándole.

—No la mates —repitió.

Baeza se volvió despacio.

—Sara.

—Nora.

—Tu padre quiere verte.

—Mi padre está abajo o arriba, según qué mentira estéis usando.

Adela intentó levantarse. Baeza la empujó con el pie.

—Quieta.

Nora vio el sobre asomando del bolsillo de su abuela. Vio también la radio en la mano de Baeza y el azulejo retirado.

—Tengo el Libro —dijo.

Era una mentira, pero Baeza dejó de mirar a Adela.

—¿Dónde?

—En mi zapatilla.

—Quítatela.

Nora se sentó en el suelo. Desató el cordón con movimientos lentos. La tarjeta verdadera estaba allí. No podía entregarla. Tampoco podía permitir que disparara a Adela.

Sacó la plantilla y mostró el pequeño hueco.

Baeza se agachó.

Nora lanzó la zapatilla hacia la puerta y empujó la palanca detrás del azulejo. El mecanismo cerró una compuerta metálica entre el pasillo y la habitación. Baeza quedó fuera. Nora y Adela, dentro.

El disparo atravesó la madera, no el metal interior.

—Bien hecho —dijo Adela.

—No mucho. La tarjeta estaba en la zapatilla.

—¿La verdadera?

Nora asintió, con los ojos llenos de lágrimas que se negó a soltar.

Baeza golpeó la puerta.

—La recuperará —dijo.

—Primero tiene que abrir.

—¿Hay otra salida?

Adela señaló el armario. Detrás, un panel conducía a un espacio aún más estrecho.

—Marta lo usó para esconderte mientras atendíamos el parto.

Nora entró. Cabía agachada. En la pared había marcas de lápiz y nombres escritos por distintas manos. Algunos estaban tachados. Otros tenían flechas hacia nombres nuevos.

Sara → Nora.

Reconoció la letra de Clara.

Debajo había otra anotación:

No volverá a pertenecer a nadie que confunda sangre con derecho.

Nora tocó las palabras.

—Clara escribió esto.

—La noche que te trajo aquí después del incendio.

—¿Marta estaba muerta?

Adela no respondió de inmediato.

—Murió mientras Clara te sacaba de la casa.

—¿Podía salvarla?

—No lo sé.

—Todos decís eso cuando sí lo sabéis.

Los golpes de Baeza se detuvieron. Un mecanismo sonó al otro lado. Estaba intentando abrir desde el azulejo.

Adela le entregó la cinta y el sobre.

—Guárdalos.

—¿Qué son?

—La parte de la historia que tu madre quiso que Clara escuchara sin Julia delante.

—Marta es mi madre.

—Sí.

—Entonces di Marta.

Adela asintió.

—La parte que Marta quiso que Clara escuchara.

Nora metió la cinta y el sobre bajo su sudadera.

—¿Hay salida desde aquí?

—Un conducto hacia la fábrica.

—Vamos.

—Yo te retrasaré.

—No.

—Nora…

—No voy a aprender de vosotras que salvar a alguien significa dejar a otra persona atrás.

La compuerta comenzó a abrirse.

Nora agarró la mano de Adela.

Las dos se arrastraron hacia la oscuridad.

51

El conducto descendía durante los primeros veinte metros y después se dividía.

Nora iluminó las paredes con la pequeña pantalla de la pulsera. A la izquierda había marcas recientes de botas. A la derecha, polvo intacto y telarañas.

Las paredes estaban revestidas de azulejo industrial en los primeros metros y después se convertían en roca excavada. El aire era más frío y transportaba olor a óxido, agua estancada y aceite. Cada cierto tramo aparecían placas con números casi borrados que correspondían al antiguo sistema hidráulico de la fábrica. Adela recordaba algunos por haber acompañado a Elena durante la noche del parto.

Nora avanzaba contando pasos y bifurcaciones. No dibujaba un mapa perfecto; registraba decisiones reversibles. Derecha junto a la tubería roja. Descenso después de la compuerta. Tres peldaños rotos antes del túnel ancho. La pulsera iluminaba apenas un círculo frente a ellas, de modo que cada sonido parecía proceder de un espacio mucho mayor.

Encontraron pruebas de uso reciente: una botella sin polvo, marcas de arrastre y cinta aislante nueva en un cable antiguo. El conducto no era una ruta olvidada que ellas hubieran descubierto por casualidad. Alguien lo mantenía como vía de extracción. La diferencia importaba. Significaba que al final podía haber una salida o una persona esperando.

—¿Cuál? —preguntó.

Adela respiraba con dificultad. Se había golpeado la cadera al entrar y apoyaba una mano contra el muro.

—La derecha salía junto a los depósitos de agua. La izquierda iba a la fábrica.

—¿Cuál conoce Baeza?

—La izquierda.

—Entonces derecha.

—Puede estar bloqueada.

—También puede no estarlo.

Adela sonrió pese al dolor.

—Hablas como Clara.

Nora siguió avanzando.

—Todo el mundo me dice eso cuando hago algo que no le gusta.

El pasadizo derecho era más estrecho. Tuvieron que arrastrarse. Nora llevaba la cinta de Marta y el sobre pegados al cuerpo. El arma que había recogido pesaba dentro de la mochila. No quería tocarla, pero dejarla significaba que Baeza la encontraría.

—¿Marta sabía disparar? —preguntó.

—No le gustaban las armas.

—No he preguntado si le gustaban.

—Sí. Aprendió cuando empezó a investigar a Andrés.

—¿Clara?

—También.

—Daniel seguro que sí.

—Daniel decía que un arma en una casa con una niña era un riesgo inútil.

—Pero escondía teléfonos, llaves y planes.

—Las personas son más coherentes en las frases que en la vida.

Llegaron a una cámara baja donde el conducto permitía sentarse. Adela tenía sangre en la comisura de los labios. Nora le tocó el cuello como había visto hacer a Alicia: pulso rápido, regular. No sabía si aquello servía de algo.

—Tenemos que parar.

—No.

—Si te desmayas, pesas demasiado.

Adela soltó una risa y después tosió.

—Tu madre era igual de considerada.

—¿Marta o Clara?

—Marta era más directa. Clara se preocupaba intentando resolverte.

Nora sacó la botella pequeña que había robado del coche. Quedaba poca agua. Se la ofreció. Adela bebió un sorbo.

—Cuéntame algo de Marta que no tenga que ver con Umbral —dijo Nora.

Adela tardó.

—Cantaba fatal.

—Eso no es suficiente.

—Creía que cualquier comida mejoraba con limón. Llegaba tarde a todo excepto a los trenes. Cuando tenía doce años se cortó el pelo sola y culpó a Clara. Guardaba entradas de cine dentro de diccionarios porque decía que las palabras necesitaban recuerdos.

—¿Se parecía a mí?

—En algunas cosas.

—¿Cuáles?

—No aceptaba una respuesta que cambiara de tema.

Nora se sostuvo contra la pared.

—¿Por qué Clara no me habló de ella?

Adela cerró la botella.

—Porque al principio creía que el silencio era temporal. Después cada año sin decirlo hacía más difícil empezar. Y porque hablar de Marta obligaba a explicar qué hizo Clara la noche de su muerte.

—Se llevó a la niña.

—Sí.

—A mí.

—Sí.

—¿Marta estaba viva?

Adela no respondió inmediatamente. Nora sintió que iba a recibir otra frase preparada.

—Sí —dijo su abuela—. Estaba viva cuando Clara llegó.

El conducto pareció encogerse.

—¿Podía salvarla?

—No lo sé. Estaba muy herida. Daniel dijo que necesitaba una ambulancia. Marta le dijo a Clara que sacara a la niña antes de que Andrés regresara. Clara obedeció esa parte y tardó demasiado en pedir ayuda.

—¿Cuánto?

—Diecisiete minutos.

Nora conocía el número. Aparecía en cartas, cajas y grabaciones.

—¿Murió por esos minutos?

—Nadie puede afirmarlo con certeza.

—Entonces ¿por qué todos actúan como si sí?

—Porque la culpa prefiere una cifra. Parece más reparable que una cadena de decisiones.

Nora miró el arma dentro de la mochila.

—Clara me eligió a mí.

—Eligió sacarte. Después convirtió esa elección en una maternidad sin preguntarte cuando pudiste empezar a preguntar.

—¿Tú la ayudaste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Andrés era peligroso, Marta estaba muerta y Clara parecía la persona capaz de mantenerte viva. También porque eras mi nieta y tuve miedo de perderte. Cada razón fue verdadera. Ninguna convierte la mentira en buena.

Nora pensó en la lista que había escrito en la habitación. Cosas que sé. Cosas que puedo decidir.

—Cuando salgamos, no quiero que nadie diga que todo se hizo por mí.

—Tienes derecho.

—No. Quiero que lo digas tú cuando Clara intente hacerlo.

Adela asintió.

Un golpe resonó en el conducto izquierdo. Baeza había encontrado la entrada.

Nora se puso de pie.

—Tenemos que movernos.

—La salida derecha termina en una compuerta manual. Necesita dos personas.

—Somos dos.

—Una tiene setenta y cuatro años y una costilla rota.

—Sigue siendo una persona.

Avanzaron hasta la compuerta. Había dos ruedas oxidadas, separadas por un metro. Debían girar al mismo tiempo. Adela se colocó junto a una. Nora, junto a la otra.

—A la de tres —dijo.

—No digas tres si vas a tirar en dos.

—Eso hacía Marta.

—Entonces no.

Contaron. Uno. Dos. Tres.

Las ruedas cedieron con un chirrido. Agua estancada cayó al otro lado. La compuerta se abrió lo suficiente para que Nora pasara, pero Adela quedó atrapada por el hombro.

—Sigue —ordenó.

—No.

—Nora.

La niña regresó, apoyó los pies contra el marco y tiró de su abuela. Detrás, una luz apareció en el túnel.

Baeza.

Adela atravesó la abertura cuando el primer disparo golpeó el metal. Nora cerró la compuerta y encajó el arma en el mecanismo. El segundo disparo quedó al otro lado.

—Acabas de perderla —dijo Adela.

—Era de él. Nunca fue mía.

Se encontraron en una galería más amplia que descendía hacia la fábrica. Había cableado reciente y una señal luminosa en el suelo.

Nora conectó la pulsera. Por un instante apareció una red local.

Podía enviar un archivo pequeño.

Eligió la voz de Marta.

52

Llegamos a San Miguel del Embalse a las diez y cuarenta y ocho.

El coche de Daniel estaba detrás de un almacén. La puerta del conductor permanecía abierta. Había sangre en el asiento, no suficiente para saber si alguien había muerto, demasiada para fingir que no importaba.

—Daniel —llamé.

Luján me hizo callar.

Revisó el suelo con la linterna. Huellas de dos personas subían hacia la casa. Otras descendían hacia la fábrica.

—Una de ellas cojea —dijo.

—Baeza.

—O Daniel herido.

El pueblo estaba oscuro. Las farolas de la calle principal se habían apagado, aunque las casas tenían electricidad. Alguien controlaba el circuito municipal o había cortado solo la zona.

Subimos por el sendero. La puerta de Casa Cero estaba abierta. Dentro, el reloj se había detenido a las 3:29. Las fotografías de Nora cubrían la pared.

Sentí náuseas.

Había años enteros observados desde fuera. En una imagen yo recogía a Nora del colegio. En otra, Daniel le enseñaba a montar en bicicleta. En otra, mi madre dormía en una silla del hospital mientras Nora tenía varicela.

Alguien había vivido nuestra vida como un expediente.

—No toques nada —dijo Luján.

En el piso superior encontramos sangre y un casquillo. La nota de la almohada seguía allí.

PAPÁ, LLEGAS TARDE OTRA VEZ.

—Es para Daniel —dije.

—O para Andrés.

Una puerta golpeó abajo.

Bajamos. La despensa estaba abierta. Detrás había una escalera al sótano. En la pared de azulejos verdes faltaba una pieza.

—Nora ha pasado por aquí.

—¿Cómo lo sabes?

En el suelo había una cuenta blanca con una letra N. La pulsera de Alba.

La recogí.

No era una prueba de laboratorio ni un registro oficial. Era una pieza de plástico barata. Nunca había tenido algo tan verdadero entre los dedos.

La compuerta estaba abierta. Entramos en el pasillo. Encontramos una zapatilla infantil y la tarjeta de memoria junto a ella.

—La perdió —dijo Luján.

—No. La entregó para ganar tiempo.

La tarjeta tenía una esquina marcada con rotulador rojo. La que había usado en la biblioteca no tenía marca. Aquella podía ser la verdadera.

Un altavoz oculto se encendió.

La voz de Andrés llenó el corredor.

—Clara, bienvenida a la única casa donde tu hija tuvo un nombre antes de que tú se lo quitaras.

—¿Dónde está?

—Con su abuela. Caminando hacia la fábrica, si Baeza no las encuentra antes.

Luján localizó una cámara y apuntó, pero yo bajé su arma.

—Quiere que sepamos que nos ve.

—También puede estar mintiendo.

—No sobre esto.

Andrés continuó:

—Daniel está vivo. Por ahora. Julia viene de camino. A las once y cuarenta todos estaremos donde Marta quiso reunirnos hace once años.

La hora de la fotografía.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Mi hija.

—No tienes una hija.

Una risa suave salió del altavoz.

—Por fin entiendes el poder de la frase.

Las luces del corredor se encendieron una tras otra, marcando el camino hacia la fábrica.

En la pared final apareció una proyección con letras blancas:

TENEMOS A TU FAMILIA.

Debajo, un contador comenzó a descender.

00:51:32.

Luján comprobó su cargador.

—Es una emboscada.

Guardé la cuenta con la N en el bolsillo y recogí la zapatilla de Nora.

—No. Es una reunión familiar.

INTERLUDIO XVI

LA PRIMERA NOCHE DE NORA EN CASA CERO

Clara llegó a Casa Cero antes del amanecer, sola, con la niña de dieciséis días envuelta en una manta de estrellas.

Tenía sangre de Marta en la camisa y una rozadura en el hombro por el conducto de servicio. Había conducido sin recordar la carretera. Daniel se quedó en Madrid para recibir a la ambulancia y responder las primeras preguntas sin mencionar a la bebé. Julia y Adela esperaban junto a la puerta con documentos en blanco.

—Marta estaba viva cuando salí —dijo Clara.

No lloraba. Sostenía a la niña con una rigidez que hacía difícil saber si la protegía o temía soltarla.

—¿Llamaste a emergencias? —preguntó Adela.

—Después.

—¿Después de qué?

Clara no contestó. Sacó del bolsillo el reloj de pulsera de Marta. El cristal estaba roto y las agujas se habían detenido a las 3:29, la hora a la que Clara entró en el apartamento.

Julia ya estaba calculando accesos, cámaras y registros. Adela miraba a la bebé.

—Tenemos que ir a la policía.

—Andrés es policía —respondió Clara.

—No todos.

—Esta noche no sé cuáles.

Julia colocó tres formularios sobre la mesa.

—Podemos activar una identidad de tránsito para la niña y sacaros del país cuando Daniel llegue.

—No —dijo Clara—. No voy a condenarla a cambiar de vida cada vez que alguien se acerque. Necesita una identidad que pueda vivir a plena luz.

—Eso exige filiación verificable.

Clara miró a la bebé.

—Yo seré la madre.

—Marta te pidió que impidieras que Andrés se la llevara —dijo Adela—. No te pidió que ocuparas su lugar.

—Me la dio.

—Te la confió durante una emergencia. No es lo mismo.

La objeción quedó sobre la mesa. Nadie la convirtió en límite.

En el certificado provisional figuraba Sara. Clara escribió el nombre y se detuvo.

—Nora —dijo—. Marta la llamaba Nora cuando Andrés no podía oírla.

—Andrés conoce ese nombre —advirtió Julia.

—Entonces cambiaremos la fecha, el apellido y el origen. Todo menos eso.

Desplazaron el nacimiento un mes. Daniel figuraría como padre. Julia prepararía las resoluciones y los accesos. Adela aportaría la continuidad familiar. Cada persona asumió una parte lo bastante pequeña para poder llamarla protección.

Clara retiró la pila del reloj de la cocina, colocó las agujas a las 3:29 y lo dejó así. No era la hora de la muerte de Marta. Era la hora en que ella había llegado y todavía podía haber elegido otra cosa.

Después tomó la primera fotografía de Nora. La niña dejó de llorar al ver el conejo junto al objetivo.

En la pared interior, Clara escribió:

Años después, Nora leería la frase y comprendería que una promesa puede ser verdadera en su intención y peligrosa en la forma de cumplirla.

53

La noche en que nació Nora no empezó con el parto.

Empezó con Marta golpeando tres veces la puerta de Casa Cero y diciendo que Andrés había encontrado el refugio de Guadalajara.

Casa Cero había sido preparada para emergencias médicas sin llegar a ser una clínica. Elena guardaba material esterilizado en armarios numerados, un equipo de oxígeno, sueros, medicación básica y una incubadora portátil retirada de un hospital. La habitación del parto tenía suelo lavable, una lámpara articulada y una mesa donde cada instrumento ocupaba una bandeja. La apariencia doméstica terminaba al cerrar la puerta.

Marta llegó con la ropa empapada y una herida que no era profunda, pero había perdido más sangre de la que admitía. El estrés y el trayecto adelantaron el parto. Elena registró tiempos, constantes y medicación en hojas sin membrete. Adela calentó mantas. Daniel, recién incorporado al instituto forense y sin experiencia obstétrica, se limitó a seguir instrucciones y mantener libre la línea de acceso. Clara preparó las primeras claves de identidad en un portátil situado en la habitación contigua.

El nacimiento dejó pruebas físicas que después nadie pudo borrar por completo. La pulsera hospitalaria escrita a mano. Las gasas fechadas por lote. Una fotografía tomada para consultar a distancia una complicación. La llamada a un servicio de emergencias realizada desde una línea desviada. Umbral manipuló los registros posteriores, pero cada objeto conservó una fracción del momento.

Nora nació pequeña, con el cabello oscuro pegado a la cabeza y una marca rojiza en el hombro. Marta la sostuvo durante poco tiempo. Estaba agotada, medicada y consciente de que Andrés podía llegar. La decisión de separarse no ocurrió en una escena solemne. Se formó entre contracciones, alarmas, sangre y personas que

ofrecían soluciones inmediatas a preguntas que debían haber requerido semanas.

Cuando la ambulancia se llevó a Marta días después del ataque, Casa Cero ya contenía dos versiones de la historia. En una, había nacido Sara Rivas. En otra, una niña llamada Nora empezaba a existir en registros creados con urgencia. Entre ambas quedaban objetos sin clasificar y recuerdos que nadie se atrevió a ordenar.

Adela abrió. Su hija estaba empapada, embarazada de ocho meses y medio y con una herida bajo las costillas. Elena Vidal la hizo entrar y cerró las contraventanas. La casa no figuraba como clínica. Tenía una sala limpia, material obstétrico básico y una línea de emergencia que no quedaba asociada al domicilio.

—¿Dónde está Clara? —preguntó Marta.

—En Madrid.

—No la llaméis. Andrés vigila sus accesos.

La primera contracción fuerte la obligó a agarrarse a la mesa. Adela quiso avisar a un hospital. Marta se negó hasta dejar grabada una declaración y poner a salvo una copia del Libro.

Julia llegó con una carpeta en la mano. Daniel apareció más tarde, después de abandonar una guardia en el Instituto de Medicina Legal con una excusa que nunca pudo justificar. Comprobó la herida, escuchó las constantes y dijo que el parto podía prolongarse.

—No tenemos horas —respondió Julia.

—El cuerpo no negocia con tus protocolos.

Marta pidió que avisaran a Teresa Vidal. Julia sostuvo que una fiscal no podía presentarse en una casa clandestina sin dejar un rastro que Andrés seguiría. Marta quiso salir. Elena la detuvo, no con autoridad, sino con la mano abierta.

—En esta habitación decides tú —dijo—, pero primero necesitas poder mantenerte en pie.

La niña nació a las 2:57 del 3 de agosto. Elena la recibió y Daniel cortó el cordón. Tenía una lesión superficial detrás de la oreja derecha. Marta la sostuvo contra el pecho y lloró en silencio.

—Sara Galván Rivas —dijo para el registro provisional.

Adela la miró. Durante meses, su hija había hablado de Nora.

—Sara es el nombre que Andrés espera —explicó Marta—. Nora es el que elegí antes de que él empezara a decidirlo todo.

Grabó dos declaraciones. En la primera identificó a Andrés, describió las agresiones y pidió protección legal para ella y para su hija. En la segunda explicó la arquitectura del Libro de Ausencias y repartió las piezas: Iago conservaría compradores y pagos; Clara, la relación entre accesos, cambios y sellos; Teresa recibiría pruebas suficientes para abrir una investigación sin exponer a las personas protegidas.

Julia quiso activar una identidad completa. Marta se negó.

—Quiero una salida legal, no otra desaparición.

—La legalidad tarda —dijo Julia.

—Entonces sostenedme mientras llega. No me sustituyáis.

Dejó un sobre para Clara, una carta para la niña y una instrucción inequívoca: si ella moría o desaparecía, Clara debía impedir que Andrés obtuviera la custodia. No dijo que Clara fuera la madre. No autorizó que Nora creciera sin saber de quién había nacido.

Durante dieciséis días, Sara existió en muy pocos lugares. Marta alternó Casa Cero con su apartamento, preparó la entrega a Teresa y fingió ante Andrés que la bebé estaba lejos. Julia intentó detenerla porque la lista señuelo había caído en manos equivocadas. Clara recibió fragmentos, nunca el plan completo.

El 19 de agosto, a las 2:41, Marta llamó a Julia.

—Andrés tiene la lista. Avisa a Teresa.

Julia pidió tiempo para separar identidades. Marta respondió que quizá había llegado el momento de perder la red para salvar a quienes vivían dentro. Antes de cortar, mintió: dijo que la niña estaba en otro lugar.

A las 2:49, Andrés escribió que iba a recuperar lo suyo. A las 2:55, Julia cerró las credenciales de Marta y ordenó que nadie

respondiera sin verificar el alcance de la filtración.

Andrés llegó al apartamento antes de las 3:12. Marta escondió a la bebé tras la puerta de servicio y activó la grabadora. Hubo una discusión, un golpe y una caída. Mientras todavía podía hablar, llamó a Clara.

—Si has llegado antes que él, coge a Sara y vete. No llames a Julia. No uses el protocolo. Julia está dentro. Andrés tiene los nombres. No dejes que Nora…

La comunicación se interrumpió.

Clara vio la alerta, pero la credencial aparecía cerrada. Llamó a Julia. Esperó la verificación. Consultó a Daniel. Cada minuto tuvo una explicación y ninguna justificó el conjunto.

Entró en el apartamento a las 3:29.

Marta estaba en el suelo y seguía respirando. Andrés ya se había marchado. La bebé lloraba detrás de la puerta. Clara llamó primero a Daniel y después a Julia. Ambos insistieron en sacar a la niña y preservar la copia antes de exponer la ubicación. Adela, al otro lado del teléfono, pidió una ambulancia.

Clara tomó a Nora, la grabadora y la pieza del Libro que Marta había preparado. Salió por el conducto de servicio para evitar las cámaras. Solo cuando estuvo fuera llamó a emergencias.

La ambulancia encontró a Marta con vida, pero no consiguió salvarla.

Después, Julia adelantó la hora de muerte y convirtió la emergencia en una operación de continuidad. Daniel alteró el informe médico-forense preliminar. Clara aceptó una maternidad fabricada. Adela calló. Elena conservó la objeción que los demás necesitaban olvidar.

La maternidad de Clara no nació de una mentira única. Nació de una cadena de decisiones comprensibles por separado e indefendibles cuando se miraban juntas.

54

El corredor descendía hacia la fábrica de vidrio.

No era un túnel improvisado. Tenía cableado, cámaras y puertas numeradas. Umbral había construido una infraestructura bajo un pueblo que apenas figuraba en los mapas. La casa no era el refugio; era la recepción.

Las puertas numeradas no seguían una secuencia visible. Algunas correspondían a salas; otras ocultaban cableado o escaleras. Los números procedían de expedientes antiguos y funcionaban como referencias para quienes conocían el Libro. La infraestructura convertía la identidad de personas reales en señalización física. Caminar por el corredor era atravesar nombres transformados en arquitectura.

Las cámaras estaban colocadas a distintas alturas. Unas vigilaban rostros; otras, manos y tarjetas. El sistema registraba no solo quién avanzaba, sino qué credencial utilizaba y cuánto tiempo tardaba entre puntos. Esos datos permitían reconstruir recorridos y detectar coacciones. También podían emplearse para disciplinar a los operadores y decidir quién había dudado.

Las paredes conservaban zonas de condensación junto a los conductos de la antigua fábrica. El agua había oxidado cajas de conexiones y obligado a tender cableado nuevo por fuera. Esa vulnerabilidad era importante. Umbral parecía una estructura total, pero dependía de reparaciones sucesivas, generadores, relés y personas capaces de mantenerlos. La clandestinidad no eliminaba el deterioro.

El contador proyectado no estaba conectado a una bomba. Marcaba el cierre de procesos distribuidos. Aun así, su presencia en cada tramo transformaba una operación informática en presión

física. Quien diseñó el recorrido entendía que las personas obedecen mejor a un tiempo visible que a una amenaza abstracta.

Luján avanzaba delante, pegado a la pared. Yo llevaba la zapatilla de Nora dentro de la chaqueta y la tarjeta de memoria en un bolsillo separado. El contador aparecía proyectado cada veinte metros.

00:46:10.

—La hora coincide con las 23:40 —dije.

—Puede activar una transferencia, un borrado o una transmisión.

—Julia no haría venir a todos para borrar un disco.

—Quizá no quiere borrar información. Quizá quiere cambiar quién controla la red.

El corredor se bifurcó. A la izquierda, una flecha antigua indicaba ARCHIVO. A la derecha, EXTRACCIÓN.

En la pared había otro código de Umbral: un círculo atravesado por tres líneas.

—Ruta con menores —dije.

—¿Cuál?

—La derecha.

—Entonces seguimos a Nora.

—Andrés espera que lo hagamos.

Luján miró el contador.

—Y Julia espera que pienses como arquitecta, no como madre.

No era una elección teórica. Cada segundo que dedicáramos al archivo alejaba a Nora. Cada segundo que dedicáramos a Nora podía permitir que destruyeran las pruebas y conservaran el sistema.

Marta había muerto en el espacio entre esas dos decisiones.

—Derecha —dije.

La ruta de extracción terminaba en una sala de duchas. Había ropa doblada por tallas, tintes de pelo, gafas sin graduación, prótesis dentales y cajas de documentación. Un espejo ocupaba toda una pared. Sobre él, alguien había escrito:

NO MIRES ATRÁS HASTA QUE TU CARA SEA DE OTRA.

Recordé a mujeres sentadas allí mientras les cortábamos el cabello. Algunas lloraban al ver desaparecer su aspecto; otras reían. Yo fotografiaba cada etapa para entrenar un programa de correspondencia facial inversa: cómo evitar que una imagen nueva coincidiera con la antigua.

—Esto no era solo documental —dijo Luján.

—Era una fábrica.

En un perchero había una sudadera amarilla idéntica a la de Nora. La talla era correcta. En un bolsillo encontré un pasaporte nuevo.

Nombre: Lucía Herrera Vidal.

Fecha de nacimiento: 3 de agosto.

Fotografía: Nora.

—Ya han preparado la identidad de salida.

—¿Destino?

Luján pasó las páginas. Un visado de residencia portuguesa y un billete a nombre de Lucía para la mañana siguiente.

—Oporto.

Junto al pasaporte había otro.

Elena Herrera Vidal. Mi fotografía.

Julia no me ofrecía elegir entre vivir con Nora o regresar sola. Había preparado una vida conjunta. Madre e hija, nuevos nombres, otro país. La tentación estaba diseñada con precisión: podía sacarla de allí y aceptar la desaparición, evitar juicios, preguntas y a Andrés.

—Por eso me trajo —dije—. Necesita que acepte voluntariamente para que Nora me siga.

—O para que vuelvas a trabajar para ella desde fuera.

En el fondo de una taquilla encontré una tableta. Al encenderla, mostró un único vídeo.

Julia hablaba a cámara.

—Clara, cuando veas esto tendrás menos de una hora. Puedes llegar a la sala central y activar el cierre, o puedes buscar a Nora. Si

activas el cierre, todas las identidades protegidas serán transferidas a una estructura que solo tú podrás administrar. Andrés perderá el acceso. Si buscas a Nora, el sistema quedará abierto y él publicará los expedientes completos.

La pantalla cambió. Aparecieron domicilios, fotografías y nombres de mujeres.

—No puedes salvar a Nora sin condenarlas —continuó Julia—. No puedes salvarlas sin pedirle a Nora que espere. Esta vez la decisión es tuya con todos los datos.

El vídeo terminó.

Luján golpeó la taquilla.

—Manipulación.

—También es una amenaza técnicamente posible.

—Podemos evacuar a las personas expuestas.

—Son cientos, quizá miles. En varios países. No en cincuenta minutos.

—Entonces buscamos una tercera opción.

La frase me habría resultado ingenua en boca de otra persona. En la suya era una orden.

Cogí los dos pasaportes y los partí por la mitad.

—Primero Nora.

El altavoz se encendió.

La voz de Julia respondió:

—Ya dijiste eso una vez. Luego dejaste morir a Marta.

55

El conducto era demasiado estrecho para Adela.

Nora avanzaba delante y tiraba de sus manos en los tramos donde el suelo subía. Detrás, los golpes de Baeza se habían alejado. Podía haber elegido otra ruta. Podía estar esperándolas en la salida.

La chapa rozaba los hombros y amplificaba cada respiración. Nora avanzaba sobre codos y rodillas, empujando una linterna delante de sí. El conducto conservaba polvo de años, insectos secos y fibras de aislamiento que se pegaban a la ropa. En algunos tramos, el metal estaba tibio por las máquinas que funcionaban al otro lado.

Adela no podía girar el cuerpo. Para superar las uniones debía vaciar los pulmones y deslizarse mientras Nora tiraba de sus manos. La lesión del brazo reducía la fuerza y cada movimiento dejaba sangre en los tornillos. Aquellas manchas serían después parte de la cadena de recorrido, pero en ese momento solo medían cuánto podían avanzar antes de que Adela dejara de hacerlo.

El audio de Marta procedía de un dispositivo envuelto en tela dentro de la zapatilla. Nora lo había protegido del sudor y de los golpes con capas de papel. La grabación tenía interrupciones y ruido de fondo. Se distinguían campanas, un motor y una tos. Esos sonidos permitirían más tarde situar la fecha y el lugar con mayor precisión que la propia voz.

La sombra al final del conducto no revelaba identidad. Nora apagó la pantalla para evitar que el brillo las delatara y apoyó la mano sobre el metal. Sintió vibraciones espaciadas, más pesadas que las de Alicia. El cuerpo que se acercaba llevaba calzado rígido y no dudaba en las bifurcaciones.

—Necesitamos escuchar la cinta —dijo Nora.

—Necesitamos salir.

—Puede decirnos cómo.

—Puede decirnos algo que no deberías oír así.

—No hay una manera correcta. Eso ya lo habéis demostrado.

Adela no discutió. Continuaron hasta una cámara de mantenimiento donde se acumulaban herramientas y equipos antiguos. Había un reproductor de vídeo con pantalla, una grabadora y varias baterías.

La cinta de Marta era de audio, pero el aparato aceptaba el formato. Adela la introdujo.

Durante unos segundos se oyó el ruido de una habitación, el llanto de un bebé y la respiración cansada de una mujer.

Marta habló.

—Clara, si Adela te entrega esto significa que no me dio tiempo a salir. O que no me atreví.

Nora agarró la mano de su abuela.

—Estoy en Casa Cero. Sara tiene dos días. Elena dice que está sana. Andrés cree que murió al nacer. Julia cree que voy a entregarla a una familia de la red. Ninguna de las dos cosas ocurrirá.

La grabación contenía pausas largas. A veces Marta atendía al bebé. A veces parecía buscar palabras.

—He dividido el Libro. Iago tiene el registro de pagos. Julia conserva la estructura operativa porque cree que solo ella puede entenderla. Tú tienes la clave raíz, aunque aún no lo sabes. No es una contraseña. Es una forma de demostrar qué cambio produjo cada documento. Tu firma está en todos los huecos.

Adela cerró los ojos.

—Andrés ha usado Umbral para proteger a hombres violentos y para vender identidades a personas que necesitan escapar de delitos, no de agresores. Julia lo descubrió hace meses y decidió contenerlo en lugar de detenerlo. Dice que si cae, caen las mujeres. Quizá tenga razón. También tenía razón cuando dijo que Nuria moriría si seguía siendo Nuria. El problema de Julia no es que se

equivoque siempre. Es que acierta lo suficiente para creer que el resto del mundo debe obedecerla.

Nora se inclinó hacia el altavoz.

—Si muero, no conviertas a Sara en una reparación. No la críes para demostrar que llegaste a tiempo. No ocultes mi nombre. No le cuentes que fui perfecta. Dile que tuve miedo, que cometí errores y que elegí tenerla incluso sabiendo que podía perderla.

La voz se quebró por primera vez.

—Y no hagas lo que siempre haces cuando amas: no construyas una versión del mundo donde la otra persona solo esté segura si permanece dentro de tus decisiones.

Se oyó una puerta.

Marta bajó la voz.

—Andrés sabe que está viva. Voy a moverla esta noche. La frase para activar la clave es la primera mentira que dijimos juntas. Tú sabrás cuál.

La cinta terminó.

Nora permaneció inmóvil.

—¿Cuál fue la primera mentira?

Adela se secó la cara con la manga.

—Cuando eran niñas rompieron un jarrón. Marta dijo que había sido el gato. Clara juró que lo había visto.

—¿Cómo se llamaba el gato?

—No teníamos gato.

A Nora se le escapó una risa breve, casi un sollozo.

—Esa es la mentira.

—Puede ser la frase entera.

—"Lo hizo el gato".

Un ruido metálico llegó desde el conducto.

Baeza.

Nora sacó el pequeño emisor. En aquella cámara había un cable de red activo. Lo conectó.

—¿Qué haces?

—Una copia fuera de casa.

Introdujo la tarjeta de memoria secundaria —no la que Baeza había recuperado, sino la placa interna del emisor— y programó el envío de la grabación a todas las direcciones que había encontrado en el índice: Iago, Luján, una fiscal llamada Teresa Vidal y siete periodistas.

—¿Puedes enviar el Libro? —preguntó Adela.

—No sin contraseña. Pero puedo enviar la voz de Marta.

Pulsó transmitir.

La luz cambió de rojo a verde.

En el conducto apareció una sombra.

Nora apagó la pantalla.

—Ahora —susurró— ya no somos las únicas que saben que existo.

56

La red local duró nueve segundos.

Nora consiguió enviar el audio, pero no sabía a qué dispositivo había llegado. El indicador mostró tres receptores y después desapareció. La transmisión podía haber alcanzado a Clara, a Andrés o a ambos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Adela.

—Una copia fuera de casa.

El corredor desembocó en una sala de mantenimiento con tuberías, armarios eléctricos y un panel de la fábrica. La puerta principal estaba bloqueada. Sobre ella había un lector con luz roja.

Nora acercó la pulsera. No ocurrió nada.

—Necesita una credencial —dijo.

—Elena tenía una placa.

—¿Dónde?

—La escondió en la casa después del nacimiento.

—Baeza la buscaba.

—Entonces puede abrir todos los niveles.

Nora examinó el panel. No intentó adivinar códigos. Clara le había enseñado que la ficción del "hacker" consistía en escribir deprisa hasta que un sistema obedecía. Los sistemas reales dependían de personas, permisos y errores de diseño. Si no tenía credencial, podía buscar qué necesitaba la puerta para creer que estaba abierta.

Había un cable que conectaba el lector con el controlador. El cristal roto que Alicia le dejó servía para retirar la cubierta. Dentro, dos hilos finos y un relé.

—¿Sabes hacerlo? —preguntó Adela.

—Sé qué no debo tocar.

—No es lo mismo.

—Es más útil.

La niña cortó la alimentación del lector con el interruptor de mantenimiento. La luz se apagó. La puerta no se abrió; quedó asegurada por defecto.

—Mal —dijo.

—¿Qué significa?

—Que quien la diseñó pensó en un corte.

—Clara.

—Entonces habrá otra salida.

Buscaron. Detrás de un armario encontraron una palanca mecánica sellada con un precinto. Nora fotografió el número antes de romperlo.

—¿Por qué haces una foto?

—Para que se sepa que lo rompimos nosotras y cuándo.

Adela la miró.

—Te pareces a Teresa.

—No sé quién es.

—Una fiscal que tu madre quería encontrar.

—Marta.

—Marta quería encontrarla. Clara también, aunque quizá por razones distintas.

Accionaron la palanca. La puerta se abrió unos centímetros y activó una alarma silenciosa: una luz azul en el panel.

—Nos han detectado —dijo Nora.

—Entonces deprisa.

Al otro lado había una pasarela sobre la nave. Abajo, pantallas y servidores iluminaban la sala central. Nora vio a Andrés junto a Daniel. Su padre estaba atado a una silla, herido en la pierna.

El pensamiento apareció completo: papá.

No Daniel. No el hombre que había firmado papeles falsos. Papá.

Adela le sujetó el brazo antes de que avanzara.

—No podemos bajar por ahí.

—Está herido.

—Y Andrés te está esperando.

—No voy a dejarlo.

—No. Vamos a buscar una ruta que no te entregue a cambio.

Nora apretó la barandilla. Quería correr, gritar, disparar, hacer algo que no pareciera otra demora adulta. Recordó la pregunta que había hecho en el conducto: ¿Marta murió por diecisiete minutos? La respuesta no estaba en no esperar nunca. Estaba en saber por qué se esperaba y quién asumía el coste.

—Dos minutos —dijo—. Buscamos otra entrada durante dos minutos. Si no la encontramos, bajo.

Adela aceptó.

Encontraron una escalera de servicio al fondo. Bajaba a la sala de archivo, no a la central. En la puerta había una ranura con el símbolo de una cigüeña.

—La placa de Elena —dijo Nora.

Metió los dedos en la suela de la zapatilla. Sacó la tarjeta que Baeza había registrado y que ella recuperó antes de entrar en el conducto. No era la copia del Libro. Era una credencial antigua encontrada en el zócalo de la habitación.

La introdujo.

La luz cambió de rojo a verde.

—¿Cómo sabías que serviría?

—No lo sabía. Sabía que Alicia la dejó donde podía encontrarla.

Adela comprendió.

—Entonces Alicia eligió.

—Una vez.

—A veces se empieza así.

Entraron en la sala de archivo. Había cientos de cajas y una pantalla con el mapa de la fábrica. Nora localizó la sala central, las

rutas de emergencia y un canal de audio interno.

Podía hablar con Daniel.

También podía enviar el resto de la grabación de Marta a todos los altavoces.

Eligió la grabación.

No porque la prueba fuera más importante que su padre. Porque Andrés necesitaba escuchar que Marta lo había nombrado y perder durante unos segundos el control que creía tener.

Nora pulsó transmitir.

En la sala central, la voz de su madre biológica empezó a hablar.

57

Daniel recuperó la conciencia atado a una silla.

La bala había atravesado el muslo. Andrés le había colocado un torniquete profesional y una venda limpia. No quería que muriera antes de la reunión.

La silla era hospitalaria, con ruedas bloqueadas y soportes para brazos. Las correas pertenecían a un equipo de inmovilización antiguo. Andrés había elegido material que no dejara marcas lineales fáciles de interpretar como tortura. La herida del muslo estaba vendada con competencia suficiente para conservarlo vivo y dolor suficiente para limitar cualquier intento.

Daniel examinó reflejos en los cristales para contar personas. Identificó a Andrés, dos operadores y una figura en el corredor. También vio una cámara orientada hacia su rostro y otra hacia las manos. No buscaban solo vigilarlo. Querían registrar una confesión, una reacción o una secuencia que pudiera utilizarse después para construir otra versión.

La barra de progreso en la pantalla se relacionaba con el cierre de Nora. Daniel comprendió que su presencia formaba parte del procedimiento. Andrés quería que un adulto reconocido por la menor validara el traslado, aunque fuera bajo coacción. La red necesitaba producir una apariencia de continuidad familiar antes de borrar la anterior.

Desde la silla, Daniel evaluó las lesiones con el hábito profesional de convertir dolor en datos. La herida del muslo sangraba menos gracias al torniquete. Podía mover los dedos del pie. El mareo procedía de la pérdida de sangre y del golpe en la cabeza. Esa valoración no le daba una salida; le permitía calcular cuánto tiempo conservaría fuerza suficiente para intentarla.

También observó a Andrés. La ropa limpia, el vendaje preparado y la disposición de las herramientas demostraban planificación. No quería un cadáver inmediato, sino un testigo controlado. Sobre una mesa había agua, medicación y carpetas con nombres. La violencia de Andrés no era impulsiva. Formaba parte de una administración privada donde el cuerpo de cada persona se trataba como otro recurso que debía mantenerse funcional hasta cumplir su propósito.

La habitación era la antigua sala de control de la fábrica. Grandes ventanales daban al vacío de las naves, donde hornos apagados y cintas transportadoras formaban un paisaje industrial. En el centro se alzaba una estructura nueva: servidores, pantallas y un generador.

Andrés estaba de pie frente a un monitor.

—Sigues conservando buenos signos vitales —dijo sin volverse—. Siempre fuiste difícil de matar.

—No puedes decir lo mismo de Marta.

—Marta no quería vivir en un mundo que no obedeciera su idea de justicia.

—La estrangulaste.

Andrés se volvió. No parecía ofendido. Parecía interesado.

—¿Eso te contó Clara?

—Vi las marcas.

—Viste lo que decidiste describir después. El informe original hablaba de compresión cervical compatible con una caída durante el forcejeo.

—Tú mismo admitiste que la mataste.

—Admití que murió por mí. No es lo mismo.

—Para ella sí.

Andrés se acercó.

—Marta tenía a nuestra hija escondida. Me dijo que había muerto. Descubrí la casa, fui a pedirle que me la entregara y ella intentó clavarme un cuchillo. La aparté. Cayó. Cuando me fui, respiraba.

—La dejaste sin pedir ayuda.

—Igual que Clara.

Daniel tensó las cuerdas.

—Clara llegó después.

—Llegó diecisiete minutos después de la llamada. Encontró a Marta consciente. Marta le dijo que cogiera a la niña. Clara obedeció. La diferencia entre Clara y yo es que yo nunca fingí que mi elección era moral.

—La diferencia es que tú creaste la situación.

—Y vosotros creasteis una hija sin padre, una mujer sin hermana y una muerte sin culpable.

En la pantalla apareció el contador: treinta y cuatro minutos.

—¿Qué ocurre al llegar a cero?

—El sistema distribuye el Libro completo a tres servidores públicos.

—Mientes. Si quisieras publicarlo, ya lo habrías hecho.

—Necesito la clave raíz para que los documentos sean verificables. Sin ella, Julia puede presentarlos como falsificaciones.

—Clara no te la dará.

—Clara hará cualquier cosa por Nora. Ese fue siempre su defecto más útil.

—No conoces a Nora.

—Es mi hija.

—No. Eres el hombre del que lleva huyendo desde antes de aprender a caminar.

Andrés apoyó las manos en los reposabrazos de la silla.

—¿Sabes qué me escribió hace dos semanas? Me preguntó si había matado a su madre.

Daniel dejó de respirar.

—No tiene tu contacto.

—Encontró mi página profesional. Utilizó un nombre falso. Es inteligente. Le respondí que merecía escuchar la verdad de todos.

—La manipulaste.

—Le ofrecí algo que vosotros nunca: una versión donde no era un objeto protegido.

—¿Quedaste con ella?

—No. Iago interceptó la cuenta. Pero Julia supo que Nora estaba buscando y activó su máquina. Todo esto empezó porque una niña hizo una pregunta y ninguno de vosotros soportó no controlar la respuesta.

Andrés tenía razón en una parte. Era lo que hacía más peligroso escucharlo.

—¿Qué quieres de ella? —preguntó Daniel.

—Que diga quién es.

—¿Y después?

—Que venga conmigo.

—Nunca ocurrirá.

—No necesito que me quiera. Necesito que Julia no pueda usarla como llave para obligarme a entregar mis copias.

Daniel comprendió.

—No has venido a recuperar a tu hija. Has venido a recuperar un activo.

Andrés sonrió.

—Por eso siempre fuiste el padre más sentimental.

Una alerta apareció en el monitor. Archivo entrante: MARTA_RIVAS_AUDIO_2.

Andrés pulsó reproducir. La voz de Marta llenó la sala.

Cuando llegó a la frase “Andrés ha usado Umbral para proteger a hombres violentos”, su rostro cambió.

—¿Quién ha enviado esto?

Daniel miró la barra de progreso.

—Tu hija.

58

Andrés detuvo la grabación, pero la voz de Marta continuó en los altavoces de la fábrica.

Nora no había enviado un archivo a la consola. Había abierto el canal interno. Cada intento de silenciar una pantalla dejaba las demás activas.

El sistema de megafonía pertenecía a la instalación industrial y estaba dividido por naves. Nora había utilizado un puente de mantenimiento que replicaba el audio en controladores independientes. Apagar una consola no bastaba porque cada zona conservaba segundos en memoria. La voz reaparecía con retrasos distintos, multiplicada por espacios que llevaban años vacíos.

La acústica deformaba algunas palabras. En los hornos, el sonido adquiría una resonancia metálica. En los pasillos, se comprimía hasta parecer un susurro. La grabación de Marta recorría el edificio de un modo que ningún cuerpo podía recorrer, alcanzando a personas que habían dedicado años a mantenerla encerrada en un expediente.

Andrés reaccionó primero contra los altavoces, después contra los operadores. Su pérdida de control dejó huellas: órdenes contradictorias, accesos abiertos, dispositivos desconectados sin preservar sesión. Cada gesto destinado a silenciar el audio generaba datos que podían atribuirle acciones concretas.

La oscuridad no detuvo la grabación porque los amplificadores disponían de baterías locales. La voz continuó cuando las pantallas se apagaron. En ausencia de imágenes, nadie podía fingir que el mensaje procedía de una manipulación visual. Solo quedaban el sonido, los ecos y la memoria de quienes reconocían a Marta.

—Apágalo —ordenó Andrés.

Uno de sus hombres revisó el sistema.

—No viene del servidor central.

—Entonces corta los altavoces.

—Están vinculados a la alarma de evacuación.

Daniel observó el rostro de Andrés. Durante años lo había imaginado como un agresor simple: posesivo, violento, incapaz de aceptar que Marta y la niña no le pertenecían. Era más peligroso. Andrés necesitaba una teoría donde cada acto fuera reacción legítima a una injusticia previa.

—No soportas que ella hable sin que puedas responder —dijo Daniel.

Andrés se acercó y le golpeó la herida del muslo. El dolor le nubló la vista.

—Tú no estabas allí cuando me quitó a mi hija.

—Estaba después, cuando tu hija necesitaba noches sin dormir, vacunas, reuniones del colegio y alguien que aprendiera qué textura de comida le daba náuseas.

—Interpretaste un papel.

—Todos los padres lo interpretan al principio. La diferencia es quién se queda cuando nadie mira.

—Firmaste una falsedad.

—Sí.

Andrés pareció decepcionado por la admisión.

—¿No vas a justificarte?

—No contigo.

—La justicia decidirá quién es el padre.

—La justicia decidirá delitos, filiación y medidas. Nora decidirá a quién llama papá.

Andrés sacó el teléfono y mostró una fotografía. Nora dormía en la cabaña de La Encina. La imagen estaba tomada desde cerca.

—Llevo años observándola.

Daniel sintió una oleada de rabia tan limpia que dejó de sentir la pierna.

—Eso no es conocerla.

—Sé que lee antes de dormir, que odia el kiwi, que se muerde la mejilla cuando miente y que guarda objetos en las zapatillas.

—Sabes hábitos. No sabes qué broma cuenta cuando está nerviosa ni por qué dejó natación tres semanas y volvió. No sabes que llama a las constelaciones por nombres inventados porque las oficiales le parecen tristes.

—Tendré tiempo.

—No.

La palabra salió sin volumen, pero Andrés la oyó.

—¿Vas a impedírmelo atado a una silla?

—No necesito. Ella ya lo ha hecho.

La voz de Marta decía en los altavoces: Andrés no quiere una hija. Quiere una versión de sí mismo que no pueda abandonarlo.

Andrés disparó contra uno de los altavoces. El sonido se distorsionó y continuó en otro extremo de la nave.

—Ella estaba enferma —dijo—. Obsesionada con demostrar que todo era una estructura.

—Porque lo era.

—Me atacó.

—Y tú la dejaste morir.

—Clara también.

—Sí.

Otra respuesta sin defensa.

Andrés retrocedió. Sus argumentos dependían de que los demás negaran una parte para poder dominar el conjunto. Daniel había pasado once años haciendo eso: ocultando lo que había hecho para conservar el derecho a llamarse padre. Ya no podía.

—Clara y yo falsificamos la historia de Nora —dijo—. Julia construyó la cobertura. Adela mintió. Iago ocultó pruebas. Todo eso se investigará. Nada convierte tu violencia en custodia.

—La sangre importa.

—Como dato. No como derecho absoluto.

Andrés se inclinó sobre él.

—¿Qué eres tú sin los papeles?

Daniel pensó en el primer día de colegio, en Nora dormida sobre su pecho durante una gastroenteritis, en la tarde en que le dijo que quería dejar de llamarlo papá porque estaba enfadada y volvió a hacerlo dos horas después sin disculparse.

—La persona que estuvo —respondió.

Una puerta se abrió en la pasarela superior. Andrés levantó el arma.

Daniel no vio a Nora. Vio una sombra pequeña y a Adela detrás.

—No —gritó.

La luz se apagó.

La grabación de Marta siguió hablando en la oscuridad.

59

Julia llegó a la fábrica por la entrada norte.

Baeza la esperaba junto a los antiguos hornos. Tenía la ropa cubierta de polvo y sostenía una tarjeta de memoria entre los dedos.

—La menor la escondió en la zapatilla.

Julia no la cogió.

—Esa tarjeta está marcada.

—Es la original.

—Nora no marcaría la original para identificarla. Marcaría una copia para que creyeras que era importante.

Baeza apretó la mandíbula.

—La niña y Adela están en los conductos.

—¿Por qué no las tienes?

—La casa conserva mecanismos que no figuran en los planos.

—Porque Clara los diseñó.

—Andrés ha tomado la sala central. Ha conectado su copia del índice y ha iniciado una distribución automática.

—No puede autenticar sin la raíz.

—Cuenta con que Clara se la entregue.

Julia miró las luces de la fábrica. Había tardado diecisiete años en construir una estructura que no dependiera de un lugar, una persona o una institución. Aun así, todos los caminos terminaban en una casa, una niña y una mujer que se negaba a aceptar que la seguridad tenía un precio.

—Cierra la salida al embalse —ordenó—. No dispares a Nora.

—Andrés ha dado otra orden.

—Andrés no dirige Umbral.

—Esta noche dirige a los hombres armados.

Baeza dio un paso. Ya no era el operador joven que preguntaba cuántas identidades podían crearse en una semana. Había aprendido que los sistemas clandestinos obedecen a quien controla la violencia, no los protocolos.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Julia.

—Para quien siga vivo mañana.

Ella sacó el arma y disparó.

La bala alcanzó a Baeza en el hombro. Él cayó detrás de una máquina y respondió. Julia se protegió tras una columna.

El intercambio duró segundos. Cuando terminó, Baeza había desaparecido entre las cintas transportadoras.

Julia avanzó hacia la sala central. Encontró a Andrés junto a los servidores y a Daniel atado.

—Has iniciado la distribución —dijo.

—Necesitaba motivar a Clara.

—Has enviado una señal a todos los nodos.

—Eso los mantendrá ocupados.

—Eso les permitirá rastrearnos.

Andrés señaló el contador.

—Treinta minutos. Cuando llegue, Clara habrá elegido.

—¿Y si no te entrega la raíz?

—Publicaré los nombres sin autenticar. Los medios harán el resto. Una dirección verdadera entre cien falsas basta para provocar una tragedia.

Daniel levantó la cabeza.

—No quieres demostrar nada. Quieres obligarla a validar tus archivos para que puedas venderlos.

Andrés sonrió.

—Siempre ha sido rápido.

Julia se acercó al panel.

—Cancela la distribución.

—No.

—Nora está dentro de la fábrica.

—Mejor. Así verá lo que su madre considera más importante.

—No eres su padre. Eres su origen biológico.

—¿También tú?

—La paternidad es continuidad. Tú solo aportaste una amenaza.

Andrés la agarró del cuello y la empujó contra el panel.

—Tú me mantuviste libre.

—Porque eras útil.

—Y tú seguiste viva porque yo conservé tus nombres.

Se miraron con el reconocimiento íntimo de dos personas que habían confundido durante años la dependencia con una alianza.

Daniel aprovechó para mover la silla hacia una mesa. En el borde había una cuchilla de embalaje. Comenzó a cortar la cuerda.

Julia vio el movimiento y no dijo nada.

—Clara viene por la ruta de extracción —dijo Andrés—. Baeza va detrás de la niña. Todo está donde debe.

—No —respondió Julia—. Has cometido el mismo error que hace once años.

—¿Cuál?

—Creer que Marta solo dejó una copia.

INTERLUDIO XVII

EL CATÁLOGO DE ANDRÉS

Los compradores no recibían una lista de nombres. Recibían perfiles.

Vida limpia básica: residencia, historial laboral de tres años, cuenta de tránsito, permiso de conducir. Sin familia asociada.

Vida consolidada: diez años de trazas, alquileres, consumo, formación, redes sociales dormidas.

Vida familiar: pareja documental, hijos reales o ficticios, fotografías, antecedentes sanitarios, vínculos escolares.

Cierre completo: muerte administrativa de identidad anterior y continuidad internacional.

Andrés no llamaba personas a quienes aparecían en los expedientes. Las llamaba profundidad, estabilidad y coste de mantenimiento.

La identidad Lucía Herrera figuraba en el catálogo como hija ficticia dentro de una vida familiar vendida a un empresario. Años después se reutilizó para una menor protegida. Julia aseguró que las trazas anteriores habían sido depuradas. Andrés conservó copias para aumentar el precio.

—Una identidad usada vale menos —objetó un comprador.

—Una identidad con historia vale más —respondió él—. Lo importante es que nadie pueda conectar ambas vidas.

La contradicción era el negocio. Vendía la promesa de una continuidad perfecta mientras guardaba la prueba que permitía destruirla.

Marta descubrió el catálogo al seguir un pago. No encontró nombres de víctimas, sino tarifas. Comprendió entonces que Umbral ya no estaba financiándose con excepciones. Había creado un mercado estable.

Andrés llamó a Julia.

—Si cierras el catálogo, publico las rutas.

—Si publicas, pierdes el producto.

—Solo necesito vender una vez más.

—Siempre dices una vez.

—Porque siempre vuelves a necesitar dinero.

Ambos continuaron. Cada uno creía utilizar al otro para conservar una parte de la red. En realidad, habían construido un sistema donde el chantaje era el único contrato duradero.

60

Julia había utilizado a Baeza durante catorce años porque no necesitaba que creyera en Umbral.

Los creyentes terminaban confundiendo la red con una causa y la causa con su identidad. Baeza obedecía por dinero, acceso y protección. Era previsible. Al menos hasta que descubrió que podía vender por su cuenta lo que Julia solo utilizaba como moneda de negociación.

—¿Cuántos expedientes has entregado a Andrés? —preguntó.

Baeza sonrió pese a la herida.

—Menos de los que tú le permitiste conservar.

—No he permitido nada.

—Le diste acceso para impedir que publicara. Eso se llama permiso cuando se renueva durante once años.

Julia levantó el arma.

—Responde.

—Veintitrés identidades consolidadas. Seis eran reutilizadas. Tres incluían menores que ya no existían bajo ese nombre.

La cifra produjo en Julia una reacción mínima: un músculo en la mejilla. Baeza la conocía lo suficiente para verla.

—No sabías lo de los menores —dijo.

—Dame los nombres.

—¿Para salvarlos o para cerrar la trazabilidad antes de que Clara llegue?

—Las dos cosas.

—Por eso seguimos aquí.

Baeza apoyó la tarjeta falsa sobre una caja. Había comprendido que Nora lo había engañado, pero no sabía dónde estaba la

credencial de Elena.

—Andrés ofrece una salida —continuó—. Vida limpia, dinero y protección internacional.

—Andrés elimina a sus operadores cuando dejan de ser útiles.

—Tú también.

—Yo cierro riesgos.

—Él los llama activos. Vocabulario distinto, misma bala.

Julia disparó.

La bala alcanzó a Baeza en el costado. Cayó contra una estantería, pero no soltó el arma.

—Eso confirma mi argumento —dijo entre dientes.

—Aún puedes entregarme las credenciales y recibir asistencia.

—¿Una clínica de Umbral? ¿Un informe con otro nombre? ¿Despertar en una vida que tú puedas cerrar cuando cambie de idea?

—Es mejor que morir aquí.

—Eso le dijimos a todos.

Julia avanzó. Baeza disparó a una tubería. El vapor llenó el pasillo y activó sensores. Las puertas cortafuegos comenzaron a bajar.

—¿Qué has hecho?

—Crear una excepción.

Baeza huyó hacia el archivo. Julia pudo dispararle por la espalda. No lo hizo. Necesitaba saber a quién había vendido las identidades y qué copias conservaba.

Ese era el mecanismo que Marta había denunciado: la prueba y la víctima se mantenían siempre juntas. Para perseguir al culpable, Julia necesitaba proteger lo que él sabía. Para proteger la red, postergaba la persecución. Cada aplazamiento generaba otro culpable indispensable.

En la sala de control secundaria, Julia abrió el catálogo de Andrés. No accedió a los expedientes completos; solo a las referencias comerciales. Identificó los veintitrés vendidos por Baeza

y programó una alerta silenciosa para los operadores de cada persona afectada.

Después se detuvo.

Si emitía la alerta, varios nodos se moverían y revelarían ubicaciones. Andrés podría rastrearlos. Si no la emitía, las personas seguirían viviendo bajo identidades comprometidas.

Durante años había dicho que alguien debía decidir.

Ahora no había nadie a quien transferir la carga.

Eligió una tercera opción: dividió el aviso. Cada operador recibiría solo una instrucción local, sin mapa general, firmada con una clave de emergencia que exigía confirmación de la persona protegida. Por primera vez, el mensaje incluía una pregunta:

SU IDENTIDAD PUEDE ESTAR COMPROMETIDA. ¿DESEA TRASLADO, CONTACTO CON AUTORIDAD O MANTENER UBICACIÓN CON PROTECCIÓN?

No era consentimiento perfecto. Llegaba bajo miedo y con información incompleta. Pero ofrecía más de una puerta.

Julia envió los avisos.

La pantalla mostró veintitrés entregas.

En ese momento comprendió que podría haberlo hecho antes. La red no exigía decidir siempre por los demás. Ella lo exigía porque la consulta ralentizaba, generaba desacuerdo y limitaba su autoridad.

Baeza apareció en la cámara del archivo. Se tambaleaba y buscaba la placa de Elena.

Julia tomó el arma y salió tras él.

No para salvar Umbral.

Todavía no sabía hacer algo tan limpio.

Salió porque Nora estaba en el mismo corredor y, por primera vez en muchos años, una decisión concreta no necesitaba una teoría para justificarla.

61

La ruta de extracción desembocó en una nave llena de moldes.

Formas de vidrio cubiertas de polvo colgaban del techo: botellas, copas, figuras religiosas. Bajo la luz de emergencia parecían cuerpos transparentes suspendidos.

Los moldes colgantes estaban numerados y cubiertos por una capa de polvo gris. Algunos representaban objetos cotidianos; otros, figuras religiosas destinadas a cementerios y capillas. La variedad producía una sensación de almacén de formas posibles. Bajo ellos, las personas de Umbral habían fabricado también identidades capaces de adoptar la apariencia requerida.

El suelo presentaba raíles estrechos por donde antiguamente circulaban carros de vidrio. Baeza había dejado marcas de arrastre y gotas de sangre sobre uno de los trazados. La dirección indicaba que no huía hacia la salida, sino hacia una sala con acceso a las antenas. Su objetivo seguía siendo controlar la información antes que escapar.

Las luces de emergencia alternaban zonas rojas y sombras completas. Cada molde proyectaba una silueta diferente. El movimiento podía parecer humano y obligaba a verificar antes de avanzar. La nave favorecía a quien conocía las distancias y había preparado posiciones.

El contador de veintiocho minutos se reflejaba en superficies de vidrio abandonadas. Aparecía fragmentado, invertido o duplicado. La fábrica convertía el tiempo en una presencia múltiple. No sabíamos qué reloj correspondía al cierre real y cuál era una herramienta de presión.

El contador marcaba veintiocho minutos.

—El rastro se divide —dijo Luján.

Había sangre hacia la sala central y marcas pequeñas de manos en una pared baja. Nora y Adela habían pasado por allí. También Baeza.

—Tú sigue la sangre —dije—. Daniel puede estar herido.

—No nos separamos.

—Julia quiere que todos lleguemos a la sala central. Si hacemos eso, nadie buscará a Nora.

—Y si te dejo sola, Andrés tendrá exactamente a quien necesita.

—Me reclutaste para que pudiera desobedecerte.

—Fuiste tú quien me reclutó.

—Entonces respeta el criterio de tu jefa.

A pesar de la situación, casi sonrió.

—No eras mi jefa. Eras una pesadilla con acreditación.

Le entregué la tarjeta marcada.

—Llévala a la sala central. Que crean que es la única. Gana tiempo. Yo sigo a Nora.

—¿Y la verdadera?

Saqué del forro de la zapatilla una lámina fina. Nora había separado la memoria de su carcasa antes de entregarla. La tarjeta hallada en el suelo era otro anzuelo. La placa real seguía pegada bajo la plantilla.

—Está aquí.

Luján asintió.

—Quince minutos. Si no respondes por radio, vuelvo.

—En quince minutos el contador estará a trece.

—Entonces procura no necesitar catorce.

Nos separamos.

Seguí las marcas de manos. Pasaban por debajo de una cinta transportadora y llegaban a una puerta cerrada con código. En el marco había un dibujo pequeño hecho con tiza: un pulpo con zapatillas.

Nora.

Debajo, seis números: 030811.

Su fecha real de nacimiento.

Introduje el código. La puerta se abrió.

La sala contenía archivos físicos. Cientos de cajas, cada una con un nombre de origen y otro de salida. Nora había cruzado por allí, pero se había detenido en una mesa. Había dejado abierto un expediente.

CLARA RIVAS → ELENA VIDAL.

Dentro encontré un cuaderno escrito por mí.

Las primeras páginas describían seguimientos a Andrés. Las últimas contenían el plan completo: usar cajas con microcámaras, obligarlo a mover sus copias, localizar Casa Cero y transferir el Libro a una fiscal independiente. Para proteger la operación, yo había creado una rutina de borrado: cada noche eliminaba notas, ocultaba dispositivos y tomaba una medicación que interfería con la consolidación de recuerdos recientes.

No sufría episodios misteriosos. Me los provocaba.

En una página había escrito:

Daniel intentará detenerme si descubre el plan. No porque trabaje para Julia, sino porque teme perder a Nora. No entiende que seguir escondiéndola equivale a entregarla a una amenaza que nunca termina.

En otra:

Si olvido por qué hago esto, recordar: Nora ha empezado a preguntar por la cicatriz de nacimiento. Falta poco.

La cicatriz bajo su oreja. El lunar que no era un lunar, sino una pequeña marca de una intervención neonatal.

El cuaderno terminaba con una instrucción:

La raíz no está en una frase. Está en Clara + Marta. Dos firmas. Dos decisiones. La primera mentira solo abre el contenedor.

Necesitábamos la firma digital de Marta.

Ella llevaba once años muerta.

Una voz sonó detrás de mí.

—No del todo.

Me volví.

Baeza, herido en el hombro y en la pierna, apuntaba a mi cabeza.

—Marta dejó una identidad activa —dijo—. Julia la ha utilizado todo este tiempo.

62

Nora y Adela alcanzaron la sala de archivo desde el lado opuesto.

La puerta se cerró detrás de ellas. No podían regresar al conducto; Baeza había bloqueado el mecanismo. La nave estaba llena de cajas con nombres dobles.

Las cajas estaban fabricadas con cartón libre de ácido y llevaban etiquetas dobles: un código visible y otro escrito con tinta ultravioleta. Algunas conservaban fotografías, otras documentos notariales, expedientes escolares o muestras biológicas. Umbral no confiaba en una única clase de prueba. Construía identidades mediante la acumulación de rastros capaces de sostenerse en instituciones diferentes.

Nora reconoció nombres que había visto en el índice y otros que parecían pertenecer a familias enteras. Encontró sobres con dientes de leche, mechones de cabello y pulseras hospitalarias. Aquellos objetos podían confirmar parentescos o destruir las vidas que los documentos habían construido. El archivo no almacenaba solo información. Almacenaba posibilidades de control futuro.

Adela se detuvo ante una caja con la fecha del nacimiento. Dentro había gasas selladas, copias de análisis y una etiqueta de cuna sin nombre. La evidencia física que podía demostrar el origen de Nora había sido conservada por personas que, al mismo tiempo, le negaban el derecho a conocerlo. La protección y el dominio ocupaban el mismo estante.

Inés apareció herida entre dos filas. La sangre había mojado varias etiquetas y amenazaba con transferirse a documentos. Nora utilizó una lona limpia para arrastrarla sin contaminar más cajas. Incluso bajo amenaza, la preservación de pruebas se convirtió en una forma de impedir que otros volvieran a decidir qué versión sobreviviría.

Nora leyó algunos.

MARÍA LUISA CARRASCO → ANA VELASCO.

FÁTIMA EL HADDAD → LAURA IBÁÑEZ.

INÉS ARANDA → INÉS ARANDA.

—No cambió de nombre —dijo.

Adela abrió el expediente. Dentro había una fotografía de Inés veinte años más joven, con un ojo hinchado, y una orden de protección. Umbral había borrado su domicilio, no su identidad.

—No todos desaparecían igual —explicó.

—Pero Julia guardaba sus nombres.

—Para mantener las conexiones.

—O para poder encontrarlos.

Al fondo, una luz parpadeó. Nora siguió el cable hasta una mesa con un lector antiguo. La tarjeta interna del emisor había quedado vacía después de enviar la grabación, pero la placa verdadera estaba perdida en la zapatilla. Necesitaba recuperarla.

—Podemos buscar el expediente de Marta —dijo.

Adela negó.

—No habrá uno.

Nora escribió MARTA RIVAS en el terminal.

Apareció un resultado.

MARTA RIVAS → ELENA VIDAL. ESTADO: OPERATIVA.

—Está viva —susurró Nora.

—No.

—Aquí dice operativa.

Adela se acercó a la pantalla. Comprendió antes que Nora.

—Elena no era una persona nueva. Era una identidad compartida. La usaban cuando necesitaban actuar fuera de sus nombres.

El expediente contenía accesos posteriores a la muerte de Marta. Alguien había seguido firmando como ella.

—¿Quién?

—Julia. Clara. Quizá Daniel.

—Entonces pueden hacer que parezca que Marta hizo cosas después de morir.

—Sí.

—Y también pueden usar su firma para abrir el Libro.

Nora recorrió la lista de archivos. Uno se llamaba FIRMA_MR_ORIGEN. Estaba cifrado, pero no oculto.

—La raíz necesita a Marta —dijo—. Por eso nadie podía abrirla solo.

Adela la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Clara hace copias divididas cuando algo no debe depender de una persona. En casa, el archivo de contraseñas necesita su clave y una tarjeta que guarda papá.

—Daniel.

—Papá.

La precisión no admitía discusión.

Una puerta se abrió. Inés entró con el rostro ensangrentado.

—Tenemos que salir.

Nora corrió hacia ella.

—Baeza tiene mi tarjeta.

—No. —Inés mostró la zapatilla—. La encontré antes que él.

Dentro, la carcasa marcada estaba vacía, pero bajo la plantilla permanecía la placa verdadera.

—Clara la vio —dijo Nora—. Sabrá sacarla.

—Clara está en la fábrica.

—¿Dónde?

—La última cámara la situó en el archivo norte.

—Vamos.

Inés la sujetó.

—Andrés controla las puertas. Hay una salida al embalse desde esta sala.

—No me voy sin Clara.

—Ella vino para sacarte.

—Y yo dejé pistas para encontrarla. No es lo mismo que esperar quieta.

Un disparo atravesó la puerta. Inés cayó hacia delante.

Alicia estaba en el pasillo con un arma.

—Lo siento —dijo—. Julia ha ordenado que la menor llegue a la sala central.

Inés miró la sangre que se extendía por su abdomen.

—Julia no ha dado esa orden.

Alicia temblaba.

—Andrés sí.

—Entonces ya has elegido.

Adela empujó una estantería. Las cajas cayeron entre ellas y Alicia. Nora recogió la zapatilla y tiró de Inés hacia una puerta lateral.

—No podemos cargarla —dijo Adela.

—No la dejamos.

—Nora…

—He dicho que no.

Entre las tres arrastraron a Inés hacia la oscuridad mientras Alicia disparaba contra el metal.

63

Baeza sabía que no iba a salir vivo.

Lo vi en su forma de sostener el arma: sin el cuidado de quien necesita conservar munición, distancia o futuro.

—¿Qué significa que Marta dejó una identidad activa?

—Elena Vidal contiene su firma biométrica, sus patrones de acceso y una autorización judicial previa. Julia la mantuvo para validar operaciones.

—Falsificó la firma de una muerta.

—Tú construiste el mecanismo.

—Para emergencias limitadas.

—Las emergencias siempre duran más cuando dan poder.

Baeza se apoyó en una estantería. La sangre le empapaba el costado. Julia le había disparado; su alianza había terminado.

—Dame la placa —dijo.

—No la tengo.

—Nora la escondió en la zapatilla. Tú llevas la zapatilla.

—La encontré vacía.

—Mientes mejor cuando no intentas parecer tranquila.

Di un paso hacia la mesa. Él movió el arma.

—¿Para quién trabajas ahora?

—Para mí.

—¿Qué quieres?

—Un expediente limpio y dinero suficiente para no volver a necesitar un nombre ajeno.

—Andrés te matará cuando abra el Libro.

—Julia ya lo ha intentado.

—Entonces tu mejor opción es entregarlo a una fiscal.

—Las fiscales no crean identidades nuevas.

—Yo sí.

La frase salió antes de decidirla.

Baeza me observó.

—Eso quiere Julia. Que vuelvas.

—No para ella. Para ti. Una identidad, una ruta y la oportunidad de declarar desde fuera.

—¿A cambio?

—Me das acceso a Elena Vidal y me llevas hasta Nora.

Se rio. La risa terminó en tos.

—Sigues creyendo que una negociación cambia lo que eres.

—No. Solo cambia quién sale vivo.

El altavoz anunció veinte minutos.

Baeza bajó el arma unos centímetros.

—Elena se valida con una tarjeta física guardada en la sala central. Andrés la tiene. La frase abre el contenedor. Después necesita una firma secundaria.

—¿De quién?

—La tuya.

—Entonces Julia no puede abrirlo sin mí.

—Puede utilizar tu identidad de salida, pero el sistema detectará una continuidad imperfecta. Necesita tu voz y una muestra biológica.

Comprendí por qué no me habían matado, por qué el golpe en casa, el ingreso preparado, el deseo de llevarme a San Dimas. Yo no era solo la arquitecta. Era una llave viva.

—Llévame a la sala central.

—Primero la placa.

—No la tengo.

Baeza levantó el arma.

Una voz habló desde una puerta lateral.

—Pero yo sí.

Nora estaba allí.

Sostenía la zapatilla en una mano y un arma demasiado grande en la otra. Adela sujetaba a Inés, que apenas podía mantenerse en pie.

—Baja el arma —dijo Baeza.

—Tú primero.

—No sabes usarla.

Nora apuntó al techo y disparó. El estruendo hizo caer polvo de las vigas. No cerró los ojos.

—Ahora sé una cosa más —dijo.

Baeza se volvió hacia ella.

Me lancé sobre él.

El disparo me pasó junto a la oreja. Golpeamos una estantería. Nora gritó. Baeza intentó recuperar el equilibrio, pero su pierna herida cedió. Le quité el arma y lo empujé al suelo.

Luján apareció detrás, apuntándole.

—Se acabó.

Baeza sonrió desde el suelo.

—No. Quedan dieciocho minutos.

64

Baeza pronunció los dieciocho minutos como si fueran una propiedad suya.

Luján lo registró mientras Clara se acercaba a Nora. Encontró dos teléfonos, una llave de vehículo, tres tarjetas de acceso y una pequeña unidad de almacenamiento sujeta con cinta al interior del cinturón.

Los objetos encontrados en su ropa formaban un inventario operativo. Un teléfono contenía mensajes efímeros; el otro, mapas sin conexión. Las tarjetas correspondían a sectores distintos y ninguna abría por sí sola el archivo central. La unidad de almacenamiento estaba recubierta con resina y llevaba un sensor de apertura. Baeza había distribuido acceso y prueba del mismo modo que distribuía lealtades.

Luján fotografió cada elemento en el lugar exacto donde apareció. Anotó hora, persona presente y condición del precinto. La urgencia no eliminaba la cadena de custodia. Si el caso llegaba a juicio, la defensa cuestionaría cada segundo de aquella sala. La precisión debía empezar antes de que terminara el peligro.

La pequeña unidad emitía calor, señal de que seguía activa. Clara pidió no conectarla porque podía ejecutar una orden al detectar un sistema nuevo. Luján la introdujo en una bolsa de aislamiento y registró la temperatura exterior. La prueba tecnológica exigía tratar el silencio como estado provisional, no como garantía.

Baeza utilizaba la cuenta atrás para conservar influencia después de haber perdido el arma. Mientras los demás creyeran que solo él comprendía el cierre, su cuerpo herido seguía ocupando el centro de la decisión. Quitarle ese control requería verificar la amenaza sin aceptar su relato completo.

—No la conectes —dijo Clara.

—No pensaba hacerlo.

Luján fotografió el dispositivo en su posición, leyó la hora en voz alta y lo introdujo en una bolsa de aislamiento. Baeza lo observó.

—Ahí están los compradores —dijo.

—También puede haber un programa de borrado —respondió Luján.

—O nada.

—Por eso se analiza en laboratorio.

Baeza rio y tosió sangre.

—Laboratorio. Juez. Formularios. Dentro de dieciocho minutos el Libro se distribuye y vais a necesitar años para decidir qué copia es auténtica.

—¿Cómo se detiene? —preguntó Clara.

—Raíz, placa y confirmación biométrica.

—¿De quién?

—De Elena Vidal.

—Elena no existe.

—Exacto.

Nora seguía sosteniendo el arma de Inés. Luján le habló sin acercarse.

—Nora, necesito que la dejes en el suelo, separada de ti.

—No hasta que Clara conteste.

—Puedes pedirle que conteste. El arma no mejora la respuesta.

—A veces sí.

—A veces consigue una frase. No consigue que sea verdad.

Nora miró a Clara.

—¿Marta estaba viva cuando llegaste?

La pregunta abrió el siguiente capítulo de sus vidas antes de que nadie estuviera preparado.

Mientras Clara respondía, Luján pidió asistencia sanitaria para Baeza. No porque lo mereciera, sino porque un detenido herido seguía bajo su custodia y porque un testimonio obtenido mientras se

desangraba sería atacado después. Aplicó presión sobre la herida con una venda del botiquín.

—Si me salvas, hablaré —dijo Baeza.

—Te estoy asistiendo. Hablarás con abogado y quedará registrado si decides hacerlo.

—Siempre tan correcto.

—No. Correcto habría sido detectar antes para quién trabajabas.

Baeza cerró los ojos.

—Julia me reclutó después del primer traslado de Nuria. Yo era policía de información. Vi lo fácil que era mover una familia cuando cinco bases no se hablaban entre sí. Pensé que el sistema acabaría corrigiéndolo.

—Y decidiste vender la vulnerabilidad antes.

—Decidí que quien entiende una puerta no debería pasar la vida vigilándola por sueldo público.

—Esa explicación no mejora nada.

—No pretende.

Luján activó la grabación de su cámara y recitó la advertencia legal antes de hacer preguntas sobre riesgo inmediato. Baeza se negó a identificar compradores, pero indicó que el contador no era una simple publicación. A los dieciocho minutos, tres relés externos recibirían bloques cifrados. Dos estaban en otros países. El tercero pertenecía a una empresa de almacenamiento que no sabía qué alojaba.

—¿Se puede cortar la conexión? —preguntó Clara desde la distancia.

—Si cortas la red, el sistema interpreta coacción y envía el último estado disponible —dijo Baeza—. Si destruyes los servidores, los relés publican.

—Entonces necesita una confirmación de continuidad.

Baeza abrió los ojos.

—Ahí estás.

Clara se acercó un paso.

—El mecanismo que diseñé no funcionaba así.

—Andrés añadió una cláusula de seguro.

—¿Quién la programó?

—Alguien que creyó estar protegiendo a las víctimas de Julia.

—Nombre.

—No lo sé. Trabajó por módulos.

La respuesta era plausible. En una infraestructura clandestina, nadie necesitaba comprender el conjunto. Esa fragmentación protegía la red y hacía casi imposible atribuir cada cambio.

Nora bajó el arma unos centímetros.

—¿La placa está en mi zapatilla? —preguntó.

Baeza sonrió.

—Tú lo sabes.

—Hay una credencial, no una placa biométrica.

—La biometría no es una huella ni una cara. Es una firma de comportamiento: secuencia, tiempos, respuestas. Clara la construyó.

—Eso se puede copiar —dijo Nora.

—No completa.

—Todo se puede copiar si alguien lo registra suficiente tiempo.

Clara miró a su hija. No con orgullo. Con la comprensión de que la niña había crecido dentro de un hogar donde cada gesto podía convertirse en clave.

—La confirmación final no es biométrica —dijo—. Es una decisión partida. Marta y yo diseñamos dos claves humanas. Una abre. Otra valida el propósito.

—¿Cuál tiene Nora? —preguntó Luján.

—Todavía no lo sé.

El contador apareció en una pantalla del corredor.

00:17:12.

Luján entregó a otro agente que acababa de llegar la custodia de Baeza y selló la bolsa con el dispositivo. Anotó el número de precinto y el nombre del receptor.

—Nos movemos —dijo—. Pero nadie conecta nada sin documentarlo.

—En diecisiete minutos —protestó Clara.

—La urgencia no convierte una copia en prueba ni una intuición en autorización.

Nora dejó el arma en el suelo.

—Primero Daniel —dijo.

Clara asintió.

La cuenta atrás continuó.

65

Nora seguía apuntándome.

Había entregado el arma de Baeza a Luján, pero conservaba la que había recogido de Inés. Sus brazos temblaban por el peso.

El arma era demasiado grande para sus manos. El peso obligaba a bajar el cañón cada pocos segundos y el retroceso habría podido lesionarla. Aun así, la distancia entre nosotras no se medía por la capacidad real de disparar. Se medía por todo lo que yo había hecho sin pedir permiso y por la facilidad con que podía volver a presentarme como salvadora.

Nora llevaba polvo en el cabello, sangre seca en la manga y una marca roja alrededor de la muñeca. El impermeable amarillo tenía un desgarro en el costado. Cada señal describía una parte del recorrido que yo no había visto. Mi impulso era preguntar, tocar y comprobar. Contenerlo fue la primera decisión que no intentó convertir su cuerpo en un informe para tranquilizarme.

Detrás de ella, las cajas del archivo contenían versiones de personas que nunca habían tenido oportunidad de apuntar a quienes decidían por ellas. Nora sostenía el arma en un lugar construido para eliminar negativas. Su gesto no necesitaba convertirse en símbolo heroico. Era el resultado de haber sido empujada hasta una herramienta que una niña no debía conocer.

Cuando bajó el arma, la dejó sobre el suelo con cuidado, lejos de los pies. Luján la aseguró y anotó de quién procedía. La distancia entre Nora y yo permaneció. No era un fallo del reencuentro. Era la condición necesaria para que el acercamiento posterior pudiera ser elegido.

—Déjala en el suelo —dije.

—No te acerques.

Me detuve.

La había imaginado herida, llorando, corriendo hacia mí. No había imaginado que la primera distancia entre nosotras sería la longitud de un cañón.

—Soy yo.

—Eso es lo que intento saber.

Adela ayudó a Inés a tumbarse. Luján pidió una ambulancia por la radio, aunque la cobertura era inestable. Baeza permanecía boca abajo, esposado con una brida.

—Nora —dije—, no voy a quitarte el arma. Solo quiero verte.

—Me has visto todos los días.

—No como debía.

—¿Marta estaba viva cuando llegaste?

La pregunta eliminó el ruido de la nave.

Podía decirle que no lo recordaba. Podía decirle que Julia manipulaba la verdad. Podía aplazarlo hasta que no hubiera armas ni contadores. Todas esas respuestas eran otra puerta.

—Sí —dije.

Nora tragó saliva.

—¿Podías salvarla?

—No lo sé.

Sus ojos se endurecieron.

—La respuesta de siempre.

—Escúchame. Estaba herida. Me pidió que te cogiera. Yo llamé a Daniel antes que a emergencias porque temía que Andrés regresara o que la policía te entregara a él. Cuando llegó la ambulancia, Marta había muerto. No sé si esos minutos la habrían salvado. Sí sé que elegí sacarte primero.

—Y después dijiste que eras mi madre.

—Sí.

—Borraste su nombre.

—Sí.

—¿Porque me querías o porque te sentías culpable?

Marta había dejado la pregunta preparada once años atrás.

—Al principio no podía distinguirlo —respondí—. Te miraba y veía a mi hermana, el incendio y todo lo que no había hecho. Después empezaste a reírte cuando te enfadabas, a odiar los guisantes, a dormir con los pies fuera de la manta. Fuiste tú. No una reparación. Pero seguí usando el miedo de aquella noche para decidir por ti. Te quise de verdad y te mentí de verdad. Una cosa no borra la otra.

El arma bajó un poco.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque cada año parecía peor. A los tres eras demasiado pequeña. A los seis estabas empezando el colegio. A los ocho preguntaste por el embarazo y fabriqué fotografías porque pensé que la verdad te haría sentir que no eras nuestra. A los diez ya había mentido tanto que contar una parte derrumbaba todo. Y porque era cobarde.

—Dijeron que estabas enferma.

—Lo estuve. Después utilicé esa enfermedad para ocultar una investigación incluso de mí misma.

—Eso no tiene sentido.

—No. Fue una mala idea sofisticada. Sigo siendo capaz de eso.

Nora dejó escapar un sonido que podía haber sido una risa. El arma apuntó al suelo.

—¿Daniel es mi padre?

—Sí.

—No biológico.

—No. Pero es tu padre si tú lo reconoces como tal.

—¿Y Andrés?

—Es el hombre que aportó la mitad de tus genes y mató a Marta.

—Dice que fue un accidente.

—Puede que la caída lo fuera. Dejarla sin ayuda no.

El contador anunció quince minutos.

Nora miró la zapatilla.

—Tengo la placa del Libro. Marta dejó una firma activa. Clara más Marta abren la raíz.

—Lo sé.

—¿Qué pasa si la abrimos?

—Podemos separar los registros de víctimas y los de compradores. O podemos provocar que todo se publique.

—Julia dice que tienes que salvar la red.

—Julia quiere que vuelva a decidir por todos.

—Andrés quiere que publiques.

—Para convertir las identidades en mercancía.

Nora alzó la mirada.

—Entonces deja de escuchar lo que quieren ellos.

—¿Qué quieres tú?

La pregunta pareció sorprenderla.

—Quiero que nadie vuelva a poder borrarme. Quiero que Marta tenga su nombre. Quiero que las mujeres escondidas no aparezcan en internet. Y quiero que Andrés diga lo que hizo antes de que alguien vuelva a escribirlo por él.

Cuatro exigencias. Ninguna imposible por separado. Juntas requerían la arquitectura que Julia creía que solo yo podía construir.

Extendí la mano.

—Necesito la placa.

Nora no me la entregó.

—Primero encontramos a papá.

Asentí.

—Primero encontramos a papá.

Bajó el arma.

No corrió hacia mí. Tampoco yo crucé la distancia.

Caminamos una al lado de la otra hacia la sala central.

PARTE IV

EL LIBRO DE LAS AUSENCIAS

INTERLUDIO XVIII

EL CUADERNO DE NORA: DESPUÉS DE ENCONTRAR A CLARA

Clara dijo la verdad cuando le pregunté si Marta estaba viva.

No toda, porque nadie puede decir toda una vida en una fábrica, pero no cambió la pregunta. Eso es nuevo.

Tengo ganas de abrazarla y de golpear una pared. No creo que se pueda hacer a la vez.

Daniel es mi padre. Lo sé porque cuando pensé que podía estar herido no pensé "el hombre que falsificó mis papeles". Pensé papá. Eso no hace buenos los papeles.

Marta es mi madre. No la conozco. Tengo una carta suya y una cinta. Todos hablan de ella como si fuera valiente, inteligente y mejor que los demás. En la grabación dice que tenía miedo. Prefiero eso.

Andrés me llama Sara. Cada vez que lo hace siento que intenta meterme dentro de una niña que solo conoce él. No quiero odiar el nombre por su culpa.

Julia dice que el sistema necesita que yo confirme quién es Clara. Parece una pregunta, pero es una amenaza con un espacio para responder.

Si salimos, quiero decidir mi nombre cuando nadie tenga un arma.

Quiero preguntar a Clara por las fotos falsas. Por qué me dejó creer que estuve dentro de su cuerpo. Quizá pensaba que una madre necesita eso. Yo no.

También quiero que me explique la regla de las copias otra vez. Creo que la entiendo mejor que ella:

una copia no sirve solo para no perder un archivo. Sirve para que ninguna persona pueda decir que la única versión es la suya.

66

Inés necesitaba un hospital.

La bala había entrado por el costado y no parecía haber salido. Luján presionaba la herida mientras hablaba con una operadora de emergencias que no encontraba San Miguel del Embalse en el sistema.

La herida había atravesado tejidos blandos, pero la pérdida de sangre era considerable. Luján utilizó gasas hemostáticas y presión directa. Alicia la mantuvo inmóvil y abrigada mientras Adela vigilaba la respiración. Nadie intentó extraer la bala. El objetivo era conservar funciones hasta que llegara un equipo con medios adecuados.

La operadora de emergencias no encontraba la fábrica porque la dirección oficial correspondía a una parcela clausurada. Luján envió coordenadas, fotografías del acceso y una descripción del camino desde la carretera. También pidió que la ambulancia se aproximara acompañada por policía, ya que podía haber tiradores y explosivos. Cada información añadida aumentaba la preparación y el tiempo de llegada.

El material de primeros auxilios de Umbral estaba completo, pero algunas ampollas habían caducado y otras carecían de trazabilidad. La red había mantenido capacidad de intervención sin someterla a controles externos. Inés había confiado en esa infraestructura para cuidar a menores; ahora dependía de servicios públicos a los que había ocultado la ubicación.

La espera convirtió la sala en un espacio donde las responsabilidades se mezclaban. Inés era sospechosa, testigo y paciente. Alicia había participado en el encierro y estaba evitando que muriera. Luján preservaba pruebas mientras pedía ayuda. La complejidad no suspendía obligaciones básicas: primero impedir una muerte, después determinar el lugar de cada persona en el delito.

—Mande la ambulancia a la fábrica de vidrio —repitió—. Coordenadas exactas en el mensaje. Hay múltiples heridos y personas armadas.

Adela se arrodilló junto a Inés.

—Yo me quedo.

—No —dijo Nora.

—Alguien debe mantenerla viva hasta que lleguen.

—Baeza puede soltarse.

Luján lo había esposado a una tubería. Estaba pálido, con los ojos medio cerrados.

—No llegará lejos —dijo él.

Baeza soltó una risa ronca.

—Siempre llego un poco más lejos de lo que calculáis.

Luján le quitó una segunda pistola escondida en el tobillo, una navaja y una pequeña cápsula metálica.

—¿Qué es? —pregunté.

—Cianuro no —dijo Baeza—. No soy tan teatral.

Luján abrió la cápsula. Dentro había una tarjeta SIM.

—Acceso de emergencia a los nodos —explicó Baeza—. Julia las repartía entre operadores de nivel cuatro.

—¿Cuántos niveles hay?

—Cinco.

—¿Y el quinto?

Miró a Nora.

—Las personas que no saben que son una clave.

Nora apretó la zapatilla contra el pecho.

No pregunté. No allí.

Dejamos a Adela con Inés. Luján se quedó junto a Baeza, herido y esposado, a la espera de la ambulancia. A menos de un metro del bordillo seguía la pistola que el teniente le había retirado del tobillo.

Me agaché y la recogí antes de que Luján pudiera impedírmelo.

—Déjala. Es una prueba —ordenó.

—Nora sigue dentro.

Luján avanzó hacia mí, pero Baeza se dobló y empezó a ahogarse con su propia sangre. Ese segundo bastó. Guardé el arma en la cintura y eché a correr. A mi espalda, el teniente gritó que no apuntara a nadie si no estaba dispuesta a disparar.

Nora y yo seguimos la señalización hacia la sala central. El camino atravesaba un laboratorio donde se analizaban documentos: lámparas ultravioletas, impresoras de seguridad, tintas, moldes de sellos. En una mesa había pasaportes de distintos países esperando fotografía.

Nora miró las identidades incompletas.

—¿Hacías esto?

—Una parte.

—¿Cómo decidíais quién lo merecía?

—Al principio, no decidíamos si alguien merecía una vida nueva. Decidíamos si corría peligro.

—¿Y después?

—Después empezamos a creer que podíamos evaluar personas enteras con un expediente.

—Como el colegio cuando pone notas.

—Peor. Las notas se pueden repetir.

Encontramos una cámara frente a una pared azul, luces de fotografía y un taburete. Allí convertían una cara en documento.

Nora se sentó un instante.

—¿Me hiciste aquí la primera foto?

—No lo recuerdo.

Se levantó.

—Inténtalo.

Cerré los ojos. La sala era más nueva; once años antes debía de tener otra distribución. Vi a Daniel sosteniendo un paño blanco detrás de un bebé. Mi madre agitaba unas llaves para que mirara a cámara. Yo sostenía una tarjeta con la fecha falsa.

—Llorabas —dije—. Daniel te puso el conejo junto al objetivo. Dejaste de llorar. La fotografía salió con una oreja de Norte en una esquina y tuve que recortarla.

Nora esperó algo más.

—Yo también lloraba —añadí—. Pero en la imagen no se veía.

—Eso no la hace falsa.

—No. Lo falso era el texto alrededor.

Seguimos caminando.

—¿Vas a volver a llamarme Nora? —pregunté.

—No he dejado de hacerlo.

—Quiero decir después.

—No sé qué nombre quiero. Sara me suena a una niña muerta. Nora me suena a mí, pero lo elegisteis sin preguntarme.

—Podrías conservarlo porque te pertenece ahora, no porque lo elegimos nosotros.

—También podría llamarme otra cosa.

—Sí.

La respuesta me dolió. Aun así, era suya.

Llegamos a una puerta de vidrio reforzado. A través de ella vimos la sala central. Daniel estaba atado a una silla. Andrés junto a los servidores. Julia frente al panel. Ninguno parecía controlar por completo a los otros.

El contador marcaba diez minutos.

Nora sacó la placa de memoria de la zapatilla.

—¿Puedes abrirlo en diez?

—Puedo intentarlo.

—No. —Me miró con una seriedad que no correspondía a su edad y, al mismo tiempo, sí—. ¿Puedes?

—No lo sé.

—Bien. Esa respuesta sí me la creo.

Abrimos la puerta.

67

Andrés fue el primero en vernos.

Su rostro se transformó al mirar a Nora. Durante un segundo no fue un asesino, un policía corrupto ni un hombre que había convertido identidades en mercancía. Fue alguien ante una hija desconocida. El instante terminó cuando calculó la distancia entre ella y la salida.

Era más alto de lo que imaginaba y más delgado que en las fotografías. Llevaba el cabello gris muy corto, una camisa limpia bajo una chaqueta manchada de polvo y botas de policía sin distintivos. Su rostro conservaba la simetría de alguien acostumbrado a ser considerado fiable. No parecía un hombre que hubiera vivido oculto. Parecía alguien que había utilizado instituciones como escondite.

Al mirar a Nora, sus ojos descendieron hasta la forma de la nariz, las manos y la postura. No buscaba afecto. Comparaba rasgos. La evaluación corporal era la de quien intenta confirmar una filiación antes de decidir qué derecho cree que le concede. La emoción apareció después del cálculo y por eso resultó más perturbadora.

La sala central estaba organizada alrededor de él. Los operadores se orientaban según su posición, las pantallas mostraban permisos vinculados a sus credenciales y las rutas de salida permanecían libres a su espalda. Incluso Julia había tenido que negociar espacios que Andrés trataba como propios. Su poder no dependía de un cargo actual, sino de años de acceso acumulado y favores capaces de sobrevivir a cambios institucionales.

Nora no respondió al nombre Sara. La negativa alteró el equilibrio más que la llegada de un arma. Andrés podía controlar registros, rutas y servidores. No podía obligar a una persona consciente a reconocerse en la identidad que él necesitaba.

—Sara.

—No me llames así.

—Es tu nombre.

—Era el nombre que elegiste para una bebé a la que luego intentaste encontrar entre los restos de un incendio.

Julia me observó con una mezcla de alivio y frustración.

—Has traído la placa.

—Nora la ha traído.

—Entrégamela —dijo Andrés.

—No —respondió Nora.

Daniel tenía la cara golpeada y una venda ensangrentada en el muslo. Movía una mano detrás de la silla; había cortado parte de la cuerda.

—No os acerquéis —dijo.

Andrés levantó el arma.

—El contador está conectado a tres envíos. Cuando llegue a cero, saldrá el índice completo. Sin la firma raíz, parecerá una base de datos cualquiera, pero incluirá suficientes domicilios para que algunas personas sean encontradas.

—Cancélalo —dije.

—Valida primero.

—Si valido, conviertes los documentos en prueba y en producto.

—Los convierto en verdad.

—La verdad no necesita que vendas copias.

Julia intervino:

—Puedo redirigir el envío a una bóveda cerrada si Clara activa la transferencia de continuidad.

—Y tú conservas Umbral —dijo Nora.

Julia la miró.

—Conservamos las vidas que dependen de él.

—Las personas no dependen de Umbral. Umbral depende de que tengan miedo.

—Eres demasiado joven para entender lo que significa no tener a quién acudir.

—Y tú eres demasiado mayor para seguir diciendo que encerrar a alguien es ayudarlo.

Andrés sonrió.

—Tiene a Marta en la lengua.

Nora giró hacia él.

—No sabes cómo hablaba.

La sonrisa desapareció.

El contador marcó ocho minutos.

Conecté la placa a un lector. La pantalla mostró un contenedor cifrado y una petición:

PRIMERA MENTIRA COMPARTIDA.

—Lo hizo el gato —dije.

El sistema rechazó la frase.

—¿Mayúsculas? —preguntó Nora.

—No es eso.

Recordé el jarrón. Marta había dicho "ha sido el gato". Yo añadí "yo lo he visto". Dos frases. Dos firmas.

Escribí:

HA SIDO EL GATO / YO LO HE VISTO

El contenedor se abrió.

Aparecieron dos columnas. CLARA y MARTA. La primera esperaba verificación de voz y huella. La segunda mostraba IDENTIDAD OPERATIVA: ELENA VIDAL.

Julia introdujo una tarjeta en el panel.

—Tengo la firma de Elena.

—No la uses —dije.

—No hay tiempo.

—Tu versión puede contener operaciones posteriores a la muerte de Marta. Si la raíz compara continuidad, invalidará todo o mezclará sus actos con los tuyos.

—La mantuve limpia.

—Llevas once años utilizando el nombre.

—Solo para preservar autorizaciones.

—Entonces no está limpia.

Andrés se acercó a Nora. Yo me interpuse.

—No tienes otra firma —dijo Julia.

Nora sacó el pequeño emisor.

—Tengo su voz y una grabación del día en que nació.

—La voz no es una firma digital —respondió Julia.

—Pero la cinta incluye el sonido del monitor de la casa y la hora interna. Clara me enseñó que una firma puede ser un patrón, no un dibujo.

La miré.

En la grabación, Marta había hablado junto a equipos conectados al sistema. Si el registro original seguía en los nodos, podíamos demostrar que su identidad estaba activa en esa fecha y separar cualquier operación posterior.

—Necesito el archivo de nacimiento y el registro de la casa —dije.

Julia negó.

—Están en un nodo fuera de línea.

—¿Dónde?

—Aquí debajo.

—Actívalo.

—Tardará más de ocho minutos.

El contador marcaba siete y treinta y cuatro.

Nora conectó su emisor.

—Entonces tendremos que hacer que el tiempo se equivoque.

68

El programa de Nora no era un virus.

Utilizaba un cliente de diagnóstico que Clara había dejado documentado. Nora no había escrito el sistema ni podía controlarlo desde fuera: cambió unos parámetros para que una sesión legítima respondiera de forma incompleta y mantuviera abiertas varias verificaciones. No alteraba relojes, no borraba archivos y dejaría de funcionar cuando caducara la credencial, se reiniciara el nodo o alguien comparara el registro con otro servidor.

Los manuales, los scripts de prueba y la ayuda del club de programación le permitieron entender solo la parte necesaria. Cada minuto comprado dejaba trazas de dirección, solicitud y respuesta. Esas huellas podían revelar su posición, pero también demostrar después que no había falsificado la prueba. Estaba utilizando el funcionamiento del sistema para impedir que otros lo cerraran antes de que llegaran testigos externos.

—¿Cuánto nos da? —pregunté.

—Hasta que caduque la sesión, alguien reinicie el nodo o compare el registro con otro servidor.

Julia leyó el encabezado del código.

—¿Quién te enseñó?

—El club de programación. Y los scripts de prueba de Clara.

—No estaban hechos para esto.

—Cambié parámetros y entré donde no debía. El programa ya estaba hecho.

—Hija de su madre —murmuró Andrés.

Nora lo ignoró.

El contador llegó a seis minutos, pero un indicador secundario dejó de avanzar. Julia comprendió.

—Tenemos quizá veinte minutos antes de que un nodo externo agote la espera.

—Bastan —dije.

—No si debemos arrancar el archivo frío.

La sala central tenía un nivel inferior visible a través de un suelo de vidrio. Debajo, hileras de armarios metálicos permanecían apagadas. Un sistema de almacenamiento desconectado de la red.

Julia introdujo una secuencia. El generador cambió de tono. Luces verdes se encendieron bajo nuestros pies, una tras otra.

Andrés apuntó hacia ella.

—No redirijas el envío.

—Necesitamos autenticar primero.

—Necesito los nombres.

—Ya los tienes.

—Tengo copias sin raíz. Los compradores no pagan por rumores.

Nora me miró. Había oído la palabra compradores. Hasta entonces, el tráfico podía haber sido una abstracción. En aquel momento entendió que su vida y las de cientos de personas tenían precio.

Daniel terminó de cortar la cuerda de una mano, pero no se movió. Esperaba una distracción.

El archivo frío inició una comprobación. Tiempo estimado: 12:40.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó Nora.

—Tu fecha real, la cinta de Marta y la identidad original.

—Sara Galván.

Andrés sonrió.

—Al fin.

—No he dicho que sea mi nombre. He dicho que es un dato.

Introduje 03/08 y cargué el audio transmitido por el emisor. El sistema no decidió si la voz decía la verdad: comparó la huella del archivo, el certificado del dispositivo, el sello temporal y la referencia

conservada en el índice de Marta. Los cuatro elementos coincidieron con un registro denominado PARTO_EV-03.

—Elena grababa los nacimientos —dijo Julia—. Era una medida de seguridad por si había complicaciones.

—¿Dónde están los vídeos?

—Cifrados en el archivo.

—¿Incluye el de Nora?

—Sí.

La palabra produjo una alteración visible en Andrés. No había visto nacer a su hija. Quería el vídeo por razones que podían ser emocionales o probatorias. En él, Marta quizá hablaba de amenazas, identidad y decisiones.

El sistema pidió mi verificación.

Coloqué el pulgar en el lector y repetí una frase:

—Clara Rivas Cuenca. Nivel raíz. Apertura de continuidad conjunta con Marta Rivas Cuenca.

La pantalla rechazó la voz.

IDENTIDAD CLARA RIVAS EN ESTADO INCONSISTENTE.

—¿Qué significa? —preguntó Nora.

Julia miró mi muñeca.

—Que CERO ya ha comenzado a cerrarla.

—No he autorizado nada.

—Daniel firmó hace seis meses.

Me volví hacia él.

—¿Qué firmaste?

—La asunción de responsabilidad. No un cierre.

—Julia incorporó tu firma al protocolo.

—No sabía…

—Lo sé.

No era perdón. Era cansancio de perder tiempo culpando a personas por haber sido manipuladas por la misma mujer.

—¿Cómo restauro mi identidad? —pregunté.

—Con la validación de una relación estable anterior al cierre —dijo Julia—. Un vínculo que el sistema no pueda recalcular.

—¿Daniel?

—El matrimonio terminó.

—Adela.

—Su expediente también está comprometido.

Todos miramos a Nora.

—No —dije.

Julia no apartó la vista de ella.

—La menor es el vínculo de continuidad más fuerte.

—No voy a utilizarla como llave.

—Ya lo es —dijo Baeza desde un altavoz de emergencia—. Nivel cinco. Personas que no saben que son una clave.

Había logrado activar la comunicación desde el archivo donde lo dejamos.

Julia cerró el canal.

—Nora debe declarar que eres su madre.

El sistema mostraba una línea vacía:

VÍNCULO PRIMARIO: CONFIRMACIÓN.

Nora me miró.

Después miró a Daniel, a Julia y a Andrés.

—¿Qué pasa si digo que no?

—Clara no podrá abrir la raíz —respondió Julia—. Los envíos se completarán cuando caiga tu bucle.

—¿Y si digo que sí?

—El sistema reconocerá su continuidad.

—¿También reconocerá que yo soy Nora Rivas?

—Sí.

Era una trampa perfecta. Para devolverme identidad, Nora debía aceptar la que cuestionaba.

—No lo hagas —dije.

—Entonces se publican las direcciones.

—Encontraremos otra forma.

—Quedan menos de veinte minutos.

Nora se acercó al micrófono.

—Mi nombre es Nora Rivas —dijo— porque yo decido conservarlo. Clara Rivas es mi madre porque yo decido llamarla así. Ninguna de las dos declaraciones autoriza a este sistema a decidir mi próximo nombre.

La pantalla procesó.

VÍNCULO CONFIRMADO.

Mi identidad volvió a estado activo.

No sentí victoria. Sentí el peso de que una niña hubiera tenido que definirse bajo amenaza para que los adultos pudiéramos corregir nuestros delitos.

La raíz comenzó a abrirse.

69

El sistema aceptó la declaración de Nora, pero no abrió la raíz de inmediato.

Mostró una secuencia de comprobaciones: integridad del soporte, coincidencia temporal, relación entre claves y estado de los nodos externos. Nada de aquello verificaba que yo fuera una madre. Verificaba que varias piezas creadas en momentos distintos no hubieran sido sustituidas por una sola persona.

—No es biometría —dijo Nora.

—No exactamente.

—Baeza dijo que medía comportamiento.

—La conducta era una capa de riesgo, no la llave. El sistema registra tiempos de respuesta y orden de acciones. Si alguien introduce todas las credenciales demasiado deprisa o desde el mismo dispositivo, sospecha coacción o copia.

—Entonces podría bloquear aunque todo sea correcto.

—Sí.

—Es un diseño malo.

Julia intervino.

—Es un diseño defensivo.

—Defensivo contra quien intenta entrar. Malo para quien necesita salir.

Nora señaló la barra de estado. Una comprobación llevaba treinta segundos esperando respuesta de un nodo desconectado.

—Esto es lo que pasa cuando alguien cree que la seguridad consiste en impedir decisiones —añadió.

No respondí. Había utilizado la misma lógica en nuestra casa: contraseñas, álbumes alterados, preguntas desviadas. Cada control

impedía a Andrés llegar hasta ella y también impedía a Nora llegar hasta sí misma.

Andrés seguía apuntando. Daniel trabajaba la cuerda detrás de la silla. Julia mantenía las manos visibles junto al panel.

—Explica el bucle —dije a Nora.

—No es un virus. No cambia archivos ni borra nada. El sistema pregunta a cada nodo si ha recibido un bloque. Mi programa contesta que lo está verificando y pide otro intervalo. Como la respuesta tiene el formato correcto, el nodo espera.

—¿Con qué credenciales?

—Con las del enlace del campamento. Las copié cuando Inés dejó su tableta desbloqueada.

Inés, herida en otro corredor, había permitido sin saberlo que una niña utilizara su acceso. Eso podía parecer una hazaña técnica. En realidad era el fallo más común de cualquier sistema: una persona con privilegios dejó una sesión abierta.

—¿Y por qué no lo detecta? —preguntó Julia.

—Lo detectará. La firma no coincide con el tráfico normal y las respuestas llegan siempre en el último segundo. Solo necesitaba que tardara.

—¿Cuánto estudiaste el protocolo?

—Dos semanas.

—No tenías acceso al código.

—Tenía los mensajes de error. Los sistemas explican mucho cuando fallan.

Nora no hablaba como una experta adulta. Explicaba lo que había observado y reconocía lo que no sabía. Esa diferencia volvía creíble cada acierto.

—Si reinician el servidor —continuó—, el proceso pierde el estado falso y vuelve al último confirmado. Por eso no podemos desconectar. También por eso no deberíamos tocar las máquinas sin copiar primero la memoria activa.

Luján no estaba allí para oírla. Yo pensé en Teresa y en cualquier perito que llegara después. Si reiniciábamos para ganar control, destruiríamos registros volátiles: sesiones, colas, claves temporales, conexiones. El Libro podía sobrevivir, pero la prueba de quién estaba operándolo esa noche no.

—Necesitamos una imagen de estado —dije.

—Ya la estoy haciendo.

Nora señaló un almacenamiento externo conectado a la consola. Había iniciado una captura de registros, no una copia completa de discos. Tiempo, usuarios, procesos y conexiones. Los datos se sellaban en bloques con una función resumen y se enviaban a dos destinos separados.

—¿A quién? —pregunté.

—A Iago y a una dirección de Marta.

—No sabemos quién controla la segunda.

—Por eso está cifrado. Solo guarda la huella y el bloque. No puede leerlo.

—Una huella no demuestra por sí sola que el contenido sea verdadero —dijo Julia.

Nora la miró.

—No. Demuestra que el contenido que enseñemos después es el mismo que salió de aquí. Para saber si es verdad habrá que revisar de dónde vino.

Julia guardó silencio.

La precisión de la niña desarmaba el tipo de frases con las que Umbral había sobrevivido. No prometía una prueba total ni un sistema infalible. Separaba integridad de significado, copia de autenticidad, protección de consentimiento.

En la pantalla apareció una advertencia:

NODO EXTERNO 2: TIEMPO DE ESPERA ATÍPICO. REVISIÓN AUTOMÁTICA EN 08:00.

—Nos quedan ocho minutos de bucle —dijo Nora—. Quizá menos si alguien está mirando.

—El archivo frío tarda doce en arrancar —respondió Julia.

—Entonces no basta con ser lista —dijo Nora—. Necesitamos cambiar el problema.

Abrió la topología de red. Tres antenas exteriores mantenían los relés. El servidor central no enviaba archivos completos; repartía fragmentos. Si bloqueábamos uno, los otros dos reconstruirían. Si impedíamos que alcanzaran el umbral mínimo, ningún destino tendría suficiente para abrir nada.

—¿Podemos reducir el tamaño de cada bloque? —preguntó.

—No sin cambiar el paquete —dije.

—¿Y cambiar la clasificación antes del envío? Quitar direcciones y datos personales. Aunque algunos fragmentos salgan, no tendrán la parte peligrosa.

—Eso requiere abrir la raíz.

—Entonces primero la raíz. Después el resto.

Nora se acercó al micrófono y formuló su declaración. El sistema reconoció el vínculo.

Cuando terminó, no la abracé. No porque no quisiera, sino porque acababa de ejercer una decisión bajo amenaza y convertirla inmediatamente en un gesto sentimental habría sido otra forma de apropiármela.

—Gracias —dije.

—No lo he hecho por ti.

—Lo sé.

—Lo he hecho porque las direcciones no deben salir.

—Lo sé.

—Y porque todavía te llamo mamá.

La última frase fue más baja.

El sistema mostró:

RAÍZ DISPONIBLE. ARCHIVO FRÍO REQUERIDO.

Debajo, el contador seguía descendiendo.

70

El Libro de Ausencias no era una lista.

Era una cadena de decisiones.

Cada expediente mostraba el documento original, la modificación, quién la había solicitado, quién la había validado y qué pago o riesgo la justificaba. Mi firma aparecía en miles de transformaciones: unas legítimas dentro de la ilegalidad moral de Umbral; otras realizadas mediante mi identidad cuando yo ya no trabajaba allí.

Los primeros expedientes correspondían a mujeres trasladadas por riesgo extremo. Incluían denuncias, partes médicos y fallos institucionales. Después aparecían operaciones justificadas por testigos, informantes y menores. Más adelante, la lógica cambiaba. Había empresarios que pagaban para desaparecer de deudas, funcionarios que borraban sanciones y agresores convertidos en víctimas mediante informes falsos. El mismo mecanismo servía a fines opuestos porque nadie había impuesto un límite verificable.

Cada decisión mostraba firmas, tiempos y dependencias. Algunas autorizaciones se emitían después de ejecutada la operación, convertidas en regularizaciones internas. Otras utilizaban credenciales de personas ausentes o muertas. Mi nombre aparecía en acciones realizadas cuando ya no recordaba pertenecer a Umbral. La suplantación se ocultaba dentro de una cadena que todavía parecía coherente.

Las pruebas se distribuían entre documentos, pagos y accesos físicos. Un cambio de padrón se relacionaba con una matrícula, una receta y una cuenta de alquiler. Esa relación permitía demostrar el sistema, pero también contenía datos capaces de localizar a personas protegidas. Exportar todo equivalía a exponerlas. Destruirlo equivalía a conservar impunidad.

El dilema no podía resolverse mediante una orden simple. Necesitábamos separar evidencia de explotación, nombres de responsables y datos de víctimas, sin romper la posibilidad de demostrar cómo cada operación se había realizado. La complejidad técnica era inseparable de la obligación moral.

La firma de Marta separaba operaciones anteriores a su muerte. La de Elena Vidal contaminaba las posteriores. El sistema podía distinguirlas mediante el registro del parto y la fecha de cierre biológico de Marta.

—Aquí está la bifurcación —dije.

En la pantalla aparecieron dos árboles.

El primero contenía expedientes de protección: denuncias, informes médicos, órdenes, rutas y nuevas identidades.

El segundo contenía transacciones: compradores, intermediarios, funcionarios sobornados, identidades reutilizadas, sociedades pantalla. Andrés y Julia aparecían en ambos, aunque con roles distintos.

—Podemos exportar el árbol de transacciones sin los datos de salida de las víctimas —dijo Nora.

—No es tan sencillo. Hay referencias cruzadas. Un comprador puede haber utilizado una dirección que también sirve como casa segura. Si eliminamos demasiado, la prueba pierde continuidad.

—Seudonimiza —dijo Julia.

—Los tribunales necesitan verificar origen.

—Entrega las claves a una autoridad bajo custodia.

—¿Qué autoridad no esté comprometida? —preguntó Daniel.

Julia señaló un nombre en la pantalla: fiscal Teresa Vidal.

—Marta contactó con ella antes de morir. Nunca perteneció a Umbral.

—¿Por qué no le entregaste el Libro?

—Porque no tenía forma de proteger a quienes aparecían en él.

—Y porque perderías el control —dije.

—También.

La admisión no la redimía. La hacía más peligrosa porque no necesitaba fingir.

Andrés se acercó al panel.

—Exporta todo.

—No —dijimos Julia y yo a la vez.

—No estáis negociando.

Apuntó a Daniel. Nora dio un paso hacia su padre. La detuve con el brazo.

—Si disparas, pierdes la única persona que puede declarar cómo se falsificó la autopsia de Marta —dije.

—Yo sé cómo se hizo.

—Pero no puedes admitirlo sin incriminarte.

—No necesito un juicio. Necesito mercado.

—El mercado desaparecerá cuando las identidades sean públicas.

—Al contrario. Las que sigan limpias valdrán más.

Julia lo miró con asco.

—Nunca entendiste Umbral.

—Lo entendí antes que tú. Descubrí que una vida nueva es el bien más caro que existe.

—Y por eso mataste a Marta.

—Marta quería regalar lo que podía sostener la red.

—Marta quería impedir que lo vendieras.

El archivo frío terminó de cargar el vídeo del nacimiento. Una miniatura apareció en la pantalla. Marta, agotada, sostenía a Nora. Adela estaba a su lado. Elena Vidal, la comadrona, hablaba fuera de plano.

Nora tocó la imagen sin reproducirla.

—¿Podemos guardarlo aparte?

—Sí.

—No quiero que forme parte de la prueba pública.

—No lo hará.

La decisión era pequeña comparada con el resto, pero la forma en que la tomó importaba. Separé el vídeo y lo cifré con una clave nueva que solo ella eligió.

Después inicié una exportación de dos capas: evidencia pública sin identidades de salida y bóveda judicial con referencias completas, cifrada para Teresa Vidal y otros dos magistrados elegidos por reparto aleatorio.

Tiempo estimado: diecisiete minutos.

El bucle de Nora tenía doce, quizá menos.

—No llega —dijo Julia.

—Podemos desconectar los envíos de Andrés físicamente.

—Están en tres antenas exteriores —respondió—. Si una pierde señal, las otras dos publican.

—Entonces hay que detener el contador en origen.

—¿Dónde?

Julia miró el suelo de vidrio.

—En el archivo frío.

—Aquí debajo.

—Sí.

—¿Acceso?

—Una escalera en la nave de hornos.

Andrés apuntó hacia mí.

—Nadie baja.

Daniel se levantó de golpe. Había liberado las manos.

Empujó la silla contra Andrés.

El disparo se perdió en el techo.

—¡Ahora! —gritó.

71

La raíz no contenía documentos.

Contenía relaciones.

Cada cambio registrado por Umbral generaba un evento: una solicitud, una autorización, una credencial utilizada, un documento emitido, una comprobación posterior. Los archivos podían falsificarse por separado. La fuerza del Libro estaba en demostrar que una misma operación había dejado trazas coherentes en lugares distintos y en momentos consecutivos.

La representación visual parecía un mapa nocturno. Cada nodo era una operación y cada línea, una relación verificable. Una identidad podía conectarse con una cuenta, un colegio, una receta, un contrato de alquiler y la credencial de quien había autorizado el cambio. Las conexiones no probaban por sí solas que una persona hubiera actuado con intención criminal, pero impedían explicar cientos de coincidencias como errores aislados.

La fuerza probatoria dependía de conservar contexto. Un archivo exportado sin sus sellos de tiempo podía cuestionarse. Una lista de nombres sin historial exponía a las víctimas y ocultaba a los responsables. Nora y Clara debían separar capas sin romper la secuencia que mostraba quién pidió, quién validó y quién se benefició de cada transformación.

El sistema también mostraba ausencias significativas. Operaciones sin pago, cierres sin revisión, accesos realizados después de la supuesta baja de una credencial. Esos vacíos eran decisiones. En Umbral, borrar un dato había sido una forma de control. En la investigación, demostrar que algo debía estar y no estaba podía convertirse en evidencia de manipulación.

—Es como una línea del tiempo —dijo Nora.

—Sí, pero con versiones que no se sobrescriben.

—¿Inmutable?

—No completamente. Nada lo es si alguien controla toda la infraestructura. Por eso Marta dividió las copias y mantuvo una referencia fuera de Umbral.

Julia amplió uno de los expedientes. Una mujer llamada Lucía Herrera aparecía primero como identidad de cobertura de un empresario y, años después, como identidad de salida de una menor protegida.

—¿Cómo pudo reutilizarse? —preguntó Nora.

—El sistema debía impedirlo —respondí.

—Lo impidió —dijo Julia—. Andrés anuló la alerta con una excepción administrativa.

—¿Quién autorizaba excepciones?

Julia no contestó.

En la pantalla apareció su firma.

—Tú —dijo Nora.

—En ese caso, la identidad anterior figuraba cerrada y no conocía el uso comercial.

—Autorizaste sin conocer.

—Había una menor que necesitaba salir esa noche.

—Siempre hay alguien que necesita algo esa noche.

Nora no lo dijo con crueldad. Era la descripción del mecanismo.

Abrí las propiedades del evento. La firma de Julia no era una imagen pegada ni una contraseña escrita en un campo. Había un certificado, un sello de tiempo y una cadena de validaciones. Podían probar que una credencial había firmado, pero no que Julia estuviera físicamente frente al ordenador. Si Baeza o Andrés habían robado su acceso, la atribución requeriría más: registros de conexión, cámaras, comunicaciones, hábitos de uso.

—No podemos decir que una firma equivale a una persona —expliqué.

—Pero hace cinco minutos el sistema me obligó a decir que tú eras mi madre —respondió Nora.

La contradicción era exacta.

—Por eso no debemos tratar su resultado como una verdad jurídica —dije—. Solo como una condición interna que permitió abrir.

—Entonces en la exportación hay que separar hechos de inferencias.

Creó dos etiquetas:

ACCIÓN REGISTRADA.

AUTORÍA PENDIENTE DE VERIFICACIÓN.

Julia la observó.

—Eso permitirá que muchos nieguen lo que hicieron.

—También impedirá acusar a quien usaron —respondió Nora.

—La incertidumbre beneficia al culpable.

—La falsa certeza también.

Andrés se movió junto a la consola y el arma volvió a aparecer en nuestro campo de visión.

—Terminad la lección —dijo—. El mercado no necesita una sentencia. Necesita acceso.

—Eso es lo que vamos a cortar —respondí.

La exportación debía cumplir tres objetivos incompatibles si se trataban como uno solo. Preservar la prueba completa para la investigación. Alertar de inmediato sobre compradores y funcionarios capaces de seguir causando daño. Proteger identidades, ubicaciones y relaciones de quienes habían huido.

Diseñé tres contenedores.

El primero, judicial, incluiría el contenido completo cifrado para varias autoridades. Ninguna clave individual podría abrirlo: se requerirían dos de tres custodios designados por reparto y con registro de acceso.

El segundo, de protección, contendría alertas individualizadas. Cada persona recibiría solo la información necesaria sobre su propia

exposición y opciones de contacto con autoridades o asistencia independiente.

El tercero, público, incluiría pagos, sociedades, cargos y patrones, pero no nombres de origen, salida, domicilios, centros escolares ni datos médicos.

—¿Quién decide qué es público? —preguntó Nora.

—Nosotras ahora, y eso es un problema.

—Entonces todo lo dudoso va a revisión.

—Puede retrasar acusaciones importantes.

—No estamos haciendo una portada. Estamos evitando otra mentira.

Iago habría aprobado la diferencia. Marta también, quizá. Yo no quería utilizar a las muertas como votos imaginarios.

—De acuerdo —dije.

Nora añadió la categoría.

Julia revisó la lista de custodios judiciales. Teresa Vidal era la primera. Las otras dos plazas se asignaban a órganos por turno, no a nombres concretos. Eso impedía que Umbral eligiera a una persona favorable, aunque no eliminaba el riesgo de filtración.

—El Estado también puede fallar —dijo Julia.

—Sí —respondí.

—Entonces estáis entregando vidas a un sistema que ya las perdió.

—No. Entregamos prueba bajo controles y damos a las personas afectadas información para decidir. No es perfecto.

—Perfecto no existe.

—Lo utilizaste como excusa para no aceptar límites.

La raíz terminó de validar el estado anterior a la muerte de Marta. Las operaciones posteriores se separaron. Cientos de firmas que parecían suyas quedaron marcadas como reutilización de identidad.

Nora tocó la miniatura del vídeo del nacimiento.

—Esto no es una prueba de Umbral —dijo—. Es mío.

—También demuestra que Marta estaba viva y que varias personas estuvieron en Casa Cero —respondió Julia.

—Podéis conservar una copia sellada para el juez. No quiero que los periodistas vean mi nacimiento.

No discutimos.

Creé un contenedor personal separado. La copia judicial incluyó solo la referencia, la fecha y una descripción técnica hasta que una autoridad decidiera si necesitaba visionarla. La copia de Nora se cifró con una clave que eligió ella.

Aquella decisión costó menos de un minuto. Durante once años, ninguno de nosotros había dedicado ese minuto a preguntarle qué parte de su propia historia quería reservar.

La exportación comenzó.

Andrés levantó el arma.

Daniel empujó la silla.

El disparo alcanzó el techo y la sala dejó de ser un problema de arquitectura.

72

La sala central estalló en movimiento.

Daniel se lanzó sobre Andrés. Julia intentó alcanzar el panel. Nora y yo corrimos hacia la puerta lateral. Otro disparo rompió una pantalla.

Las consolas estaban dispuestas en círculo alrededor de un núcleo de comunicaciones. Los pasillos entre ellas eran estrechos y estaban llenos de cables protegidos por rampas. Cuando empezó la lucha, cada obstáculo modificó los cuerpos: una silla impidió girar, una rampa hizo perder el equilibrio, un panel roto dejó bordes afilados. La arquitectura diseñada para controlar información se convirtió en un riesgo físico.

Los disparos produjeron destellos breves y un olor acre que se mezcló con el humo eléctrico. Una bala atravesó una pantalla y quedó alojada en una carcasa metálica. Otra golpeó el techo y desprendió material aislante. Luján marcaría después las trayectorias para reconstruir posiciones, pero en ese instante cada impacto reducía la cantidad de espacio seguro.

Daniel se movía con una pierna herida y utilizaba el peso de la silla para bloquear a Andrés. Julia buscaba el panel porque su prioridad seguía siendo el sistema. Nora y yo buscábamos una salida porque mi prioridad había cambiado. Las decisiones podían leerse en la dirección de los cuerpos antes de expresarse en palabras.

El acceso que necesitaba la tarjeta de Elena se cerraba mediante tres validaciones. El audio de Marta demostraba intención; la tarjeta demostraba custodia; el soporte de Nora demostraba continuidad. La puerta exigía que varias generaciones se encontraran dentro de una misma operación. Umbral había construido un mecanismo para impedir el poder individual y después había pasado años buscando formas de rodearlo.

Andrés golpeó la herida de Daniel. Él cayó, pero consiguió sujetarle el brazo armado. Julia recogió su pistola del suelo y apuntó a ambos sin un ángulo limpio.

—¡Clara, baja al archivo! —gritó.

—Nora viene conmigo.

—No —dijo Daniel—. Sácala de aquí.

Nora tiró de mi mano.

—Si nos vamos, publican las direcciones.

—Si te quedas, Andrés te utiliza.

—Ya me está utilizando aunque me vaya.

La respuesta no dejaba salida cómoda.

Salimos a la nave de hornos. La escalera inferior estaba al otro extremo, detrás de pasarelas rotas. El contador proyectado marcaba nueve minutos, pero el indicador de espera de Nora empezó a parpadear.

—Un nodo está intentando reiniciar —dijo.

—¿Cuánto?

—No sé.

Corrimos.

La fábrica había sido construida alrededor de tres hornos circulares. Aunque estaban apagados, el aire conservaba un olor mineral. Las pasarelas atravesaban fosos profundos donde antes caía vidrio fundido.

Detrás de nosotros sonó una puerta.

Alicia apareció con el arma levantada.

—Deteneos.

—Has disparado a Inés —dijo Nora.

—Ella rompió el protocolo.

—El protocolo había entregado la casa a Andrés.

—Julia lo arreglará.

—Julia te ha dejado obedeciendo órdenes de un hombre al que se suponía que debías mantener fuera.

Alicia dudó. No por el argumento, sino porque lo había pensado antes.

—¿Por qué entraste en Umbral? —pregunté.

—Mi marido me encontró tres veces.

—¿Julia te salvó?

—Sí.

—Entonces ayúdanos a impedir que el sistema que te salvó se convierta en la herramienta de otro hombre violento.

—Si publicáis, él me encontrará.

—Estamos separando las identidades.

—No puedes garantizarlo.

—No.

La palabra la sorprendió.

—Puedo garantizar que Andrés ya tiene acceso. No hacer nada no conserva tu seguridad; conserva su poder.

Alicia bajó el arma unos centímetros.

—La escalera está bloqueada.

—¿Otra entrada?

—Por el horno dos. Hay un montacargas de mantenimiento.

—Llévanos.

El indicador de Nora emitió un pitido.

REINICIO EN 04:00.

Alicia nos condujo por una pasarela lateral. Llegamos a una plataforma suspendida sobre el horno. El montacargas era una jaula metálica para herramientas. Cabíamos las tres apretadas.

—Solo baja con llave —dijo.

—¿Quién la tiene?

—Baeza.

Nora sacó la SIM de emergencia que Luján había quitado a Baeza y me había dado sin que yo recordara cuándo. En el borde había una pequeña muesca.

—No es solo una SIM —dijo—. Es una llave.

La introdujo en el lector. La jaula se abrió.

Alicia la miró.

—Nivel cinco.

—Dejad de llamarme así.

Entramos. La plataforma descendió por el interior oscuro del horno. Arriba, una figura apareció en la pasarela.

Andrés.

Disparó.

La bala golpeó una cadena. La jaula se inclinó.

Alicia respondió. Andrés se ocultó.

—¿Dónde está Daniel? —grité.

—Vivo —respondió Andrés—. Depende de cuánto tardes.

La jaula siguió bajando.

En el último metro, una segunda bala rompió el mecanismo. Caímos sobre el techo del archivo frío.

Alicia se golpeó la cabeza y quedó inconsciente.

Nora y yo saltamos al suelo.

REINICIO EN 02:11.

La puerta del archivo exigía tres verificaciones: operador, identidad raíz y vínculo de continuidad.

Coloqué mi mano. Nora puso la suya.

La tercera luz permaneció roja.

—Falta Marta —dijo.

El audio no bastaba en aquella puerta.

Necesitábamos la tarjeta de Elena Vidal.

La tenía Julia.

73

Julia encontró a Daniel detrás de una consola.

Andrés había escapado hacia los hornos. Daniel respiraba con dificultad; la herida del muslo volvía a sangrar y un golpe le había abierto la ceja.

—¿Puedes caminar? —preguntó.

—Puedo disparar sentado.

Le entregó un arma.

—Clara está en el archivo frío. Necesita la tarjeta de Elena.

Julia la llevaba colgada dentro de la chaqueta. Durante once años había sido el objeto que le permitía hablar con la voz administrativa de Marta. No la voz humana. Esa no le pertenecía.

—Dámela —dijo Daniel.

—Si muero, se pierde la capacidad de separar los nodos activos.

—Si no se la llevamos, se publican las direcciones.

—Puedo hacerlo desde aquí.

—No. Andrés controla la consola y Clara es la raíz. Todo tu sistema termina dependiendo de la mujer a la que mantuviste sin memoria.

Julia sacó la tarjeta.

—La memoria de Clara era un riesgo.

—Para ti.

—Para Nora. La primera vez que Clara recordó por completo, entró en casa de Andrés con un arma.

—No disparó.

—Porque yo había retirado la munición.

Daniel la miró.

—¿Cuándo?

—Hace ocho años.

Él recordaba el viaje a Toledo, el cuaderno y la negación de Clara. No sabía que había llegado tan lejos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque habrías ingresado a Clara y solicitado la custodia exclusiva. Nora habría crecido con una madre convertida en amenaza. Necesitábamos mantener la familia.

—No. Necesitabas mantener la clave cerca.

Julia no contestó.

Un aviso anunció el reinicio de un nodo externo. Un minuto.

Daniel se puso en pie apoyándose en la consola.

—Dame la tarjeta.

—No llegarás.

—Entonces ven.

—Andrés espera que abandone la sala.

—Andrés espera que elijas el sistema.

La frase encontró el punto exacto.

Durante años, Julia había construido dilemas para los demás. Seguridad o libertad. Una vida o ciento cuarenta y siete. Una hija o una red. Ahora Daniel le ofrecía uno sin ornamentación: quedarse con el control o llevar una tarjeta a quienes podían evitar la exposición.

Julia se guardó el arma y pasó el brazo de Daniel por sus hombros.

—Si caes, te dejo.

—Eso sí te lo creo.

Avanzaron hacia los hornos.

En la pasarela encontraron a Andrés intentando activar el ascensor auxiliar. Disparó. Julia respondió. El proyectil de Andrés le rozó el brazo; el de Julia rompió el panel junto a él.

—Estás destruyendo tu propia red —gritó Andrés.

—Dejó de ser mía cuando empezaste a venderla.

—La vendimos juntos.

—Yo vendí acceso para financiar protección. Tú vendiste personas.

—Solo cambia el precio.

Daniel disparó desde el suelo. Andrés retrocedió y desapareció por una escalera.

Julia llegó al montacargas. El mecanismo estaba roto, pero había una escalera vertical dentro del hueco.

—No puedes bajar con esa pierna —dijo.

—Tú tampoco con ese brazo.

—Yo no necesito llegar. —Le entregó la tarjeta—. Tú eres el vínculo anterior al cierre.

—El matrimonio terminó.

—La paternidad no.

—Nora ya ha validado a Clara.

—La puerta inferior exige tres generaciones del expediente: origen, construcción y continuidad. Marta, Clara, Nora. Tú no sirves.

—Entonces ¿por qué me das la tarjeta?

—Porque Clara confiará más en ti que en mí.

Daniel la miró con una tristeza inesperada.

—Ese es el primer cálculo humano que te oigo hacer.

Descendió por la escalera con la tarjeta entre los dientes.

Julia se quedó arriba, sola frente al contador.

REINICIO COMPLETADO.

El tiempo volvió a correr.

01:00.

74

La tercera luz seguía roja.

El contador del archivo marcaba cincuenta y cuatro segundos. Cada segundo activaba una vibración en el suelo, como el latido de una máquina demasiado grande.

El lector no estaba averiado. Rechazaba una relación temporal entre la tarjeta y el archivo. La credencial de Elena había sido revocada después de su muerte, pero una copia del registro anterior seguía en el nodo local. Necesitábamos demostrar que el soporte se había creado cuando la tarjeta aún era válida, no reactivar a una persona fallecida.

Nora comparó sellos de tiempo y descubrió una diferencia de cuarenta y siete segundos entre dos servidores. Esa desviación, insignificante en operaciones normales, impedía que la secuencia coincidiera. El sistema interpretaba la discrepancia como posible sustitución. La integridad dependía de relojes que habían envejecido en habitaciones distintas.

La solución no consistía en cambiar la hora. Había que localizar un registro externo que hubiera recibido ambos eventos y conservara su orden. La llamada de emergencia de Elena, almacenada por una central ajena a Umbral, contenía una marca temporal verificable. La institución que la red había intentado evitar se convertía en la referencia capaz de autenticar su prueba.

Mientras el contador descendía, el trabajo era minucioso: identificar el evento, calcular tolerancia, generar una solicitud y evitar que Andrés interrumpiera el proceso. La tensión no procedía de pulsar una tecla correcta, sino de realizar una operación probatoria bajo condiciones que destruían atención y tiempo.

—Busca otro lector —dije.

Nora recorrió la puerta con las manos. No había ranuras ocultas.

—Podemos usar la voz de Marta.

—Aquí pide soporte físico.

—¿Y si rompemos la puerta?

—Activaría el borrado.

—Siempre diseñabais todo para que la única solución fuera obedecer.

—Sí.

Cuarenta segundos.

Un golpe sonó sobre nosotras. La escalera del hueco vibró.

Andrés apareció primero.

No Daniel.

Bajó los últimos peldaños y apuntó a Nora.

—Aléjate de la puerta.

Me coloqué delante.

—La publicación te perjudica tanto como a Julia.

—La publicación sin raíz crea caos. En el caos, yo vendo certeza.

—¿Eso le dirás a Nora? ¿Que viniste a buscarla para vender mejor?

—Vine a recuperar lo que me quitasteis.

Nora habló detrás de mí.

—No soy una cosa.

Andrés la miró. Su rostro intentó construir ternura.

—No. Eres mi hija.

—No sabes qué libros me gustan.

—Puedo aprenderlo.

—No sabes que odio el kiwi.

—Tu madre también lo odiaba.

—No sabes quién es Alba.

—Tendremos tiempo.

—No sabes que cuando tengo miedo cuento ventanas.

Andrés bajó el arma apenas un centímetro.

—Puedo conocerte.

—Podrías haber empezado no matando a Marta.

La ternura desapareció.

—Tu madre murió porque convirtió cada conversación en una acusación.

—Eso no mata a nadie. Tú sí.

Veinticuatro segundos.

—Dame la placa —ordenó.

Nora la sostuvo en alto.

—Si disparas a Clara, la rompo.

—No lo harás. Sabes lo que contiene.

—También sé hacer copias.

Andrés dudó.

Aproveché para sacar el arma. Disparamos casi al mismo tiempo. Mi bala alcanzó el suelo junto a él. La suya rozó mi costado.

Caí contra la puerta.

Nora gritó.

Dieciséis segundos.

Andrés avanzó y me quitó el arma de una patada. Agarró a Nora por el brazo.

—Abre el Libro.

—Falta Marta —dijo ella.

—Julia tiene la tarjeta.

—Entonces no puedes.

—Clara encontrará otra forma.

—Clara no hace magia.

—No. Hace mentiras que parecen documentos.

Diez segundos.

La escalera vibró de nuevo.

Daniel descendió y se lanzó desde el último tramo. Golpeó a Andrés por la espalda. Los tres cayeron.

La tarjeta de Elena Vidal resbaló por el suelo.

Nora la recogió.

Cinco segundos.

La introdujo en la puerta.

Las tres luces se volvieron verdes.

Cero.

El sistema emitió una alarma, pero la puerta se abrió antes de que comenzara la transmisión.

Entramos en el archivo frío.

Andrés disparó desde el suelo.

Daniel se interpuso.

La bala le alcanzó en el pecho.

75

Daniel cayó sin hacer ruido.

El cuerpo humano no se comporta como en las películas. No sale despedido ni pronuncia una frase final a tiempo. Se pliega. Una rodilla, luego la otra, como si hubiera decidido sentarse y olvidara que no hay silla.

La bala atravesó la ropa a la altura del costado y dejó una mancha que se extendió con rapidez. Durante un instante, mi mente intentó reducirlo a anatomía: trayectoria, respiración, color de la piel. Era la forma en que había aprendido a no paralizarme. Después vi el reloj que llevaba desde que nació Nora y comprendí que el cuerpo en el suelo era también todos los desayunos, discusiones y esperas que la mentira no había conseguido borrar.

El suelo estaba cubierto de polvo de vidrio. Cada movimiento podía introducir fragmentos en la herida. Nora despejó un espacio con las manos protegidas por las mangas. Yo presioné alrededor del orificio sin retirar la tela. Daniel respiraba de manera superficial, con pausas que parecían demasiado largas. La escena no permitía heroísmo; exigía tareas pequeñas y exactas.

La exportación continuaba en las pantallas. El porcentaje subía mientras Daniel perdía sangre. Aquella simultaneidad contenía el dilema que había gobernado Umbral: una prueba colectiva frente a una persona concreta. Durante años habíamos justificado daños presentes por la posibilidad de salvar vidas futuras. Arrodillada junto a él, entendí que cualquier sistema que necesitara olvidar al cuerpo que tenía delante terminaría pareciéndose al enemigo que decía combatir.

—¡Papá!

Nora corrió hacia él.

Andrés intentó levantarse. Le disparé con el arma caída de Daniel. La bala le atravesó el hombro y lo lanzó contra la pared. No murió. Gritó, se llevó la mano a la herida y me miró con incredulidad, como si yo hubiera incumplido una regla privada.

—Nora, presiona aquí —dije.

La sangre de Daniel salía por debajo de la clavícula. Podía haber alcanzado un pulmón, una arteria o solo tejido. No había tiempo para saberlo.

—No te duermas —repetía Nora—. Papá, no te duermas.

Daniel abrió los ojos.

—No pensaba hacerlo.

La voz era apenas aire.

El archivo frío se iluminó. Filas de servidores aislados y una consola central. Introduje la placa de Nora y la tarjeta de Elena. La raíz reconoció las tres capas.

EXPORTACIÓN SEGURA: 11:48.

El contador externo había llegado a cero, pero la apertura de la puerta lo mantenía en pausa. Si se cerraba o se perdía energía, publicaría.

—Necesito once minutos —dije.

—La ambulancia —murmuró Daniel.

No había cobertura bajo tierra. Nora sacó el emisor.

—Puedo repetir la señal por el cable.

Conectó el dispositivo y envió las coordenadas del archivo, el estado de Daniel y una petición de soporte médico.

Andrés se arrastró hacia su arma.

Le apunté.

—No.

—Si no detienes la exportación, Julia controlará el Libro.

—La exportación va a una fiscal.

—Teresa Vidal pertenece a Julia.

—Mientes.

—Pregúntale por Elena.

Julia apareció en la puerta, con el brazo ensangrentado.

—Teresa era hermana de Elena Vidal —dijo—. Nunca trabajó para mí.

—Pero conoce Umbral.

—Conoce la parte que Marta quiso entregarle.

—La parte que la habría convertido en cómplice —respondió Andrés.

Julia se acercó a la consola.

—Clara, separa las identidades y envía. Yo mantendré la puerta.

—No te acerques.

Se detuvo.

—La firma de Marta que has usado durante once años —dije—. ¿Cuántas operaciones validaste con ella?

—Cuatrocientas diecinueve.

—¿Cuántas eran protección?

—Trescientas seis.

—¿Y el resto?

—Financiación, cobertura, intercambios.

—Personas vendidas.

—Identidades vendidas.

—No hay diferencia para quien vive dentro.

Julia no respondió.

La exportación avanzaba: nueve por ciento.

Nora miró el vídeo de nacimiento que aparecía en una ventana lateral.

—Quiero reproducirlo.

—Ahora no —dije.

—Puede contener la declaración de Marta sobre Andrés.

Tenía razón. Abrí el archivo sin incluirlo en la exportación pública.

La imagen tembló. Marta estaba en la camilla de Casa Cero, sudada y pálida, con Nora recién nacida sobre el pecho. Adela

aparecía junto a ella. La comadrona hablaba desde fuera de plano.

—Di la fecha y el nombre que deseas registrar provisionalmente —pidió Elena.

—Tres de agosto. Sara Galván Rivas.

Marta miró a cámara.

—Si Andrés ve esto, que quede claro que me he ido porque me golpeó, me vigiló y amenazó con quitarme a mi hija. Si me ocurre algo, no ha sido un accidente.

Andrés cerró los ojos.

—Apágalo.

Nora se volvió hacia él.

—¿La empujaste?

No respondió.

—¿La estrangulaste?

—Forcejeamos.

—¿La dejaste viva?

—Sí.

—¿Pediste ayuda?

—No.

La palabra quedó grabada por las cámaras del archivo, por el emisor de Nora y por el sistema que él mismo había activado.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Andrés la miró por fin no como un activo ni como una hija imaginada, sino como la persona que podía juzgarlo.

—Porque si vivía, me lo quitaría todo.

—¿A mí también?

—Tú eras mía.

Nora dio un paso atrás.

—Nunca.

La exportación llegó al veinte por ciento.

Arriba comenzaron a sonar sirenas.

Daniel dejó de respirar.

INTERLUDIO XIX

JULIA Y MARTA: 19 DE AGOSTO, 02:41

La llamada duró catorce minutos.

—Andrés tiene la lista señuelo —dijo Marta—. Quiero que avises a Teresa.

—Todavía no sabemos qué copió.

—Sabemos suficiente.

—Si implicamos a fiscalía sin separar identidades, perdemos la red.

—Puede que debamos perderla.

Julia caminaba por San Dimas mientras hablaba. En la mesa había ciento cuarenta y siete expedientes activos.

—¿Y ellas? —preguntó—. ¿También deben perder la red?

—No utilices a las mujeres para conservar tu poder.

—No utilices tu pureza para ponerlas en riesgo.

Marta respiró al otro lado.

—Voy a sacar a Sara esta noche.

—Activa la casa.

—No. La llevaré a Teresa.

—La policía puede rastrearla.

—La alternativa es que crezca dentro de una mentira administrada por ti.

—Clara puede criarla.

—Clara todavía te obedece.

—Clara entiende consecuencias.

—Clara entiende sistemas. Cuando tiene miedo, convierte a las personas en variables.

Julia miró el mapa. Un acceso de Andrés acababa de activarse cerca del apartamento de Marta.

—Está yendo hacia ti.

—Lo sé.

—Sal ahora.

—La niña está en otro lugar.

—¿Dónde?

—No te lo diré.

—Marta.

—Avisa a Teresa.

—Primero necesito saber qué tiene Andrés.

—Ahí está. Siempre el sistema primero.

La llamada terminó.

A las 02:49 llegó el mensaje de Andrés. A las 02:55 Julia cerró las credenciales de Marta. Quería impedir que activara rutas que Andrés pudiera seguir. También quería forzarla a volver a depender de la red.

A las 03:12, Marta llamó a Clara.

Julia vio la alerta y ordenó verificar antes de responder.

No sabía que cada minuto sería un argumento. Sabía que una mujer estaba en peligro y eligió proteger la estructura antes de confirmar su vida.

Durante once años llamó a aquello una decisión imposible.

Nunca fue imposible.

Fue una decisión cuyo coste pagó otra persona.

76

Nora encontró a Daniel inconsciente y sin respiración normal. No logró identificar signos de circulación y empezó las compresiones como le habían enseñado en el colegio, contando para no perder el ritmo.

Cuando llegué, le pedí que se apartara. Comprobé la vía aérea y sentí un pulso carotídeo débil e irregular. Las compresiones habían sido una respuesta razonable ante una persona que no reaccionaba, pero debían detenerse mientras el corazón siguiera latiendo.

La bala había atravesado el chaleco blando y entrado bajo la clavícula. El sangrado exterior era escaso y la piel adquiría un tono gris. Daniel intentaba inspirar sin conseguir una respiración eficaz. Julia cortó la camisa y aplicó un apósito torácico ventilado del botiquín, sin extraer nada ni introducir agujas.

Le administramos oxígeno con la mascarilla del equipo de emergencia y lo mantuvimos inmóvil, vigilando el pulso y la respiración. Nora sostuvo el teléfono con ambas manos y transmitió a la operadora la localización, el mecanismo de la herida y cada cambio que observábamos. El tratamiento definitivo necesitaba sanitarios, drenaje y cirugía; nuestra tarea era impedir que se deteriorara antes de que llegaran.

—Sigue grave —dije—. Nora, no cuelgues. Diles exactamente cómo respira.

El emisor había recibido respuesta. La ambulancia estaba en la fábrica, pero no podía acceder al nivel inferior. Luján guiaba a los sanitarios.

La exportación alcanzó el treinta y uno por ciento.

—Tenemos que continuar —dijo Julia.

—Daniel no puede quedarse aquí con Andrés.

Andrés permanecía herido junto a la pared, el arma lejos, una mano presionando el hombro. Su mirada no se apartaba del panel.

—Átalo —dije.

Julia utilizó el cable de una consola. Le inmovilizó las muñecas y los tobillos con una eficacia que revelaba práctica.

—¿Cuántas veces has hecho eso? —preguntó Nora.

—Las suficientes para saber que siempre hay que revisar los zapatos.

Le quitó a Andrés una hoja oculta en la suela y un transmisor del cinturón.

—Baeza tiene el otro acceso —dijo él—. Cuando comprenda que la exportación va a la fiscal, cortará la energía.

—Baeza está esposado —respondí.

—Baeza lleva veinte años saliendo de lugares donde otros creen haberlo encerrado.

Como si la frase lo hubiera convocado, las luces parpadearon.

El generador cambió de tono.

EXPORTACIÓN: 34 %.

ENERGÍA SECUNDARIA ACTIVADA.

AUTONOMÍA ESTIMADA: 06:00.

—Ha cortado la línea principal —dijo Julia.

—¿Seis minutos para terminar? —preguntó Nora.

—La exportación necesita nueve.

—¿Generador auxiliar?

—Hay uno manual en la sala de turbinas.

—Voy yo —dije.

—No puedes mantenerlo y autenticar la transferencia.

—Nora puede supervisar.

—Nora debe salir con los sanitarios.

—Nora decide —dijo ella.

El sonido de botas llegó desde la escalera.

Luján apareció con dos sanitarios. Detrás venían cuatro agentes armados. No reconocí sus uniformes con claridad: policía autonómica, Guardia Civil, quizá una mezcla.

—Armas al suelo —ordenó uno.

Luján se interpuso.

—La menor y el herido son prioridad. El sistema contiene datos sensibles de víctimas protegidas. Nadie toca las consolas.

El agente miró a Julia y después a Andrés.

—Tenemos orden de detener a Clara Rivas por secuestro y riesgo psiquiátrico.

Julia sonrió sin humor.

—Elisa trabaja deprisa.

Luján levantó su credencial.

—Esa orden está suspendida por indicios de falsedad documental.

—No consta.

—Constará en dos minutos.

Uno de los sanitarios se arrodilló junto a Daniel. El otro pidió una camilla.

—Clara —dijo Luján—, Teresa Vidal ha recibido la grabación de Marta. Ha emitido medidas urgentes y viene hacia aquí.

—¿Cuánto?

—Una hora.

El generador marcó cinco minutos.

—No tenemos una hora.

Arriba sonó una explosión menor. Las luces se apagaron durante dos segundos.

Cuando regresaron, Andrés ya no estaba junto a la pared.

El cable cortado colgaba vacío.

77

Baeza había provocado el corte desde la subestación de la fábrica.

Lo supimos por una cámara exterior que Nora consiguió abrir desde la consola. Apareció cojeando entre transformadores, con una mano libre y la otra todavía unida a una tubería cortada. Había utilizado la llegada de la ambulancia para atacar al conductor y escapar por una puerta lateral.

La subestación se encontraba en una nave separada, protegida por malla y señales de alta tensión. Baeza conocía el cuadro y había retirado una protección antes del enfrentamiento. No necesitó destruir el transformador. Alteró una secuencia de relés para forzar una caída breve y reactivación automática. El corte interrumpía procesos sin dejar la instalación completamente a oscuras.

Las cámaras mostraron su recorrido en fragmentos. La cojera dejaba una cadencia reconocible y las gotas de sangre unían zonas sin cobertura. En un punto utilizó la manga para limpiar una barandilla, pero olvidó el botón metálico que había rozado antes. La huella parcial no lo identificaba por sí sola. Confirmaba que el hombre de la cámara había utilizado esa ruta.

Las antenas exteriores estaban conectadas a enlaces redundantes. Baeza intentaba abrir una vía antes de que el cierre aislara el recinto. Su objetivo podía ser enviar datos, recibir una orden o activar destrucción remota. La incertidumbre obligaba a tratar cada cable como evidencia y amenaza simultáneas.

Julia salió hacia las turbinas porque conocía una válvula manual capaz de mantener energía en el nodo. Su colaboración no borraba que había diseñado el sistema. Cada conocimiento útil procedía del mismo control que había permitido los delitos.

—Va hacia las antenas —dijo Julia.

—¿Para activar el envío? —preguntó Nora.

—Para destruirlo. Si las antenas caen durante la exportación, los paquetes incompletos quedarán distribuidos sin claves de separación.

—¿Eso expone direcciones?

—Sí.

—Entonces ¿por qué lo hace?

—Porque prefiere un desastre que no pueda señalarlo a una prueba que sí.

Los sanitarios colocaron a Daniel en una camilla. Nora no soltaba su mano.

—Ve con él —le dije.

—No.

—Necesita que alguien…

—Tú también.

—Nora.

—No vuelvas a decidir usando una emergencia como excusa.

La frase detuvo mi respuesta.

—De acuerdo. —Respiré—. ¿Qué eliges?

Miró a Daniel, a la consola y al corredor por el que había escapado Andrés.

—Quiero que papá salga con los sanitarios. Quiero quedarme hasta que el Libro esté separado. Y si Andrés aparece, quiero que no finjáis que no está aquí para protegerme.

—Es demasiado peligroso.

—Eso es información. La decisión sigue siendo mía.

Julia observaba el diálogo como si presenciara un idioma desconocido.

—Acepto —dije—. Pero permaneces junto a Luján y sales en cuanto yo lo diga si hay fuego o disparos.

—Acepto.

Daniel abrió los ojos mientras se lo llevaban.

—Nora.

Ella se inclinó.

—Estoy aquí.

—No necesitas demostrar nada quedándote.

—Tú tampoco tenías que demostrar nada interponiéndote delante de una bala.

—Lo sé.

—No parece.

Daniel sonrió con dolor.

—Hablaremos cuando pueda respirar sin que me insultes.

—Entonces respira.

La camilla desapareció por la escalera.

Los cuatro agentes discutían con Luján. Uno hablaba por teléfono; otro miraba demasiado la consola. Julia se acercó a mí.

—El de la derecha pertenece a Andrés.

—¿Cómo lo sabes?

—Lleva el distintivo correcto en el lado equivocado. Baeza reclutaba deprisa cuando tenía miedo.

El agente notó que lo mirábamos. Sacó el arma.

Luján lo derribó antes de que disparara. Los otros tres reaccionaron y lo esposaron. La confusión duró segundos, pero el generador perdió otro minuto.

AUTONOMÍA: 03:41.

EXPORTACIÓN: 48 %.

—Sala de turbinas —dije.

Julia señaló una puerta del archivo frío.

—El pasillo termina bajo el horno tres. La turbina tiene una palanca de carga y un volante. Hay que mantener ambos. Una sola persona puede hacerlo durante pocos minutos.

—¿Cuántos?

—Depende de cuánto quiera conservar las manos.

—Yo voy —dijo Luján.

—Tú debes asegurar la escena y proteger a Nora.

—Tú debes autenticar.

Julia miró la pantalla.

—Clara puede terminar sin mí. Ya tiene las firmas.

—Entonces ve tú —dije.

Una sombra cruzó el corredor exterior.

Andrés.

No se dirigía a las turbinas.

Iba hacia la salida por la que habían sacado a Daniel.

—Va tras él —dijo Nora.

Luján corrió.

El generador marcó tres minutos.

Julia y yo nos miramos.

Otra elección preparada.

—Turbinas —dijo ella—. Yo mantengo la energía. Tú terminas la exportación.

—Andrés puede matar a Daniel.

—Marcos va detrás.

—Y Baeza está en las antenas.

—No puedes estar en tres lugares.

—Ese siempre fue tu argumento.

—Y sigue siendo cierto.

La exportación llegó al cincuenta por ciento.

Nora tomó mi mano.

—Podemos dividirnos sin abandonarnos.

Julia se dirigió a la puerta de turbinas.

—Termina lo que Marta empezó.

—Y tú vuelve para responder por lo que hiciste.

Se detuvo.

—No confundas colaboración con redención.

—No lo hago.

Julia desapareció por el pasillo.

78

Nora y yo volvimos a la consola mientras Julia corría hacia las turbinas.

En la pantalla, la exportación se había estabilizado al cincuenta y uno por ciento. El tiempo restante oscilaba. No era una cuenta atrás fiable; dependía de la energía, la velocidad de cifrado y el número de conflictos que marcáramos para revisión.

La pantalla mostraba no solo porcentaje, sino bloques confirmados, conflictos y destinatarios. El cincuenta y uno por ciento podía incluir todos los expedientes útiles o ninguno de los críticos. Nora abrió el detalle y clasificó por tipo de evidencia. Faltaban las relaciones financieras, los registros de acceso y parte de la orden de Marta.

El humo empezaba a entrar por las rejillas y depositaba una película sobre el teclado. Las teclas respondían con retraso. Cada error podía enviar un expediente a la cola incorrecta. Utilizamos guantes finos para evitar contaminar, pero reducían sensibilidad. La preservación forense y la necesidad de actuar competían en cada movimiento.

Nora creó tres destinos: juzgado, unidad técnica y depósito sellado. El paquete público quedaba limitado a información que no identificaba a víctimas. Los archivos dudosos se marcaban para revisión. La estructura evitaba una filtración indiscriminada sin concentrar todo en una persona. Era una solución imperfecta diseñada para que el poder pudiera ser discutido después.

La hora de la orden de Marta apareció vinculada a credenciales de Julia y a un terminal de Casa Cero. El dato no necesitaba interpretación inmediata. Necesitaba preservarse con contexto, firmas y registros que permitieran demostrar que no había sido creado durante el incendio.

—No mires el porcentaje —dijo Nora—. Mira qué falta.

Había aprendido algo que los adultos olvidaban bajo presión: una barra de progreso podía transmitir precisión sin explicar el contenido. El primer cincuenta por ciento incluía índices, pagos y referencias pequeñas. Los bloques pesados —grabaciones, imágenes, copias documentales— estaban al final. Podíamos llegar al ochenta y perder la pieza decisiva.

Ordenamos por prioridad.

Primero, la lista de nodos y compradores activos. Después, los registros que demostraban reutilización de credenciales. Luego las órdenes de cierre forzado y las comunicaciones de Andrés. Los expedientes personales se enviarían por canales separados si quedaba energía.

—¿Y tu firma? —preguntó Nora.

—Dentro del registro de operaciones.

—Podrías ponerla al final.

—Sí.

—¿Lo has hecho?

—No.

Nora comprobó la cola. Mi nombre figuraba en el tercer bloque.

—Bien.

No era confianza. Era verificación.

El intercomunicador transmitía ruido de la sala de turbinas. Oímos el esfuerzo de Julia al accionar el volante. Cada variación de energía ralentizaba el sellado.

—¿Qué hace exactamente? —preguntó Nora.

—Mantiene el generador por encima del nivel mínimo. No produce toda la electricidad; estabiliza la carga para que los armarios no se apaguen de golpe.

—¿Podría hacerlo una máquina?

—La máquina está dañada.

—Siempre terminái s utilizando un cuerpo para compensar un sistema mal mantenido.

La frase habría sonado diseñada en boca de un adulto. En la suya era observación literal.

Un conflicto apareció en la clasificación. EXPEDIENTE N-088. Menor protegida. Identidad vendida a un tercero antes de su asignación. Dos familias vinculadas. Publicación de la operación podía permitir la reidentificación.

—Revisión —dijo Nora.

—El comprador sigue activo.

—Alerta privada a la persona y judicial completa. Público solo el identificador del comprador y el pago.

Aplicamos la regla.

Otro conflicto: funcionario que había colaborado en una extracción legal y después aceptado dinero de Andrés. Si ocultábamos su nombre por aparecer en una operación de protección, quedarían impunes los pagos. Si lo publicábamos con fechas, podía revelar a la víctima.

—Separa la conducta —dijo Nora—. Publica el pago y el cargo, no el expediente donde ayudó.

No era técnicamente simple. Los datos estaban conectados por identificadores comunes. Tuvimos que generar referencias sustitutas y comprobar que las fechas combinadas no permitieran reconstruir la ruta. Cada paso consumía tiempo.

—Podemos automatizar —dije.

—No con reglas que acabamos de inventar.

—Si no, no llegamos.

—Entonces automatiza solo lo seguro y manda los conflictos a revisión.

Construí filtros conservadores: domicilios, coordenadas, colegios, centros sanitarios, nombres de menores y relaciones familiares siempre privados. Pagos, sociedades y cargos públicos solo si podían separarse de una identidad protegida. El resto, revisión.

El progreso subió al cincuenta y seis.

—Mamá —dijo Nora.

Fue la primera vez que utilizó la palabra desde que nos encontramos sin que fuera parte de una declaración al sistema.

—¿Sí?

—Cuando termine, no digas que yo salvé a todas estas personas.

—No lo haré.

—Solo he escrito un programa pequeño y elegido etiquetas. Si alguien muere porque algo quedó fuera, tampoco será culpa mía.

—No.

—Promételo.

—Te prometo que no convertiré lo que has hecho en una obligación ni en una culpa que te pertenezca.

—Eso es muy largo.

—Lo sé.

—Di que soy una niña.

La petición me atravesó.

—Eres una niña.

—Y no debería estar haciendo esto.

—No.

—Pero ya estoy aquí.

—Sí.

—Entonces terminamos lo que podamos y después los adultos se encargan.

—Sí.

La respuesta no reparaba nada. Establecía un límite para lo que viniera después.

La radio de Luján informó de que Daniel estaba siendo evacuado y que Andrés había escapado por un corredor lateral. Nora dejó de escribir durante un segundo.

—¿Está vivo?

—Sí.

—¿Seguro?

—Los sanitarios están con él.

—Eso no es seguro.

—Es lo que sabemos.

Aceptó la diferencia.

La exportación alcanzó el cincuenta y nueve por ciento. En el listado apareció el cierre de Marta Rivas.

Nora abrió el detalle.

La hora era anterior a la llamada.

Julia había ordenado cerrar sus credenciales sabiendo que Andrés iba hacia ella.

La siguiente elección ya no era técnica.

79

El Libro se dividía en más capas de las que habíamos previsto.

Víctimas directas. Hijos. Funcionarios colaboradores. Pagos. Casas. Empresas. Identidades de cobertura. Operaciones de Andrés. Operaciones autorizadas por Julia. Operaciones ejecutadas bajo mi firma sin mi conocimiento. Cada elemento estaba conectado a otros por fechas, ubicaciones y documentos.

Separarlo sin destruir valor probatorio era como retirar hilos de una tela sin permitir que se deshiciera.

Nora se sentó a mi lado.

—Dime qué hago.

—Marca como privada cualquier dirección residencial posterior a la extracción. Marca como judicial los nombres de origen y salida. Deja públicos los pagos, los cargos de los funcionarios y los identificadores de operación.

—¿Y los familiares?

—Privados salvo que aparezcan como compradores o agresores.

—¿Los periodistas?

—Públicos si recibieron dinero. Privados si ayudaron sin pago.

—Eso es decidir quién parece culpable.

—No. Es decidir qué se publica antes de que una autoridad revise. La evidencia completa va cifrada.

—Pero la gente creerá primero lo público.

Nora había encontrado el problema moral en menos de un minuto.

—Sí.

—Entonces pon una categoría sin decidir. “Revisión necesaria”.

—Eso ralentizará.

—Mejor lento que acusar mal.

Creé una tercera capa.

El progreso subió al cincuenta y seis por ciento. La energía auxiliar cayó a dos minutos, pero un indicador manual se encendió. Julia había llegado a las turbinas.

AUTONOMÍA EXTENDIDA: VARIABLE.

En una cámara la vimos aferrada a un volante, empujando una palanca con el hombro herido. Cada giro mantenía el generador por encima del mínimo.

—¿Cuánto aguantará? —preguntó Nora.

—No lo sé.

—¿Puedes terminar en seis minutos?

—Puedo reducir el cifrado.

—¿Eso es menos seguro?

—Sí.

—Entonces no.

—Julia puede perder el brazo.

—Julia eligió estar allí.

La frase era dura, pero no cruel. Nora no convertía cada sacrificio adulto en una deuda personal. Quise aprenderlo.

El sistema mostró una alerta: FIRMA ELENA VIDAL CONFLICTIVA. Había operaciones firmadas simultáneamente en lugares distintos. Julia había prestado la identidad a varios operadores.

—No podemos usar Elena como continuidad —dije—. Contamina la cadena.

—Tenemos la voz de Marta.

—Necesitamos una firma humana original.

—El vídeo del nacimiento.

—La voz valida que estaba viva. No demuestra qué documentos autorizó.

Nora abrió la segunda grabación. Buscó la frase de Marta: "La clave raíz no es una contraseña. Es una forma de demostrar qué cambio produjo cada documento. Tu firma está en todos los huecos".

—Los huecos —dijo—. No necesitamos demostrar lo que firmó Marta. Necesitamos demostrar qué cambió después de que dejara de firmar.

Miré las líneas temporales.

Cada operación tenía una secuencia. La firma de Marta no era un certificado aislado, sino el estado del sistema antes de su muerte. Podíamos congelar ese estado con el vídeo del nacimiento y la última grabación, y clasificar todo lo posterior como no atribuible a ella.

—Eso elimina su firma de las operaciones de Julia —dije.

—Y de las tuyas.

—Sí.

—¿Te perjudica?

—Demuestra que algunas modificaciones hechas con mi sistema no las autoricé. También deja claras las que sí.

—¿Puedes ir a prisión?

—Sí.

Nora mantuvo los dedos sobre el teclado.

—¿Quieres que lo haga?

Era la primera vez que la verdad podía costarme algo inmediato y ella me ofrecía la posibilidad de detenerla.

—Sí.

Pulsó confirmar.

El árbol de operaciones se reconstruyó. Mi nombre quedó asociado a ciento ochenta y nueve alteraciones ilegales, incluida la identidad de Nora. Julia aparecía en cuatrocientas diecinueve. Andrés, en doscientas setenta y tres ventas y cuarenta y ocho cierres forzados.

—¿Qué es un cierre forzado? —preguntó Nora.

Abrí uno.

Una mujer había sido declarada muerta tres meses después de intentar abandonar Umbral. No constaba identidad de salida.

—No lo sé —mentí.

Nora me miró.

—Sí lo sabes.

—Significa que probablemente la mataron o la entregaron a quien la buscaba.

La lista tenía cuarenta y ocho nombres.

Entre ellos estaba Marta Rivas.

Responsable: J.M.

—Julia cerró el expediente de Marta —dijo Nora.

—Eso puede referirse al borrado administrativo después de su muerte.

—O a otra cosa.

Abrió el detalle.

ORDEN DE CIERRE EMITIDA: 19/08, 02:55.

Diecisiete minutos antes de la llamada de Marta.

Julia había autorizado su cierre antes de que Andrés llegara a la casa.

80

Nora no envió la orden de cierre de Marta al paquete público.

La colocó en una cola separada y me preguntó quién podía verla sin destruir su valor como prueba.

—Teresa y el juzgado —dije.

—¿Solo ellos?

La decisión evitó que el documento circulara sin protección, pero creó un riesgo distinto: quienes controlaran la investigación podrían ocultarlo. Nora exigió dos copias selladas y destinatarios independientes. Una se dirigió al juzgado. Otra, a un depósito de evidencia con registro automático. Teresa recibió solo la notificación y el hash, suficiente para saber que el archivo existía sin poseerlo de forma unilateral.

El paquete contenía nombres de personas vivas, ubicaciones históricas y relaciones familiares. Incluso una orden criminal podía revelar datos que pusieran en peligro a terceros. Nora separó el contenido probatorio de los anexos sensibles. Esa operación ralentizaba la exportación, pero evitaba repetir la lógica de Umbral: justificar cualquier exposición mediante una finalidad superior.

Cada transferencia generó un recibo firmado y una marca de tiempo externa. Los recibos se almacenaron en lugares distintos. Si alguien alteraba una copia, las demás conservarían la discrepancia. La seguridad no procedía de un archivo invulnerable, sino de impedir que una sola persona pudiera cambiarlo sin dejar conflicto.

La elección de Nora no resolvía quién debía conocer la verdad de Marta. Preservaba la posibilidad de que esa decisión se tomara con garantías. A veces proteger una prueba significaba impedir que incluso quienes tenían razón la utilizaran demasiado pronto.

—También los peritos designados y las partes cuando corresponda. No podemos controlar todo el procedimiento desde aquí.

—¿Y si alguien la borra?

—No enviamos una única copia. Cada paquete lleva una huella, un sello temporal y un registro de recepción. Si una copia cambia, las otras no coincidirán.

—¿Quién genera el sello?

—Servicios externos que no dependen de Umbral. Varios.

—¿Y si la hora de la fábrica está manipulada?

La pregunta era correcta. Un sello interno solo demostraba lo que el sistema decía sobre sí mismo.

—La hora se contrasta con las recepciones externas y con otros registros: llamadas, cámaras, comunicaciones.

—Entonces no digamos que la orden se emitió exactamente a las dos cincuenta y cinco hasta que lo comprueben.

Modificó la etiqueta:

HORA REGISTRADA POR SISTEMA UMBRAL: 02:55. PENDIENTE DE CORRELACIÓN EXTERNA.

Cada precisión ralentizaba la historia y fortalecía la investigación.

Abrimos un canal con Teresa. La conexión de voz era inestable, pero los mensajes breves llegaban.

Luján había informado de la situación y la fiscal envió instrucciones:

NO ALTERAR ORIGINALES. PRESERVAR ESTADO VOLÁTIL. IDENTIFICAR CADA COPIA Y DESTINO. LIMITAR PUBLICACIÓN. PRIORIDAD: VIDA Y DATOS DE MENORES.

Nora leyó dos veces.

—¿Qué significa no alterar originales si estamos clasificando?

—Que no modificamos el Libro. Generamos copias derivadas y dejamos registro de las reglas. El original permanece en el archivo frío.

—Si se quema, desaparece.

—Por eso preservamos una imagen completa cifrada para la autoridad, aunque no se publique.

—¿Ya está enviada?

—Al treinta y ocho por ciento.

—Entonces la barra general miente.

—Resume procesos distintos.

—Una barra por proceso.

Dividió la pantalla: preservación íntegra, paquete judicial, alertas de protección, versión pública. La preservación avanzaba más despacio que todo lo demás.

—Si tenemos que elegir —dijo—, ¿cuál?

—La vida de quien esté aquí. Después la preservación íntegra. Las alertas inmediatas. Lo público al final.

—¿Aunque Andrés pueda escapar de la acusación?

—La investigación puede continuar con otras pruebas. No podemos reconstruir una dirección expuesta ni una persona muerta.

Nora asintió.

La fiscal envió un segundo mensaje:

DOCUMENTAR DECISIONES. NO INFERIR AUTORÍA SOLO POR CREDENCIAL. SEPARAR HECHO, HIPÓTESIS Y DECLARACIÓN.

—Me cae bien —dijo Nora.

—Todavía no la conoces.

—Precisamente. No ha dicho que confíe en ella.

Creamos un registro de intervención. Cada acción llevaba hora, usuario y motivo: por qué se ocultaba un campo, por qué se enviaba un bloque, qué regla automática se aplicaba. Yo firmé con mi nombre real. Nora utilizó una identificación provisional: MENOR N.R., ACTUACIÓN BAJO EMERGENCIA, SIN RESPONSABILIDAD DE CUSTODIA.

—¿Eso lo has escrito tú? —pregunté.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que después digan que era operadora de nivel cinco.

La lucidez de la frase me produjo vergüenza. Ya estaba pensando en cómo los adultos convertirían sus acciones en un rol que pudiera justificar haberla dejado allí.

—No lo permitiré.

—No depende solo de ti.

—No.

La energía cayó. La pantalla parpadeó.

Un bloque quedó incompleto. El sistema lo marcó como corrupto y lo reintentó desde el origen. La preservación íntegra retrocedió dos puntos.

—¿Puede perderse todo? —preguntó Nora.

—No. Los bloques confirmados ya están fuera y no se sobrescriben. Podríamos perder lo que no haya salido.

—Entonces no hay un botón que destruya o salve el Libro.

—No.

—Bien.

—¿Por qué bien?

—Porque Andrés quiere que creamos que una decisión lo controla todo. Así puede obligarnos a elegir como él.

La orden de cierre de Marta llegó a Teresa. El sistema confirmó recepción en dos destinos judiciales y un depósito de preservación.

Nora dejó de mirar la pantalla.

—Ahora puedes ir a por Julia —dijo.

—No quiero dejarte.

—Luján está en el nivel y hay agentes.

—No sabemos cuáles son fiables.

—Entonces llama a Teresa y deja el canal abierto.

Lo hicimos. La fiscal oyó mi identificación y la de Nora. Confirmó que mantendría registro de audio mientras yo salía hacia turbinas y que un agente designado se dirigía a la sala.

—Señora Rivas —dijo—, la menor no queda bajo su responsabilidad exclusiva en una escena activa. Queda bajo protección policial y sanitaria. No convierta la promesa que le ha hecho en un impedimento para pedir ayuda.

Nora levantó una ceja.

—Definitivamente me cae bien.

Antes de marcharme, le pregunté si quería que me quedara.

No qué era lo más seguro. No qué necesitaba el sistema.

—Quiero que vuelvas —respondió—. Puedes ir.

81

La sala de turbinas olía a metal caliente.

Julia giraba el volante con ambas manos. La herida del brazo se había abierto y la sangre descendía hasta sus dedos. Cada vez que la presión caía, una alarma aguda llenaba el espacio.

Las turbinas originales ya no producían energía para hornos, pero parte del circuito se utilizaba como generador de respaldo. Las tuberías recorrían la nave a distintas alturas y vibraban con cada cambio de presión. Julia conocía los volantes por colores desaparecidos y placas casi ilegibles. Había participado en la adaptación cuando Umbral convirtió la fábrica en archivo.

El calor aumentaba cerca de los cojinetes. La sangre de su brazo se secaba en capas y reducía el agarre. Julia envolvió el volante con tela para poder girarlo. El mecanismo exigía mantener fuerza durante varios minutos, una solución deliberadamente física para evitar control remoto. La infraestructura confiaba en que siempre habría alguien dispuesto a sostenerla.

El fuego avanzaba por una canaleta con material aislante. La espuma automática no alcanzaba el punto porque una compuerta había quedado bloqueada. Julia debía elegir entre mantener presión y cerrar manualmente el sector. Durante años había construido sistemas donde otras personas asumían los costes de sus decisiones. Allí, por primera vez, ambos costes recaían sobre su cuerpo.

El setenta por ciento en la pantalla no indicaba redención. Indicaba que la prueba seguía saliendo mientras una mujer responsable de haberla ocultado conservaba el generador. La acción podía ser necesaria sin convertirse en absolución.

En la pared había una pantalla con el progreso de la exportación: sesenta y tres por ciento.

Había calculado que podía mantener la carga nueve minutos. A los cuatro, los músculos del antebrazo empezaron a fallar. A los seis, dejó de sentir dos dedos.

No pensaba en Nora. Pensaba en nombres.

Nuria Navas. Fátima convertida en Laura. Carmen, que había cruzado la frontera dentro de una furgoneta de lavandería. Inés, sentada en San Dimas con el ojo cerrado, preguntando si algún día podría volver a utilizar su nombre sin miedo.

También pensaba en los otros.

El empresario que pagó para ocultar activos. El político que necesitaba un pasaporte para su amante. El narcotraficante cuya identidad financió cinco casas seguras. Cada concesión había llegado acompañada de una cifra de personas salvadas. Julia conservaba las cuentas porque los números permitían dormir sin llamar a las cosas por su nombre.

La puerta se abrió.

Baeza entró.

Tenía el rostro gris y el hombro inútil. Arrastraba la tubería cortada como una cadena.

—Siempre eliges la máquina —dijo.

Julia no soltó el volante.

—Y tú siempre eliges a quien paga más.

—Esta noche nadie paga.

—Entonces ¿por qué sigues?

—Porque si Clara entrega el Libro, soy el único operador sin identidad de salida. Me dejasteis fuera.

—Vendiste las identidades asignadas.

—Hice lo que me enseñaste.

Baeza levantó el arma con la mano sana.

—Suelta la carga.

—Si lo hago, se publican direcciones.

—No es mi problema.

—Esa frase fue tu problema desde el principio.

—No. Mi problema fue creer que alguna vez me considerarías una de las personas que merecía protección.

Julia comprendió la herida demasiado tarde. Había reclutado a Baeza como policía joven, después de que denunciara corrupción interna. Lo convirtió en operador, le dio acceso y tareas, pero nunca una ruta de salida. Necesitaba que alguien permaneciera dentro de la suciedad.

—Puedo crear una identidad cuando Clara termine —dijo.

—Ya no controlas el sistema.

—Puedo declarar a tu favor.

—Eso no crea un pasado.

—No.

Baeza apuntó al mecanismo.

—Entonces termina conmigo.

Disparó.

La bala golpeó la carcasa del generador. Una lluvia de chispas cayó sobre el aceite del suelo. El fuego se extendió en una línea rápida.

Julia mantuvo el volante.

Baeza volvió a apuntar, pero una compuerta de seguridad descendió entre ambos al detectar las llamas. Él quedó del lado de la salida. Julia, encerrada con la turbina.

El humo empezó a subir.

La pantalla marcaba sesenta y ocho por ciento.

Julia pulsó el intercomunicador.

—Clara, hay fuego. La carga aguantará mientras yo mantenga el volante.

La voz de Clara respondió:

—Sal de ahí.

—Si salgo, el archivo cae.

—Ya tenemos suficiente para abrir una investigación.

—No suficiente para proteger las identidades de salida.

—Julia.

—No voy a morir por redención. Voy a mantenerlo porque es la consecuencia exacta de mis decisiones.

—Eso sigue siendo una forma de controlar el final.

Julia casi sonrió.

—Entonces ven y quítame la mano.

La comunicación se cortó.

El fuego alcanzó la primera escalera.

Setenta por ciento.

INTERLUDIO XX

LA DIRECCIÓN EQUIVOCADA

Nora seleccionó nueve destinos a partir del índice de confianza de Marta.

Teresa Vidal. Iago Salvat. Dos medios nacionales. Tres periodistas de investigación. Una organización de derechos digitales. Un servidor que aparecía como respaldo de La Verdad.

No sabía que el respaldo había sido comprado años después por una empresa vinculada a Baeza.

El primer paquete que llegó a esa dirección activó una regla automática. Copió la fotografía de Nora, su nombre de nacimiento, el campamento y la relación con Andrés. No publicó de inmediato. Esperó una señal de caída de Umbral.

Baeza había creado el mecanismo como seguro: si perdía acceso, el caso más visible saldría y demostraría a compradores y operadores que poseía datos reales.

Cuando la fábrica cerró el Libro, la señal se activó.

El director del medio digital recibió el archivo. Podía detener la publicación. Vio la cara de una niña, la indicación MENOR / NO PUBLICAR y un titular generado automáticamente.

LA NIÑA QUE NO EXISTÍA.

Pensó en audiencia, primicia y competencia. Se dijo que otros publicarían. Se dijo que la identidad ya estaba comprometida. Se dijo que revelar la historia obligaría a las autoridades a actuar.

Pulsó publicar.

No pertenecía a Umbral. No había secuestrado a Nora ni vendido identidades. Solo tomó una decisión de tres segundos dentro de una

estructura preparada para convertir la curiosidad pública en otra forma de violencia.

Días después afirmó que actuó por interés informativo.

El juez le preguntó por qué no pixeló el rostro.

No encontró una razón que no sonara como lo que era.

Quería que la historia fuera más difícil de ignorar.

82

La orden de cierre de Marta llevaba la firma de Julia.

No una identidad compartida. Su certificado judicial personal.

—La condenó antes de que Andrés llegara —dijo Nora.

—O cerró su acceso porque sabía que estaba comprometida.

El certificado no era una imagen de firma. Contenía una clave vinculada a un dispositivo, un sello de tiempo y la cadena de validación vigente aquella noche. El archivo podía atribuirse a Julia con mayor fuerza que cualquier testimonio posterior. También mostraba que la orden se emitió desde Casa Cero antes de la llamada de auxilio.

Los anexos incluían una evaluación de riesgo redactada horas antes. Describía a Marta como amenaza de exposición y proponía suspensión de credenciales. Alguien había añadido después una nota que transformaba suspensión en cierre total. El historial conservaba ambas versiones y el usuario que realizó el cambio.

Julia había afirmado durante años que la muerte fue una consecuencia no prevista de una operación de protección. La secuencia demostraba planificación previa para neutralizar a Marta. No probaba por sí sola intención homicida, pero destruía la idea de una reacción improvisada. La investigación tendría que combinarla con desplazamientos, llamadas y decisiones médicas.

Nora observó el documento sin convertirlo en respuesta completa. La prueba podía explicar responsabilidad y seguir sin explicar por qué una persona que decía proteger a víctimas había aceptado sacrificar a su madre. La justicia podía clasificar conductas. No podía llenar ese vacío.

—No la excuses.

—No lo hago. Intento saber qué prueba tenemos.

Abrí el registro. La orden incluía una nota de voz. Pulsé reproducir.

Julia, once años más joven, hablaba con alguien.

—Marta ha extraído el Libro y ha entregado una lista señuelo a Galván. Si la dejamos activa, toda la red queda comprometida. Cierre de credenciales inmediato. Nadie responde a sus llamadas hasta verificar el alcance.

Otra voz preguntó:

—¿Incluida Clara?

—Especialmente Clara. Hará lo que Marta le pida sin evaluar el riesgo.

La hora era 02:55.

Marta llamó a las 03:12. Yo esperé diecisiete minutos porque su credencial estaba cerrada y el protocolo exigía verificar. Julia no había ordenado matarla, pero sí había construido la demora que Andrés aprovechó.

—¿Sabía que Andrés iba? —preguntó Nora.

—No lo demuestra.

Un segundo archivo se vinculaba a la orden. Mensaje recibido de A.G. a las 02:49:

TENGO LA LISTA. VOY A RECUPERAR LO MÍO. SI INTERVENÍS, TODO SALE.

Julia sabía que Andrés se dirigía a Marta seis minutos antes de cerrar sus credenciales.

—Sí lo sabía —dijo Nora.

No pude contradecirla.

La exportación llegó al setenta y dos por ciento. El intercomunicador transmitió la advertencia de fuego en turbinas.

—Tenemos que sacar a Julia —dije.

—Si te vas, ¿puedo terminar?

—La clasificación automática seguirá, pero cualquier conflicto requerirá decisión.

—Puedo marcarlo como revisión necesaria.

—Puede haber cientos.

—Entonces los marco.

—Nora, hay hombres armados fuera.

—Luján está aquí.

El teniente había regresado. Andrés había escapado hacia los hornos después de disparar contra la ambulancia, pero Daniel ya estaba dentro del vehículo y protegido por agentes no comprometidos. Luján tenía una herida superficial en la frente.

—Yo me quedo con ella —dijo.

Le mostré la orden de cierre y el mensaje de Andrés.

—Cópialos en la exportación pública.

—¿Sin revisión de Teresa?

—Son documentos firmados y la voz de Julia. Que los vea todo el mundo impedirá que desaparezcan.

—También puede afectar a la defensa.

—Que Teresa decida después. Ahora impide que Julia vuelva a negociar en privado.

Nora conectó la segunda grabación de Marta y la orden. El sistema creó un paquete independiente.

Me agaché junto a ella.

—Si algo falla, sales con Luján.

—Si algo falla, marco todo como revisión y cierro el contenedor.

—No intentes salvar la exportación si hay fuego aquí.

—Tú tampoco intentes salvar a Julia si no puedes.

La frase me dolió porque era sensata.

—De acuerdo.

—Y no desaparezcas por otro túnel.

—No lo haré.

—Promételo sin código.

—Volveré a esta sala o saldré por la misma ruta que tú puedas comprobar.

Nora asintió.

Corrí hacia las turbinas.

El humo ya llenaba el corredor. La memoria quiso llevarme a un armario, a una casa de infancia, al apartamento de Marta. Seguí avanzando.

En la mitad del pasillo encontré a Baeza apoyado contra la pared. La compuerta le había aplastado una pierna. El fuego se acercaba por detrás.

—Ayúdame —dijo.

Tenía un arma junto a la mano.

La aparté de una patada.

—¿Puedes soltar la pierna?

—El mecanismo está bloqueado.

Intenté levantar la compuerta. No se movió.

—La palanca está del otro lado.

Julia estaba al otro lado, manteniendo la energía.

Otra elección.

Baeza vio mi duda.

—Si salvas a Julia, me dejas morir. Si me salvas, cae el Libro. Tu especialidad.

—Cállate y ayúdame a levantar.

Nos apoyamos los dos. El metal subió apenas un centímetro. No bastaba.

La radio de mi cinturón sonó.

—Mamá —dijo Nora—, Andrés ha entrado en el archivo.

83

Cuando me fui hacia las turbinas, Nora permaneció frente a la consola con Teresa Vidal al otro lado del canal.

—Necesito saber quién está contigo —dijo la fiscal.

Nora miró alrededor. Había un sanitario recogiendo material, un agente junto a la puerta y Alicia inconsciente pero estable en una camilla. Daniel ya había sido evacuado.

El canal estaba cifrado y grababa cada intervención. Teresa se identificó con una credencial profesional verificada por un segundo canal y pidió que el agente presente confirmara visualmente la situación. La presencia de Nora como menor obligaba a limitar instrucciones. La fiscal podía coordinar la preservación de la prueba y solicitar medidas urgentes, no convertirla en operadora de una investigación.

Nora describió lo que veía sin interpretar intenciones. Estado de exportación, nombres de colas, alertas de integridad y personas presentes. Esa forma de informar reducía el riesgo de que una respuesta posterior pareciera inducida por la fiscal. Cada dato quedaba separado de las decisiones de los adultos.

El sanitario junto a la puerta había dejado una bolsa numerada con objetos retirados de Alicia. El agente mantenía el arma enfundada y la cámara corporal activa. Esos detalles garantizaban testigos y registro, pero también exponían a Nora a una escena procesal que ningún menor debía gestionar. Teresa pidió al responsable operativo que la relevara en cuanto llegara personal técnico.

Andrés apareció antes. La llegada convirtió la consola, la prueba y la menor en un mismo punto de amenaza. A partir de ese momento, cualquier decisión técnica quedó subordinada a sobrevivir sin permitir que él recuperara control.

El agente se identificó con nombre, número profesional y unidad. Teresa le pidió que mostrara la credencial a la cámara y confirmara por un segundo canal. El responsable operativo mantuvo al agente alejado del equipo hasta completar la comprobación.

—¿Por qué tanto? —preguntó Nora.

—Porque ya sabemos que se han utilizado identidades y accesos ajenos —respondió Teresa—. Verificar no significa acusar. Significa no pedir confianza donde podemos obtener datos.

La frase se parecía a algo que Nora habría escrito.

El paquete judicial llegó al setenta y seis por ciento. La preservación íntegra, al cincuenta y dos. El paquete público seguía detenido a la espera de revisión.

—¿Debo continuar? —preguntó.

—No debes hacer nada. Puedes ayudar si quieres y si entiendes que puedes parar.

—Si paro, puede perderse información.

—Eso es una consecuencia del sistema que construyeron los adultos. No una obligación tuya.

Nora miró el corredor por el que había desaparecido Clara.

—Quiero seguir hasta que llegue alguien que sepa más.

—De acuerdo. No tomes decisiones irreversibles sobre publicación. Limítate a la preservación y las categorías ya acordadas.

—¿Y si aparece peligro inmediato para una persona?

—Me lo dices. Si no respondo, al agente. No actúas sola.

El agente tomó posición junto a la consola sin tocarla. Activó su cámara. Leyó la hora y describió el estado de los equipos. Nora le mostró el registro de acciones y las cuatro barras de progreso.

—Necesitaremos especialistas —dijo él.

—Ya lo sé.

No había sarcasmo. Solo cansancio.

Un aviso apareció:

ACCESO LOCAL NO AUTORIZADO / ARCHIVO FRÍO / USUARIO A.G.

Andrés había entrado.

El agente levantó el arma y se dirigió a la puerta.

—No se vaya solo —advirtió Teresa por el canal.

—Hay un sospechoso armado.

—Espere apoyo quince segundos. La menor queda con el sanitario.

Quince segundos parecían demasiado. También eran la diferencia entre perseguir sin información y coordinar una entrada.

Nora utilizó el sistema de cámaras. Andrés avanzaba por el corredor inferior. Llevaba un arma y se dirigía a la sala.

—Va a llegar antes —dijo.

—Bloquea la puerta si puedes sin cerrar la salida de emergencia —respondió Teresa.

Nora revisó el plano. El cierre remoto podía sellar el compartimento, pero también aislar la ruta de Clara desde turbinas.

—No puedo. Atraparía a mi madre.

—Entonces no lo hagas. Aléjate de la puerta y busca cobertura.

—Si Andrés toca la consola, puede detener la preservación.

—La prueba no vale tu vida.

Era la segunda autoridad que lo decía aquella noche y la primera que no añadía una excepción.

Nora copió el estado de la cola en el almacenamiento externo, dejó el canal abierto y se desplazó detrás de un armario reforzado. El sanitario movió a Alicia. El agente esperó a su compañero.

Andrés apareció en la puerta antes de que llegara.

La parte siguiente no fue una decisión técnica.

Fue miedo, humo y una pistola.

84

Regresé.

No pensé en Julia ni en Baeza. Corrí hacia Nora.

El humo convertía el corredor en una garganta negra. Detrás de mí, Baeza gritó algo que no entendí. Delante, el sonido de disparos rebotó contra las paredes.

El humo había reducido la visibilidad a menos de tres metros. Las luces de emergencia se reflejaban en la espuma y creaban un resplandor sin profundidad. Avancé siguiendo el cable principal de la consola y las marcas de zapatos en el suelo húmedo. El edificio había dejado de parecer una fábrica. Era una sucesión de obstáculos donde cada sonido podía proceder de otra nave.

Encontré un casquillo, una tarjeta rota y una mancha de sangre junto a una columna. No me detuve, pero memoricé la ubicación mediante el número pintado en la base. La necesidad de llegar a Nora convivía con la certeza de que después habría que demostrar lo ocurrido. El cuerpo puede huir y registrar al mismo tiempo cuando ha aprendido que una versión no documentada puede ser borrada.

Baeza gritaba detrás, quizá pidiendo ayuda o intentando distraer. No distinguí las palabras. Andrés disparó dos veces y el intervalo permitió calcular que cambiaba de posición. La primera bala golpeó metal; la segunda, material blando. El miedo se volvió espacial: dónde estaba Nora respecto a cada trayectoria.

Al verla junto a la consola, dejé de pensar en el archivo. La elección no consistió en destruir la verdad. Consistió en aceptar que ninguna prueba justificaba volver a convertir a Nora en recurso. El cierre podía costarnos años de investigación. No debía costarle otra vida decidida por otros.

Llegué al archivo frío.

Luján estaba en el suelo, consciente, con una herida en el brazo. Andrés sujetaba a Nora frente a la consola. Tenía el antebrazo alrededor de su cuello y el arma apoyada bajo la mandíbula.

—Baja la pistola —dijo.

La dejé en el suelo.

La exportación marcaba ochenta y uno por ciento.

—Cancela el filtrado —ordenó—. Envía el Libro completo a mi nodo.

—No.

Apretó el arma. Nora no lloraba. Miraba la pantalla.

—Puedes matarla y perder la raíz —dije.

—La raíz ya está abierta.

—La transferencia necesita su vínculo hasta el final.

Era mentira. Una vez validada, Nora no era necesaria. Andrés no lo sabía.

—Entonces la mantendré viva hasta que termine.

—Y después la matarás.

—Es mi hija.

—Has vendido cuarenta y ocho cierres forzados. ¿Cuántos eran hijos de alguien?

—No sabes qué significan esos registros.

—Julia emitió la orden de Marta y tú avisaste de que ibas a buscarla. Todo está en la exportación pública.

Andrés miró la pantalla. Ese segundo bastó para que Nora dejara caer el pequeño emisor. El dispositivo golpeó el suelo y activó una grabación.

La voz de Marta llenó la sala:

Si me ocurre algo, no ha sido un accidente.

Andrés se estremeció.

Nora le clavó el talón en la rodilla herida por la caída anterior. Él aflojó el brazo. Ella se agachó. Me lancé.

El disparo rompió el suelo de vidrio junto a la consola. Una grieta se extendió bajo nuestros pies.

Andrés y yo forcejeamos. Era más fuerte, pero tenía un hombro herido. Le golpeé la herida. Él me empujó contra el panel. La exportación se detuvo en el ochenta y tres por ciento.

Nora intentó reactivarla.

—¡Sal! —grité.

—No.

El humo entraba por la puerta. La energía manual caía. Julia ya no podía mantener la turbina o el fuego había alcanzado el mecanismo.

Andrés me agarró del pelo y me arrastró hacia la grieta.

—La elegiste a ella y dejaste morir a Marta —susurró—. Hazlo otra vez. Salva a la niña y deja morir el Libro.

El vidrio cedió.

Una sección del suelo cayó al nivel inferior. Nora quedó al otro lado, atrapada entre la consola y una viga caída. El fuego apareció en el corredor.

La pantalla ofrecía dos opciones:

REANUDAR EXPORTACIÓN.

CIERRE DE EMERGENCIA.

Para reanudar necesitaba permanecer en el panel. Para liberar a Nora debía cruzar la zona inestable.

Andrés sonrió.

—Ahora sí tienes todos los datos.

Pulsé cierre de emergencia.

El sistema comenzó a apagar servidores.

Andrés dejó de sonreír.

—¿Qué has hecho?

—Elegir a mi hija.

85

El cierre de emergencia no apagó solo la exportación.

Selló compartimentos, desconectó antenas y activó sistemas contra incendios. Una espuma blanca cayó del techo. Las puertas comenzaron a cerrarse.

Las compuertas descendieron mediante contrapesos y aislaron sectores. Los ventiladores invirtieron flujo para contener humo, pero arrastraron ceniza hacia la sala central. Los enlaces externos se cortaron por orden, no simultáneamente. Durante segundos, algunos nodos siguieron transmitiendo fragmentos sin confirmación.

El sistema generó un registro de cierre que incluía estado de cada proceso. Nora copió la pantalla con una cámara desconectada antes de que se apagara. Esa imagen no sustituía los logs, pero permitía comparar qué colas estaban activas y detectar si alguien modificaba el informe posterior.

Las antenas selladas conservaron paquetes incompletos en memoria temporal. Parte de la información podía recuperarse físicamente, siempre que el fuego no alcanzara los módulos. El cierre no equivalía a pérdida total. Transformaba una exportación remota en una escena forense que requeriría desmontaje, refrigeración y análisis especializado.

Andrés intentó alcanzar la consola porque sabía que el reinicio manual podía borrar sesiones pendientes. Julia se interpuso no para protegernos, sino para preservar aquello que también podía condenarla. Las motivaciones seguían siendo contradictorias incluso cuando las acciones coincidían.

Andrés corrió hacia la consola.

Yo salté la grieta.

La viga atrapaba una pierna de Nora. La espuma le cubría el pelo y los hombros. Intentó empujarla.

—No puedo.

—A la de tres.

El humo descendía. Conté. Levantamos. La viga se movió unos centímetros. Nora retiró la pierna, pero no podía apoyarla.

—Súbete.

—¿Y el Libro?

—Cerrado.

—¿Se ha perdido?

—No lo sé.

—Mamá…

—Tú primero.

La cargué a la espalda. Al volver hacia la puerta, Andrés nos bloqueó el paso. Tenía la cara cubierta de espuma y sangre.

—Has destruido la única prueba.

—Tú confesaste.

—Una grabación manipulable. Sin raíz no demostraréis nada.

—La fiscal tiene la voz de Marta, tu mensaje y parte de la exportación.

—Parte no basta.

—Bastará para empezar.

Andrés levantó el arma. Estaba vacía. Apretó el gatillo dos veces antes de comprenderlo.

Nora habló sobre mi hombro.

—La cámara sigue encendida.

Una luz roja parpadeaba en el techo. El archivo frío tenía alimentación independiente para seguridad.

—Di otra vez que Marta murió porque iba a quitártelo todo —dijo Nora.

Andrés lanzó el arma y se abalanzó sobre nosotras.

Me aparté. Su pie pisó el borde agrietado. El vidrio se rompió y cayó al nivel inferior, entre servidores cerrados. No fue una caída mortal: tres metros sobre una rejilla. Pero una puerta de seguridad descendió sobre la escalera y lo dejó atrapado.

—¡Clara! —gritó—. Abre.

El fuego avanzaba por el corredor. No podía liberarlo sin regresar al panel.

—No lo dejes morir —dijo Nora.

La miré.

—No por él —añadió—. Por nosotras.

Activé la alarma manual junto a la puerta y señalé su posición por radio.

—Luján, Andrés está atrapado en el nivel inferior. Vivo. Necesita extracción.

—Recibido —respondió con dolor—. Salid por turbinas. La ruta principal está cerrada.

Cargué a Nora.

—¿Y Julia?

—En turbinas.

Avanzamos entre humo y espuma. Encontramos a Baeza aún atrapado bajo la compuerta. Ya no gritaba. Estaba consciente, respirando con dificultad.

—La palanca —dijo—. Del otro lado.

Nora se bajó de mi espalda apoyándose en una pierna.

—Yo no puedo correr —dijo—. Tú abre y volvemos juntos.

—No puedo dejarte aquí.

—Hay una cámara y Luján sabe dónde estamos. Julia está a veinte metros.

La compuerta separaba a Baeza de la sala de turbinas. Si conseguía abrirla, también liberaríamos la salida.

—Prometiste no desaparecer por otro túnel —recordó Nora.

—No voy a hacerlo.

Crucé una puerta lateral y rodeé el mecanismo por un pasillo técnico. La sala de turbinas estaba en llamas. Julia seguía junto al volante, arrodillada. Había soltado la palanca; la energía había caído, pero mantenía una mano sobre el cierre manual de las antenas.

—La exportación está cerrada —dije.

—Lo sé.

—Nora está viva.

Julia cerró los ojos un instante.

—Entonces hiciste lo correcto.

—No necesito que lo valides.

—No. —Tosió—. Esa era la lección.

Accioné la palanca de la compuerta. El metal empezó a subir.

—Salimos todos —dije.

Julia negó.

—El fuego ha bloqueado la otra puerta.

—Esta se abrirá.

—El cierre de antenas debe mantenerse hasta que termine el sellado. Dos minutos.

—No hay dos minutos.

—Entonces tendrás que volver a elegir.

La miré.

—No. Tú eliges. Suelta y sales, o mantienes y asumes el riesgo. Esta vez no decido por ti.

Julia observó el cierre bajo su mano.

Después lo soltó.

Las antenas quedaron parcialmente selladas. Una alerta indicó que algunos paquetes podían haber salido sin completar.

Julia se levantó.

—Salgamos.

86

La compuerta subió lo suficiente.

Baeza intentó arrastrarse, pero la pierna estaba destrozada. Julia y yo tiramos de él. Nora, sentada contra la pared, mantenía una tela sobre la boca.

El hueco no permitía pasar de pie. La chapa estaba caliente y el borde inferior tenía restos de pintura levantada. Luján colocó una barra para impedir que cayera y pasó primero a Nora. Después arrastramos a Baeza sobre una manta, evitando que la pierna quedara atrapada. Salvarlo exigía tiempo y fuerza que ninguna persona presente quería concederle.

Fuera, la lluvia enfriaba la ropa cubierta de polvo. Las luces de emergencias coloreaban el camino y hacían visible la magnitud del recinto: naves, depósitos, canalizaciones y edificios secundarios. La operación que parecía concentrada en una sala ocupaba hectáreas de infraestructura y había requerido años de mantenimiento.

Los sanitarios clasificaron heridos mediante tarjetas. Baeza recibió atención inmediata por riesgo hemorrágico. Julia fue esposada después de que se controlara su herida. Nora quedó envuelta en una manta y apartada del paso de detenidos. La separación física empezó a imponer un orden que dentro de la fábrica había sido imposible.

Miré el edificio arder y comprendí que la salida no cerraba la historia. Cada persona llevaba una versión, cada dispositivo contenía fragmentos y cada intervención había alterado la escena. Sobrevivir solo nos devolvía la posibilidad de discutir qué había ocurrido.

—Deberíamos dejarlo —dijo Julia.

Baeza soltó una carcajada dolorosa.

—Por fin una decisión sincera.

—No —respondí—. Salimos todos.

El corredor principal estaba sellado. Utilizamos el conducto de mantenimiento hacia la sala de moldes. El humo nos seguía. Julia cargó con parte del peso de Baeza a pesar de su brazo herido. Nora avanzaba saltando sobre una pierna y apoyada en mí.

Las sirenas exteriores eran más fuertes. Los bomberos habían entrado por la nave oeste.

En la sala de moldes encontramos a Luján con dos agentes. Se hizo cargo de Baeza y Julia. Un bombero levantó a Nora. Ella se resistió hasta que vio que yo caminaba detrás.

—No me voy sin ella.

—Va contigo —dijo el bombero.

Aquel va contigo valía más que todas las promesas anteriores.

Salimos a la noche.

La fábrica expulsaba humo por las ventanas rotas. Ambulancias y vehículos policiales llenaban la explanada. Habitantes del pueblo observaban desde la carretera. La existencia de Nora ya no podía reducirse a una conversación privada.

Daniel estaba dentro de una ambulancia. Un sanitario nos permitió verlo antes de trasladarlo. Tenía oxígeno, una vía y el pecho cubierto de apósitos.

—Presenta una herida torácica penetrante y posible lesión pulmonar —dijo—. Está inestable, pero responde.

Nora se inclinó junto a él.

—Hemos cerrado el Libro.

Daniel abrió los ojos.

—Bien.

—Puede que se haya perdido.

—Tú no.

La frase habría sido perfecta si no la hubiera preparado el dolor. Aun así, Nora apoyó la frente en su mano.

La ambulancia partió hacia Segovia.

Adela apareció en otra camilla, con Inés a su lado. Las dos estaban conscientes. Mi madre me entregó el sobre de Marta; la cinta ya había sido enviada.

—Pensé que no volvería a verte —dijo.

—Yo también.

—¿Qué queda del Libro?

—Ochenta y tres por ciento exportado, pero el cierre pudo invalidarlo. Algunos paquetes salieron parcialmente.

Nora buscó su emisor.

—No parcialmente.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de cerrar, cambié el destino de los paquetes completados. No esperaban al final. Cada capa terminada se envió por separado.

—¿Adónde?

—A Teresa, a Iago y a siete periodistas. También a una cuenta que creé con verificación múltiple.

—¿Cuánto salió?

—Todo el árbol de pagos, los cierres forzados, las grabaciones y setenta y uno por ciento de las referencias judiciales. Las identidades de salida iban en la parte final. El cierre las protegió.

Julia, sentada bajo custodia a pocos metros, levantó la cabeza.

—Separaste la exportación incremental.

Nora asintió.

—Clara dice que nunca hay que esperar al final para hacer la primera copia.

Sentí una risa y un sollozo al mismo tiempo.

—Entonces tenemos prueba suficiente —dijo Luján.

—No para todo —respondí—. Pero sí para impedir que vuelva a enterrarse.

Dos bomberos sacaron a Andrés en una camilla. Estaba consciente y esposado. Al pasar junto a Nora, intentó hablar.

—Sara.

Ella no se volvió.

—Me llamo Nora —dijo—. Hasta que yo decida otra cosa.

Andrés fue trasladado bajo custodia.

Julia permanecía mirando el incendio.

—Umbral ha terminado —dijo.

—No —respondí—. Ha terminado tu derecho a administrarlo en secreto.

—Cuando aparezca la primera mujer muerta porque una referencia quedó expuesta, recordarás esta noche.

—La recordaré de todos modos.

—Y te preguntarás si elegiste bien.

Miré a Nora, a mi madre, la ambulancia que se llevaba a Daniel y la fábrica donde ardían las máquinas con las que habíamos decidido vidas.

—Sí —dije—. Pero la duda ya no te pertenecerá.

87

La fábrica no se convirtió inmediatamente en una escena ordenada.

Durante la primera hora fue un lugar con fuego, heridos, agentes de unidades distintas y órdenes que se superponían. Los bomberos necesitaban abrir puertas que podían contener pruebas. Los sanitarios cortaban ropa, movían cuerpos y dejaban material. Cada acción necesaria modificaba algo.

Los primeros equipos marcaron sectores con cintas de colores. Rojo para zonas inseguras, amarillo para rutas de rescate, azul para espacios cuya preservación debía intentarse cuando no interfiriera con la emergencia. Los bomberos fotografiaron puertas antes de forzarlas cuando el tiempo lo permitía. Los sanitarios dejaron etiquetas junto al material retirado de cada herido. Nadie fingía que la escena permanecería intacta.

La Policía Judicial designó puntos de entrada y salida. Cada persona que cruzaba el perímetro quedaba registrada con hora, función y destino. Los dispositivos recuperados se introdujeron en bolsas aislantes. Las unidades de almacenamiento se numeraron antes de trasladarse a un vehículo seguro. Los servidores que aún tenían corriente fueron documentados por especialistas antes de desconectarlos, porque apagar una máquina también modifica su estado.

La fábrica contenía varias investigaciones superpuestas: el secuestro de Nora, los disparos, el incendio, la red de identidades, la muerte de Marta y las operaciones comerciales de Andrés. Separarlas demasiado podía destruir relaciones; tratarlas como una sola escena podía volver inmanejable la cadena de custodia. Teresa solicitó un inventario común y la Policía Judicial organizó equipos distintos alrededor de una cronología central.

Afuera, los familiares, medios y vecinos empezaban a reunirse. Las luces de emergencia se reflejaban en el embalse. El edificio, invisible durante años, se había convertido en el lugar más observado de la provincia. Esa atención no garantizaba verdad. Solo hacía más difícil que una única persona volviera a decidir qué debía desaparecer.

Teresa llegó cuando el incendio estaba controlado en dos naves y activo en la sala de turbinas. No entró hasta que el responsable de bomberos declaró segura una ruta. En la reunión de coordinación, el mando de emergencias fijó una prioridad simple: rescate, extinción y preservación compatible. Teresa pidió que nadie retrasara una intervención para fotografiar un objeto, pero que toda alteración documentable quedara registrada.

Luján entregó la unidad de almacenamiento de Baeza con el precinto intacto. Leyó el número, la hora y los nombres de quienes habían tenido custodia. Teresa no abrió la bolsa.

—Laboratorio —dijo—. Equipo aislado, imagen forense y análisis sobre copia. El original no se conecta.

Baeza fue trasladado bajo vigilancia. Julia recibió asistencia y quedó detenida cuando el médico confirmó que podía ser informada. Andrés salió esposado. Clara no fue detenida en aquel momento. Teresa le comunicó que estaba investigada, que solicitaría al juzgado las medidas que considerara necesarias y que, hasta hablar con su abogado, debía permanecer a disposición y evitar contactos capaces de contaminar testimonios.

—Nora es mi hija —dijo Clara.

—Eso se resolverá por vías distintas —respondió la fiscal—. Ahora es una menor rescatada, testigo y posible víctima. No voy a utilizar una conclusión de filiación para decidir su protección esta noche.

Nora estaba sentada en una manta térmica, con la pierna inmovilizada. Escuchó la conversación.

—Quiero ir con Daniel —dijo.

—Va al hospital —respondió Teresa—. Tú también.

—Con Clara.

—Podrá acompañarte mientras los servicios de protección valoran la situación y no exista una medida que lo impida. Habrá vigilancia y no se hablará de tu declaración durante el trayecto.

—¿Por qué?

—Porque no debes contar la historia veinte veces ni escuchar a otros ordenar tus recuerdos antes de una entrevista adecuada.

Nora aceptó.

Antes de subir a la ambulancia, pidió recuperar la zapatilla. Un técnico la había colocado en una bolsa como posible contenedor de una credencial. Teresa se acercó.

—No puedo devolvértela todavía. Puede ser evidencia.

—La tarjeta ya no está dentro.

—También necesitamos demostrar dónde estuvo.

—Entonces quiero un recibo.

El técnico miró a Teresa. La fiscal asintió. Registraron el objeto, fotografiaron el estado, asignaron número de evidencia y entregaron a Nora una copia del acta de recogida.

—¿Eso significa que me la devolverán?

—Significa que queda constancia de que es tuya y de quién la tiene. La devolución dependerá de que deje de ser necesaria.

—Es mejor que "está a salvo".

Teresa entendió que la niña había oído demasiadas veces aquella frase.

En el perímetro, un especialista revisó los servidores sin encender los apagados. Los equipos activos se fotografiaron, se registraron conexiones y se capturó información volátil antes de cortar alimentación. Las copias enviadas por Nora se preservaron en los destinos receptores. Cada institución confirmó la huella de los bloques recibidos.

No todo había sobrevivido. Parte del archivo frío estaba dañada. Algunos paquetes habían salido incompletos hacia direcciones desconocidas. La versión pública contenía menos de lo que Clara creyó. La judicial, más de lo que Andrés esperaba.

No existía una única copia perfecta que resolviera el caso.

Existía una constelación de pruebas: registros, grabaciones, testimonios, dispositivos, órdenes, pagos, cámaras y contradicciones. La investigación tendría que correlacionarlas. Era menos espectacular que un Libro omnipotente y mucho más difícil de borrar.

Cuando la ambulancia se marchó, Teresa se quedó frente a la fábrica.

Julia, desde otra camilla, la llamó.

—Cuando una identidad expuesta termine en una muerte, esto será suyo.

Teresa se acercó.

—Las decisiones futuras serán de las autoridades competentes, de las personas afectadas y de quienes las asistan. No mías a solas.

—Eso significa que nadie será responsable.

—Significa lo contrario. Cada decisión tendrá nombre, competencia, revisión y posibilidad de recurso. Lo que usted llama eficacia era poder sin control.

Julia miró el humo.

—El control llega tarde.

—Sí. Y esa verdad no la autorizaba a sustituirlo para siempre.

A petición de Teresa, el mando de Policía Judicial selló el perímetro por sectores. Después, la fiscal llamó al juzgado para informar de detenidos, menores, heridos y evidencias aseguradas.

La noche no había terminado.

Pero por primera vez, lo que ocurriera después no dependería de una única persona escondida detrás de un protocolo.

PARTE V

LOS NOMBRES QUE ELEGIMOS

INTERLUDIO XXI

LA FISCAL RECIBE SETENTA Y TRES PAQUETES

Teresa Vidal estaba dormida cuando el primer archivo llegó.

El asunto decía: MARTA RIVAS / NO PUBLICAR IDENTIDADES.

Pensó que era una provocación. Había recibido muchas desde la muerte de su hermana Elena y desde que Marta dejó de responder. Abrió el paquete en un equipo aislado.

Contenía una grabación de parto, una orden judicial firmada por Julia Montalbán y un árbol de pagos con nombres que reconocía de investigaciones archivadas.

Llegó un segundo paquete. Después otro.

A las 23:31 llamó al jefe de guardia. A las 23:34 solicitó preservación urgente de servidores. A las 23:36 recibió la confesión de Andrés. A las 23:39, una lista de cierres forzados. A las 23:40, los envíos se interrumpieron.

Durante nueve minutos no llegó nada.

Teresa pensó que habían muerto todos.

A las 23:49 recibió un paquete final incompleto:

VÍNCULO CONFIRMADO POR NORA RIVAS. IDENTIDADES DE SALIDA NO INCLUIDAS. REVISIÓN NECESARIA.

La estructura del envío era imperfecta. Había conflictos, campos vacíos y referencias sin resolver. Pero por primera vez, la evidencia no exigía publicar a las víctimas para demostrar los delitos.

Teresa llamó al juzgado de guardia.

—Necesito órdenes para una fábrica en Segovia, un campamento, tres hospitales, dos archivos y varias personas que

oficialmente no existen.

—¿Cuántas causas?

—Todavía no lo sé.

—¿Cuál es la principal?

Teresa miró la fotografía de Nora.

—Que una red privada se creyó con derecho a decidir qué vida podía constar y cuál debía desaparecer.

—Eso no es un tipo penal.

—No. Pero es el mapa.

88

En el hospital nos separaron.

A Daniel lo llevaron directamente a quirófano. A Nora, a radiología. A mí me hicieron esperar entre dos agentes hasta que una médica comprobó la herida del costado y decidió que no necesitaba puntos. Mi madre fue ingresada por una conmoción leve. Inés entró en cirugía. Julia, Andrés y Baeza quedaron bajo custodia en tres centros distintos.

El área de urgencias estaba preparada para accidentes comunes, no para una menor secuestrada, varios detenidos y una investigación con riesgo de filtración. La dirección habilitó un pasillo, restringió accesos y cambió identificadores visibles por códigos. Aun así, enfermeros, policías, abogados y personal de seguridad se cruzaban con información parcial. Cada persona añadía una posibilidad de cuidado y otra de exposición.

La ropa fue retirada en bolsas separadas y etiquetada antes de que pudiéramos lavarnos. Fotografías clínicas documentaron lesiones sin convertirlas todavía en interrogatorio. Las muestras se tomaron con consentimiento y explicación adaptada. En el caso de Nora, un profesional independiente permaneció presente para evitar que la urgencia procesal absorbiera sus derechos.

Las horas se midieron por puertas que se abrían, carros que pasaban y pantallas que cambiaban de estado. La falta de información producía una tentación constante de completar los huecos con miedo. Esperar sin controlar fue otra forma de aprendizaje.

El servicio de urgencias recibió a demasiadas personas procedentes de un mismo lugar y activó un circuito de incidente múltiple. Los nombres provisionales se escribieron en pulseras mientras la policía comprobaba identidades que podían ser falsas.

Nora fue registrada por su edad aproximada y el nombre que eligió pronunciar. Nadie añadió Sara. Aquel gesto administrativo mínimo fue la primera vez que una institución aceptó su palabra sin convertirla de inmediato en una decisión permanente.

Los pasillos se llenaron de uniformes, batas y familiares que no sabían en qué condición estaban allí. Algunos agentes custodiaban detenidos; otros protegían pruebas o impedían accesos de prensa. Una trabajadora social buscaba una habitación donde Nora pudiera esperar sin cámaras. El hospital estaba diseñado para curar cuerpos, no para sostener una crisis de identidad, tutela y exposición pública.

Daniel desapareció detrás de puertas dobles. El cirujano explicó la trayectoria de la bala mediante un dibujo rápido sobre papel. Había daño pulmonar y una hemorragia que debían controlar. Las palabras eran precisas, pero no predecían el futuro. Nora guardó el papel doblado en cuatro. Necesitaba que la incertidumbre tuviera bordes.

A las cuatro de la mañana, el mundo tenía la textura de una sala de espera: luz blanca, café de máquina y personas que preguntaban lo mismo con palabras diferentes.

Una trabajadora social se sentó frente a mí.

—Necesito aclarar la relación legal con la menor.

—Soy su madre.

La frase salió automática. Nora había confirmado el vínculo ante el sistema, pero aquello no convertía en legítimo el certificado de nacimiento falsificado.

—Tenemos indicios de que la filiación registral es falsa.

—Sí.

La mujer esperaba una defensa. No se la di.

—¿Es usted hermana de la madre biológica?

—Sí.

—¿El padre biológico es Andrés Galván?

—Sí.

—¿Existe adopción, tutela o acogimiento formal?

—No válidos. Los documentos se construyeron para parecerlo.

Anotó sin levantar la vista.

—Hasta que un juez determine medidas, la menor quedará bajo protección administrativa.

—Nora no puede pasar de una red clandestina a una habitación institucional sin saber dónde está su familia.

—No estoy diciendo eso.

—Lo está preparando.

—Estoy intentando asegurar que no regrese con una persona investigada por falsificación, sustracción de menores, obstrucción y posibles delitos informáticos.

Cada cargo podía ser exacto y aun así sonar como una historia diferente.

—No la sustraje de Marta. Marta estaba muriendo y me pidió que la sacara.

—Eso deberá probarse.

—Hay grabaciones.

—Que deberán autenticarse.

—Andrés confesó.

—Que deberá formalizarse.

La ley hablaba en futuro porque el presente era demasiado desordenado para admitirlo.

Nora apareció en el pasillo con una férula en el tobillo. Un enfermero empujaba su silla. Al verme, intentó levantarse.

—No apoyes —dijo él.

—¿Dónde está papá?

—En quirófano.

—¿Está vivo?

—Sí.

No sabía más.

La trabajadora social se presentó. Explicó que iban a buscar un lugar seguro para ella durante las siguientes horas.

—Ya estoy en un lugar seguro —dijo Nora.

—Necesitamos verificarlo.

—¿Con quién?

—Puede que con un familiar no implicado.

—Mi abuela está ingresada. Mi padre está operándose. Mi madre está aquí.

La mujer miró sus notas.

—La situación de Clara debe aclararse.

—¿Y la mía no?

—Por eso queremos protegerte.

Nora hizo girar la silla hasta quedar frente a ella.

—Toda la semana me han protegido personas que no me dejaban elegir. Empieza preguntándome.

La trabajadora social se tomó un momento.

—¿Dónde quieres estar esta noche?

—Aquí. Con Clara hasta que Daniel salga. Después quiero ver a mi abuela. Y quiero que haya un policía que no trabaje para Umbral.

—No puedo garantizar todos esos puntos.

—Entonces dime cuáles sí.

Yo no intervine. Cada impulso me pedía completar, exigir, corregir. Permanecí callada mientras Nora negociaba su propio presente.

La trabajadora social aceptó que esperáramos juntas en una sala vigilada hasta la valoración judicial urgente de la mañana. No era libertad. Era una decisión escuchada.

Cuando se marchó, Nora apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Vas a ir a prisión?

—Es posible.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

—¿Y si dices que Julia te obligó?

—Me obligó en algunas cosas. En otras participé.

—Podrías mentir mejor.

—Sí.

—¿Lo harás?

—No para evitar las consecuencias.

Nora cerró los ojos.

—Eso va a ser incómodo.

—Mucho.

—Bien.

A las cinco y diecisiete, el cirujano salió.

La bala había atravesado el pulmón derecho de Daniel sin alcanzar grandes vasos. Permanecería en cuidados intensivos, pero la intervención había ido bien.

Nora lloró entonces.

No cuando la apuntaron, no cuando supo quién era Marta, no cuando la fábrica ardía. Lloró en una sala de espera porque alguien le dijo que su padre iba a seguir vivo.

La abracé.

Ella dejó que lo hiciera.

89

La primera entrevista de Nora no ocurrió aquella noche.

Teresa había ordenado que nadie le pidiera una narración completa mientras estuviera herida, sin dormir y esperando noticias de Daniel. Los agentes podían formular preguntas imprescindibles para localizar a otras personas en peligro o neutralizar un riesgo inmediato, pero no reconstruir el secuestro en una sala de hospital.

La decisión de aplazarla se documentó para que no pudiera interpretarse como pérdida de oportunidad. El equipo registró qué preguntas urgentes se habían formulado, quién las hizo y por qué. Solo se solicitaron datos necesarios para localizar dispositivos, neutralizar riesgos y comprobar si había otras personas retenidas.

La sala elegida para la entrevista posterior no tenía espejo unidireccional ni una fila de adultos. Había una mesa baja, dos cámaras visibles y un sistema que permitía al juez y a las partes observar desde otra ubicación. Nora recibió una explicación de quién podía escuchar, qué ocurriría con la grabación y cuándo podía pedir una pausa.

El abogado de Nora revisó con ella las diferencias entre recordar, deducir y haber oído a otra persona. No pretendía enseñar una versión correcta. Pretendía reducir la contaminación del relato. Nora podía decir que no sabía, corregirse y dejar preguntas sin respuesta. La precisión incluía el derecho a no completar lo incompleto.

La entrevista se dividió en sesiones breves. El cansancio, el dolor y la exposición mediática podían alterar la memoria. En lugar de exigir una narración lineal, se preservaron fragmentos y se contrastaron después con evidencia externa. El objetivo no era producir una historia perfecta, sino una declaración que no obligara a Nora a convertirse en investigadora de su propio secuestro.

La habitación destinada a menores tenía paredes verdes, una mesa baja y juguetes guardados en cajas transparentes. No parecía una sala policial, pero la cámara del techo y el cristal de observación recordaban su función. Antes de utilizarla, la psicóloga comprobó que Nora entendiera quién estaría presente, qué podía negarse a responder y para qué se conservaría la grabación.

Se elaboró una cronología mínima sin pedirle que reviviera cada episodio. Hora aproximada de salida del campamento, vehículos, personas que podían seguir en peligro, ubicación de armas y accesos a la fábrica. Las preguntas se limitaron a necesidades inmediatas. Todo lo demás se pospuso hasta que hubiera dormido, comido y recibido una explicación comprensible de su situación.

La decisión protegía también la calidad de la prueba. Un relato obtenido bajo agotamiento, dolor y miedo podía contaminar recuerdos y facilitar impugnaciones posteriores. Esperar no era pasividad. Era reconocer que la urgencia de los adultos por cerrar una historia no debía imponerse sobre el tiempo de una niña.

Aun así, las preguntas llegaban disfrazadas.

Una enfermera quiso saber cómo se había hecho la herida de la barbilla. Un policía preguntó dónde había encontrado el arma. La trabajadora social necesitaba saber si Clara la había llevado voluntariamente a la fábrica. Cada pregunta pertenecía a una función legítima. Juntas podían obligarla a repetir la historia antes de comprenderla.

—No quiero contestar a trozos —dijo Nora.

La trabajadora social, Mónica Sanz, cerró la carpeta.

—Está bien. Solo necesito saber si te sientes segura en esta sala.

—Ahora sí.

—¿Con Clara?

Nora me miró antes de responder. No como una niña que busca permiso. Como alguien que comprueba si la otra persona puede soportar lo que diga.

—Sí. Pero eso no significa que quiera irme a casa con ella esta noche.

—Lo entiendo.

—¿De verdad o es una frase?

Mónica se tomó un segundo.

—Entiendo que seguridad, confianza y convivencia no son lo mismo. No sé todavía qué medida será mejor.

Nora asintió.

La médica de guardia pidió explorarla sin agentes presentes. Yo salí al pasillo. Nora solicitó que Mónica permaneciera dentro y que una enfermera le explicara cada procedimiento antes de tocarla. La exploración registró la contusión en la pierna, marcas de sujeción en una muñeca, la herida de la barbilla y pequeñas abrasiones. No había indicios de agresión sexual, pero nadie formuló la pregunta como una sospecha insinuada. Le explicaron por qué necesitaban descartarlo y que podía detener la exploración.

Cuando salió, llevaba otra ropa. La sudadera amarilla y el pantalón fueron recogidos como evidencia, cada prenda en un embalaje separado. Nora pidió ver las etiquetas.

—¿Por qué papel y no plástico? —preguntó.

—Para evitar humedad y degradación —respondió la enfermera.

—¿Y quién se lo lleva?

El agente de Policía Judicial leyó su identificación, el número de cada bolsa y la hora. Nora lo anotó en el cuaderno que Mónica Sanz le había dado.

—No tienes que controlar todo —dije.

—Tú tampoco tenías que controlarlo y mira.

No había intención de herirme. Era una frontera.

A las seis, una psicóloga especializada en infancia llegó al hospital. No tomó declaración. Se presentó y explicó cómo sería la entrevista judicial posterior: un espacio adaptado, preguntas canalizadas por profesionales y, si el juzgado lo acordaba, grabación para evitar repeticiones innecesarias. Nora preguntó si su abogado estaría allí.

—Tendrás asistencia letrada y una persona que defienda específicamente tus intereses si existe conflicto con los adultos responsables.

—Existe.

La psicóloga no intentó suavizarlo.

—Sí. Por eso es importante.

—¿Quién elige a esa persona?

—El juzgado puede designarla. También la entidad de protección y la fiscalía de menores intervendrán.

—¿Y si todos creen que saben qué me conviene?

—Tendrán que motivar sus decisiones y escucharte. No significa que vayan a hacer siempre lo que pidas, pero no pueden fingir que no has hablado.

Nora miró hacia la puerta de la UCI.

—Quiero que Daniel se despierte antes de que decidan dónde vivo.

—Puede que no sea posible esperar para una medida provisional.

—Entonces que sea provisional de verdad.

La frase quedó anotada.

A las seis y media, mi abogado llegó. Teresa había pedido que se me informara formalmente de mi situación. Me investigaban por falsedad documental, acceso ilícito a sistemas, posibles delitos relacionados con la guarda de Nora y participación en Umbral. No estaba detenida, pero cualquier declaración podía utilizarse en el procedimiento.

—No hables del fondo sin mí —dijo el abogado.

—Teresa necesita saber cómo proteger a las personas del Libro.

—Puedes aportar información urgente con límites claros. No conviertas una conversación operativa en una confesión informal.

El consejo me irritó. Después comprendí que aceptar garantías cuando me protegían a mí era parte de abandonar la lógica de Umbral. No podía defender controles para otros y considerarlos obstáculos cuando retrasaban mi necesidad de reparar.

Nora escuchaba.

—¿Vas a contar la verdad aunque te perjudique? —preguntó.

—Sí, pero con un abogado y en el procedimiento correcto.

—Eso suena a esconderse.

—A veces lo parece. También evita que una frase incompleta sustituya a los hechos.

—Julia diría lo mismo.

—Sí. La diferencia tendrá que demostrarse con lo que haga, no con lo que diga ahora.

La puerta de la UCI se abrió. Un médico informó de que Daniel seguía estable, sedado y con ventilación asistida. No podíamos verlo aún.

Nora cerró los ojos.

—Quiero dormir aquí.

Mónica Sanz organizó una sala pequeña con dos sillones. Un agente permaneció fuera. Yo ocupé uno. Nora se tumbó en el otro con una manta.

—No cierres la puerta —dijo.

La dejé abierta.

—Y no me prometas que mañana estará bien.

—No lo sé.

—Bien.

Dormimos cuarenta minutos.

Al despertar, el juzgado de guardia había convocado una comparecencia urgente para resolver solo las siguientes horas. No la maternidad, no el nombre, no los delitos de Umbral. Dónde estaría Nora, con quién y bajo qué supervisión hasta una evaluación más completa.

Era una decisión pequeña comparada con todo lo ocurrido.

Por eso podía hacerse sin inventar una vida entera.

90

Teresa Vidal llegó al amanecer.

No parecía una fiscal de película. Llevaba zapatillas, una chaqueta sobre el pijama y el cabello recogido con un bolígrafo. Tenía sesenta y dos años y los mismos ojos oscuros de la comadrona Elena Vidal, su hermana.

—¿Dónde está la menor? —preguntó antes de saludar.

—Con una trabajadora social —respondió Luján—. La valoración urgente será a las nueve.

—Que nadie la interrogue sin asistencia y sin grabación. Ni siquiera nosotros.

Después se volvió hacia mí.

—Clara Rivas.

—Sí.

—Llevo once años esperando un archivo que debía llegar la noche en que murió Marta.

No dijo lo siento. No dijo por fin. El tiempo no había sido vacío para ella; había sido una prueba de fracaso institucional.

Nos instalamos en una sala de reuniones del hospital. Luján entregó una copia de la grabación, la exportación parcial y los informes de la fábrica. Iago participó por videollamada desde la clínica, con el hombro inmovilizado. Había recibido setenta y tres paquetes antes del cierre.

—El árbol de pagos está completo —dijo—. Las identidades de salida no. Nora hizo exactamente lo que Marta quería.

Teresa me miró.

—¿La niña separó los datos?

—Nora identificó la arquitectura. Yo ejecuté parte de la clasificación.

—Tiene once años.

—Sí.

—Eso no es una admiración. Es un reproche a todos los adultos de esta sala.

Nadie discutió.

Teresa abrió el paquete con la orden de cierre de Marta y el mensaje de Andrés.

—Esto prueba conocimiento de riesgo. No necesariamente acuerdo para matarla.

—Julia cerró sus credenciales y ordenó que nadie respondiera —dije.

—Puede sostener que protegía la red.

—Esa fue su explicación.

—Y será una defensa sólida para algunos delitos, no para todos.

Revisó la confesión de Andrés. La cámara del archivo había grabado su frase: porque si vivía, me lo quitaría todo. También su admisión de que se marchó sin pedir ayuda.

—Podemos reabrir la causa por homicidio o, como mínimo, omisión del deber de socorro vinculada a violencia previa —dijo—. La autenticidad del vídeo debe verificarse.

—La raíz puede hacerlo.

—¿Se conserva?

—Cerré el archivo.

—¿Destruido?

—No lo sé.

Luján informó de que los bomberos habían controlado el incendio. La sala inferior permanecía sellada. Cuando enfriara, un equipo forense accedería.

Teresa pasó a mi expediente.

—Su certificado de maternidad, la inscripción tardía, los historiales y la documentación escolar de Nora se basan en actos falsos.

—Sí.

—¿Participó?

—Los diseñé y ejecuté.

—¿Con ayuda de Daniel Orduña, Adela Rivas y Julia Montalbán?

—Sí.

—¿Con autorización de Marta?

—Marta pidió que sacara a Nora y que no se la entregara a Andrés. No autorizó que yo figurara como madre ni que borrara su nombre.

Iago bajó la vista en la pantalla.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Teresa.

Podía hablar de peligro, corrupción policial, miedo a que Andrés obtuviera custodia. Todo era cierto. La respuesta esencial era más corta.

—Porque creí que podía protegerla mejor si controlaba toda la historia.

Teresa anotó.

—No le ofreceré inmunidad total.

—No la he pedido.

—La pedirá su abogado.

—Entonces no acepte que hable por mí sin escucharme.

—Necesito su colaboración para localizar identidades en riesgo. A cambio puedo solicitar medidas que tengan en cuenta que la falsificación protegió a una menor de un agresor.

—Colaboraré con una condición.

La fiscal levantó las cejas.

—No revelaremos identidades de salida salvo necesidad individual, con control judicial y notificación segura a la persona afectada.

—No está en posición de imponer.

—Soy la única persona que puede reconstruir las referencias que faltan. Julia contaminó la firma de Elena. Sin mí, tardarán años y provocarán errores.

Teresa cerró la carpeta.

—Eso suena demasiado a Julia Montalbán.

La objeción era exacta.

—Tiene razón. Entonces no lo convierta en una condición personal. Cree un equipo independiente, auditable, con defensoras de víctimas, especialistas y control judicial. Yo aporto conocimiento sin conservar decisión final.

Teresa me estudió.

—Eso sí suena distinto.

—Estoy intentando que lo sea.

91

La comparecencia urgente no se celebró en una sala solemne.

Se organizó por videoconferencia desde una habitación del hospital. El juez disponía de un informe preliminar, documentos de filiación contradictorios y una menor que acababa de salir de una situación extrema. No podía decidir allí quién era Nora de manera definitiva; solo impedir que la incertidumbre la dejara sin protección durante las siguientes horas.

Mónica Sanz separó las funciones de cada adulto. Yo era su figura de cuidado y también una posible investigada. Daniel permanecía incapacitado y su filiación no estaba acreditada. Adela ofrecía continuidad afectiva, pero había participado en ocultaciones. La medida provisional tendría que distribuir apoyo y vigilancia sin presentar ninguna relación como solución completa.

El abogado de Nora solicitó que pudiera expresar sus preferencias en un tramo limitado, sin escuchar toda la discusión penal. También pidió que cualquier decisión fuera revisable, explicada en un lenguaje comprensible y comunicada a la menor antes de ejecutarse salvo emergencia real.

El juez estaba conectado desde el juzgado de guardia. En el hospital habilitaron una habitación con una mesa redonda. Participaron Teresa Vidal como fiscal, la letrada de la entidad pública de protección, la trabajadora social Mónica Sanz, mi abogado, un abogado designado para Nora y una integrante del equipo psicosocial del juzgado.

Daniel no podía intervenir. Adela estaba ingresada. Andrés y Julia se encontraban detenidos.

El objeto de la audiencia quedó delimitado desde el principio: acordar una medida provisional de protección durante setenta y dos horas, susceptible de revisión inmediata. La filiación y la guarda

definitiva no se resolverían con los documentos de Umbral ni con la palabra de ningún adulto presente.

—La menor debe ser escuchada —dijo su abogado.

—Sin someterla a una declaración sobre los hechos penales —añadió la fiscal de menores.

Nora entró acompañada por la psicóloga. No se sentó junto a mí. Eligió una silla entre Mónica Sanz y su abogado.

El juez le explicó que podía hablar, pedir una pausa o no responder. Utilizó palabras sencillas sin hablarle como si tuviera cinco años.

—Tenemos que decidir dónde vas a estar unos días mientras los adultos aclaran muchas cosas —dijo—. No es una decisión sobre quiénes son tus padres para siempre.

—Bien —respondió Nora—. Porque no pueden saberlo hoy.

—¿Dónde te sentirías segura?

—Cerca de Daniel y Adela mientras están en el hospital. Con Clara durante el día. No quiero una casa con gente que no conozco si hay otra opción.

La letrada de protección planteó que yo estaba investigada y que la identidad familiar se había construido ilegalmente. Propuso acogimiento de urgencia en un recurso especializado, con visitas supervisadas.

Nora escuchó.

—¿Ese recurso tiene dirección secreta?

—Sí, por seguridad.

—¿Quién sabría dónde estoy?

—El personal autorizado y la autoridad competente.

—Eso es lo que dijeron en Umbral.

La letrada no se defendió.

—La diferencia es que existe control judicial, equipo profesional y posibilidad de revisión.

—¿Podría llamar a Clara?

—Según el régimen que se acuerde.

—¿Podría visitar a Daniel?

—Se organizaría.

—¿Y dormir con mi abuela cuando salga?

—Se valoraría su capacidad.

Nora miró al juez.

—Todo se valoraría después. Yo pregunto por esta noche.

Mónica Sanz presentó una alternativa: vivienda protegida gestionada por la entidad pública, con Adela como referente familiar cuando recibiera el alta, presencia profesional temporal y contacto diurno conmigo. Hasta entonces, Nora podría permanecer en una habitación hospitalaria próxima a la UCI con supervisión.

Mi abogado apoyó la propuesta. Yo no hablé hasta que me preguntaron directamente.

—¿Se compromete a respetar la medida, no retirar a Nora, no acceder a documentación ni hablar con ella sobre su futura declaración?

—Sí.

—¿Aunque considere que una decisión concreta es perjudicial?

La pregunta no era retórica.

—Utilizaré las vías legales para oponerme. No actuaré por mi cuenta.

El juez pidió que lo repitiera.

Lo hice.

Teresa informó de que no existían indicios actuales de que yo quisiera huir, pero sí antecedentes de operaciones clandestinas, acceso a identidades y desobediencia a controles. Recomendó supervisión real, no basada solo en mi compromiso.

—Estoy de acuerdo —dije.

Nora me miró. No esperaba que aceptara.

—¿Quieres decir algo? —preguntó el juez a su abogado.

Él consultó con Nora antes de responder.

—La menor pide que cualquier cambio de ubicación le sea comunicado antes de ejecutarse, salvo emergencia inmediata; que se le entregue por escrito quién conoce la dirección; que pueda contactar con su abogado y que la medida se revise cuando Daniel o Adela estén en condiciones de participar.

—¿Algo más? —preguntó el juez.

Nora levantó la mano, un gesto escolar que hizo que todos parecieran recordar su edad.

—No quiero que en el documento ponga que Clara no es mi madre. Tampoco que sí. Todavía no han decidido qué significa legalmente y yo sí la llamo así.

El juez tomó nota.

La resolución provisional evitó pronunciarse sobre filiación. Acordó protección pública temporal, ejecución en vivienda supervisada y mantenimiento de vínculos familiares conforme al interés y la voluntad expresada por Nora. Se designó una representación independiente y revisión en setenta y dos horas.

No era la solución que yo habría elegido.

Eso formaba parte de su valor.

Al terminar, Nora se acercó.

—Has dicho que no te escaparías conmigo.

—Sí.

—¿Es verdad?

—Sí.

—Aunque la casa sea horrible.

—Presentaremos una queja, pediremos revisión y buscaremos otra opción. No te sacaré a escondidas.

—Eso va a ser más lento.

—Sí.

—Odio que ahora lo lento sea lo correcto.

—Yo también.

La trasladaron aquella tarde a una vivienda discreta, no secreta para ella. Le entregaron una hoja con los nombres de responsables,

teléfonos y vías de reclamación. Mónica Sanz le enseñó cada habitación antes de cerrar la puerta.

A las nueve y cuarto, el juez ratificó por escrito lo acordado.

A las diez, la fotografía de Nora apareció sin pixelar en internet.

El sistema legal acababa de empezar a protegerla.

El mercado de la historia ya la había alcanzado.

92

A las nueve y cuarto recibimos la resolución de la comparecencia urgente: Nora permanecería temporalmente con mi madre.

Adela seguía hospitalizada, así que la medida se ejecutaría en una vivienda protegida con supervisión. Yo podía verla durante el día, pero no dormir allí. Daniel quedaba reconocido como referente afectivo, no como progenitor legal, hasta que se revisara la documentación.

Andrés no podía acercarse ni comunicarse.

—Es absurdo —dijo Nora al conocer la resolución—. La casa protegida pertenece a una administración cuyos datos Umbral podía consultar.

—Teresa ha pedido una ubicación fuera del circuito habitual —expliqué.

—Eso también es Umbral, solo que con papeles correctos.

—La diferencia son los controles y que puedes recurrir.

—¿En cuánto tiempo?

—No lo sé.

—La ley también usa esa respuesta.

La vivienda estaba en las afueras de Segovia. Dos habitaciones, cocina pequeña y ventanas con persianas de seguridad. Nora contó doce desde el coche hasta la puerta. No me lo dijo; vi sus labios moverse.

Adela fue trasladada por la tarde. Una agente llamada Raquel quedó asignada al exterior.

Yo debía presentarme en el juzgado para declarar. Teresa recomendó que llevara abogado. Luján consiguió uno especializado en delitos informáticos y protección de menores.

Se llamaba Samuel Ferrer. Su primera pregunta fue:

—¿Qué quiere proteger primero: su libertad, su relación con Nora o a las víctimas de Umbral?

—Las tres.

—No será posible maximizar las tres.

—No le he pedido que las maximice. Le he pedido que no utilice una para negociar las otras sin decírmelo.

—Bien. Entonces hablemos claro. Admitir la falsificación puede costarle prisión. Negarla es poco viable. Atribuir el diseño a Julia podría reducir responsabilidad, pero contradice sus propias grabaciones y la coloca como una persona manipulable, algo perjudicial para cualquier tutela futura.

—No voy a negarla.

—Cooperar puede favorecer una suspensión de condena si las penas y antecedentes lo permiten, pero hay demasiados delitos por concretar.

—¿Y Nora?

—Su vínculo afectivo pesa. También que usted la protegiera de un padre peligroso. Pero ocultarle su filiación y construir pruebas falsas puede considerarse un daño grave.

—Lo fue.

Samuel dejó el bolígrafo.

—No necesito que se acuse con entusiasmo. Necesito precisión. La culpa moral y la responsabilidad penal no son idénticas.

—Entendido.

Declaré durante seis horas.

Conté cómo nació Umbral, qué registros manipulé, quién participó, qué operaciones recordaba y cuáles aparecían en el Libro. Expliqué la noche de Marta sin mejorar mi papel. Admití también que había recogido el arma incautada a Baeza pese a la orden de Luján y que la había introducido en la instalación. Cuando me preguntaron por los diecisiete minutos, respondí que obedecí un protocolo, que

elegí sacar a Nora y que no sabía si una llamada inmediata habría salvado a mi hermana.

—¿Se considera responsable de su muerte? —preguntó el juez.

Samuel iba a objetar. Levanté una mano.

—No de la violencia que la causó. Sí de no haber pedido ayuda antes.

—¿Por qué falsificó la hora de fallecimiento?

—Daniel lo hizo. Yo lo supe y lo acepté.

—¿Para ocultar su demora?

—Para impedir que la policía investigara por qué yo estaba allí con una menor no registrada y descubriera Umbral. También para evitar que Andrés supiera que Nora había sobrevivido.

—¿Volvería a sacar a la menor de aquella casa?

La pregunta no era jurídica. Era una trampa moral.

—Sí. Pero llamaría a emergencias antes de entrar y no borraría después el nombre de Marta.

Al terminar, no me detuvieron. Impusieron retirada de pasaporte, comparecencias y prohibición de acceder a sistemas vinculados a Umbral sin supervisión.

Salí del juzgado al atardecer.

Había periodistas en la puerta.

Alguien había filtrado la historia.

Una mujer gritó:

—¿Es cierto que inventó una hija que no existía?

Otra:

—¿Dónde está la niña?

No respondí.

En todos los teléfonos aparecía el mismo titular:

LA NIÑA BORRADA: UNA RED CLANDESTINA FABRICÓ CIENTOS DE IDENTIDADES EN ESPAÑA.

Debajo había una fotografía de Nora saliendo del campamento.

Su cara no estaba pixelada.

93

La visibilidad fue otra forma de secuestro.

Durante años habíamos construido una vida para que Andrés no pudiera encontrar a Nora. En una mañana, su rostro circuló por periódicos, televisiones y redes sociales. Algunos medios la llamaban Sara. Otros, Nora. Uno publicó ambos nombres y la dirección aproximada de nuestro barrio en Madrid.

Las primeras imágenes procedían del campamento. Alguien había grabado la llegada de la Guardia Civil y conservaba un plano donde Nora aparecía al fondo días antes. El vídeo se publicó como prueba de que había estado allí, pero también reveló su rostro, la ropa y el entorno. La misma evidencia que combatía el borrado facilitaba localizarla.

Los medios construyeron cronologías con información incompleta. Confundieron a Marta con Clara, presentaron a Daniel como padre biológico y atribuyeron a Nora decisiones tomadas bajo amenaza. Cada corrección circulaba menos que el error. La historia pública empezó a adquirir una forma independiente de los hechos.

Especialistas, tertulianos y usuarios analizaron gestos de una niña que no conocían. Interpretaron su silencio como trauma, manipulación o culpabilidad familiar. Fotografías tomadas en momentos médicos se convirtieron en material para juzgar vínculos. La exposición transformaba signos privados en argumentos comerciales.

La protección tuvo que incluir retirada de contenidos, cambios de rutina y educación digital. No bastaba con ocultar una dirección. Había que enseñar a Nora cómo reconocer capturas, cuentas falsas y mensajes que fingían ofrecer apoyo. El mundo que negaba su existencia había pasado en horas a reclamar acceso total a ella.

Las imágenes se propagaron con versiones distintas. Algunas recortaban a Nora para eliminar a los agentes; otras ampliaban su rostro y añadían flechas, fechas o supuestos nombres. Un vídeo del campamento fue ralentizado para sugerir que una monitora la entregaba voluntariamente. Una cuenta anónima publicó un plano equivocado del barrio. Cada copia añadía información falsa y, al mismo tiempo, aumentaba el riesgo real.

Las redacciones competían por confirmar detalles que Umbral había manipulado durante años. Esa dificultad se convirtió en argumento para publicar más. Si los documentos no eran fiables, cualquier testimonio parecía equivalente. Personas que nunca conocieron a Nora analizaron su forma de caminar, su abrigo y la expresión con que salía del coche. La identidad que la red había ocultado era reemplazada por otra fabricada públicamente.

Teresa creó un registro de publicaciones para distinguir la preservación probatoria de la exposición innecesaria. Los abogados solicitaron retiradas y rectificaciones. Clara aprendió que proteger a Nora ya no significaba borrar resultados, sino conservar quién había difundido qué dato, cuándo y con qué fuente. La misma lógica de trazabilidad que había construido el Libro se aplicaba ahora al mercado de la historia.

Teresa consiguió retirar fotografías de varias páginas, pero cada eliminación generaba capturas nuevas. La historia tenía todos los elementos que el público necesitaba para convertir a una niña en personaje: madre falsa, padre acusado de asesinato, red secreta, jueza corrupta, documentos manipulados.

Nadie esperaba a conocer los hechos porque la incertidumbre no produce titulares tan eficaces como una frase absoluta.

Nora vio la noticia en la televisión de la vivienda protegida.

—Apágala —dijo Adela.

—No.

—No necesitas leer esto.

—Está hablando de mí.

—Precisamente.

—No voy a dejar que todos sepan lo que dicen de mí menos yo.

Le permitieron utilizar una tableta sin acceso a redes sociales. Un equipo de protección eliminó datos personales. Aun así, recibió un correo a través de su cuenta escolar:

SARA, TU PADRE ES INOCENTE. TU TÍA TE ROBÓ.

Otro:

ERES UNA MENTIRA.

Y uno más:

MI MADRE DESAPARECIÓ EN UMBRAL. DIME DÓNDE ESTÁ.

Nora me enseñó los mensajes cuando fui a verla.

—No sé qué contestar.

—No tienes que contestar.

—Puede que la madre de esa persona esté en el Libro.

—Teresa está creando un canal para familiares.

—¿Y si espera años?

—No puedes convertirte en la respuesta de todos.

—Eso hiciste tú.

—Y salió mal.

—También salvaste gente.

—Sí. Por eso es difícil. Si todo hubiera sido malo, cerrarlo no costaría.

Nora leyó de nuevo el mensaje.

—¿Puedo decirle que hay una investigación?

—Puedes, pero cualquier respuesta confirmará que la cuenta es tuya y probablemente se publique.

—Entonces no puedo hablar como yo.

—Ahora mismo, no sin riesgo.

—Eso se parece mucho a desaparecer.

No tuve una frase útil.

La filtración procedía de uno de los nueve destinos de la exportación. Iago juró que su equipo había protegido las

identidades. Teresa controlaba su copia. Quedaban siete periodistas. Uno había vendido o publicado sin comprobar.

Luján rastreó la primera carga. El archivo se había enviado desde una dirección asociada a un medio digital recién creado. El director figuraba en el árbol de pagos de Umbral.

—Andrés tenía un canal preparado —explicó—. El paquete incremental llegó a una cuenta comprometida y se publicó automáticamente.

—Nora eligió los destinos —dije.

—A partir del índice. No podía saber quién estaba comprado.

—Ella creerá que es culpa suya.

—Entonces no cometas el error de negarlo con una frase vacía. La decisión tuvo una consecuencia. No significa que sea culpable de la conducta del periodista.

La distinción importaba.

Esa tarde se la expliqué.

—Elegiste incluir esa dirección y la publicación salió de allí. Eso ocurrió —dije—. Pero el periodista decidió revelar tu rostro y tus datos. No eres responsable de su decisión.

—Podía haber comprobado mejor.

—Con once años, secuestrada y bajo un contador.

—Eso no cambia el resultado.

—No. Cambia la evaluación.

Nora permaneció en silencio.

—¿Tú te dices lo mismo sobre Marta? —preguntó.

—Estoy empezando.

INTERLUDIO XXII

MANUAL DE PUBLICACIÓN RESPONSABLE

Iago redactó el documento después de ver la cara de Nora en todas las pantallas.

1. Una persona menor de edad no se convierte en figura pública porque adultos hayan cometido delitos alrededor de ella.

2. Un nombre de origen puede ser un dato sensible aunque conste en un expediente judicial.

3. Publicar una dirección parcial puede permitir reidentificación cuando se combina con colegio, edad y fotografías.

4. La existencia de un interés público no implica que todo detalle satisfaga ese interés.

5. "Ya circula" no es una justificación; es una descripción del daño.

6. La urgencia competitiva no reduce la obligación de verificar.

7. Una víctima puede tener responsabilidad en una decisión sin dejar de ser víctima de las decisiones ajenas.

8. Las correcciones deben alcanzar difusión comparable al error.

9. Contar la historia de un sistema no exige convertir a la persona más vulnerable en su portada.

10. Cuando la fuente es una niña, la prioridad no es obtener más información. Es asegurar que alguien independiente protege su capacidad de decidir.

El periódico que publicó la fotografía aceptó retirar parte del contenido y emitir una disculpa. No pudo recuperar las copias.

Nora leyó el manual.

—El punto diez llega tarde —dijo.

—Sí —respondió Iago.

—¿Lo escribiste por mí?

—También por mí.

—No quiero ser el ejemplo de todos los cursos.

—No lo serás sin permiso.

—¿Y si usan el caso sin mi nombre?

—Te preguntaremos igualmente cuando puedan reconocerte.

—Eso parece mucho trabajo.

—La ética suele parecer ineficiente a quien estaba acostumbrado a decidir deprisa.

Nora añadió un punto once:

11. Si una historia trata sobre alguien que recupera el derecho a decidir, no publiques la historia sin preguntarle qué puede decidir sobre ella.

Iago lo incorporó.

94

El primer medio que retiró la fotografía tardó tres horas.

El segundo respondió que la imagen ya era de dominio público. El tercero la mantuvo porque consideraba que la identificación de Nora era esencial para comprender la dimensión del caso. Ninguna de las tres explicaciones preguntaba qué quería ella.

La solicitud llegó primero al departamento jurídico, después a la redacción y finalmente a la empresa que alojaba las imágenes. Cada paso exigió demostrar que Nora era menor sin divulgar más datos de los necesarios. La paradoja era constante: para retirar información privada había que aportar documentos cuya autenticidad seguía discutiéndose. Teresa creó un expediente separado con acceso restringido para evitar que la protección alimentara nuevas filtraciones.

Las plataformas respondían con procedimientos distintos. Algunas permitían bloquear una dirección concreta, pero no copias editadas. Otras exigían identificar cada publicación. Los usuarios cambiaban el encuadre, añadían texto o invertían la imagen para eludir filtros automáticos. La difusión no se comportaba como una noticia única. Era una colonia de versiones que se reproducían más rápido que las órdenes de retirada.

Un equipo registró capturas, enlaces, horarios y cuentas de origen. No todo contenido ofensivo constituía delito, pero algunas publicaciones revelaban datos reservados que solo podían proceder del hospital, el campamento o la investigación. La exposición pública empezó a producir evidencia sobre una segunda red: personas que comerciaban con información obtenida después del rescate.

Nora pidió que no se conservaran en su expediente todas las capturas. Quería que la investigación acreditara la difusión sin obligarla a ver cientos de veces su propio rostro acompañado de

teorías. Se almacenaron copias selladas fuera de su carpeta personal y un índice mínimo que ella podía consultar si alguna vez lo decidía.

Teresa solicitó medidas urgentes para limitar la difusión de datos personales de una menor y preservar las publicaciones como posible evidencia de revelación ilícita. Los abogados enviaron requerimientos. Algunas plataformas bloquearon copias; otras reaparecieron con filtros, comentarios y mapas falsos.

No existe un botón judicial que haga olvidar a internet.

Nora lo entendió antes que nosotros.

—No quiero que paséis el día persiguiendo cada cuenta —dijo—. Quiero saber qué podemos conseguir de verdad.

Su abogado enumeró opciones: retirada en medios identificables, desindexación de determinados resultados, protección reforzada en redes, denuncia de amenazas, prohibición de aproximación para personas concretas y cambio temporal de rutinas. Ninguna garantizaba invisibilidad.

—Entonces dejad de decir que vais a borrar la foto —respondió —. Decid que vais a reducir el daño.

Iago acudió a la vivienda supervisada con el borrador de su artículo. No llevaba cámara ni grabadora. Entregó a Nora todas las páginas y una lista separada de datos omitidos.

—¿Por qué has venido? —preguntó ella.

—Porque parte de la historia es tuya.

—Toda la historia me afecta. Eso no significa que sea mía para decidirla entera.

Iago aceptó la corrección.

—Quiero que revises solo lo relativo a ti, Marta y los detalles que puedan identificar a otras personas.

—¿Y si no quiero que publiques nada sobre mí?

—Tendré que valorar si existe interés público suficiente para contar algunos hechos sin identificarte. Pero no publicaré tu imagen, tu ubicación, tu colegio ni materiales personales.

—Eso no es darme control.

—No. Es reconocer que tienes derechos y que el periodismo también tiene una responsabilidad que no puede entregarse por completo a una fuente.

Nora leyó el artículo durante dos horas. Marcó frases.

"Una niña descubrió que toda su vida era falsa".

—No. Mi vida no era falsa. Había documentos falsos y adultos que mintieron.

"Clara Rivas la rescató de una red que ella misma había construido".

—Tampoco. Luján, Alicia, Inés, Adela, Daniel, Teresa y mucha gente hicieron cosas. Y Clara también era parte del problema.

"Una programadora prodigio de once años bloqueó el sistema".

—Esto es ridículo.

—Estoy de acuerdo —dijo Iago.

—Entonces ¿por qué está?

—Porque el editor cree que ayuda a que la gente siga leyendo.

—Dile que una niña no se convierte en prodigio porque los adultos la obliguen a resolver su desastre.

Iago tachó la frase.

Cuando llegaron a Marta, Nora dejó el bolígrafo.

—La llamas periodista asesinada.

—Lo fue.

—También era mi madre.

—¿Quieres que lo incluya?

—No sé. Si lo incluyes, todo el mundo sabrá que Andrés es mi padre biológico.

—Ya se ha publicado.

—Eso no significa que debas repetirlo.

Iago le explicó la diferencia entre confirmar un dato y amplificarlo, entre nombrar a un acusado por interés público y convertir a una menor en parte del titular. Propuso describir a Marta

como periodista y madre de una menor protegida sin identificar la relación completa en la apertura.

—¿Eso oculta que soy yo?

—No a quien ya conoce el caso. Reduce la exposición para quien llegue por primera vez.

—Entonces sí.

Nora creó las reglas de publicación que luego aparecerían en el capítulo: no imágenes, no nombres actuales de personas protegidas, no rutas, no escuelas, no detalles médicos innecesarios, no atribuir intenciones sin pruebas y distinguir entre lo que el Libro registraba y lo que la investigación confirmaba.

Iago añadió otra:

—No presentar la protección clandestina como un fracaso total. Hubo personas que sobrevivieron gracias a ella.

Nora pensó en Alicia e Inés.

—Y no presentarla como un éxito total porque algunas sobrevivieran.

—De acuerdo.

Afuera, dos periodistas esperaban frente a la vivienda. Uno gritó mi nombre cuando llegué. Otro preguntó a través de la verja si Nora quería recuperar su identidad verdadera.

Ella oyó la pregunta desde la ventana.

—¿Cuál creen que es? —dijo.

No contesté.

Aquella noche grabó un mensaje de audio para su abogado, no para publicarlo:

Mi nombre actual es Nora. No autorizo imágenes ni entrevistas. No quiero que nadie utilice la palabra verdadera para referirse a Sara ni falsa para referirse a Nora. Las dos pertenecen a mi historia. Ninguna persona que no sea yo puede declarar cuál me representa.

El mensaje se incorporó a las solicitudes de protección.

No detuvo la conversación pública.

Pero introdujo en el expediente algo que Umbral nunca había sabido conservar: la voluntad de la persona en el momento en que los demás decidían cómo contarla.

95

Teresa me tomó declaración formal dos días después, no en la habitación del hospital.

La sala pertenecía a la fiscalía y tenía una mesa, tres sillas, una cámara fija y un reloj sincronizado. Mi abogado se sentó a la derecha. Una funcionaria abrió el acta, comprobó que el audio llegara a los cuatro micrófonos, precintó mi teléfono y leyó mis derechos como investigada.

Teresa organizó la declaración por periodos. Primero mi trabajo en sistemas documentales. Después la creación de Umbral, el embarazo de Marta, Casa Cero, los años de crianza y los meses de seguimiento a Andrés. No permitió que saltara de una explicación moral a otra. Cuando intentaba justificar una acción mediante lo ocurrido después, volvía a la información disponible en el momento exacto de decidir.

El acta acumuló anexos: correos, facturas, capturas, notas manuscritas y diagramas de relaciones. Mi memoria se trató como una fuente más, no como el centro. Algunas afirmaciones encontraron confirmación inmediata. Otras quedaron marcadas como no verificadas. Varias resultaron incorrectas sin ser mentiras deliberadas. La distinción dolía porque demostraba que sinceridad y verdad no eran equivalentes.

Las pausas se registraron. También los documentos consultados y las correcciones. Mi abogado intervino cuando una pregunta podía convertir una interpretación técnica en admisión jurídica. La declaración no fue una confesión liberadora. Fue una construcción lenta de hechos capaces de sobrevivir a personas que, con razones distintas, intentarían simplificarlos.

Teresa no empezó por Marta.

Empezó por mi trabajo.

—Describa su función en Umbral sin utilizar palabras como proteger, salvar o desaparecer.

La instrucción me obligó a abandonar el vocabulario moral.

—Analizaba cómo se propagaban los datos personales entre sistemas públicos y privados. Diseñé procedimientos para crear documentación de tránsito, separar enlaces entre registros y detectar consultas que podían revelar una ubicación.

—¿Accedió a sistemas sin autorización?

—Sí.

—¿Alteró datos?

—Sí.

—¿Recibió dinero?

—Gastos y honorarios durante los primeros años. Después dejé de facturar.

—¿Conocía la existencia de identidades vendidas?

—No al principio. Supe que había operaciones no vinculadas a víctimas antes de la muerte de Marta, pero acepté la explicación de Julia de que financiaban la red.

—¿Comprobó esa explicación?

—No de forma suficiente.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba que el sistema siguiera siendo lo que yo creía haber construido.

Mi abogado no intervino. La pregunta era pertinente y la respuesta, voluntaria.

Teresa abrió un documento.

—Ciento ochenta y nueve operaciones aparecen asociadas a su identidad. ¿Reconoce todas?

—No. Algunas utilizaron mis credenciales o la identidad de Elena Vidal. Necesitaré revisar cada registro y las trazas externas.

—¿Reconoce alguna de las relacionadas con Nora?

—Sí. Participé en la creación de su identidad, la modificación de la fecha de nacimiento, la construcción del historial escolar y sanitario y la sustitución de fotografías familiares.

Pronunciarlo sin el argumento de Andrés, sin la muerte de Marta ni el miedo, volvió visible la magnitud.

—¿Quién decidió que usted figurara como madre?

—Yo lo propuse. Julia preparó la cobertura y Daniel firmó como padre.

—¿Existía resolución judicial que le atribuyera guarda, tutela, adopción o acogimiento?

—No.

—¿La madre biológica le entregó a la menor para que la criara como hija?

—Pidió que impidiera que Andrés la recibiera si ella moría o desaparecía. No pidió que borrara su maternidad ni que yo me atribuyera la mía.

Teresa dejó un silencio antes de continuar.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque creí que una familia visible y estable la protegería mejor que una cadena de identidades temporales. También porque acababa de perder a mi hermana y convertí la protección de Nora en una forma de justificar haberla elegido primero.

—Eso es una interpretación posterior.

—Sí.

—Necesito hechos de aquella noche.

Relaté el apartamento y, después, Casa Cero. La llamada. Los diecisiete minutos antes de llegar. La salida por el conducto. Daniel. Julia. La ambulancia. No afirmé que Marta hubiera muerto por la demora. Dije que seguía viva cuando me fui y que tardé en solicitar ayuda porque prioricé ocultar a la niña y evitar la intervención de autoridades que creía comprometidas.

—¿Quién le indicó que no llamara?

—Julia cerró las credenciales de Marta y ordenó verificar. Después me dijo que Andrés podía interceptar la respuesta. Daniel insistió en asegurar primero la salida.

—¿Fue obligada físicamente?

—No.

—¿Podía haber llamado?

—Sí.

La respuesta quedó en la sala.

Teresa pasó a los últimos seis meses. Expliqué las cajas, los seguimientos a Andrés, el uso de Elena Vidal, la medicación y el plan para obligarlo a mover su copia. Mi abogado pidió una pausa cuando empezamos a hablar de accesos concretos a sistemas. No para impedir la declaración, sino para diferenciar qué podía aportar de inmediato para proteger vidas y qué requería revisión técnica para no atribuirme acciones ajenas.

Durante el descanso, Teresa permaneció en la sala.

—Podría haber hablado con nosotros hace seis meses —dijo.

—No sabía quién era "nosotros".

—Podría haber presentado una denuncia con su abogado.

—Creí que Julia interceptaría cualquier trámite.

—Y decidió sustituir una investigación pública por una operación personal.

—Sí.

—No espere que la utilidad del resultado convierta el método en legítimo.

—No lo espero.

Teresa me observó.

—Todavía lo hace. Cada vez que explica que no confiaba en la autoridad, espera que entendamos la necesidad.

—Era real.

—La desconfianza podía ser razonable. La conclusión de que solo usted podía actuar no lo era necesariamente.

La distinción era el centro de todo.

Reanudamos la declaración. Entregué las claves que recordaba, identifiqué nodos y expliqué qué partes del Libro podían contener riesgos activos. No accedí yo misma a los sistemas. Un equipo pericial ejecutaría cualquier comprobación y registraría cada paso.

Al final, Teresa preguntó:

—¿Quiere añadir algo?

Pensé en pedir que Nora permaneciera conmigo, explicar que Daniel estaba hospitalizado y que Adela era la única familia biológica disponible. Esas cuestiones pertenecían a otro procedimiento.

—Sí. Quiero que conste que Nora no diseñó Umbral, no participó voluntariamente en sus operaciones y actuó en la fábrica bajo peligro. Cualquier registro que la denomine operadora o clave debe tratarse como una descripción del sistema, no como una función asumida por ella.

—Constará.

—Y quiero colaborar en la reparación sin conservar acceso unilateral.

—Eso no se decide aquí.

—Lo sé.

La declaración duró siete horas. Al salir, no me sentí liberada. La verdad no había limpiado nada. Había convertido recuerdos, decisiones y excusas en hechos que otros podrían contrastar y discutir.

Era menos cómodo que una confesión.

Y mucho más útil.

96

Julia pidió hablar conmigo al tercer día.

Estaba ingresada bajo custodia por quemaduras en las manos y una lesión en el brazo. Teresa se opuso al encuentro. Mi abogado también. Acepté con grabación y presencia de ambos.

La habitación de custodia tenía una puerta de cristal, dos agentes y un sistema de grabación duplicado. Julia permanecía unida a la cama por una sujeción larga que le permitía incorporarse sin alcanzar la salida. Las vendas cubrían las quemaduras, pero sus dedos seguían moviéndose como si escribieran sobre una mesa invisible. Incluso herida, organizaba información.

El encuentro quedó autorizado por cuarenta minutos, con grabación y sin intercambios fuera de acta. Julia había intentado condicionar datos a decisiones sobre Nora. Antes de entrar, Teresa y mi abogado dejaron claro que yo no podía comprometer protección, visitas, beneficios penales ni acceso a expedientes. La conversación no podía convertirse en una negociación procesal.

Julia observó mis lesiones antes de mirar mi rostro. Reconstruía el enfrentamiento mediante señales corporales. Yo hice lo mismo con ella: quemaduras en ambas manos, herida del brazo, una marca de presión en el cuello. Habíamos aprendido a leer cuerpos como registros y seguíamos haciéndolo incluso cuando el sistema que nos enseñó estaba bajo custodia.

La información sobre la facultad de revocación apareció como un dato técnico, pero Julia la utilizó para reordenar la historia. Presentó el cierre de Nora como intento de evitar que una niña activara un mecanismo peligroso. La explicación contenía una parte cierta y ocultaba la principal: Umbral había preferido secuestrarla antes que permitir que su consentimiento limitara el poder de los adultos.

Julia parecía más pequeña sin su traje, su arma y sus habitaciones preparadas. Llevaba vendas hasta los codos. Aun así, su mirada seguía midiendo salidas.

—La filtración no fue de Andrés —dijo.

—Luján la ha rastreado a un medio de su red.

—El director cobraba de Baeza, no de Andrés.

—La diferencia importa poco.

—Importa porque Baeza tenía un seguro. Si Umbral caía, publicaría un expediente visible para demostrar que poseía el resto.

—Eligió a Nora.

—Era el expediente que más dañaba a todos los niveles: a ti, a Daniel, a mí, a Andrés y a la credibilidad de la red.

—¿Quedan más copias?

Julia miró a Teresa.

—Sí.

—¿Cuántas?

—No lo sé.

—No te creo.

—Por primera vez, esa es la respuesta correcta. La arquitectura se fragmentó hace años. Cada operador conservó garantías. Pagos, nombres parciales, identidades. El Libro era la única forma de unirlas.

Teresa intervino:

—¿Qué propone?

—Un periodo de cierre controlado. Contactar con cada identidad activa, evaluar exposición y trasladar las comprometidas.

—Dirigido por usted —dije.

—Dirigido por quien entienda el sistema.

—Eso ha terminado.

—Entonces morirán personas por la incompetencia de quienes aprendan.

—Quizá. También murieron por tu competencia sin control.

Julia sostuvo mi mirada.

—Cuarenta y ocho cierres forzados no significan cuarenta y ocho asesinatos.

—¿Cuántos?

No respondió.

—¿Cuántas personas entregaste a sus agresores para proteger la red?

—Tres.

Teresa dejó de escribir.

—Nombres.

—Están en el archivo sellado.

—Los recuerda.

—Sí.

—Dígalos.

Julia cerró los ojos. Pronunció tres nombres. Dos mujeres y un hombre que había colaborado con una investigación de trata. En cada caso, Andrés amenazó con publicar decenas de identidades. Julia eligió entregar una persona.

—¿Murieron? —pregunté.

—Dos. La tercera sobrevivió.

—¿Cómo puedes sentarte y hablar de continuidad?

—Porque después de cada entrega la red siguió salvando a otras. Si acepto que aquellas decisiones invalidan todo, convierto sus muertes en nada.

—No. Las conviertes en crímenes. Lo que salvaste no desaparece porque respondas por lo que destruiste.

Julia me miró como si la frase estuviera en un idioma que comprendía pero nunca había utilizado.

—Marta decía algo parecido.

—Marta está muerta.

—Y tú sigues creyendo que morir da la razón.

—No. Los documentos te la quitan.

Teresa pidió la ubicación de las copias conocidas. Julia entregó cinco nodos, dos operadores y una caja física en Lisboa. A cambio solicitó protección para treinta y cuatro identidades expuestas.

—No es un intercambio —dijo Teresa—. Colaborar reducirá riesgos, no borra responsabilidades.

Julia sonrió apenas.

—Está aprendiendo.

Antes de que terminara la reunión, me llamó por mi nombre.

—Clara.

Me volví.

—Nora no era solo un nivel cinco porque validaba tu identidad. Marta la registró como heredera del cierre. Cuando cumpliera doce años, el sistema debía transferirle capacidad de revocar cualquier identidad creada a partir de su expediente.

—¿Por qué?

—Marta quería garantizar que su hija pudiera recuperar su nombre sin pedir permiso.

—Cumple doce en agosto, según su fecha real.

—Sí.

—Por eso el cierre estaba programado antes.

Julia no respondió.

Comprendí.

No habían activado CERO solo porque Nora encontrara el Libro. Lo habían hecho porque, en menos de un mes, obtendría una facultad que ni Julia ni Andrés podían controlar.

97

Después de la entrevista con Julia, pedí que Nora no conociera inmediatamente la existencia de la facultad de revocación.

Teresa me miró en silencio.

—Quiero comprobar primero qué es —aclaré—. Julia puede estar manipulando otra vez.

—Eso es razonable como medida de verificación —dijo mi abogado—, siempre que no se utilice para aplazar indefinidamente una información que afecta directamente a Nora.

La frase marcó la diferencia. Verificar no era apropiarse del momento.

Teresa solicitó al juzgado la preservación de los registros relacionados con la ventana de decisión y propuso un equipo técnico independiente. La medida se acordó con carácter urgente y yo no tendría acceso directo. Julia entregó una descripción: al cumplir doce años según la fecha real, Nora podría revocar autorizaciones de continuidad, solicitar contacto con identidades de origen y decidir qué vínculos del expediente permanecían activos. El mecanismo no cambiaba por sí solo documentos públicos; generaba instrucciones y pruebas para revisar cada operación.

La petición reprodujo en una frase el problema central de nuestra familia. Yo poseía información que afectaba a Nora, consideraba que podía protegerla retrasándola y buscaba una autoridad que validara esa demora. La diferencia respecto al pasado era que Teresa no aceptó mi intención como justificación suficiente.

Se convocó una reunión con el abogado de Nora, la psicóloga y la entidad de protección. Analizaron el contenido, el riesgo de manipulación y la cercanía de su cumpleaños. No debatieron si la menor era lo bastante madura en abstracto. Debatieron qué apoyos

necesitaba para comprender una decisión diseñada por adultos y convertida en arma por otros.

El mecanismo se explicó mediante escenarios, no mediante código. Recuperar la identidad de nacimiento podía afectar registros, relaciones y seguridad. Mantener la actual no borraba el origen. Crear otra abría problemas legales y emocionales. Ninguna opción resolvía el pasado. Nora debía saber que también podía aplazar la elección mientras se revisaba el sistema.

Mi impulso inicial era presentar la información cuando ya tuviera una recomendación preparada. Renunciar a ese control significó soportar que Nora se enfadara antes de que yo pudiera ofrecer una solución. La transparencia no resultó más cómoda que el secreto. Resultó menos peligrosa.

—¿Por qué Marta lo programó para los doce? —pregunté.

Julia estaba sentada en la cama, con las manos vendadas.

—Porque creía que a esa edad su hija podría comprender la diferencia entre protección y propiedad.

—Tenía dieciséis días cuando murió. No podía saber cómo sería a los doce.

—No diseñó una respuesta. Diseñó una pregunta.

—Y tú intentaste cerrar su identidad antes de que llegara.

—Sí.

—¿Por qué?

Julia miró la cámara que grababa el encuentro.

—Porque la revocación no afectaba solo a Nora. Su expediente era la primera raíz. Si ella invalidaba la continuidad de Clara, obligaba a revisar todas las operaciones construidas con esa arquitectura. Podía exponer falsedades, ventas y también identidades protegidas.

—Podíais haber preparado la revisión.

—Durante once años intenté separar lo que podía abrirse sin derrumbarlo todo.

—No. Durante once años evitaste que alguien distinto decidiera.

Julia no respondió.

—¿Andrés conocía la ventana?

—Sabía que existía una condición futura. No la fecha exacta hasta que Baeza accedió al expediente.

—Por eso se movió un mes antes.

—Sí.

—Y por eso tú activaste CERO.

—Sí.

Cada sí era información y estrategia. Julia colaboraba porque comprendía que el sistema había caído y necesitaba influir en la forma de reconstruirlo.

—¿Qué esperabas que ocurriera con Nora después? —pregunté.

—Una identidad nueva, fuera del alcance de Andrés, y la ventana anulada por imposibilidad técnica.

—¿Conmigo?

—Si aceptabas desaparecer. Sin ti si no.

—¿Y Daniel?

—No era necesario para la raíz.

La frialdad me produjo una ira tardía.

—Era su padre.

—Era un vínculo afectivo construido sobre documentación falsa.

—Como mi maternidad.

—Sí.

Julia no iba a protegerme de la equivalencia.

—Entonces ¿por qué yo sí podía ir?

—Porque el sistema te necesitaba. Y porque sabía que, si te ofrecía permanecer con Nora, aceptarías casi cualquier otra condición.

Ahí estaba su método reducido a una frase. No negaba el amor. Lo utilizaba como palanca.

—¿Te arrepientes? —pregunté.

Mi abogado movió ligeramente la mano. La pregunta no era útil para la investigación.

Julia contestó de todos modos.

—Me arrepiento de haber permitido que la red dependiera de chantajes y excepciones. Me arrepiento de Marta. Me arrepiento de no haber cerrado a Andrés cuando todavía podía hacerlo.

—Eso no responde a Nora.

—No sé arrepentirme de mantener viva a una niña.

—Nadie te pide eso. Te preguntan por secuestrarla y borrar su decisión.

Julia apoyó la cabeza en la almohada.

—Entonces sí.

No supe si creerla. Ya no tenía que decidirlo sola.

Al salir de la habitación, Teresa me entregó una copia del acta. La declaración de Julia sería contrastada con registros, mensajes y testimonios. No se convertiría en verdad por haber sido pronunciada con claridad.

—¿Cuándo se lo diremos a Nora? —pregunté.

—Cuando el equipo confirme que la ventana existe y podamos explicarle qué permite, qué no y qué riesgos hay. Con su abogado y apoyo psicológico. No como una revelación que deba resolver en el momento.

—Cumple doce en menos de un mes.

—Entonces tenemos menos de un mes para prepararnos sin volver a preparar su respuesta.

Aquella tarde le dije a Nora que Julia había aportado información sobre su expediente que estaba siendo verificada y que la afectaría directamente.

—¿Qué información? —preguntó.

—Todavía no sabemos si funciona como dice.

—Nora sigue dentro.

—Existe una posibilidad de que Marta dejara una forma para que tú decidieras qué hacer con tu identidad cuando cumplieras doce.

Estamos comprobando el alcance.

Nora me observó.

—¿Querías esperar para decírmelo?

—Sí.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque verificar una herramienta no exige ocultar que existe.

—Bien.

—¿Estás enfadada?

—Todavía no sé por qué parte estoy más enfadada.

Era una respuesta que yo nunca habría sabido dar a los once años.

98

Andrés negó su confesión.

Afirmó que estaba herido, amenazado y bajo manipulación tecnológica. Su abogado sostuvo que los vídeos podían haber sido alterados por la misma mujer capaz de fabricar una identidad completa. Era la defensa inevitable: mi capacidad técnica convertía cualquier prueba en sospechosa.

La defensa solicitó peritajes sobre cada vídeo, audio y archivo. Los especialistas analizaron continuidad de imagen, ruido de sensores, marcas de compresión y sincronización con cámaras corporales. Ninguna prueba se aceptó por su apariencia. La investigación necesitaba demostrar que las piezas procedían de dispositivos concretos y no habían sido generadas después.

La voz de Andrés en la fábrica se comparó con grabaciones oficiales, pero el análisis acústico no se presentó como identificación absoluta. Se utilizó junto a imágenes, testimonios y posición de teléfonos. La fuerza surgía de la convergencia. El mismo enfoque se aplicó a la grabación de Marta: timbre, ruido de fondo, soporte, fecha y personas que la reconocían.

Los dispositivos de Clara fueron examinados por un equipo que no conocía el contenido del caso más allá de lo necesario. Se clonaron soportes, calcularon hashes y conservaron originales sin encender. La capacidad técnica de Clara no anulaba la evidencia, pero exigía controles capaces de demostrar qué había tocado y qué no.

La estrategia de Andrés dependía de convertir toda sofisticación en duda. Si el sistema era complejo, afirmaba que podía falsificarse. La respuesta no consistió en prometer invulnerabilidad. Consistió en mostrar procesos independientes, registros externos y errores que una fabricación perfecta habría evitado.

Teresa necesitaba corroboración independiente.

La encontró en la llamada original de Marta.

Durante años, la cinta había permanecido dentro de la grabadora de la consigna. El transmisor añadido por alguien de Umbral había modificado el aparato, pero el soporte magnético era antiguo. Un laboratorio confirmó que no existían cortes posteriores y que las voces correspondían a Marta y Andrés.

En la grabación se oía algo que ninguno de nosotros había detectado en las reproducciones rápidas: un reloj de pared marcando cuartos y la voz de Andrés al fondo.

—Dime dónde está la niña.

Marta respondía:

—No volverás a tocarla.

Después, un golpe.

La grabación continuaba casi inaudible durante nueve minutos. Andrés hablaba por teléfono con alguien. El laboratorio amplificó.

—La lista está dividida. Julia no tiene la raíz. Clara vendrá. Sí. Si saco a la niña, negociará.

La otra voz no se escuchaba, pero la llamada quedó registrada en la antena de la zona. El número pertenecía a Baeza.

No fue una pelea que salió mal. Andrés fue a buscar a Nora y utilizarla para obtener el Libro.

El juez ordenó prisión provisional por homicidio, tentativa de secuestro, pertenencia a organización criminal y otros delitos. La filiación biológica no le daba ningún derecho inmediato sobre Nora.

Cuando Teresa me informó, yo estaba en la UCI junto a Daniel.

Había despertado. No podía hablar mucho, pero insistió en conocer cada detalle.

—¿Nora? —preguntó.

—Con Adela. Segura dentro de lo posible.

—¿Sabe que estoy despierto?

—Viene esta tarde.

—¿Y tú?

—Investigada, sin detener.

—Lo siento.

—No vuelvas a usar esa frase para cerrar una conversación.

Daniel intentó sonreír.

—No puedo discutir con un tubo en el pecho.

—Ventaja temporal.

Le conté la facultad de revocación que Marta dejó a Nora.

—Por eso Julia adelantó el cierre —dijo—. Si Nora cumplía doce, podía reactivar Sara Galván y exponer el vínculo.

—O revocar Nora Rivas.

—¿Qué hará?

—No lo sé. No voy a preguntárselo hasta que entienda las opciones.

Daniel miró el techo.

—Tendremos que decirle algo más.

—¿Qué?

—La hora de muerte de Marta. No la cambié solo para proteger a Umbral.

Esperé.

—El informe preliminar situaba la muerte entre las tres y veinte y las tres y cuarenta. Clara, tú llegaste a las tres y veintinueve. Si dejábamos la hora, la fiscalía investigaría por qué te fuiste con la niña sin prestar ayuda. Yo la adelanté a las tres.

—Eso ya lo sé.

—No todo. Alteré también el informe médico-forense preliminar para reducir la posibilidad de que se considerara homicidio. Eliminé referencias a una segunda compresión cervical.

—¿Segunda?

—Había dos patrones. Uno compatible con el forcejeo inicial. Otro posterior, más corto.

—Andrés volvió.

—O alguien más estuvo allí después de que tú salieras.

La habitación quedó en silencio.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque no estaba seguro y porque el informe original desapareció. Solo conservé una fotografía.

—¿Dónde?

—En el acuerdo que entregué a Julia.

La fotografía del cementerio mostraba a Daniel entregándole un sobre seis meses atrás.

—Julia tiene la única prueba de que Marta pudo ser atacada de nuevo después de que yo me fuera.

99

La noticia de la segunda lesión cambió la investigación.

Julia afirmó que no había vuelto al apartamento de Marta. Baeza dijo lo mismo. Andrés sostuvo que se marchó después del forcejeo y no regresó. Las cámaras del edificio habían sido destruidas por el incendio.

La autopsia original describía una sola caída y lesiones compatibles con el impacto contra una mesa. La reconstrucción del Libro mostraba una intervención posterior y un traslado parcial del cuerpo. La diferencia obligó a revisar fotografías, llamadas y tiempos de asistencia. Lo que parecía una incoherencia menor se convirtió en la posibilidad de dos episodios separados.

Los nuevos propietarios del piso habían conservado una puerta antigua en el trastero. En el canto aparecía una marca que coincidía con la altura de la segunda lesión. La pieza no conservaba material biológico útil, pero permitía verificar geometría. El edificio reformado todavía guardaba elementos capaces de contradecir el informe alterado.

El sobre entregado por Daniel a Julia podía contener la copia del parte de Elena, fotografías o una instrucción. La investigación reconstruyó el trayecto del sobre mediante cámaras de tráfico y pagos. No apareció su contenido, pero la entrega probaba que Julia recibió información después de haber afirmado que no participó en la fase final.

La muerte de Marta dejó de ser una escena única. Empezó a entenderse como una secuencia: agresión, llamada, llegada de Clara, intervención de Elena, retirada de pruebas y modificación institucional. La responsabilidad podía distribuirse sin diluirse.

El sobre entregado por Daniel no apareció entre los objetos incautados a Julia.

—Lo guardé en un depósito externo —declaró—. Era un seguro frente a Andrés.

La dirección condujo a una caja vacía.

Alguien se había adelantado.

Durante cuarenta y ocho horas, Teresa consideró que existía un segundo agresor. Los medios convirtieron la posibilidad en certeza. Titulares: ¿QUIÉN REMATÓ A MARTA RIVAS? La formulación era brutal y no estaba demostrada.

Iago pidió verme.

Seguía ingresado, pero trabajaba desde la cama con dos portátiles. Había publicado una investigación extensa sobre Umbral sin nombres de salida ni datos de Nora. El texto comenzaba con Nuria, la primera mujer ayudada, y terminaba con los cierres forzados.

—Tienes que leer esto —dijo.

Me mostró una copia digital del informe forense original. Había aparecido en uno de los paquetes enviados por Nora.

La segunda compresión no era posterior.

El patólogo describía dos zonas superpuestas producidas por la misma mano en momentos cercanos. Andrés pudo soltar y volver a apretar durante el forcejeo. Daniel había interpretado la fotografía sin el contexto completo.

—Julia separó la imagen del informe —dije.

—Para conservar una amenaza contra Andrés. Mientras él creyera que podía acusarlo de un segundo ataque, mantenía margen.

—Y Daniel creyó once años que alguien volvió después de que yo saliera.

—Sí.

—¿Por qué no apareció en la exportación pública?

—Nora lo marcó como revisión necesaria. El algoritmo lo envió solo a Teresa y a mí.

La tercera capa. La categoría que una niña había añadido porque los adultos tendíamos a convertir dudas en acusaciones.

—No hubo un segundo agresor —dije.

—No según la evidencia disponible.

—Andrés sigue siendo responsable.

—Sí. Pero no de una historia más espectacular porque nos resulte útil.

Iago cerró el documento.

—Voy a publicar la corrección antes de que otro medio convierta la hipótesis en una serie de televisión.

—Perderás impacto.

—Ganaré exactitud. Marta me despediría si hiciera lo contrario.

Miré el vendaje de su hombro.

—¿Por qué le dijiste a Nora que se reuniera contigo?

—No se lo dije. Le pedí que hablara contigo. Ella insistió en entregar pruebas sin que supieras. Yo acepté porque temía que las destruyeras.

—No confiabas en mí.

—No.

—¿Confías ahora?

—Confío en que elegiste a Nora cuando podías conservar el Libro. No sé qué harás cuando el peligro sea menos visible.

La objeción era más valiosa que un perdón.

—Yo tampoco.

—Bien.

Antes de irme, Iago me entregó una copia impresa de su artículo.

El título no mencionaba a la niña borrada ni a la madre falsa.

Se llamaba LAS VIDAS QUE UN SISTEMA SE CREYÓ CON DERECHO A ADMINISTRAR.

—Nora debería leerlo cuando quiera —dijo.

—Se lo daré. Ella decidirá.

100

Teresa solicitó una inspección judicial del piso. El edificio llevaba once años reformado, pero la distribución principal se conservaba. Los nuevos propietarios salieron durante una mañana. La Policía Judicial instaló luces, reglas de escala y un escáner tridimensional. No buscaban ADN milagrosamente intacto. Buscaban comprobar qué versiones eran físicamente posibles.

El escáner fijó paredes, puertas, alturas y líneas de visión. Los peritos compararon la nube de puntos con planos catastrales, fotografías de la aseguradora y medidas de los elementos que habían sobrevivido: el marco de una puerta, parte del suelo y una barandilla interior. El modelo no pretendía reproducir cada segundo; limitaba los movimientos compatibles con el espacio.

Daniel acudió como investigado y testigo técnico, acompañado por su abogado. Todavía necesitaba ayuda para caminar y se enfadaba cada vez que alguien intentaba dársela. Adela pidió asistir. Teresa se negó al principio y después permitió que permaneciera en el rellano, fuera del área de trabajo.

Yo no debía estar allí. La fiscal me citó porque mi recuerdo de aquella noche podía orientar la posición de objetos, pero dejó claro que no se trataba de una reconstrucción terapéutica.

—No estamos aquí para que usted recuerde mejor —dijo—. Estamos aquí para comprobar qué parte de lo que recuerda puede contrastarse.

El apartamento parecía más pequeño que en mi memoria. La puerta de la cocina había cambiado. El pasillo seguía siendo demasiado estrecho para dos personas enfrentadas. La mesa contra la que Marta se golpeó ya no existía, pero el plano catastral y las fotografías de la aseguradora permitieron colocar una réplica de las mismas dimensiones.

Un especialista leyó las conclusiones sin dramatizarlas.

—La primera lesión es compatible con compresión manual anterior o simultánea a la caída. La segunda zona no implica necesariamente una agresión posterior. Puede producirse al deslizarse el cuerpo contra un borde mientras existe presión sobre el cuello.

Andrés había declarado que soltó a Marta antes de que ella cayera.

La geometría no lo apoyaba.

Las imágenes originales también conservaban sombras, posición de muebles y distribución de manchas. Esos datos apoyaban dos mecanismos lesivos dentro de un mismo forcejeo continuo: el golpe de la caída y una presión que no había cesado todavía. No exigían la presencia de un segundo agresor. Sí contradecían que Andrés hubiera soltado a Marta antes de que cayera.

Para que la nuca golpeara donde mostraba la fotografía y la segunda compresión se produjera en el canto de la mesa, alguien debía mantener una fuerza descendente durante parte de la caída. No bastaba con un empujón y un accidente independiente. Tampoco probaba por sí solo intención homicida. Sí contradecía la versión de una separación previa.

Daniel permanecía inmóvil junto a la pared.

—Yo interpreté dos tiempos porque necesitaba que hubiera otro agresor —dijo.

Su abogado le pidió que no continuara.

—No estoy declarando sobre hechos nuevos. Estoy explicando mi error técnico.

—Y puede perjudicarle —respondió el abogado.

—Ya perjudicó a otros cuando lo convertí en informe.

El especialista no aceptó ni rechazó la confesión moral.

—Su primera anotación decía "dos mecanismos posibles". En la copia enviada al juzgado quedó "lesión secundaria *post mortem*". ¿Quién cambió la expresión?

—Yo.

La utilidad de su explicación no reducía su responsabilidad. El conocimiento con el que había alterado el informe servía ahora para desmontarlo, pero cada afirmación se contrastaría con versiones recuperadas y peritos independientes. La reconstrucción conservaría probabilidades y límites; esa cautela la hacía más resistente que una certeza fabricada.

—¿Por indicación de Clara Rivas?

Daniel me miró. Durante once años habíamos repartido responsabilidades como si el reparto pudiera reducirlas.

—Clara me pidió que impidiera que la investigación condujera hasta la niña. No me dictó esa frase. La elegí yo.

Teresa anotó.

La cinta aportó el resto. El laboratorio separó frecuencias, eliminó el ruido del motor de la grabadora y comparó los golpes con el reloj de pared. A las 03:16 se oía la discusión. A las 03:18, el impacto. Después, durante cuarenta y siete segundos, la respiración de Marta continuaba irregular. Andrés no llamó a emergencias. Llamó a Baeza.

El laboratorio contrastó el intervalo con fluctuaciones de la red eléctrica grabadas en la cinta, el paso de un camión de recogida, telefonía, pagos de aparcamiento y cámaras de calles cercanas. Ninguna fuente había sido creada para investigar el homicidio y ninguna soportaba por sí sola la conclusión. Juntas reducían el margen de invención.

La voz amplificada llenó el piso.

—Se ha caído. No responde bien.

Baeza preguntó algo ininteligible.

—No, todavía respira.

Otra pausa.

—La niña no está. Clara vendrá por ella.

Cuando escuché mi nombre, el cuerpo recordó antes que la cabeza. Tuve que apoyar una mano en la pared.

Teresa detuvo el audio.

—¿Necesita salir?

—No.

—No es una prueba de resistencia.

—Lo sé. Quiero oírlo completo.

La llamada duró dos minutos y once segundos. Baeza ordenó a Andrés que abandonara el piso, retirara el teléfono de Marta y dejara la puerta sin cerrar. Prometió enviar a alguien para "limpiar el enlace". No constaba que esa persona llegara. Los registros de antenas situaban el teléfono de Baeza lejos de Madrid. La hipótesis más sólida era más simple y peor: Andrés dejó a Marta con vida sin pedir ayuda porque encontrar a la niña y el Libro le importaba más que salvarla.

No hacía falta un segundo asesino.

Tampoco hacía falta convertir una omisión en un gesto abstracto. Durante los minutos en que Marta todavía respiraba, Andrés eligió negociar.

Adela oyó la grabación desde el rellano. Cuando salí, estaba sentada en el suelo con la espalda contra la pared.

—¿Murió sola? —preguntó.

—Sí.

—¿Sufrió?

No tenía derecho a protegerla con una mentira y tampoco a ofrecer detalles que no conocía.

—Respiró durante varios minutos. No sabemos qué conciencia tenía.

Mi madre cerró los ojos.

—Durante años imaginé que tú llegabas tarde por poco.

—Llegué diecisiete minutos después de su llamada.

—Eso también es por poco para una madre.

Daniel apareció con su abogado. Adela lo miró sin levantarse.

—Tú sabías que el informe no era verdad.

—Sí.

—¿Y me dejaste llevar flores a una muerte inventada?

—La muerte no era inventada.

—No uses precisión médica para esconderte.

Daniel aceptó el golpe sin apartar la vista.

—Te dejé creer que no podía saberse nada más porque tenía miedo de que cada pregunta condujera a Nora.

—Y ahora sabemos que las preguntas habrían conducido a Andrés.

—Sí.

Mi madre se incorporó con dificultad. No lo perdonó. Tampoco le pidió que desapareciera.

Teresa salió la última del piso.

—La defensa discutirá la calidad de la reconstrucción —dijo—. Alegará degradación del soporte, contaminación del escenario y sesgo de los investigadores. Necesitamos algo más que una historia técnicamente convincente.

—¿Qué falta?

—Corroborar que la llamada a Baeza ocurrió, que Andrés retiró el teléfono y que Marta no recibió asistencia. Registros, pagos, movimientos. Ninguna pieza debe cargar con toda la verdad.

En Umbral habíamos construido identidades con la lógica contraria: una sola credencial debía bastar para que todas las demás parecieran ciertas.

La justicia avanzaba más despacio porque desconfiaba incluso de aquello que encajaba.

Por primera vez, esa lentitud no me pareció una debilidad.

101

Iago corrigió su artículo tres veces después de publicarlo.

La primera corrección fue técnica: había descrito el Libro como una base de datos centralizada cuando, en realidad, las piezas se distribuían entre nodos y solo algunas claves permitían reconstruir relaciones. La segunda fue jurídica: escribió que una resolución había sido anulada y el tribunal precisó que estaba suspendida cautelarmente. La tercera afectaba a Nora.

La redacción creó un registro visible de modificaciones. Cada cambio incluía hora, motivo y versión anterior. Iago quería impedir que las correcciones desaparecieran como si el error nunca hubiera existido. La transparencia no reparaba el daño inicial, pero permitía que los lectores vieran cómo se había construido la información.

El artículo separó hechos acreditados, acusaciones y contexto. Las palabras red, secuestro y madre se revisaron con especial cuidado. Nombrar a Clara como madre describía una relación real y podía ocultar la filiación de Marta; llamarla tía describía un dato biológico y negaba once años de crianza. Iago explicó esa tensión en lugar de elegir una etiqueta que resolviera el conflicto.

La sección visual retiró diagramas que conectaban personas protegidas. Aunque los nombres estuvieran ocultos, las fechas y lugares podían permitir reidentificación. Se sustituyeron por esquemas genéricos. La claridad informativa tenía que ceder ante el riesgo concreto de localizar a alguien.

Nora revisó solo el párrafo que la describía. Eliminó referencias a su valentía y a su capacidad informática excepcional. No quería que la historia justificara lo ocurrido porque ella hubiera sabido responder. Una víctima no debía demostrar talento para merecer protección.

Un párrafo afirmaba que la menor había sido secuestrada al nacer por su tía. La frase no era suya. Procedía de una agencia que resumió el caso y apareció en la versión sindicada de varios medios.

Iago solicitó la retirada inmediata. Dos periódicos cambiaron "secuestrada" por "sustraída". Otro añadió "presuntamente". Ninguno preguntó a Nora qué término describía lo ocurrido.

—No quiero que pongan protegida —dijo cuando leyó las opciones—. Parece que todo estuvo bien. Tampoco secuestrada, porque Marta se la dio a Clara. ¿No pueden escribir lo que pasó?

—Necesitan un titular corto —respondió Iago.

—Eso es su problema.

Convocó a los responsables de los medios que habían recibido los paquetes de la fábrica. No era una rueda de prensa. Nora no asistió. Patricia envió por escrito cuatro hechos autorizados: Marta entregó a la bebé a Clara durante una situación de peligro; la filiación posterior se construyó con documentos falsos; Nora fue criada sin conocer su origen; y cualquier calificación penal estaba pendiente de resolución judicial.

Uno de los editores se quejó.

—No podemos titular con un párrafo.

—Entonces no convierta una conclusión discutida en una palabra —dijo Iago.

—La audiencia entiende secuestro.

—La audiencia también entiende "identidad falsa".

—No es tan emocional.

Iago guardó silencio unos segundos.

—Está reconociendo que el término se elige por rendimiento, no por precisión.

El editor no lo negó.

La conversación quedó grabada. Iago decidió no publicarla. Habría convertido la reunión sobre protección de una menor en otra pieza de contenido. En su lugar, añadió una nota visible al principio de la investigación:

CORRECCIÓN: Versiones distribuidas por terceros calificaron como secuestro la entrega y posterior crianza de Nora. Los hechos conocidos no permiten resumir de ese modo una secuencia que incluye una petición de la madre biológica, peligro acreditado, falsificación documental y ocultación prolongada del origen. Se mantiene abierta la valoración judicial.

Nora aprobó la redacción, pero señaló otra carencia.

—Habla de mí sin decir qué puedo decidir sobre el texto.

Iago le mostró el protocolo de once puntos que habían creado.

—Esto regula futuras publicaciones.

—¿Y la que ya existe?

La investigación contenía dos fotografías donde podía reconocérsela de espaldas, una descripción de su cuaderno y una transcripción parcial de la nota bajo la litera. Ninguno de esos elementos revelaba ubicación. Todos le pertenecían de algún modo.

—Puedo retirarlos —dijo Iago.

—No quiero decidir ahora.

—Entonces los oculto temporalmente.

—Eso también es decidir.

Patricia propuso una solución intermedia: mantener el artículo sin imágenes ni reproducción textual durante treinta días, entregar a Nora una versión completa y permitirle decidir después qué material podía restituirse. Los hechos de interés público permanecerían; los detalles personales quedarían sujetos a su revisión.

—¿Puede una niña censurar una investigación? —preguntó otro periodista cuando conoció el acuerdo.

Iago respondió en un foro profesional:

—No decide qué delitos investigamos ni qué hechos probados publicamos. Decide sobre materiales íntimos cuyo valor informativo no supera automáticamente su derecho a no ser convertida en evidencia decorativa.

La objeción más seria vino de una asociación de víctimas de Umbral. Temían que proteger en exceso a Nora permitiera ocultar

cómo funcionaba la red.

Teresa organizó una reunión. La asociación llevó expedientes de personas cuyas desapariciones nunca se investigaron porque todos los documentos parecían legales. Necesitaban ejemplos concretos para demostrar el patrón.

—Si borramos cada historia individual, el sistema vuelve a ser una abstracción —dijo una portavoz.

Nora escuchó la grabación después.

—Tiene razón —admitió.

—No significa que tengan derecho a tu historia completa —dije.

—Ya lo sé. Quiero elegir una parte que sirva.

Autorizó la publicación de la secuencia administrativa del campamento: inscripción válida, modificación de lista, instrucción a menores, negación en recepción y nota encontrada. No autorizó la carta de Marta, el vídeo del nacimiento ni los mensajes privados enviados desde su teléfono.

—¿Por qué la nota sí? —preguntó Iago.

—Porque la escribí para que alguien actuara. Sigue haciendo eso. La carta y el vídeo se hicieron para mí.

La distinción se incorporó al artículo.

Tres meses más tarde, un medio volvió a publicar su rostro sin pixelar al informar sobre la acusación de Andrés. Esta vez no fue una filtración inicial, sino una decisión editorial. Patricia solicitó medidas urgentes y la retirada. La imagen desapareció, pero no antes de circular.

Nora preguntó si podía demandar.

—Sí —dijo Patricia—. Pero el procedimiento también puede exponerte y tardar años.

—¿Qué pasa si no hago nada?

—El medio conserva el beneficio de haberlo hecho.

—Entonces quiero reclamar, aunque no salga en televisión.

La acción se presentó mediante representación, con datos reservados. No buscaba una indemnización espectacular. Pedía

reconocimiento de la vulneración, retirada, medidas para evitar reutilización y compensación destinada en parte a asistencia de menores afectados por publicaciones similares.

Iago se ofreció a declarar sobre las advertencias previas enviadas a los medios.

—No lo haces como amigo —dijo Nora.

—No.

—Lo haces porque puedes probarlo.

—Exacto.

—Bien.

La verdad pública necesitaba historias. Nora empezó a aprender que eso no obligaba a entregar cada parte de la suya.

102

Daniel salió de la UCI una semana después.

La primera conversación entre los tres tuvo lugar en una habitación individual con una ventana que daba al aparcamiento. Nora contó diecinueve coches rojos antes de sentarse.

La recuperación empezó con objetivos pequeños: respirar sin asistencia, sentarse, caminar hasta la puerta. La bala había dañado un pulmón y rozado estructuras vasculares. El drenaje medía fluidos que el cuerpo todavía no podía gestionar. Cada avance se anotaba en una tabla clínica que no decía nada sobre la culpa o la relación con Nora.

La habitación individual tenía una silla para visitas, un armario y una ventana sobre un aparcamiento. Daniel había pedido retirar el televisor porque las noticias repetían imágenes de la fábrica. En la mesilla conservaba un cuaderno donde registraba medicación y preguntas. La necesidad de organizar seguía presente, pero el cuerpo imponía una lentitud que no podía controlar.

Nora observó las cicatrices visibles y preguntó por el pronóstico mediante la médica, no mediante Daniel. Quería una fuente que no minimizara riesgos para tranquilizarla. La médica explicó la rehabilitación, las limitaciones y la posibilidad de dolor persistente. La información directa redujo el espacio donde los adultos podían volver a proteger mediante omisiones.

La visita no reconstruyó una familia. Estableció condiciones. Daniel debía reconocer decisiones concretas, aceptar preguntas aplazadas y no utilizar su herida como argumento de perdón. La supervivencia le devolvía responsabilidad, no una posición moral superior.

Daniel llevaba una bata abierta por la espalda y un tubo de drenaje. Aun así, intentó incorporarse cuando ella entró.

—No te muevas —ordenó Nora.

—Esa es mi frase.

—La has perdido por mal uso.

Se abrazaron con cuidado. Yo permanecí junto a la puerta. No quería ocupar el centro de una relación que no necesitaba mi permiso.

—Me dijeron que no eres mi padre legal —dijo Nora.

—Los papeles actuales no valen.

—¿Quieres seguir siendo mi padre?

Daniel la miró como si la pregunta fuera más peligrosa que la bala.

—Sí. Pero no quiero que tengas que responder ahora si quieres que lo sea.

—Ya he respondido.

—Podrías cambiar.

—También tú.

—Eso espero.

Nora sacó la copia del artículo de Iago. Había subrayado una frase: proteger a alguien no convierte en legítimo todo lo que se hace en su nombre.

—Quiero saber quién decidió cada mentira —dijo.

Daniel y yo intercambiamos una mirada.

—Empieza —ordenó.

Durante dos horas reconstruimos su vida.

El parto en Casa Cero. La muerte de Marta. La inscripción tardía. Las fotografías fabricadas de mi supuesto embarazo. La primera visita al pediatra. El bautizo civil inventado para justificar padrinos. El cambio de fecha de cumpleaños. El colegio. Las conversaciones que interceptamos. Las veces que Daniel siguió a Clara. Las veces que yo busqué a Andrés. El acuerdo de divorcio.

No contamos todo con el mismo nivel de detalle. Cuando un dato podía herir sin aportar comprensión inmediata, lo marcamos para hablar después. Pero no lo convertimos en secreto indefinido.

Nora escribió una lista en su cuaderno:

1. Cosas que necesito saber ahora.

2. Cosas que puedo preguntar después.

3. Cosas que son de Marta y decidiré si quiero ver.

4. Cosas que nadie tiene derecho a publicar.

—El vídeo del nacimiento va en la cuatro —dijo.

—También en la tres —respondí.

—Puede estar en dos sitios.

—Sí.

—¿Y la carta de Marta?

—Es tuya.

—La leíste.

—Sí. No debí hacerlo sin tu permiso.

—Pero si no lo hubieras hecho, quizá no me encontrabas.

—Eso no lo vuelve correcto. Lo vuelve comprensible.

Nora anotó la frase.

Daniel habló del informe forense y de su falsificación. No suavizó que había eliminado indicios para protegernos.

—¿Te arrepientes? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Habrías dejado que Andrés supiera que yo estaba viva?

—No.

—Entonces ¿qué habrías hecho?

—No lo sé. Debería haber buscado una solución legal sin confiar en los mismos policías que lo protegían. No sé si existía. Pero falsificar la muerte de Marta permitió que Andrés quedara libre.

—O sea, me protegiste y lo protegiste a él con el mismo documento.

Daniel cerró los ojos.

—Sí.

Nora escribió otra frase.

Al terminar, nos miró.

—No quiero que volváis a decir "lo hicimos por ti" como si eso cerrara la conversación.

—De acuerdo —dije.

—Podéis decir "lo hicimos y estas fueron las razones". Luego yo opino.

—De acuerdo.

Daniel asintió.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

—Sí.

—¿Qué nombre quieres que usemos?

Nora miró por la ventana. En el aparcamiento entró otro coche rojo.

—Nora. Por ahora.

—Nora —repitió Daniel.

Yo no dije nada.

Ella me miró.

—Puedes usarlo.

—Nora.

La palabra no era una recuperación. Era un permiso nuevo.

INTERLUDIO XXIII

DECLARACIÓN DE ALBA MONTES

Me llamo Alba Montes y compartí cabaña con Nora Rivas en La Encina.

La directora Inés nos dijo el jueves que Nora iba a salir antes porque su madre estaba enferma. Luego nos reunió sin Nora y dijo que, si una mujer preguntaba por ella, debíamos responder que no la conocíamos. Dijo que era un juego de seguridad y que Nora podía correr peligro si decíamos su nombre.

Yo pregunté si la mujer era mala. Inés dijo que no, pero que a veces las personas buenas hacen cosas peligrosas cuando tienen miedo.

Nora me había dado una pulsera con una cuenta N. La escondí. Cuando Clara entró en la cabaña, supe que era su madre porque Nora tenía una foto de ella. Mentí.

Nora había pegado una nota bajo la cama. Me pidió que, si ella no estaba cuando llegara Clara, mirara hacia abajo. Yo no podía hablar porque mi madre estaba allí y porque creía que decir la verdad haría que se llevaran a Nora a un sitio peor.

Después, muchas personas dijeron que Nora nunca había estado. Yo empecé a pensar que quizá la había imaginado, aunque tenía la pulsera. Mi madre me pidió que no hablara con periodistas.

Quiero que conste que Nora existía antes de que los policías encontraran la nota. También cuando yo mentí.

No quiero que me acusen de ayudar a secuestrarla. Tenía once años y una adulta me dijo que mentir la protegía.

Ahora sé que una orden de un adulto puede ser una razón para tener miedo, no una prueba de que está bien.

103

La psicóloga familiar se llamaba Eva Mena y prohibió la palabra normalidad en la primera sesión.

—No porque sea una palabra mala —explicó—, sino porque cada uno está utilizándola para pedir algo distinto.

Daniel quería que Nora regresara al colegio. Adela quería que durmiera sin agentes en la puerta. Yo quería una casa donde ninguna conversación pudiera convertirse en prueba. Nora quería que dejáramos de formular nuestros deseos como si fueran su recuperación.

Eva había trabajado con familias después de secuestros, adopciones irregulares y violencia institucional. No utilizaba ejercicios para producir reconciliación rápida. Su primera tarea consistía en identificar qué persona necesitaba qué resultado de la terapia. A veces el deseo de sanar pertenecía a los adultos y se convertía en presión sobre el menor.

La sala contenía sillones distintos y una mesa móvil. Nora eligió el asiento más cercano a la puerta. Daniel se colocó donde podía verla sin girar el cuerpo. Clara dejó el bolso en el suelo y mantuvo las manos vacías. Eva registró esas decisiones sin interpretarlas en voz alta. Los cuerpos habían aprendido una distribución antes de que empezara la conversación.

Las tarjetas permitían separar capas. Un hecho podía comprobarse. Un recuerdo podía ser sincero y seguir siendo incompleto. Una interpretación organizaba datos. Un deseo expresaba futuro. Un miedo podía disfrazarse de recomendación. La familia había vivido durante años mezclando esas categorías. Clara presentaba temores como análisis técnicos; Daniel convertía deseos en planes de seguridad; Adela utilizaba recuerdos como argumentos. Nora era quien más necesitaba que dejaran de confundirse.

La terapia no buscaba decidir quién merecía el nombre de madre o padre. Buscaba crear condiciones para que Nora pudiera relacionarse sin que cada gesto se interpretara como perdón, rechazo o prueba judicial. Esa modestia hacía el proceso más difícil. No ofrecía una escena definitiva, solo prácticas repetidas: pedir permiso, aceptar un no, corregir una versión y tolerar que el afecto no resolviera la responsabilidad.

La sesión se celebró en una sala del hospital de rehabilitación. Daniel acababa de aprender a subir cuatro escalones sin detenerse. Llevaba una camiseta gris, no la bata, y aquel detalle le devolvía una autoridad que todavía no sabía usar de otra manera.

Eva colocó cinco tarjetas sobre la mesa: HECHO, RECUERDO, INTERPRETACIÓN, DESEO y MIEDO.

—Cuando habléis de algo importante, elegid qué tipo de frase estáis diciendo.

—Eso parece un protocolo —dijo Nora.

—Lo es.

—Los protocolos no nos han salido muy bien.

—Por eso este puede discutirse y cambiarse.

Nora aceptó probarlo.

Daniel comenzó.

—Hecho: Clara ocultó durante años información que podía poner a Nora en peligro.

—Eso es una interpretación —dije.

—No. Encontraste mensajes de Andrés y no me los enseñaste.

—Hecho —corrigió Eva—: Clara recibió mensajes atribuidos a Andrés y no se los mostró a Daniel. "Podían poner en peligro" pertenece a interpretación.

Daniel movió la tarjeta.

—Interpretación: si me los hubiera enseñado, habría podido proteger mejor a Nora.

—Miedo —dije—: creías que yo estaba perdiendo el control y que tendrías que quitármela.

—No hables por él —intervino Nora.

La corrección fue seca. Daniel sonrió apenas.

—Miedo: creía que Clara podía llevarte a una operación de Umbral y no volver.

—¿Y por eso pusiste un rastreador en su coche? —preguntó Nora.

Daniel tardó en responder.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dos años antes de La Encina.

Yo ya conocía el dato por su declaración. Oírlo frente a Nora fue distinto.

—Dijiste que habías dejado de vigilarme después del divorcio.

—Dejé de seguirte físicamente.

—Eso no es dejar de vigilar.

—No.

Eva señaló las tarjetas.

—¿Qué categoría?

—Hecho —dijo Daniel—: instalé un dispositivo sin consentimiento. Interpretación: pensé que era necesario para saber si Clara os ponía en riesgo. Miedo: que desaparecierais. Deseo: no volver a sentirme incapaz de encontrarte.

Nora escribió algo.

—Falta una.

—¿Cuál?

—Consecuencia.

Eva añadió una tarjeta en blanco y escribió la palabra.

—Consecuencia —continuó Nora—: ahora, cuando alguien dice que quiere saber dónde estoy, pienso que puede estar siguiéndome.

Daniel dejó de mirar a Eva.

—Lo siento.

—No te he pedido una frase rápida.

—Lo sé.

—Entonces dime qué harás distinto.

Daniel respiró con cuidado; el pulmón todavía le dolía cuando hablaba demasiado.

—No instalaré nada ni pediré ubicaciones sin que lo sepas. Si existe un peligro concreto, te lo explicaré y acordaremos qué información compartir. Si hay una emergencia inmediata, actuaré para detenerla y después asumiré que tendrás derecho a discutir cómo lo hice.

—¿Y si Clara no está de acuerdo?

—No usaré tu ubicación para resolver una disputa con ella.

Nora miró hacia mí.

—Ahora tú.

Elegí HECHO.

—Abrí tus mensajes en dos ocasiones sin decírtelo.

—Tres —respondió Nora.

—¿Cuál es la tercera?

—La tableta del colegio, cuando tenía diez años. Cambiaste la contraseña y dijiste que había sido una actualización.

Lo recordé. Un compañero le había escrito sobre una mujer que preguntaba por ella a la salida. Yo había bloqueado el contacto, revisado todas las conversaciones y pedido al colegio que negara cualquier información. Nunca le conté por qué.

—Tres —admití.

—Interpretación —continuó Nora—: tú crees que, si sabes todo antes, puedes impedir que ocurra lo malo.

—Sí.

—Miedo.

—Que una pregunta inocente abra una ruta hasta ti.

—Deseo.

Me costó más.

—Ser la persona a la que vienes antes de que exista peligro.

—Consecuencia —dijo ella—: aprendí a esconder preguntas para que no las convirtieras en alarmas.

La frase explicó el cuaderno azul mejor que cualquier informe.

Eva no trató de conducirnos hacia un abrazo. Preguntó qué reglas podían derivarse de aquello.

Nora propuso que ningún adulto leyera sus dispositivos sin autorización salvo riesgo inmediato y concreto. Daniel pidió definir concreto. Yo quise añadir que una amenaza relacionada con Umbral podía no parecer concreta hasta que fuera tarde.

—Eso convierte Umbral en una excepción eterna —dijo Nora.

—La red no ha desaparecido por completo.

—Tampoco los accidentes de coche y no revisas cada vez los frenos antes de que vaya al colegio.

—No compares.

—Estoy comparando riesgos que los adultos usan para decidir por mí.

Mi voz subió.

—Tú no conoces todo lo que puede hacer esa gente.

Nora dejó el bolígrafo.

—Esa frase es exactamente el problema. Siempre habrá algo que tú conozcas y yo no. Si eso te da más derechos, nunca creceré.

Daniel intervino.

—Clara, tiene razón.

—No necesito que forméis un frente.

—No es un frente —dijo Nora—. Es una respuesta.

Eva señaló MIEDO.

Elegí la tarjeta.

—Tengo miedo de que la primera vez que respete una frontera sea la vez que alguien la utilice para hacerte daño.

Nora no suavizó la respuesta.

—Puede pasar.

El silencio fue distinto a los silencios de Umbral. Nadie esperaba una orden.

—¿Y qué hago con eso? —pregunté.

—Lo soportas —dijo Eva—. La crianza segura no elimina toda incertidumbre. La distribuye, la explica y revisa las decisiones.

Nora añadió:

—Y me enseñas qué señales miras, en vez de mirar tú por mí.

La sesión terminó con un acuerdo provisional de seis puntos. Contraseñas propias. Localización compartida solo para trayectos concretos y con reciprocidad. Ninguna grabación secreta. Derecho de Nora a pedir que una conversación se aplazara, no a hacer desaparecer el tema. Derecho de los adultos a intervenir ante peligro inmediato, con revisión posterior. Una reunión semanal donde cada uno podía cambiar una regla y debía explicar por qué.

Daniel leyó el documento.

—Parece un tratado de desarme.

—Lo es —respondió Nora.

—¿Quién verifica el cumplimiento?

—Yo llevaré un registro.

—Eso te convierte en supervisora —dije.

—No. Todos escribimos. Si solo lo hago yo, volvemos a lo mismo.

Eva imprimió tres copias.

Cuando salimos, Daniel me pidió hablar a solas.

—El rastreador sigue en el coche —dijo.

Lo miré.

—Dijiste que lo habías quitado.

—Dije que no lo utilizaba. Me convencí de que era lo mismo.

—¿Dónde?

—Bajo el revestimiento del maletero.

La ira llegó limpia, sin confusión.

—Lo vas a retirar con un perito y quedará documentado.

—Sí.

—No tú solo.

—Sí.

—Y se lo dirás a Nora antes de que lo encuentre en un informe.

—Sí.

No le agradecí la confesión. Haber dicho la verdad tarde no convertía el acto en menor. Pero aquella tarde, delante de Nora y de una agente que levantó acta, Daniel desmontó el dispositivo y lo entregó.

Nora observó la pequeña caja negra dentro de la bolsa de evidencia.

—Parece demasiado pequeña para hacer tanto daño.

—La mayoría de las herramientas lo son —dije.

—No. El daño no lo hizo la herramienta.

Daniel asintió.

—Lo hice yo.

Su voz no se parecía a la mía. Daniel necesitaba convertir las cosas en responsabilidad concreta. Yo tendía a convertirlas en sistemas. Nora aprendía a exigir ambas.

104

La facultad de revocación no era un botón.

Marta había diseñado una ventana de decisión que se abriría cuando Nora cumpliera doce años según su fecha real. Durante treinta días, podría solicitar tres acciones: recuperar la identidad de nacimiento, mantener la identidad construida o crear una nueva sin intervención de Umbral.

El mecanismo original combinaba instrucciones de Marta, claves repartidas y solicitudes a instituciones. No podía modificar por sí solo el Registro Civil ni crear una persona legal. Generaba un expediente documentado y activaba contactos preparados para acompañar el cambio. Umbral había exagerado su automatismo porque convenía presentar la voluntad de Nora como riesgo técnico.

La fecha real de nacimiento abría la ventana, pero el sistema no podía comprobar madurez ni ausencia de coacción. Esas limitaciones demostraban que ninguna arquitectura podía sustituir evaluación humana y garantías. Marta había intentado impedir el control de una sola persona, pero seguía confiando demasiado en reglas diseñadas antes de conocer a la niña adulta que las usaría.

El código contenía comentarios escritos por varias manos. Algunos defendían consentimiento; otros priorizaban continuidad de protección. Las modificaciones posteriores de Julia introducían cierres automáticos y plazos. La historia moral de Umbral podía leerse dentro del programa: de instrumento provisional a sistema que trataba la demora como amenaza.

Nora recibió una representación en papel con pasos, responsables y efectos reversibles o irreversibles. Pudo señalar qué partes no comprendía y cuáles rechazaba. Convertir el mecanismo en algo legible reducía el poder de quienes se proclamaban únicos capaces de interpretarlo.

—¿Cómo esperaba que una niña de doce años entendiera esto? —preguntó Teresa.

Estábamos en una sala segura de la fiscalía, frente a la parte recuperada del archivo frío. Los bomberos habían salvado sesenta y nueve servidores. La raíz permanecía intacta porque el cierre de emergencia había sellado los módulos.

—No esperaba que estuviera sola —dije—. El protocolo designa acompañantes.

—¿Quiénes?

Abrí el registro.

CLARA RIVAS.

IAGO SALVAT.

TERESA VIDAL.

—Marta confiaba en ti —dijo Teresa.

—Confiaba en que, llegada la fecha, ya no podría seguir ocultándolo.

—No es lo mismo.

—No.

Nora participó en la reunión con una abogada propia, designada para representar solo sus intereses. Se llamaba Patricia Leal y tenía la costumbre de reformular cualquier frase que los adultos convertíamos en demasiado larga.

—La pregunta no es qué nombre es verdadero —dijo—. La pregunta es qué efectos legales y personales tiene cada opción.

Recuperar Sara Galván Rivas restablecería la filiación biológica de Marta y Andrés, aunque este último podía ser privado de derechos parentales. Mantener Nora Rivas Orduña exigía corregir el origen fraudulento y construir una adopción o tutela válida. Crear otro nombre era legalmente posible bajo medidas de protección, pero implicaría más cambios escolares, sanitarios y administrativos.

—¿Puedo mantener Nora y poner a Marta como madre biológica? —preguntó.

—Sí —respondió Patricia—. El nombre propio no depende de la filiación. Los apellidos requieren resolución, pero pueden solicitarse cambios atendiendo a tu identidad consolidada y a tu interés.

—¿Y Daniel?

—Puede iniciar un procedimiento de adopción si tú lo deseas y si el juzgado lo considera adecuado.

—¿Y Clara?

—También.

—¿Los dos?

—Hay que estudiar la forma jurídica. No prometo un resultado concreto.

Nora escribió en su lista.

—¿Puedo no decidir el primer día?

—Tienes treinta —dijo Teresa.

—¿Qué ocurre si no hago nada?

—El sistema, tal como lo diseñó Marta, mantiene Nora Rivas y registra una alerta para revisión externa.

—O sea, Marta eligió una opción por defecto.

—Sí.

—También decidía por mí.

Nadie intentó defenderla.

—Probablemente pensó que era más seguro mantener la vida que conocieras —dije.

—Lo sé. Pero sigue siendo decidir.

—Sí.

Nora miró el árbol de identidades. Sara y Nora aparecían como dos ramas que nacían de la misma fecha. No eran una verdadera y otra falsa; eran una niña registrada por un hombre peligroso y una niña criada por personas que la querían y mintieron.

—Quiero leer todo lo que Marta dejó sobre el protocolo —dijo—. No solo la carta. También sus notas, aunque la hagan parecer mal.

—Hay material que puede contener información de víctimas —advirtió Teresa.

—Entonces quitad sus datos. No sus opiniones.

Patricia asintió.

—Solicitud razonable.

Nora cerró el cuaderno.

—Y quiero conocer a alguien que haya cambiado de nombre con Umbral y esté contento, y a alguien que se arrepienta.

—Puede ser difícil localizar personas dispuestas —dijo Teresa.

—Entonces decidme que es difícil. No me deis solo el ejemplo que convenga.

La fiscal me miró.

—Tiene su método.

—Lo está construyendo.

Al salir, Nora me preguntó si Marta habría aprobado sus condiciones.

—Algunas sí. Otras la habrían enfadado.

—¿Cómo sabes?

—Porque era brillante y le costaba aceptar que alguien modificara sus planes.

—Como tú.

—Sí.

—¿Y como Julia?

La comparación dolía porque era correcta.

—Sí. La diferencia no está en tener esa tendencia. Está en qué hacemos cuando alguien nos dice que paremos.

105

Antes de permitir que Nora utilizara la facultad de revocación, Teresa encargó una auditoría independiente.

El equipo no pertenecía a la fiscalía ni a la unidad de reparación. Lo formaban una especialista en identidad digital, un criptógrafo, una letrada del Registro Civil, una psicóloga de infancia y una representante elegida por asociaciones de personas protegidas. Clara no podía ejecutar código ni modificar archivos. Yo debía explicar la arquitectura desde una sala separada y responder preguntas registradas.

El equipo recibió copias forenses, documentación técnica y una descripción limitada del caso. Ninguna persona podía acceder simultáneamente a las claves completas y a los datos identificativos. La especialista en identidad digital examinó los flujos de solicitud. El criptógrafo verificó firmas y dependencias. La letrada comprobó qué efectos legales no podían automatizarse. La psicóloga evaluó la comprensión exigida a una menor.

Cada sesión generaba actas y discrepancias. El criptógrafo consideraba suficiente la integridad matemática de las claves; la letrada insistía en que una firma válida no demostraba consentimiento. La representante de asociaciones preguntaba qué ocurriría si la persona no quisiera elegir ninguna de las opciones. Esa pregunta reveló un defecto: el sistema interpretaba el silencio al final del plazo como mantenimiento de la identidad existente.

La auditoría propuso suspender cualquier automatismo y convertir la facultad en una solicitud revisable. También exigió una vía para aplazar la decisión sin perder derechos. Nora no debía elegir entre tres identidades bajo un reloj diseñado por una madre muerta y modificado por una red clandestina. El mecanismo podía conservar la intención de Marta sin convertirla en mandato.

La revisión técnica produjo una conclusión incómoda para todos: el diseño original era más prudente que las capas añadidas por Umbral, pero seguía reflejando la necesidad adulta de prever el futuro de Nora. La diferencia no era inocencia frente a corrupción. Era grado, control y posibilidad de decir no.

La primera conclusión destruyó la metáfora del botón.

El sistema de Marta no cambiaba una identidad por sí solo. Generaba una solicitud firmada con varias pruebas: una clave depositada en la grabadora, otra fragmentada en el Libro y una tercera vinculada a la fecha real de nacimiento. Después producía un paquete para revisión humana. Umbral había añadido automatismos posteriores que podían crear documentos, pero la función original de Marta era más limitada.

—Entonces Julia exageró su poder —dijo Teresa.

—O confundió el protocolo original con las capas añadidas después —respondí.

La auditora de seguridad negó.

—Los registros muestran que consultó ambas. Sabía la diferencia.

Otra omisión cuidadosamente verdadera.

La segunda conclusión era peor. La clave asociada a la fecha de nacimiento contenía una dependencia de un servidor que Umbral ya no controlaba. Si Nora activaba el proceso tal como estaba, enviaría una consulta a una infraestructura externa y revelaría que el expediente seguía vivo.

—¿A quién? —preguntó Teresa.

—No podemos saberlo sin ejecutar o emular la llamada —respondió la auditora.

—¿Puede hacerse sin exponerla?

—En un entorno aislado, sustituyendo el destino y reproduciendo respuestas.

Nora asistió a la explicación con Patricia.

—¿Qué ocurre si no funciona? —preguntó.

—Nada cambia automáticamente —dijo la letrada—. Tu situación jurídica se resolverá por procedimientos ordinarios. Este mecanismo puede aportar voluntad de Marta y trazabilidad, no decide por el Registro Civil.

—¿Y si funciona?

—Tampoco decide solo. Genera evidencia de tu elección y de cómo fue diseñada la opción.

—Entonces no necesito usarlo para elegir.

—Correcto.

—¿Por qué todos actuaban como si sí?

Nadie respondió de inmediato.

—Porque durante años Umbral convirtió herramientas en autoridad —dije—. Si el sistema podía ejecutar algo, asumíamos que tenía derecho a hacerlo.

La auditoría emuló la llamada. El servidor externo devolvía una firma asociada a una sociedad desaparecida. La ruta terminaba en un depósito digital gestionado por un despacho suizo. Teresa obtuvo cooperación judicial y recuperó un pequeño archivo.

No contenía otro giro sobre Nora. Contenía las instrucciones de Marta para impedir que Julia alterara la ventana:

La menor no está obligada a activar este mecanismo. La ausencia de activación no implica consentimiento a mantener, recuperar o modificar identidad. Cualquier persona que presente el silencio como una elección incumple el propósito del protocolo.

Nora leyó dos veces.

—Marta sabía que podían usar el botón contra mí.

—Sí —dijo Patricia.

—Pero aun así lo creó.

—Intentó dejar una herramienta dentro del sistema que conocía.

—Podía haber escrito solo una carta.

—Tal vez temía que una carta se ocultara.

—La ocultaron igual.

No existía una respuesta que convirtiera a Marta en infalible. La auditoría hizo algo más útil: separó su intención del funcionamiento real.

El equipo detectó también que la opción "crear una nueva identidad" reutilizaba un módulo posterior incorporado por Julia. No pertenecía al diseño de Marta. La tercera opción se eliminó del proceso antes de que Nora decidiera nada.

—¿Eso reduce mi elección? —preguntó.

—Elimina una herramienta insegura —explicó la auditora—. Puedes solicitar legalmente otro nombre si lo deseas. Lo que no haremos es permitir que un sistema clandestino genere documentos.

—Bien.

La palabra no contenía alivio. Contenía una preferencia técnica.

Durante las pruebas, Nora pidió acceso al informe completo. La auditora propuso una versión adaptada por edad. Nora se negó.

—Quiero las dos. La comprensible y la técnica.

—Hay información que podría facilitar ataques.

—Entonces marque lo que oculta y por qué. No me dé un documento que parece completo si no lo es.

Se prepararon tres niveles: resumen comprensible, informe técnico con datos sensibles suprimidos y copia íntegra bajo custodia accesible mediante autorización. Por primera vez, una limitación de información quedó visible para la persona a la que afectaba.

El día de la decisión, el mecanismo se ejecutó en un entorno aislado. Nora no pulsó un botón rojo ni vio cambiar su nombre en una pantalla. Introdujo una declaración redactada con Patricia, confirmó su voluntad ante dos profesionales y utilizó la clave de Marta para firmar que había conocido las opciones.

El sistema generó un comprobante.

ELECCIÓN EXPRESADA: MANTENER NORA COMO NOMBRE DE USO Y SOLICITAR SU REGULARIZACIÓN LEGAL. CONSERVAR SARA COMO NOMBRE DE NACIMIENTO EN EL EXPEDIENTE RESERVADO.

PRESERVAR FILIACIÓN DE MARTA RIVAS. NO ACTIVAR IDENTIDAD ALTERNATIVA.

Debajo aparecía una línea que Marta había dejado en el código:

La decisión pertenece a la persona, no al mecanismo que la registra.

Nora pidió que esa frase no se publicara.

—Es de Marta —dijo—. Y ahora también es mía.

106

La primera persona que aceptó hablar con Nora fue Nuria Navas.

Se conectó por videollamada desde un país que no quiso identificar. Tenía cincuenta años. Sus hijos eran adultos y utilizaban los nombres nuevos desde hacía tanto tiempo que los antiguos les parecían personajes de otra familia.

La videollamada se realizó mediante un servicio que ocultaba ubicación y no permitía grabación local. Nuria apareció en una habitación blanca con una ventana fuera de plano. Antes de empezar, comprobó que Nora estuviera acompañada por quien había elegido y que nadie de la fiscalía escuchara sin su consentimiento. Había pasado años recuperando control sobre las condiciones de cada conversación.

Su rostro había cambiado con la edad y con una cirugía realizada después de la huida. No ocultó ese dato. Explicó que la nueva identidad la había protegido, pero también había convertido cualquier trámite en una prueba de coherencia. Sus hijos aprendieron biografías que debían repetir ante médicos, profesores y amigos. El miedo disminuyó; la vigilancia interior tardó mucho más.

Nuria conservaba una caja con documentos originales que nunca utilizaba. No los había destruido porque quería decidir ella, no Umbral, qué parte del pasado sobrevivía. La caja permanecía en otro país y bajo custodia de una persona que sus hijos no conocían. Incluso después de estar a salvo, la arquitectura del secreto seguía condicionando vínculos.

La conversación permitió a Nora escuchar una verdad incómoda sin convertirla en modelo. Umbral había salvado a Nuria y había causado daño. Ambas afirmaciones podían coexistir. La experiencia de una superviviente no justificaba secuestrar a otra.

—Umbral nos salvó —dijo—. Si hubiera permanecido como Nuria Carrasco, mi marido me habría matado.

—¿Se arrepiente de cambiar? —preguntó Nora.

—Me arrepiento de no haber podido despedirme de mi madre. Murió pensando que yo la odiaba.

—¿Julia le dijo que no podía contactar?

—Sí. Y tenía razones. Mi marido vigiló a mi familia durante años.

—¿Le habría gustado decidir cuándo volver a hablar?

Nuria sonrió con tristeza.

—Me habría gustado que alguien me preguntara cada año, no que una decisión de emergencia se convirtiera en una ley para siempre.

La segunda conversación fue con una mujer llamada Ana Velasco, antes María Luisa Carrasco. Había regresado con su nombre original después de quince años.

—La identidad nueva me protegió —explicó—, pero también me hizo sentir que la persona culpable era yo. Él conservó su casa, su trabajo y sus amigos. Yo tuve que aprender una firma distinta.

—¿Volvería a hacerlo?

—Para sobrevivir, sí. Para vivir, habría necesitado algo más.

—¿Qué?

—Justicia, dinero, terapia, una comunidad. Un nombre nuevo solo es una puerta de salida. No es una casa.

Nora anotó la frase.

Después habló con un hombre que había comprado una identidad para evitar una condena por fraude. Estaba en prisión tras ser descubierto. No era una víctima, pero había aceptado colaborar.

—Pagué trescientos mil euros —dijo—. Me dieron historial laboral, residencia, cuentas y una hija ficticia para justificar movimientos.

—¿Una hija?

—En los documentos. No existía.

Nora se quedó quieta.

—¿Cómo se llamaba?

El abogado del hombre intervino, pero él respondió:

—Lucía Herrera.

El nombre del pasaporte preparado para Nora.

Julia no había creado esa identidad desde cero. La había reciclado de un expediente comercial.

—¿Cuántas personas usaron ese nombre? —pregunté a Teresa después.

—Al menos cuatro. Una hija ficticia, una menor protegida y dos identidades de tránsito.

—Nora habría heredado rastros criminales.

—Julia sostenía que podía limpiarlos.

—No existe limpiar por completo una vida digital.

La revelación ayudó a Nora a descartar la tercera identidad, pero no resolvió las otras dos.

En paralelo, el Registro Civil inició la reconstrucción. Se restauró el nacimiento de Sara Galván Rivas como hecho biológico y se anotó que la menor había vivido desde las primeras semanas como Nora Rivas Orduña mediante documentación fraudulenta. La solución temporal no era elegante. Era exacta.

Marta volvió a figurar como madre.

Andrés, como padre biológico con derechos suspendidos.

Daniel y yo, como cuidadores de hecho sometidos a investigación y evaluación.

Cuando Nora vio el certificado provisional, señaló una línea.

—Aquí pone "nombre actual de uso: Nora".

—Sí.

—No pone falso.

—No.

—Y Marta aparece.

—Sí.

Pasó el dedo sobre el nombre de mi hermana.

—Entonces ya no tengo que convertirme en Sara para que ella exista.

Aquella era la decisión que ninguno de nosotros había sabido ofrecerle.

107

Patricia organizó una mesa de identidad sin expedientes sobre la mesa.

No quería que Nora escuchara experiencias reales como si fueran casos de estudio. Invitó a cuatro personas que habían utilizado nombres distintos por protección, adopción, transición familiar o fuga criminal. Solo tres aceptaron acudir. El cuarto envió una carta anónima porque no deseaba volver a una sala donde otros evaluaran qué versión de su vida era legítima.

La biblioteca elegida tenía una entrada independiente y salas pequeñas. Los participantes llegaron en horarios distintos y no intercambiaron apellidos. Patricia había preparado tarjetas con pronombres y nombres elegidos para esa sesión, no para fijar identidades. Cada persona podía cambiar la tarjeta o retirarla.

Una mujer protegida habló de vivir con un nombre nuevo que ya sentía propio. Un hombre adoptado explicó que conocer su origen no disminuyó a su familia de crianza, pero sí cambió la relación con los silencios. Otra participante había abandonado una identidad utilizada para cometer delitos y describió la diferencia entre protección y fuga de responsabilidad.

Nora escuchó sin recibir recomendaciones. Las experiencias no se presentaron como caminos posibles de un menú. Mostraban que los nombres podían ser vínculo, archivo, refugio, herida o decisión cotidiana. Ninguna persona debía representar a todas las demás.

Al finalizar, Patricia destruyó las notas de coordinación que no eran necesarias y entregó a cada participante información sobre qué datos quedarían registrados. La reunión aplicaba en pequeño lo que Umbral nunca había aprendido: conservar solo lo imprescindible y explicar quién podía acceder.

La reunión tuvo lugar en una biblioteca cerrada al público. Teresa permaneció fuera. Yo asistí porque Nora lo pidió, con la condición de no responder por nadie.

Nuria apareció en pantalla. Ana Velasco se sentó junto a la ventana. El tercer participante era Mateo Sáenz, un hombre de treinta y ocho años que había crecido con una identidad creada por Umbral después de que su madre denunciara a una red de explotación laboral. Descubrió su nombre de nacimiento a los veintinueve.

—No lo recuperé —dijo—. Tampoco odio a mi madre por cambiarlo. Odio que muriera sin decirme que podía preguntar.

—¿Cómo supo que faltaba algo? —preguntó Nora.

—Mi familia no contaba historias anteriores a mis siete años. Cuando preguntaba, todos recordaban las mismas tres anécdotas con las mismas palabras. Una familia real repite, pero también se contradice.

Nora me miró. Nuestros álbumes estaban llenos de relatos demasiado consistentes.

Ana explicó que había vuelto a usar su nombre de nacimiento en documentos oficiales, pero conservaba el nombre protegido con amistades y trabajo.

—¿No le molesta tener dos? —preguntó Nora.

—Me molesta cuando alguien exige saber cuál es el auténtico. Los dos los he vivido yo.

—Pero uno se lo dieron para esconderla.

—Y el otro me lo dio una familia que después no pudo protegerme. El origen de un nombre no decide todo lo que significa.

Mateo discreparía.

—A mí me ayudó elegir uno nuevo. No quise conservar el del hombre que me buscaba ni el de la red que me administró. Tomé el apellido de mi abuela y un nombre que nadie había usado para mí.

—¿No perdió cosas? —preguntó Nora.

—Sí. Correos, títulos, personas que no supieron encontrarme. Elegir no elimina el coste. Solo cambia quién lo asume.

Patricia escribió en una pizarra cuatro columnas: CUERPO, HISTORIA, VÍNCULOS y DOCUMENTOS.

—Una identidad jurídica necesita coherencia —dijo—. Una identidad personal no siempre la tiene. El problema aparece cuando el Estado exige que una sola palabra resuma todas las columnas.

Nora se levantó y añadió una quinta: DERECHO A CAMBIAR.

—Si decido Nora ahora, ¿puedo decidir otra cosa a los dieciocho?

—Sí —respondió Patricia—. El procedimiento puede ser más o menos sencillo, pero ninguna elección actual te encadena para siempre.

—¿Y si elijo Sara para que conste Marta y luego me arrepiento?

—Marta puede constar como madre sin que tú uses Sara.

—Lo sé. Quiero comprobar que sigue siendo verdad cuando lo pregunta otra persona.

La precisión no era desconfianza gratuita. Nora estaba probando si las respuestas dependían de quién las pronunciaba.

Nuria habló desde la pantalla.

—Tu madre dejó una opción por defecto porque pensó que podía morir. No tienes que convertir su última decisión en una orden eterna.

Nora frunció el ceño.

—¿Qué madre?

Nuria comprendió tarde.

—Marta.

—Clara también es mi madre.

—Tienes razón. Lo siento.

—No pasa nada. Pero quiero que lo digáis bien. Si la historia consiste en que recupero a mi madre verdadera, borra a la que me crió. Si consiste en que Clara me salvó, borra a Marta. Y si decís que tengo dos madres como si fuera una suerte, borráis lo que hicieron mal.

Nadie tomó notas durante unos segundos.

Mateo fue el primero en responder.

—Entonces quizá no necesitas una frase que lo resuelva.

—Los medios sí.

—Los medios no viven dentro de tu nombre.

Al finalizar, Patricia pidió a cada participante una recomendación concreta.

Ana: separar la decisión documental de la afectiva.

Mateo: no hacer coincidir el cambio con un cumpleaños, aniversario o juicio; las fechas simbólicas podían convertir una decisión reversible en una promesa.

Nuria: conservar una vía de contacto con el pasado, aunque Nora decidiera no utilizarla.

La carta anónima contenía otra advertencia:

No permitas que quienes te hicieron daño se conviertan en el centro de tu elección. Elegir contra alguien sigue siendo dejarle sitio dentro del nombre.

Nora dobló la carta y la guardó.

Después pidió ver el expediente de Lucía Herrera, la identidad que Julia había preparado para ella. Teresa facilitó una versión anonimizada. La carpeta mostraba cuatro usos en once años: hija ficticia para justificar transferencias, pasajera de tránsito, cobertura de una menor durante treinta y seis horas y, finalmente, destino previsto para Nora.

—¿Qué habría ocurrido con la otra menor? —preguntó.

—El expediente indica que recibió una identidad distinta —dijo Patricia.

—¿Indica o está comprobado?

—Indica.

—Entonces no sabemos.

Yo reconocí la arquitectura. Umbral reutilizaba lo que parecía limpio. Cada identidad abandonada conservaba residuos: una consulta sanitaria, una dirección, una fotografía mal borrada, un

familiar vinculado fiscalmente. Julia hablaba de capas como si una capa nueva pudiera neutralizar las anteriores. En realidad, las comprimía.

—La identidad Lucía no era segura —dije.

—¿Lo habrías detectado antes de usarla? —preguntó Nora.

La respuesta honesta era insoportable.

—No sé si habría tenido tiempo. En una extracción urgente, habría comprobado los conflictos principales y confiado en la certificación de Julia.

—Entonces podrías haberme dado una vida usada por un delincuente.

—Sí.

—Y después habrías creado más documentos para arreglarla.

—Probablemente.

Nora apoyó las manos sobre la mesa.

—Eso es lo que no quiero. No quiero que mi nombre sea un problema que siempre necesita otra mentira.

Patricia no celebró la frase como una conclusión. Le preguntó qué necesitaba para decidir.

—Quiero que Nora conste como mi nombre de uso y legal. Quiero que Marta figure como madre de nacimiento. Quiero que Clara y Daniel puedan ser mis padres legalmente si los informes dicen la verdad, no porque alguien los arregle. Quiero que Andrés aparezca en el origen y que no tenga derechos sobre mí. Y quiero que Sara permanezca como un dato que yo pueda usar o no, no como una persona muerta ni como una obligación.

—Son varias decisiones y algunas dependen de resoluciones distintas —explicó Patricia.

—Entonces separadlas. No las metáis en un botón.

La facultad de revocación diseñada por Marta había prometido tres opciones. Nora acababa de formular una cuarta: desmontar la pregunta.

Al salir de la biblioteca, le pregunté si se sentía más cerca de decidir.

—Sí.

—¿Quieres decirme qué elegirás?

—No.

Mi impulso fue calcular plazos, documentos y riesgos. Lo dejé pasar.

—De acuerdo.

Nora me miró de lado.

—Te ha costado poco.

—Me está costando mientras camino.

—Eso suena más creíble.

108

Regresé al piso de Madrid un mes después.

La policía había terminado la inspección. La puerta estaba reparada, pero la marca del golpe de Baeza seguía en la pared del dormitorio. Mi abogado recomendó vender. Nora dijo que no quería decidir mientras la casa todavía pareciera una escena del crimen.

El portal había sido repintado y la cámara sustituida, pero reconocí la grieta junto al buzón y el desnivel del escalón. La vida del edificio continuaba alrededor de una vivienda que para la policía había sido escena, para los vecinos noticia y para mí hogar. Cada categoría imponía una forma distinta de entrar.

Los precintos retirados habían dejado adhesivo en las puertas. En el suelo quedaban pequeñas etiquetas de los equipos forenses. La limpieza había eliminado polvo, sangre y fragmentos, pero no la distribución de los objetos. La silla volcada estaba de nuevo junto a la pared. La normalidad restaurada parecía una reconstrucción realizada por alguien que conocía el inventario y no la vida.

En la cocina, las fechas de los alimentos marcaban el tiempo detenido. Tiré leche, fruta y un recipiente que Nora había dejado con una nota. Cada descarte era doméstico y probatorio a la vez: objetos existentes antes de la desaparición que ya no necesitaban preservarse. Aprender qué podía tocar formaba parte de recuperar la casa.

No abrí inmediatamente la habitación de Nora. Recorrí primero el salón, el baño y mi dormitorio. Necesitaba comprobar si el piso podía ser un espacio antes de volver a ser una historia. Cuando abrí las persianas de su cuarto, la luz mostró marcas de objetos retirados y lugares donde el polvo había protegido contornos. Los huecos no pedían ser llenados. Pedían ser reconocidos.

Entré sola la primera vez.

La habitación de Nora seguía allí. Los libros, el escritorio, las pegatinas en la pared. En el armario faltaba el cuaderno azul y algunas prendas llevadas al campamento. Todo lo demás resistía a la negación administrativa.

Abrí el armario del pasillo.

Los once álbumes físicos estaban colocados por años.

Nadie los había tocado.

Me senté en el suelo y abrí el primero. Nora con un mes, dormida sobre el pecho de Daniel. Nora a los seis meses, agarrando el collar de mi madre. Nora dando los primeros pasos hacia mí.

Las fotografías no estaban manipuladas. Mi embarazo sí: un pequeño conjunto de imágenes donde mi rostro había sido colocado sobre el cuerpo de una mujer embarazada. Recordé haberlas creado una noche en San Dimas. No para engañar a una institución, sino para responder al futuro "¿cómo era yo antes de nacer?" sin abrir la puerta de Marta.

Arranqué las fotografías falsas.

Después me detuve.

Destruirlas repetiría el gesto. Eran pruebas de lo que hice y parte de la historia de Nora, aunque no de su gestación. Las guardé en un sobre transparente con una nota:

IMÁGENES CREADAS POR CLARA PARA SIMULAR UN EMBARAZO. NO CORRESPONDEN A HECHOS REALES.

Por primera vez, no corregí una mentira ocultándola, sino nombrándola.

En el álbum del cuarto año encontré la fotografía de Casa Cero que Nora había enviado a Iago. Detrás había una inscripción mía:

Primera noche sin fiebre después de saber la verdad.

No recordaba qué verdad.

Busqué el cuaderno de operaciones recuperado. En esa fecha, Nora había sufrido una infección. En urgencias, una médica detectó que el historial neonatal no coincidía con una cicatriz. Daniel y yo

activamos una corrección de emergencia y cambiamos informes. Casa Cero había sido el lugar donde rehicimos el expediente.

Cada problema médico, escolar o administrativo había exigido una mentira nueva. La identidad no era una construcción terminada; era una deuda que acumulaba intereses.

Encontré también una caja con dibujos. En uno, Nora había representado a nuestra familia: Daniel, ella y yo. Sobre mí escribió MAMÁ. Sobre Daniel, PAPÁ. En una esquina había una mujer de pelo largo sin nombre.

—¿Quién es? —pregunté meses atrás, según una nota al dorso.

—La persona que falta —había respondido Nora.

Ella percibía huecos mucho antes de encontrar documentos.

Preparé tres cajas.

VERDADERO Y COMPROBADO.

CREADO O ALTERADO.

NO SABEMOS TODAVÍA.

No decidí sola dónde iba cada cosa. Esperé a que Nora pudiera volver.

Antes de irme, entré en su habitación y abrí las persianas.

En la pared quedaba la marca rectangular de una fotografía desaparecida. No coloqué otra.

Los huecos también podían conservarse sin llenarlos de inmediato.

109

Nora regresó al piso un sábado por la mañana.

No quiso que Daniel viniera. Tampoco la psicóloga. Pidió a Alba y a mi madre, pero Alba canceló media hora antes porque su madre no le permitía entrar en una vivienda todavía vinculada a una investigación. Nora leyó el mensaje dos veces y respondió: LO ENTIENDO. Después dejó el teléfono boca abajo.

Llegó con una mochila vacía y una lista propia. Quería recuperar ropa, libros, el cuaderno de mapas y una caja de minerales. No aceptó entrar en habitaciones sin revisar primero puertas y ventanas. La conducta podía parecer hipervigilancia, pero también era una forma razonable de recuperar capacidad sobre un lugar invadido.

Adela colocó los bocadillos en la cocina y se mantuvo disponible sin seguirla. Yo esperaba instrucciones. La inversión de roles resultaba incómoda: durante años había decidido qué necesitaba Nora antes de que lo pidiera. Aquella mañana, ayudar consistía en no anticipar.

La habitación conservaba objetos que ya no significaban lo mismo. El impermeable de repuesto recordaba el campamento. El ordenador recordaba el borrado. Una fotografía familiar mostraba una escena real y una biografía fabricada. Nora clasificó por lo que quería llevar, dejar, fotografiar o destruir. No utilizó categorías de prueba salvo cuando un objeto seguía requerido por el juzgado.

Encontró el cuaderno azul dentro de una funda distinta. Faltaban páginas y el lomo había sido abierto. Lo entregamos para examen antes de leerlo. Recuperar una pertenencia no significaba disponer libremente de ella cuando podía contener evidencias. Nora aceptó esa limitación porque fue explicada, temporal y revisable.

Adela llevó bocadillos y tres rotuladores negros. No pregunté por qué tres. En nuestra familia, las herramientas repetidas empezaban a parecer un síntoma.

Las cajas seguían en el salón: VERDADERO Y COMPROBADO, CREADO O ALTERADO, NO SABEMOS TODAVÍA.

Nora se quitó los zapatos antes de entrar en su habitación.

—No tienes que ordenar nada hoy —dije.

—No he venido a ordenar. He venido a ver qué habéis dejado igual.

Abrió cajones, comprobó el armario y contó los libros. Faltaban dos que la policía conservaba porque contenían notas de Inés. La cama tenía las mismas sábanas del día en que salió hacia La Encina. Yo había pensado que mantenerlas sería una forma de continuidad. Nora las arrancó.

—Huelen a cerrado.

—Puedo lavarlas.

—Quiero otras.

La frase me produjo una tristeza absurda. No eran las sábanas. Era la posibilidad de que cada objeto anterior perteneciera a una vida que ella ya no quisiera.

Adela abrió la ventana.

—Primero aire —dijo—. Las decisiones después.

En el salón, Nora examinó los álbumes. No comenzó por el primero, sino por el séptimo, el año en que aprendió a leer. Señaló una foto en una feria escolar.

—Esto ocurrió.

—Sí.

—Pero dijiste que Daniel estaba trabajando. Estaba siguiendo a Andrés, ¿verdad?

—Sí.

Escribió detrás: DANIEL NO APARECE. CLARA DIJO GUARDIA MÉDICA. EN REALIDAD INVESTIGABA A ANDRÉS.

—¿Vas a corregir todas? —preguntó Adela.

—No. Solo las que cuentan una mentira.

—Las fotos no cuentan solas —dije.

—Por eso escribisteis detrás.

Tenía razón. Habíamos utilizado los pies de foto para consolidar la versión oficial de la familia. Una excursión se convertía en "primer viaje de los tres" aunque Daniel hubiera dormido en otra habitación y yo pasara la noche revisando una alerta. Un cumpleaños decía "día perfecto" cuando Nora había tenido fiebre y yo había cancelado a todos por miedo a que una fotografía circulara.

—¿Qué hacemos con los recuerdos que fueron buenos dentro de una mentira? —preguntó.

Adela se sentó a su lado.

—No dejan de ser buenos. Pero pueden tener bordes que no viste.

—Eso suena a frase de abuela.

—Lo es. Llevo años practicando.

En el álbum del cuarto año apareció la mujer sin nombre dibujada en una esquina. Nora recordó haber preguntado por ella.

—Tú dijiste que era una vecina —me dijo.

—Sí.

—Yo sabía que no.

—¿Cómo?

—Porque cuando inventas algo rápido, das demasiados detalles. Dijiste que vivía en el tercero, que tenía un perro y que se mudó a Valencia. Yo no había preguntado nada de eso.

La precisión me desarmó.

—Era Marta —dije—. Habías visto una fotografía suya en casa de Adela.

Mi madre bajó la mirada.

—La dejé sobre la mesa. Después la guardé y te dije que era una amiga antigua.

Nora escribió el nombre de Marta junto al dibujo, pero no borró la figura.

Pasamos tres horas clasificando. La mayor parte de la infancia de Nora pertenecía a la primera caja: caídas, cursos, recetas, chistes, viajes, discusiones, tardes sin importancia. La mentira no había inventado cada día. Había construido el marco donde los días ocurrieron.

En CREADO O ALTERADO colocamos las fotografías de embarazo, el certificado de bautizo civil, una cartilla sanitaria duplicada y las invitaciones del primer cumpleaños con fecha incorrecta.

En NO SABEMOS TODAVÍA quedaron más objetos de los que esperaba. Una postal sin firma. Un peluche que Julia dijo haber comprado, pero que Adela recordaba de Marta. Una fotografía de Daniel frente a Casa Cero tomada por alguien desconocido. Dos dibujos con la misma mujer de pelo largo.

Nora encontró una memoria USB dentro de una caja de lápices.

Mi cuerpo reaccionó antes de saber qué contenía.

—No la conectes aquí.

—No iba a hacerlo.

—Hay que entregarla a la policía.

—Primero hay que documentar dónde estaba.

Sacó el teléfono y fotografió la caja, la posición y el número de serie. Había aprendido el procedimiento durante la investigación. Me sentí orgullosa y culpable a la vez.

—No quiero que esto sea normal para ti —dije.

—No lo es. Pero ya sé hacerlo.

Llamamos a Luján. Un agente recogió la memoria, levantó acta y nos informó de que el análisis podía tardar. Dos semanas después supimos que solo contenía vídeos escolares. Daniel la había escondido allí para que Andrés no encontrara una copia donde aparecía Nora en una función pública.

No toda memoria oculta era una clave. Algunas eran miedo almacenado.

A media tarde, Nora entró en nuestro antiguo dormitorio. La marca del golpe seguía en la pared.

—¿Aquí estaba Baeza cuando llegué?

—Sí.

—¿Y aquí te dijo que nunca habías tenido una hija?

—Sí.

—¿Le creíste?

La pregunta no se refería a los documentos.

—Durante segundos, sí. No que tú no existieras, sino que quizá mi mente había construido una vida que nadie más compartía.

—¿Cómo se siente eso?

—Como si cada recuerdo necesitara un testigo y todos los testigos hubieran desaparecido.

Nora tocó la marca de la pared.

—Yo sentí algo parecido cuando Alba dijo que no me conocía.

No intenté equiparar los dos momentos. El suyo había ocurrido a los once años, rodeada de adultos que controlaban el escenario.

—Lo siento.

—No lo hiciste tú.

—Ayudé a construir el sistema que le enseñó a Inés que borrar a alguien podía ser protección.

—Eso sí.

La diferencia no disminuía la culpa; la hacía exacta.

Antes de marcharnos, Nora eligió nuevas sábanas por internet. Azules, sin dibujos. Guardó la ropa del campamento en una bolsa que no quiso tirar. Colocó los tres álbumes más recientes en su habitación y dejó los demás en el salón.

—¿Quieres volver a vivir aquí? —pregunté.

—No todavía.

—¿Quieres que venda el piso?

—Tampoco. No quiero que cada decisión sea para siempre porque hoy me dé miedo.

Adela cerró una caja.

—Eso deberíamos bordarlo.

Nora la miró.

—No conviertas todo en una frase bonita.

—Tienes razón.

Salimos cuando anochecía. En el ascensor, Nora apoyó la cabeza en mi hombro solo durante un piso. Después se separó.

No necesitaba elegir entre distancia y afecto. Podía ejercer ambos.

110

La declaración de Julia duró nueve días.

Entregó nodos, operadores, cuentas y mecanismos. Negoció cada dato, pero Teresa se negó a intercambiar información por impunidad. El acuerdo solo contempló protección física y valoración de su colaboración.

Las sesiones se organizaron por temas y se interrumpían cuando un dato podía verificarse. Julia no recibía confirmación inmediata sobre qué información resultaba nueva. Teresa evitaba que ajustara su relato según las reacciones. Cada jornada terminaba con una lista de extremos pendientes y documentos cuya existencia debía demostrarse.

Baeza aportó registros de pagos y rutas. Alicia identificó protocolos de menores. Inés describió órdenes concretas del campamento. Las versiones coincidían en algunos puntos y se contradecían en otros. La investigación no buscó una narradora principal. Construyó una matriz donde cada afirmación tenía fuente, apoyo y conflicto.

Los nodos entregados por Julia no contenían necesariamente datos completos. Algunos eran señuelos preparados para negociaciones futuras. El equipo técnico los aisló y comparó con referencias recuperadas de la fábrica. Cada acceso se realizó sobre copias. La colaboración de Julia seguía tratándose como material potencialmente hostil.

Nora leyó resúmenes adaptados, no transcripciones. Podía pedir información sobre decisiones que la afectaban y rechazar detalles de violencia o exposición. El proceso dejó de asumir que conocer todo era siempre reparación.

Andrés permaneció en prisión. Baeza sobrevivió a la fábrica y empezó a declarar cuando comprendió que Julia había incluido su

nombre en las operaciones comerciales. Alicia se acogió a protección de testigos. Inés, tras dos cirugías, confirmó que Nora nunca consintió un cierre completo.

El caso dejó de ser una sola causa. Se convirtió en decenas: falsedad documental, coacciones, revelación de secretos, homicidio, blanqueo, corrupción, detenciones ilegales, protección de agresores y delitos cometidos por compradores de identidades.

Mi situación era menos espectacular y más personal.

La fiscalía propuso una conformidad parcial por la falsificación de la filiación de Nora y otros documentos, con atenuantes por protección de una menor, colaboración y dilaciones. Los delitos relacionados con Umbral requerían juicio separado.

Samuel me explicó las opciones.

—Si acepta hechos y penas dentro del marco negociado, podemos evitar prisión efectiva en la parte documental, dependiendo de la resolución final. No cubre operaciones anteriores de Umbral.

—¿Debo declarar contra Julia?

—Debe declarar la verdad. No adoptar una narrativa de la fiscalía.

—¿Y Daniel?

—Tendrá un acuerdo distinto por falsificación médica y documental. Su estado y cooperación influyen.

—¿Afecta a la tutela?

—Todo afecta, pero una asunción clara puede ser mejor que años negando.

Acepté los hechos que podía probar y recordar. Rechacé atribuir a Julia decisiones que habían sido mías. Tampoco acepté una frase propuesta por la acusación: "la menor fue apropiada". Marta me la entregó para sacarla de peligro; después, yo me apropié de su historia. La diferencia debía constar.

La audiencia no fue pública para proteger a Nora.

Cuando el juez me preguntó por qué mantuve el engaño once años, no dije que no existía un momento adecuado. Sí existieron.

Hubo cientos. Simplemente, cada uno exigía admitir que el anterior había sido una mentira.

—Tenía miedo de perder a la menor —dije—. Convertí ese miedo en una justificación permanente.

La resolución provisional impuso pena suspendida por los delitos documentales, trabajo comunitario especializado, prohibición de gestionar datos de identidad sin supervisión y obligación de colaborar con la reparación de expedientes. La causa mayor continuaría.

No era absolución. Tampoco prisión.

Al salir, un periodista me preguntó si estaba satisfecha.

—No es una experiencia diseñada para satisfacer —respondí.

La frase se publicó como si fuera una muestra de frialdad.

Nora la recortó y la pegó en su cuaderno bajo el título:

COSAS CIERTAS QUE SUENAN MAL FUERA DE CONTEXTO.

111

La declaración de Julia no fue una confesión continua. Fue una negociación de nueve días en la que cada verbo importaba.

Teresa permitió que yo asistiera a una de las sesiones solo cuando Julia afirmó que una serie de decisiones técnicas no podían interpretarse sin mi participación. Mi abogado se opuso. Patricia preguntó si Nora necesitaba que yo estuviera allí. No. Acepté porque la reconstrucción de Umbral no podía depender únicamente de quienes queríamos reducir nuestra responsabilidad.

Julia utilizaba formas impersonales para reducir responsabilidad. Las identidades se cerraban, los traslados se ejecutaban, los incidentes ocurrían. Teresa devolvía cada frase a sujetos concretos, fechas y credenciales. La gramática se convirtió en una parte de la prueba porque mostraba cómo la red había transformado decisiones personales en procesos aparentemente inevitables.

Cuando Julia afirmaba no recordar, se contrastaban agendas, accesos y comunicaciones. Algunas lagunas eran plausibles después de años de operaciones. Otras aparecían alrededor de los mismos nombres y momentos. La repetición permitía distinguir memoria imperfecta de estrategia selectiva sin fingir certeza absoluta.

La sesión a la que asistí trató sobre las modificaciones del Libro. Julia describía arquitectura; yo explicaba efectos. Mi participación podía ayudar a verificar y también contaminar. Por eso cada intervención se separó y el equipo comparó después nuestras versiones sin permitir que preparáramos respuestas juntas.

La declaración localizó personas y bienes, pero también reveló el límite de la cooperación. Julia seguía intentando organizar el significado de lo ocurrido. Entregar información no equivalía a ceder el control de la narrativa. Teresa aceptó los datos y rechazó el marco.

Julia entró esposada, con las manos todavía vendadas. No llevaba maquillaje. Parecía más cansada, no menos peligrosa.

Sobre la mesa había tres carpetas: OPERACIONES DE PROTECCIÓN, OPERACIONES COMERCIALES y CIERRES. Teresa añadió una cuarta: DECISIONES NO CLASIFICADAS.

—Esa categoría no existía —dijo Julia.

—Por eso existe ahora —respondió Teresa—. Cuando una operación no encaje en su sistema, no la forzaremos a la casilla que más le convenga.

El primer expediente era el de una mujer trasladada después de denunciar a un policía. Umbral había creado una identidad nueva, separado cuentas y evitado que la localizara. Años después, la mujer pidió contactar con su hijo mayor. Julia rechazó la petición por riesgo.

—Había vigilancia activa —dijo.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Teresa.

—No podía saberse.

—¿Cuándo revisó la decisión?

—El sistema mantenía alertas.

—No he preguntado por el sistema. ¿Cuándo la revisó una persona distinta de usted?

Julia dejó la pregunta sin respuesta.

La segunda carpeta contenía la identidad comprada por un empresario condenado. Baeza había cobrado. Andrés había aportado una firma. Julia sostenía que desconocía el uso final.

—Autorizó liberar la credencial raíz —dije.

—Para financiar tres extracciones.

—Sabía que una identidad completa no se vende para una gestión menor.

—Sabía que Baeza mentía sobre el cliente. No sabía quién era.

—Eso no es ignorancia. Es diseñar una distancia para no tener que saber.

Julia me miró con una mezcla de desprecio y reconocimiento.

—Tú diseñaste la compartimentación.

—Para que una operadora no pudiera exponer toda la red si era capturada.

—Y yo la utilicé para que no pudiera conocer todo lo que financiaba.

—Sí.

Teresa interrumpió.

—La diferencia moral entre ambas intenciones se discutirá después. Ahora necesito saber quién podía liberar la raíz.

Julia enumeró cuatro nombres. Dos estaban muertos. Uno era un magistrado jubilado. El cuarto pertenecía a una mujer que aparecía como víctima protegida y operadora administrativa al mismo tiempo.

—¿Es un error? —preguntó Teresa.

—No.

—Explíquelo.

—Algunas personas protegidas trabajaban para Umbral. Era una forma de devolver autonomía y aprovechar conocimiento.

—¿Podían negarse sin perder protección?

—Sí.

—¿Consta?

—No siempre.

—Entonces no sabe si podían.

La cuarta carpeta empezó a llenarse.

A media mañana llegamos al expediente de Marta.

Julia enderezó la espalda.

—No ordené su muerte.

—Nadie le ha preguntado eso todavía —dijo Teresa.

—Es la frase que quieren obtener.

—Quiero obtener hechos.

Julia relató que Marta descubrió la venta de identidades y quiso sacar a Nora del alcance de Andrés. Preparó la facultad de

revocación, dividió el Libro y contactó con Elena Vidal. Julia intentó detenerla porque revelar el sistema podía exponer a cientos.

—¿Qué autorizó respecto a la niña? —preguntó Teresa.

—Protección máxima.

—Tradúzcalo.

—Cambiar identidad, cortar vínculos, trasladar a cuidadora segura.

—¿Clara?

—Si aceptaba.

—¿Y si no aceptaba?

—Otra operadora.

—¿Marta autorizó que su hermana criara a la menor durante once años sin contarle su origen?

—Autorizó la extracción. No el plazo.

La respuesta me produjo más rabia que una mentira.

—Sabías que no tenía fecha de revisión.

—Sabía que el protocolo de Marta abriría la ventana a los doce.

—Once años no son una medida provisional.

—No. Son once años en que Andrés no la encontró.

Teresa colocó la fotografía de Nora saliendo de La Encina.

—También son once años durante los que ustedes podían activar CERO en cuanto la menor se acercara a la verdad.

Julia sostuvo la mirada.

—CERO no debía secuestrarla. Debía aislar el expediente y trasladarla.

—Una distinción que carece de valor si la persona no puede negarse —dije.

—Tenía once años.

—Por eso necesitaba más garantías, no menos.

El abogado de Julia pidió una pausa.

Fuera de la sala, mi abogado me recordó que yo no era fiscal ni testigo neutral.

—Está utilizando el interrogatorio para discutir con su propia versión de hace once años.

—¿Y qué debería hacer?

—Responder solo cuando le pregunten. La justicia no es el lugar donde usted obtiene una conversación final con Julia.

Tenía razón. Yo quería que Julia admitiera una frase que ordenara todas las culpas. Si la pronunciaba, podría colocarla en el centro y medir mi distancia. La investigación necesitaba otra cosa: trazabilidad.

Al volver, Teresa reconstruyó decisiones una a una. Quién abrió el expediente. Quién cambió el estado. Quién autorizó pagos. Qué alerta se ignoró. Qué revisión no ocurrió. Julia intentó explicar cada operación como respuesta a una amenaza. Teresa insistió en fechas y firmas.

Al final del día, la carpeta DECISIONES NO CLASIFICADAS contenía treinta y siete expedientes. Personas protegidas que después fueron utilizadas como operadoras. Identidades vendidas para financiar rescates. Menores trasladados sin revisión judicial. Agresores tolerados porque colaboraban. Casos donde el resultado había sido bueno y el procedimiento inaceptable.

—No puede juzgar una red clandestina como si fuera una administración —dijo Julia.

—No —respondió Teresa—. Pero puedo juzgar delitos. Y puedo negarme a llamar inevitables a decisiones que nadie permitió revisar.

Antes de que se la llevaran, Julia se volvió hacia mí.

—Cuando la unidad pública tarde seis semanas en mover a alguien y aparezca muerta, usarán tu informe para decir que siguieron el protocolo.

La objeción era la más fuerte que podía formular.

—Entonces habrá que diseñar urgencia con control —dije.

—Eso es una contradicción.

—No. Es más difícil que obedecer a una sola persona.

Julia sonrió sin alegría.

—Sigues creyendo que todo puede diseñarse.

—No. Estoy empezando a aceptar que ningún diseño sustituye a que alguien pueda decir no.

Teresa cerró las carpetas.

La declaración de Julia permitió localizar cuentas, servidores y personas. No convirtió su versión en la historia oficial. Cada dato fue contrastado con accesos, transferencias y testimonios. Algunos resultaron exactos. Otros eran omisiones cuidadosamente verdaderas.

La colaboración podía reducir una pena. No podía comprar el derecho a definir el daño.

112

Teresa impulsó la creación de una unidad de reparación con una condición que yo había propuesto: nadie tendría capacidad unilateral para abrir, cerrar o transformar una identidad.

Participaban magistrados, especialistas en protección de víctimas, seguridad de datos, psicología, asociaciones y personas que habían pasado por Umbral. Cada acceso quedaba registrado. Cada decisión urgente caducaba y debía revisarse. Las personas protegidas podían solicitar información sobre su expediente sin revelar ubicaciones ajenas.

La unidad ocupaba dos plantas de un edificio administrativo sin señalización pública. La zona de recepción no mostraba nombres completos y las salas tenían accesos separados. Las personas protegidas podían acudir sin cruzarse con investigados o familiares. La arquitectura física intentaba corregir una de las prácticas de Umbral: obligar a que toda ayuda pasara por los mismos operadores.

Los expedientes se dividieron en datos de identidad, riesgo, responsabilidades y preferencias. Ningún profesional veía todas las capas por defecto. Los accesos temporales caducaban y exigían motivo. La fragmentación no pretendía ocultar decisiones, sino impedir que la curiosidad o la costumbre produjeran exposición.

Cada reunión empezaba con un mapa de competencias. Policía, registro, servicios sociales, psicología y asociaciones podían recomendar, pero no sustituirse. Las urgencias disponían de procedimientos rápidos y revisión obligatoria. La velocidad dejaba de depender de saltarse controles y pasaba a depender de haberlos diseñado antes.

Yo trabajaba sobre sistemas sin poder aprobar casos. Mi acceso quedaba supervisado y cualquier conflicto relacionado con Nora me excluía. La limitación no era una humillación. Era la condición

necesaria para que mi experiencia dejara de convertirse automáticamente en autoridad.

Yo trabajaba como asesora técnica bajo supervisión.

La primera semana encontramos ciento doce errores críticos. Personas declaradas muertas que seguían usando servicios sanitarios. Niños con fechas de nacimiento incompatibles. Identidades comerciales mezcladas con víctimas. Dos mujeres que vivían en la misma ciudad con el mismo número interno.

—Julia tenía razón en una cosa —dije a Teresa—. Desmontarlo sin conocimiento podía matar a alguien.

—También tenía razón en que el Estado falló antes de que existiera Umbral.

—¿Eso la hace menos culpable?

—No. Hace nuestra obligación más amplia que encarcelarla.

El primer caso urgente fue una mujer cuyo agresor había salido de prisión y había recibido, a través de un antiguo policía, parte del índice filtrado. La unidad debía trasladarla en horas.

Todos miraron hacia mí cuando apareció la pantalla de decisión.

—No decido —dije.

—Necesitamos una propuesta técnica —respondió Teresa.

—Puedo proponer tres rutas y sus riesgos. La elección corresponde al equipo y a ella.

La mujer participó por llamada segura. Explicó que no quería cambiar de país porque su hijo empezaba la universidad. Aceptó modificar domicilio y rutinas, no nombre.

Julia habría considerado insuficiente la medida. Quizá habría tenido argumentos. Pero la mujer conocía el riesgo y conservaba la capacidad de asumirlo.

Nora preguntaba por mi trabajo cada tarde.

—¿Hoy has borrado a alguien?

—No usamos esa palabra.

—Por eso pregunto.

—Hoy una mujer eligió mantener su nombre y cambiar de ciudad.

—¿Qué opinabas tú?

—Que irse más lejos era más seguro.

—¿Se lo dijiste?

—Sí, con los datos.

—¿Y luego?

—Acepté su decisión.

—¿Aunque salga mal?

—Sí.

Nora pensó.

—Eso debe de dar mucho miedo.

—Más que decidir por ella.

—Entonces quizá lo estás haciendo bien.

No era una absolución. Era una observación provisional. Aprendí a recibirla así.

113

El primer traslado de la unidad de reparación casi fracasó por hacer correctamente demasiadas cosas a la vez.

La mujer se llamaba Eva en el expediente de Umbral y Mercedes en la resolución judicial que ordenó protegerla. Ninguno de los dos era su nombre actual. Tenía cuarenta y seis años, trabajaba en una residencia y vivía con una hija de diecisiete. Su agresor había salido de prisión tres semanas antes. Un antiguo policía le vendió una página del índice filtrado donde aparecía el municipio, no la dirección.

La reunión de emergencia congregó a policía, servicios sociales, asesoría jurídica, seguridad digital y apoyo psicológico. Cada área tenía una lista razonable de comprobaciones. Juntas producían una demora incompatible con el riesgo. Mientras discutían la competencia territorial, el vehículo vinculado al agresor reducía la distancia.

Mercedes rechazaba abandonar su trabajo y la fecha del examen de su hija. No era negación del peligro. Había pasado años viendo cómo cada amenaza destruía una parte concreta de su vida: empleo, vivienda, amistades, estudios de la menor. La recomendación de trasladarse otra vez llegaba sin garantizar quién pagaría el alojamiento, cómo conservaría el puesto ni qué ocurriría con la evaluación escolar.

La unidad reorganizó la intervención alrededor de esas necesidades. Un vehículo sin identificación policial recogió a la hija después del examen. La residencia mantuvo el turno de Mercedes como permiso retribuido. Se instaló vigilancia visible en la vivienda y otra discreta en la ruta del trabajo. La decisión no eliminaba el riesgo, pero dejaba de presentar la desaparición como única forma posible de protección.

El caso enseñó que la coordinación no consiste en reunir a todas las personas, sino en decidir quién debe actuar primero y qué controles pueden realizarse después. La urgencia no justificaba la ausencia de garantías. Exigía garantías diseñadas para no llegar tarde.

La alerta llegó a las 10:12. A las 10:19, la policía local comprobó que un coche vinculado al agresor circulaba a nueve kilómetros de la vivienda. A las 10:24, Teresa convocó al equipo reducido de emergencia.

Antes, Julia habría ordenado una extracción, activado documentos preparados y eliminado rutas. Veinte minutos después, la persona estaría fuera. Nadie habría sabido quién tomó la decisión ni qué errores arrastraba.

El nuevo procedimiento exigía confirmar amenaza, hablar con la mujer, evaluar a la hija, preparar alojamiento, preservar medicación, coordinar protección policial y dejar constancia de cada acceso. En la pantalla, los relojes avanzaban mientras cinco especialistas discutían si el riesgo justificaba revelar la ubicación a una unidad territorial que podía contener filtraciones.

—Si seguimos incorporando participantes, aumentamos la superficie de exposición —dije.

—Si reducimos participantes, concentramos poder —respondió Teresa.

Las dos cosas eran ciertas.

La psicóloga consiguió contactar con Mercedes mediante una frase de verificación acordada años atrás. Ella no quiso salir.

—Tengo turno esta noche —dijo—. Mi hija tiene un examen. No voy a perder otra vida porque él salga de la cárcel.

Un policía sostuvo que la negativa podía deberse a minimización del peligro. La representante de víctimas respondió que tratar toda negativa como incapacidad repetía la lógica de Umbral.

—Hay un vehículo aproximándose —dije—. No estamos discutiendo una hipótesis anual. Necesitamos una medida de minutos.

Teresa me pidió una propuesta técnica, no una decisión.

Planteé tres capas. Primera: vigilancia discreta y bloqueo del vehículo antes de que alcanzara la calle. Segunda: traslado voluntario a una ubicación elegida entre tres alternativas, con medicación y documentos legítimos, sin cambio de identidad. Tercera: si el agresor superaba el perímetro o existía un arma, evacuación inmediata limitada a setenta y dos horas, revisable por autoridad judicial.

—¿Quién activa la tercera? —preguntó Teresa.

—El mando operativo con confirmación de una segunda persona que no dependa de su cadena jerárquica.

—¿Y si no hay tiempo?

—Actúa y documenta después. Pero la excepción queda marcada, no absorbida como procedimiento normal.

Mercedes escuchó las opciones.

—Quiero que detengan el coche. No quiero irme de mi casa.

—Puede que no haya base para detenerlo si no comete una infracción ni incumple una prohibición —explicó Teresa.

—Entonces ¿para qué sirve que me protejan?

Nadie respondió con una frase institucional.

A las 10:41, el vehículo entró en el municipio. El agresor no conducía. Lo hacía su hermano, que tenía una orden de alejamiento distinta por haber acosado a Mercedes durante el juicio. La Policía Judicial pudo intervenir. En el maletero encontraron fotografías recientes de la residencia, bridas, dos teléfonos y una copia impresa del índice.

La amenaza dejó de ser probable.

Mercedes aceptó trasladarse durante setenta y dos horas, pero impuso condiciones: su hija elegiría si ir con ella; la residencia recibiría una explicación que no revelara su identidad anterior; nadie vaciaría la casa; y al cabo de tres días participaría en la revisión.

La hija decidió acompañarla y hacer el examen en línea.

A las 11:26 salieron en dos coches sin distintivos. No necesitaron nombres nuevos. La policía preservó la vivienda. Un juzgado ratificó las medidas esa tarde.

La operación había tardado setenta y cuatro minutos.

—Umbral habría tardado veinte —dije cuando terminó.

—¿Y cuántos años habría mantenido el traslado? —preguntó Teresa.

No respondí.

Tres días después, Mercedes participó en la revisión. Pidió volver a casa con protección reforzada. El equipo de seguridad recomendó otra ciudad. Ella insistió.

—Mi objetivo no es sobrevivir en cualquier sitio —dijo—. Es vivir donde he elegido.

La unidad aceptó con medidas temporales, seguimiento y un plan acordado. Nadie garantizó que fuera la opción más segura. Era la opción en la que la persona protegida conservaba una parte real de la decisión.

Cuando le conté a Nora el caso sin datos identificativos, preguntó:

—¿Qué habría hecho Julia?

—Sacarla sin pedir permiso.

—¿Y habría estado más segura?

—Tal vez durante esas horas.

—Entonces la respuesta nueva no es siempre mejor.

—No.

—¿Y si decís que respetáis su decisión solo para dejarla sola?

La pregunta quedó en la mesa de la unidad durante semanas. Añadimos un control: toda negativa a una medida recomendada debía ir acompañada de alternativas materiales, no de una renuncia firmada. Dinero, transporte, vigilancia, asesoramiento y una vía de retorno. Respetar una decisión sin proporcionar opciones podía ser abandono con vocabulario más elegante.

Mercedes regresó a su casa. El proceso penal contra el hermano continuó. Su hija aprobó el examen.

No hubo final perfecto. Hubo una persona que no desapareció de su propia vida para poder conservarla.

114

Vimos el vídeo del nacimiento el día anterior al duodécimo cumpleaños de Nora.

Ella eligió el lugar: el salón de la vivienda protegida, con las persianas abiertas. Quería que estuviéramos Adela, Daniel y yo. Iago no. Teresa no. Nadie que pudiera interpretar antes de que ella sintiera.

El archivo había sido restaurado a partir de dos copias incompletas. Una conservaba imagen con cortes; la otra, audio deteriorado. El laboratorio sincronizó ambas y dejó visibles los segmentos reconstruidos. No eliminaron ruido ni mejoraron rostros hasta volverlos más claros de lo que eran. La fidelidad incluía mostrar los límites del soporte.

La grabación empezaba antes del parto. Se veía la sala, las manos preparando material y el reloj de pared. Marta aparecía agotada, consciente y capaz de tomar algunas decisiones. Elena explicaba procedimientos. Clara entraba y salía. Daniel permanecía fuera de cuadro durante tramos largos. El vídeo no confirmaba una historia simple. Mostraba personas actuando bajo urgencia y secreto.

Nora podía detenerlo con un mando propio. Patricia había acordado señales para pausar y para terminar sin explicar. Los adultos no podían comentar durante la reproducción. La regla impedía que cada gesto de Marta llegara acompañado de una interpretación familiar antes de que Nora pudiera registrarlo.

El nombre Sara se pronunciaba en un momento concreto, ligado a la intención de Marta y al riesgo inmediato. Nora escuchó sin adoptar ni rechazar de inmediato. El vídeo devolvía contexto al nombre, no una obligación.

Daniel caminaba con bastón y se cansaba al hablar. Adela había recuperado parte de la movilidad del brazo. Yo llevaba el sobre de Marta y una copia cifrada del vídeo.

—No lo pauséis salvo que lo pida —dijo Nora—. Y después no habléis hasta que yo hable.

Aceptamos.

La imagen mostró la habitación de Casa Cero. Marta estaba agotada, con el pelo pegado a la frente. Elena colocó a la bebé sobre su pecho. Adela lloraba fuera de plano.

—Tres de agosto —dijo Marta—. Sara Galván Rivas.

Después miró a la cámara y habló de Andrés. Ya habíamos visto esa parte. Continuó.

—Clara no sabe dónde estoy. No porque no confíe en ella, sino porque confía demasiado en Umbral. Si tengo tiempo, se lo explicaré. Si no, mamá, dile que no convierta mi miedo en su forma de criar.

Adela se cubrió la boca.

Marta besó la cabeza del bebé.

—Puede que un día te cambien el nombre. Los nombres sirven para encontrarnos, pero no deben convertirse en jaulas. Si conservas Sara, que sea porque te pertenece. Si eliges otro, no estarás abandonándome.

Nora inclinó la cabeza.

—No sé si seré una buena madre —continuó Marta—. Ahora mismo solo sé que tengo sueño, que me duele todo y que esta niña hace un ruido extraño cuando respira. No quiero que nadie le diga que fui valiente todo el tiempo. Tuve miedo casi todos los días.

La bebé abrió los ojos. Marta sonrió.

La grabación terminó cuarenta minutos después, sin grandes revelaciones. Un parto, instrucciones médicas, cansancio, bromas. La normalidad era el regalo que las versiones heroicas le habían quitado.

Nadie habló.

Nora lloró en silencio. Después pidió el mando y retrocedió hasta una escena donde Marta intentaba colocarle un gorro y no conseguía distinguir la parte delantera.

—Es malísima —dijo.

Adela rio entre lágrimas.

—Siempre lo fue con la ropa.

—Pensaba que sería… no sé.

—¿Más perfecta? —pregunté.

Nora asintió.

—Era tu madre —dije—. No un monumento.

—Tú también eres mi madre.

No respondí enseguida.

—Sí —dije al fin—, si sigue siendo tu elección.

—No voy a decirlo cada día para renovar el contrato.

—Me parece razonable.

Daniel miró hacia la ventana para ocultar que lloraba.

Nora tomó el sobre de Marta.

—Quiero que la carta quede con el vídeo. Y una copia en un lugar que solo yo controle.

—Tres-dos-uno —dije.

—Tres copias, dos soportes, una fuera de casa.

—Exacto.

—Pero la de fuera no la eliges tú.

—No.

Esa noche, Nora decidió su nombre.

No nos lo dijo todavía.

115

Después del vídeo, Nora pidió quedarse sola.

No en su habitación. En el salón donde acabábamos de ver nacer a una niña llamada Sara y recibir, doce años después, permiso para no obedecer ese nombre.

El salón quedó con las persianas abiertas y la pantalla negra. En la mesa había vasos, pañuelos y el mando. Los adultos retiramos solo los objetos que podían estropearse. Dejar el espacio casi intacto permitía que Nora decidiera cuándo cerrar la escena y qué elementos conservar.

Desde el pasillo se oían movimientos pequeños: una silla, hojas, el cajón donde guardaba sobres. Nadie intentó interpretar. La privacidad no consistía en abandonar a una menor después de una experiencia intensa. Adela permaneció en la habitación contigua, Daniel en la cocina y yo junto a la entrada, disponibles sin invadir.

Las tres cartas utilizaban papeles distintos. Nora había elegido uno del colegio para Nora, papel del archivo para Sara y una hoja sin líneas para la carta sin nombre. La materialidad formaba parte de la decisión. Cada versión podía contener preguntas, lealtades y rechazos distintos sin que una anulara a las demás.

Destruir dos cartas no eliminó las identidades que representaban. Fue una decisión sobre documentos, no sobre la existencia de partes de sí misma. Guardar una en el sobre del vídeo permitió conservarla sin convertirla en declaración pública.

Adela quiso recoger las tazas. Daniel intentó levantarse. Yo guardé la copia cifrada sin cerrar el ordenador.

—He dicho sola —repitió Nora.

Salimos al pasillo de la vivienda protegida. La puerta quedó entreabierta porque las normas no permitían dejarla sin supervisión

completa. Patricia había acordado con ella una distancia: nadie entraría, pero una agente permanecería al final del corredor.

Nos sentamos en tres sillas de plástico.

Daniel apoyó el bastón entre las rodillas.

—Marta sabía que yo había alterado el informe —dijo.

—No lo sabemos —respondí.

—Dijo que no convirtieras su miedo en tu forma de criar. Sabía lo suficiente.

—Conocía cómo funcionábamos. No necesitaba conocer cada documento.

Adela nos miró.

—¿Podéis no convertir los últimos minutos de mi hija en un análisis de vosotros mismos?

La voz le tembló solo al final.

Daniel bajó la cabeza.

—Tienes razón.

Mi madre sostenía la carta de Marta, todavía dentro del sobre protector.

—Yo sabía que quería llamar Sara a la niña —dijo—. Cuando Clara llegó con el certificado de Nora, no pregunté por qué había cambiado. Pensé que era una medida temporal. Luego pasaron meses. Cada vez que iba a hablar, miraba a la bebé y pensaba que una pregunta podía hacer que se la llevaran.

—Todos usamos el mismo miedo —dije.

—No. No lo hagas uniforme. Yo no diseñé el sistema. Daniel alteró un informe. Tú construiste una filiación. Julia dio órdenes. Yo callé. No es lo mismo, aunque se toque.

Adela había tardado años en distinguir amor de complicidad. No iba a dejar que mi tendencia a los mapas volviera a unirlos.

—No es lo mismo —admití.

Dentro, Nora reprodujo un fragmento. Oímos la voz de Marta a través de la puerta:

Los nombres sirven para encontrarnos…

Después silencio.

Daniel se levantó con esfuerzo.

—Voy a mi habitación.

—Ella pidió que esperáramos —dije.

—Pidió estar sola. No que hiciéramos guardia como si fuera a emitir una resolución.

Se alejó por el pasillo. Su manera de respetar una frontera era retirarse. La mía, permanecer cerca y vigilar que no se cerrara. Ninguna era neutral.

Adela se quedó conmigo.

—¿Qué quieres que elija? —preguntó.

—Nora.

La respuesta salió demasiado rápido.

—¿Por qué?

—Es el nombre que ha usado, el que reconoce, el que eligió mantener hasta ahora.

—Eso son razones.

—Y porque si elige Sara sentiré que me está diciendo que la vida conmigo era falsa.

Mi madre asintió.

—Ahí está.

—No voy a decírselo.

—No basta con callarlo si lo conviertes en una cara, un silencio o una enfermedad.

—¿Qué quieres que haga?

—Que aceptes que su nombre no es una evaluación de tu maternidad.

—Puede serlo para ella.

—Y tendrá derecho.

La idea dolía porque no podía negociarse. Nora podía utilizar su decisión para expresar afecto, rechazo, duelo o ninguna de esas cosas. No necesitaba protegerme de sus motivos.

La puerta se abrió cuarenta minutos después.

Nora tenía los ojos hinchados y el cuaderno sobre el pecho.

—Quiero hablar primero con Adela.

No pregunté por qué. Mi madre entró y cerró.

Esperé en la cocina. Conté los azulejos sin darme cuenta. Treinta y seis en la pared principal, ocho incompletos junto a la ventana. Cuando Daniel volvió, dejó el bastón y se sirvió agua.

—¿Te ha dicho algo?

—Quiere hablar con Adela.

—Bien.

—No parece bien.

—No todo lo que necesita tiene que parecernos bien mientras ocurre.

Me irritó que hubiera aprendido una frase útil antes que yo.

—¿Qué quieres que elija? —le pregunté.

Daniel no fingió neutralidad.

—Nora.

—Por la misma razón.

—No. Porque es el nombre con el que me llamó papá por primera vez. Eso es egoísta, pero es verdad.

—¿Y si elige Sara?

—Aprenderé a responder.

—¿Tan sencillo?

—No. Tan concreto.

Adela salió una hora después. No reveló la conversación. Nora pidió vernos a los tres.

Había dividido una página en dos. A la izquierda: LO QUE UN NOMBRE CAMBIA. A la derecha: LO QUE NO.

En la primera columna escribió documentos, cómo me presentan, lo que siento al oírlo, a quién permite encontrarme, lo que pone en la tumba de Marta.

En la segunda: quién me crió, quién me hizo daño, que Marta murió, que Daniel es mi padre, que Clara es mi madre, que Andrés no es mi familia, que puedo cambiar de opinión.

—No voy a deciros el nombre hasta mañana —dijo—. Pero quiero que respondáis algo ahora. ¿Qué ocurrirá si elijo el que no queréis?

Daniel habló primero.

—Utilizaré el que elijas. Haré los trámites que me correspondan. Estaré triste por razones mías y no te pediré que las arregles.

Adela:

—Pondré el nombre que elijas junto al de Marta y conservaré Sara donde tú decidas.

Me tocaba.

—No convertiré tu elección en una prueba de si me quieres. Y si lo hago sin darme cuenta, podrás decírmelo y no discutiré que tienes derecho a notarlo.

—Discutirás —dijo Nora.

—Probablemente. Pero después corregiré.

—Eso es más realista.

Nos entregó una copia de la página. La original quedó con ella.

Esa noche escribió tres cartas: una firmada Nora, otra Sara y otra sin nombre. No nos permitió leerlas. A la mañana siguiente destruyó dos y guardó una en el sobre con el vídeo.

Cuando salió de la habitación, no anunció una transformación. Pidió tostadas y se quejó de que Daniel dejaba migas sobre la encimera.

La decisión más importante de su vida no la convirtió en otra persona.

116

El tres de agosto fuimos al columbario de Marta.

La placa había cambiado. Antes decía MARTA RIVAS CUENCA, dos fechas y la frase sobre recordar. Ahora añadía:

MADRE DE NORA.

Nora había pedido que no figurara Sara. No porque negara el nombre, sino porque Marta la llamó Nora en la grabación final y porque era el nombre que ella había decidido conservar.

El cementerio estaba casi vacío por el calor. Las galerías de piedra conservaban una temperatura más baja y olían a flores secas, cera y humedad. Nora llevaba la carta guardada y una fotografía del vídeo impresa sin mejorar. Había elegido una imagen donde Marta miraba fuera de cuadro, no hacia la cámara.

La modificación de la placa requirió documentación judicial y acuerdo familiar. La inscripción madre de Nora no pretendía resolver la filiación legal ni desplazar a Clara. Registraba un hecho biológico e histórico que había sido ocultado. El mármol nuevo tenía un tono ligeramente distinto y hacía visible la corrección.

Nora examinó los tornillos y el espacio donde había estado la caja roja. El hueco se había sellado después de recuperar pruebas. La placa ya no funcionaba como escondite. Podía ser solo un lugar de memoria, aunque esa función nunca fuera simple.

Dejamos la fotografía dentro de una funda temporal y la retiramos antes de marcharnos. Nora no quería convertirla en objeto expuesto a desconocidos. Recordar a Marta no exigía entregar su imagen a cualquiera que pasara.

Llevó flores amarillas, las mismas que Marta sostenía en la fotografía con el bebé.

—¿Sus cenizas están aquí de verdad? —preguntó.

Adela negó.

—Siguen en mi casa.

—Entonces esto también es un documento que dice una cosa y guarda otra.

—Sí.

—Quiero que las traigamos.

Mi madre vaciló.

—Nunca confié en dejarla aquí.

—No tienes que dejarlas todas. Pero si hay una placa, debería haber algo de ella. No para los demás. Para nosotras.

Adela aceptó.

Depositamos una pequeña urna en el espacio restaurado. No convertía el lugar en más verdadero que la memoria, pero alineaba el símbolo con los hechos.

Después, Nora sacó una hoja.

—He elegido.

Daniel y yo esperamos.

—Quiero seguir siendo Nora Rivas. Quiero que Rivas conste porque era el apellido de Marta y también es el de Clara. Quiero conservar Orduña en los documentos cuando termine el procedimiento de adopción de Daniel, si él sigue queriendo.

—Sigo queriendo —dijo Daniel.

—Y quiero que Clara solicite la adopción también, pero sin borrar a Marta como madre biológica.

Patricia había explicado que la forma jurídica sería compleja y quizá no exactamente como Nora la imaginaba. Ella sabía que una decisión personal no obligaba al registro a aceptar cada detalle. Aun así, era su propuesta.

—¿Y Sara? —preguntó Adela.

—Quiero que figure como nombre de nacimiento anterior, no como nombre actual. No lo rechazo. Pero no he vivido como Sara.

Me entregó el documento. Había escrito una frase final:

No mantengo Nora porque Clara lo eligiera. Lo mantengo porque he sido Nora mientras aprendía a elegir.

—¿Estás segura? —pregunté.

Nora me miró con paciencia limitada.

—Estoy lo bastante segura para decidir ahora. Si algún día quiero cambiarlo, lo haré.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Es tu nombre. Mi opinión no debe ocupar más espacio que eso.

—Puedes estar contenta.

—Lo estoy.

—Entonces dilo.

—Estoy contenta de que sigas siendo Nora. Y estaría contigo si eligieras otro.

Asintió.

—Eso era lo que quería oír.

Nos quedamos frente a la placa. No hubo una sensación de cierre. Las personas muertas no cierran. Permanecen en documentos, hábitos, preguntas y decisiones que ya no pueden corregir.

Nora tocó el nombre de Marta.

—Ahora existimos las dos —dijo.

117

Trasladar las cenizas de Marta exigió más conversaciones que cambiar la placa.

Adela las conservaba en una urna de cerámica dentro del armario de su dormitorio. Nunca lo había contado fuera de la familia. El columbario contenía una urna simbólica porque, después de la muerte, mi madre no soportó depositar lo único que quedaba de su cuerpo en un lugar al que tendría que acudir para estar con ella.

La urna de cerámica tenía una grieta reparada con resina. Adela la había trasladado entre viviendas y refugios, siempre envuelta en una manta. No existía registro de esos movimientos. El objeto había acompañado a la familia como un secreto físico que podía romperse, perderse o ser descubierto.

La funeraria necesitó regularizar la cadena de custodia de las cenizas sin iniciar una acusación automática contra Adela. Se documentó el origen, se verificó el sello interior y se solicitó autorización. El procedimiento resultaba frío, pero evitaba que una nueva corrección dependiera de otra mentira familiar.

Nora eligió una urna sencilla y rechazó grabar el nombre de Sara. Quería que la inscripción correspondiera a Marta. Su propia identidad no debía quedar fijada sobre los restos de su madre. La decisión separaba vínculo y posesión.

Durante el traslado, Adela llevó la urna hasta la entrada y después permitió que el personal autorizado continuara. Ceder el objeto fue más difícil que admitir la falsedad del depósito. Durante años había confundido custodiar las cenizas con conservar a su hija fuera del alcance de quienes la habían dañado.

—No fue legal como lo hice —dijo cuando Nora pidió llevarlas—. Firmé que se habían depositado.

Otra falsedad pequeña construida alrededor del dolor.

El cementerio exigía regularizar la situación. La funeraria conservaba registros. El juzgado autorizó el traslado al no afectar ya a las pruebas forenses. Adela podía depositar las cenizas o mantenerlas en casa dentro de la normativa aplicable, pero la placa no debía afirmar algo falso sobre la ubicación.

—Podemos cambiar la placa —propuse.

—No —dijo Nora—. Quiero que estén con su nombre.

Adela se resistió.

—Cuando las deje allí, tendré que pedir permiso para verlas.

—Ahora yo tengo que pedirte permiso a ti —respondió Nora.

Mi madre cerró el armario.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque soy su madre.

El silencio cayó con precisión. Adela se oyó repetir la frase que yo había utilizado para justificar cada acceso a Nora.

—Y yo soy su hija —dijo Nora.

—No la conociste.

—Eso no fue elección mía.

Adela se sentó en la cama. Durante años, la urna había sido la parte de Marta que nadie podía discutirle. Compartirla significaba aceptar que el duelo no le pertenecía en exclusiva.

—Tengo miedo de que, si la llevo, dejemos de hablar de ella —dijo.

—Podemos hablar sin guardar sus cenizas en un armario —respondió Nora.

No hubo decisión aquel día.

La semana siguiente, Adela llevó la urna al salón y abrió una caja con objetos de Marta: entradas de cine, recetas escritas deprisa, una bufanda, fotografías, un pendiente sin pareja y tres cuadernos anteriores a Umbral. Nora pidió leerlos. Adela aceptó uno por vez.

El primer cuaderno mostraba a una Marta que no se parecía a la voz solemne del vídeo. Se quejaba de Clara, olvidaba citas, se burlaba de profesores y escribía listas de nombres para futuros hijos. Sara aparecía en una página junto a Vera, Julia y León.

—Podía haberme llamado Vera —dijo Nora.

—Le gustaba cambiar de opinión —respondió Adela.

—Entonces quizá tampoco habría insistido en Sara.

La idea liberó el nombre de una última voluntad congelada.

Encontraron una entrada escrita seis años antes del nacimiento:

Mamá guarda cosas para que no cambien. Clara cambia cosas para que nadie pueda quitárselas. Yo hago planes y luego llamo libertad a que los demás los sigan.

Nora leyó la frase en voz alta.

—Se conocía.

—A veces —dije.

—¿Tú te conoces?

—A veces después de hacer daño.

Adela decidió depositar la mitad de las cenizas y conservar la otra mitad en una urna más pequeña. Nora preguntó si dividirlas era irrespetuoso.

La funeraria explicó que no existía una única forma correcta si la voluntad de la fallecida no constaba. La decisión debía ser familiar y quedar documentada.

—Marta odiaría una solución intermedia —dije.

—Por eso quizá es adecuada —respondió Adela.

La ceremonia fue privada. No invitamos a periodistas ni a miembros de la unidad. Teresa acudió como amiga de Elena y de Marta, no como fiscal. Iago envió flores sin publicar nada.

Antes de cerrar el nicho, Nora colocó una copia de la primera página del cuaderno, no la carta final. Quería que junto a las cenizas quedara una Marta viva, impaciente y contradictoria.

Adela sostuvo la urna hasta el último momento.

—Perdóname —susurró.

Nora la oyó.

—¿Por qué?

—Por no traerte antes. Por esconderla. Por dejar que te llamaran hija de Clara como si eso significara que no eras hija de Marta.

—No tienes que elegir una.

—Lo sé ahora.

Después del depósito, modificamos la placa. Mantuvo MADRE DE NORA y añadió una fecha de nacimiento completa. No incluyó detalles de Umbral. El cementerio no era un expediente.

Adela conservó la urna pequeña en una estantería visible, no en el armario. Junto a ella colocó el pendiente sin pareja y una fotografía donde Marta hacía una mueca.

—¿Ahora está aquí o allí? —preguntó Nora.

—En los dos sitios —respondió mi madre.

—Eso es poco preciso.

—El duelo no siempre mejora con precisión.

Nora aceptó la respuesta sin convertirla en regla.

118

Daniel regresó a Madrid en octubre.

No volvió a nuestro piso. Alquiló uno a diez minutos, siguiendo la recomendación de la psicóloga familiar y, sobre todo, la decisión de Nora de no reconstruir la misma casa como si nada hubiera ocurrido.

El nuevo piso estaba en una calle tranquila, cerca de transporte y del hospital donde continuaba rehabilitación. Daniel eligió una planta baja para evitar escaleras durante los primeros meses. Nora revisó cerraduras, ventanas y rutas de salida. No quería una fortaleza. Quería conocer cómo funcionaba el lugar y quién podía acceder.

Los muebles eran pocos. Daniel había evitado reproducir el piso anterior y guardó fotografías en cajas hasta recibir instrucciones. La habitación destinada a Nora tenía cama, escritorio y armario sin objetos personales. Ella decidiría qué llevar y si quería llamarla su habitación o cuarto de visitas.

La organización de tiempos se diseñó con periodos flexibles, no semanas alternas automáticas. Las citas médicas y judiciales podían alterar rutinas. Nora necesitaba estabilidad sin convertirse en equipaje entre domicilios. Se fijaron puntos de revisión donde podía cambiar el acuerdo sin justificar cada emoción.

Daniel mantuvo un archivador con documentación correcta: autorizaciones, contactos, medicación y resoluciones vigentes. El gesto podía parecer obsesivo, pero esta vez los papeles no fabricaban una familia. Registraban responsabilidades y permitían que otras personas comprobaran límites.

—No quiero que finjamos que sois pareja —dijo—. Tampoco quiero vivir con una maleta entre dos sitios cada semana.

Diseñamos un calendario flexible. Nora mantenía una habitación principal en mi casa y otra completa en la de Daniel. Ninguna se

llamaba habitación de visitas.

Nuestra relación no se volvió romántica por haber sobrevivido juntos. La bala no curó el divorcio. Seguíamos discutiendo sobre límites, control y la tendencia de Daniel a convertir el cuidado en vigilancia.

En la primera sesión familiar, él admitió que había instalado un rastreador en mi coche dos años antes.

—¿Sigue ahí? —pregunté.

—No.

—¿Cuándo lo quitaste?

—Después de la fábrica.

—Eso es hace dos meses.

—Sí.

La terapeuta nos pidió no transformar la sesión en un juicio. Nora levantó la mano.

—A veces necesitamos que parezca un juicio porque nunca lo hubo.

La terapeuta corrigió:

—Entonces hagamos un espacio de responsabilidad, no de condena.

Daniel explicó que temía mis seguimientos a Andrés. Yo reconocí que había ocultado la investigación incluso después de estar estable. La razón no convertía el rastreador en aceptable ni mi secreto en inocuo.

Acordamos reglas concretas: no seguimiento sin orden o riesgo inmediato; no acceso a dispositivos ajenos; no preguntas a terceros sobre Nora sin informarla; cualquier decisión de seguridad con fecha de revisión.

—¿Y si hay una emergencia? —preguntó Daniel.

—Se actúa y se explica después —dije.

Nora negó.

—Se actúa lo mínimo para parar el peligro y se explica en cuanto se pueda. "Emergencia" no abre todas las puertas.

Añadimos su redacción.

En diciembre, los abogados descartaron prometer una adopción doble. Daniel pidió que se estudiara una adopción compatible con el interés de Nora; yo solicité consolidar la guarda y la representación legal sin borrar la filiación de Marta. Éramos adultos divorciados y el juzgado tendría que decidir qué figura podía sostener cada vínculo sin fabricar otra historia. No sabíamos cuánto tardaría ni cuál sería la solución final.

—Podéis seguir siendo mis padres aunque los papeles tarden —dijo Nora.

—Lo sabemos —respondió Daniel.

—Pero esta vez quiero papeles correctos.

También lo sabíamos.

119

El procedimiento para regularizar nuestra familia empezó con una evaluación que ninguno de los tres podía controlar.

Una trabajadora social distinta visitó mi piso, el de Daniel y la vivienda de Adela. Entrevistó a Nora por separado. Solicitó informes médicos, escolares, económicos y psicológicos. Revisó las causas abiertas y las medidas impuestas. Preguntó por la mentira fundacional sin aceptar que el amor posterior la neutralizara.

La trabajadora social no se limitó a comprobar habitaciones y salarios. Observó cómo se tomaban decisiones cotidianas. Preguntó quién conocía el horario escolar, quién administraba medicación y cómo se resolvían los desacuerdos. Revisó mensajes recientes para identificar si Nora podía comunicarse con cada adulto sin intermediarios. La seguridad material era necesaria, pero no bastaba.

En el piso de Clara, anotó la existencia de cerraduras nuevas y la ausencia de cámaras. En el de Daniel, comprobó que la organización excesiva no impidiera que Nora modificara el espacio. En casa de Adela, preguntó por la movilidad, las redes de apoyo y los secretos que aún podían afectar a la menor. Ninguna vivienda obtuvo la categoría de correcta. Cada una ofrecía capacidades y riesgos distintos.

Los informes psicológicos evitaban recomendar una familia ideal. Describían vínculos, responsabilidades y límites. Nora podía querer a Clara y desconfiar de sus decisiones. Podía reconocer a Daniel como padre sin aceptar la historia documental que lo convertía en tal. Podía sentirse segura con Adela y exigirle que dejara de guardar pruebas. La evaluación debía traducir esas contradicciones en medidas sin borrarlas.

Regularizar no significaba hacer coincidir los papeles con la versión familiar más cómoda. Significaba crear una estructura legal donde Nora pudiera crecer, cambiar de opinión y ser escuchada sin que cada modificación amenazara con destruir su pertenencia.

Daniel preparó su casa como si la evaluación fuera una inspección sanitaria. Etiquetó medicación, instaló detectores y elaboró un horario de rehabilitación. Nora recorrió las habitaciones y retiró dos cámaras interiores antes de que llegara la trabajadora social.

—Son de seguridad —dijo él.

—Graban el salón.

—Solo cuando no hay nadie.

—Entonces no hacen falta cuando estoy yo.

Daniel las guardó. No discutió, pero anotó la decisión en la lista familiar. Había aprendido a convertir su impulso de control en algo visible antes de que se transformara en norma.

En mi piso, el problema era el contrario. Había eliminado tantas cosas relacionadas con Umbral que la casa parecía preparada para no incriminarme. La trabajadora social observó los huecos de las estanterías.

—¿Dónde están los dispositivos que utilizaba antes de la investigación?

—Incautados o entregados.

—¿Tiene acceso a otros?

—Solo al equipo supervisado de la unidad.

—¿Podría construir un canal oculto?

—Sí.

La respuesta la sorprendió.

—¿Lo ha hecho?

—No.

—¿Cómo se verifica?

—No se verifica por completo. Mi acceso está registrado, los equipos se auditan y no trabajo sola. Pero una persona con mis

conocimientos podría intentar eludir controles.

Nora, sentada al otro lado de la mesa, intervino.

—Eso es lo que tiene que escribir. No que es imposible, sino qué hace más difícil que vuelva a pasar.

La trabajadora social le preguntó qué necesitaría para sentirse segura conmigo.

—Que no use "soy tu madre" como respuesta final. Que siga en terapia. Que no pueda decidir sola sobre mis datos. Y que, si vuelve a mentir, no diga que fue para protegerme antes de explicar qué hizo.

—¿Quiere vivir con ella?

—Sí.

—¿Por qué?

Nora se irritó.

—Porque es mi casa. Porque me conoce. Porque me hace tostadas demasiado y sabe cuándo no quiero que me toque. Porque me mintió y está intentando no hacerlo. Porque quiero. ¿Necesita una razón más jurídica?

—Necesito entender si el deseo es estable y libre.

—Es estable hoy. Libre no significa que no tenga miedo a perderla.

La trabajadora social anotó esa frase completa.

La entrevista con Daniel fue más difícil. Su falsificación del informe médico-forense había interferido en una investigación de muerte. Aunque la pena documental pudiera quedar suspendida, el tribunal debía valorar si aquel acto revelaba un riesgo actual.

—Si volviera a existir una amenaza para Nora y creyera que una institución está infiltrada, ¿alteraría un documento? —preguntó la evaluadora.

Daniel tardó tanto que la respuesta adquirió peso antes de existir.

—No puedo prometer que nunca desobedecería una orden si su vida dependiera de ello.

—No le he preguntado por desobedecer. Le he preguntado por falsificar.

—No falsificaría para borrar consecuencias ni para construir una versión cerrada. Buscaría dejar registro, acudir a más de una autoridad y limitar cualquier medida a la emergencia.

—¿Y si eso la hace más lenta?

—Tendría que decidir bajo presión. No voy a fingir que existe una fórmula.

Nora escuchaba desde una sala contigua por decisión propia y con permiso. Después le dijo:

—Esa respuesta da más miedo que un no rotundo.

—A mí también.

—Pero es menos falsa.

El informe preliminar no recomendó una adopción inmediata. Propuso seis meses de convivencia supervisada, terapia, prohibición de decisiones unilaterales sobre identidad y un sistema de estancias que no obligara a Nora a trasladarse cada semana como equipaje.

Yo recibí la demora como una amenaza.

—Ya ha vivido conmigo once años.

Patricia me corrigió.

—Ha vivido once años dentro de una filiación fabricada. El juzgado no puede usar la duración del engaño como argumento automático para consolidarlo.

—Separarla ahora sería otro daño.

—Por eso no proponen separarla. Proponen observar cómo funciona la relación cuando ya no controláis el relato.

Nora leyó el informe antes de que respondiéramos.

—No quiero supervisión en cada visita.

—No la habrá —explicó Patricia—. Habrá entrevistas periódicas y una persona de referencia. La convivencia puede continuar.

—¿Puedo cambiar el calendario?

—Sí, dentro de las medidas.

—Entonces acepto.

Yo no estaba preparada para que ella aceptara un control sobre mí con menos resistencia que yo.

Durante los meses siguientes, la supervisora apareció sin avisar dos veces. La primera encontró a Nora y a mí discutiendo porque había salido del colegio sin responder mensajes durante cuarenta minutos. Yo había llamado a tres familias y estaba a punto de contactar con la policía.

—Se quedó sin batería —explicó la supervisora después.

—Y cambió la ruta sin avisar.

—¿Qué acordaron para ese caso?

La regla decía esperar veinte minutos, llamar al colegio y a una persona de contacto. Yo había cumplido y después ampliado la búsqueda.

Nora estaba enfadada, pero reconoció que no había comunicado el cambio.

—No quiero que se castigue a Clara por preocuparse —dijo.

—No estoy aquí para castigarla —respondió la supervisora—. Estoy aquí para observar si la preocupación se convierte en control desproporcionado.

—Se convirtió un poco.

—Sí —admití.

Revisamos la regla. Nora llevaría una batería externa. Yo no contactaría con más de una familia salvo indicio adicional. Si pasaban cuarenta y cinco minutos, llamaríamos a la policía sin convertir la demora en una acusación.

La segunda visita sorpresa encontró a Daniel enseñando a Nora a suturar una naranja.

—No pienso ser médica —dijo ella.

—Precisamente por eso puedes aprender sin examen.

La escena apareció en el informe como interacción positiva, respeto mutuo y transmisión de habilidades. Daniel se burló durante días del lenguaje.

—Hoy hemos realizado una ingesta nutricional cooperativa —decía al preparar la cena.

Nora respondía:

—Con indicadores de calidad insuficientes.

El humor era una voz que habíamos perdido durante la crisis. Volvió sin borrar lo ocurrido.

Al terminar los seis meses, la recomendación fue favorable a una guarda estable y a iniciar la regularización adoptiva, con la filiación de Marta preservada en el expediente y el origen biológico accesible para Nora. No garantizaba el resultado. Permitía pedirlo sin fabricar nada.

La noche en que recibimos el informe, Daniel abrió una botella sin alcohol y Adela llevó una tarta. Nora leyó la última página y señaló una frase: "La menor presenta una comprensión inusualmente madura de su situación".

—Eso lo ponen porque hago preguntas —dijo.

—Y porque has tenido que entender cosas que no correspondían a tu edad —respondió Adela.

—No quiero que usen madura para pedirme que no sea niña.

Escribimos una observación para el expediente. La madurez de Nora no debía justificar que soportara sola las decisiones adultas.

Por primera vez, corregir un documento no significó ocultar algo. Significó dejar constancia de un límite.

120

El archivo frío produjo una última sorpresa.

Durante la reparación apareció una carpeta oculta bajo la identidad de Elena Vidal. No contenía nombres ni pagos, sino cartas de personas protegidas. Agradecimientos, quejas, avisos, peticiones de regreso. Julia las había guardado fuera del sistema operativo.

La carpeta de Elena estaba almacenada en un soporte distinto al resto. Utilizaba un sistema antiguo y no aparecía en los índices modernos. El equipo la encontró al comparar capacidad física con espacio declarado. Había sectores ocupados que el catálogo consideraba vacíos.

Las cartas se conservaron en formatos diversos: escaneos, fotografías, audios y transcripciones. Algunas incluían metadatos capaces de revelar ubicación. Otras habían sido copiadas por Julia sin conocimiento de quien las escribió. Antes de abrirlas, la unidad tuvo que decidir si la custodia clandestina otorgaba algún derecho a leer.

La carta dirigida a Clara procedía de Inés y estaba fechada antes del campamento. Describía dudas sobre la operación, pero no constituía un aviso enviado. Su existencia demostraba conciencia del riesgo y decisión de no actuar a tiempo. Una carta no entregada podía ser prueba sin convertirse en reparación.

Nora recibió información sobre el remitente y eligió leerla. La unidad preservó su decisión y la de Clara por separado. El vínculo familiar no autorizaba a una a decidir por la otra qué documento debía conocer.

Una estaba dirigida a Clara.

La escribió Nuria cinco años después de desaparecer.

Clara:

Sigo viva. Mis hijos también. Eso importa. Pero nadie volvió a preguntarme si quería seguir siendo Nuria Navas. He intentado contactar y los canales devuelven silencio. No conviertas una salida en una vida sin regreso.

La carta nunca me llegó.

Julia la archivó con una nota: riesgo emocional para operadora C.R. No entregar.

Había cientos de decisiones iguales. Información retenida para proteger a operadores de culpa, víctimas de dudas, familias de impulsos. El silencio se había aplicado a todos los niveles hasta que la red solo podía escuchar su propia lógica.

Teresa propuso devolver cada carta cuando fuera seguro. Algunas personas habían muerto. Otras rechazaron recibir mensajes del pasado. No asumimos que todo documento debía encontrar destinatario.

Yo leí la de Nuria con su permiso. Después la llamé.

—Lo siento —dije.

—¿Por no recibirla?

—Por construir un sistema donde Julia podía decidir que no debía recibirla.

—Tú también tomabas decisiones.

—Sí.

—No necesito que te conviertas en la única culpable. Eso también te coloca en el centro.

La frase me hizo sonreír.

—Marta decía algo parecido.

—Marta hablaba demasiado.

—También.

Nuria decidió conservar su identidad actual. La unidad creó un canal anual de revisión voluntaria. Nadie debía responder. Bastaba con que la puerta existiera.

En una de las cartas apareció un mensaje para Nora. Lo escribió Inés durante su recuperación.

Te dije que Clara había activado el protocolo. Era mentira. Lo hice porque creí que, si te daba una orden sencilla, subirías al coche sin miedo. Julia me enseñó que una mentira útil puede salvar minutos. Tú me enseñaste que esos minutos se quedan después dentro de la persona. Lo siento.

Nora respondió:

Acepto que me ayudaste a salir. No acepto que mintieras. Las dos cosas pueden ser verdad.

No añadió "te perdono". Inés tampoco lo pidió.

121

La devolución de las cartas obligó a la unidad a aprender que reparar no siempre consistía en entregar la verdad.

Había cuatrocientas diecisiete. Algunas no tenían destinatario localizable. Otras contenían datos de terceros. Treinta y nueve habían sido escritas por agresores que fingían arrepentimiento para obtener una dirección. Ciento doce procedían de familiares que no sabían si la persona protegida seguía viva. Las restantes incluían agradecimientos, reproches, solicitudes de regreso y relatos que Umbral había archivado porque alteraban la categoría asignada.

El equipo creó una sala de revisión donde las cartas se examinaban sin copiar más de lo necesario. Un analista evaluaba autenticidad; otro, riesgo. Las decisiones sobre contacto se tomaban después y quedaban separadas de la investigación penal. Una carta podía ser relevante para un delito y perjudicial para su destinatario.

Los familiares que preguntaban por personas protegidas recibían opciones graduadas. Podían saber que existía una respuesta sin conocer ubicación, recibir un mensaje redactado por el destinatario o aceptar que no habría contacto. La ausencia de respuesta dejaba de interpretarse como permiso para insistir.

Algunas personas pidieron destruir cartas. El acto se documentó sin conservar copia del contenido, salvo cuando existía obligación judicial. La destrucción controlada era una forma legítima de custodia. Umbral había acumulado información porque consideraba que todo podría ser útil. La unidad debía aprender que la utilidad no prevalecía siempre sobre la voluntad.

Las siete cartas entregadas produjeron resultados distintos: alivio, rechazo, silencio y nuevas preguntas. Ninguna confirmó la idea de que conocer la verdad cierre una vida. Reparar consistía en devolver capacidad de decidir qué hacer con ella.

Teresa propuso un protocolo. Verificar autoría. Evaluar riesgo. Preguntar al destinatario si quería saber que existía una carta antes de revelar contenido o remitente. Permitir que eligiera recibirla, destruirla o conservarla cerrada. Registrar la decisión sin interpretar el silencio como consentimiento.

—Es demasiado lento —dijo uno de los magistrados del equipo—. Algunas familias llevan quince años esperando.

—La espera de una familia no crea derecho sobre la ubicación de otra persona —respondió Nuria, conectada como representante de quienes habían pasado por Umbral.

Era la primera vez que participaba con su rostro visible ante el equipo. Conservó el nombre actual fuera del acta pública y permitió que "Nuria" se utilizara solo dentro de la sala.

El magistrado insistió.

—No hablo de ubicaciones. Hablo de comunicar que están vivas.

—También puede ser peligroso. Una familia puede compartir el dato con el agresor, publicar una búsqueda o presionar a través de terceros.

—¿Y si la madre muere sin saberlo?

Nuria mantuvo la voz estable.

—Mi madre murió sin saberlo. Eso me duele todos los días. Pero no autorizo que mi dolor se convierta en una regla para otras mujeres.

Nadie volvió a utilizarla como ejemplo simple de reencuentro frustrado.

El primer lote incluía una carta de un niño de nueve años a su hermana desaparecida. Ahora tenía veinticuatro. La hermana vivía bajo otra identidad y había solicitado no recibir contacto familiar. El equipo debatió si debía informarla de que existía una carta infantil, sin entregar el texto.

—Puede querer saber que él no la olvidó —dije.

—Puede llevar quince años intentando no imaginar precisamente eso —respondió la psicóloga.

Nuria pidió revisar la solicitud original. La mujer había marcado: NO CONTACTO CON FAMILIA DE ORIGEN, salvo riesgo vital comprobado. No había ambigüedad.

La carta permaneció cerrada.

—¿Eso es reparar? —pregunté.

—Es respetar una decisión que no nos gusta —dijo Nuria.

Su carta para mí había esperado seis años en una carpeta. Yo quería convertir la llamada que mantuvimos en el inicio de una reconciliación. Nuria no.

—No quiero ser tu prueba de que la unidad funciona —me dijo en privado—. Ni volver a hablar cada vez que necesites recordar por qué hacéis esto.

—No era mi intención.

—La intención es la parte del daño que más os interesa a quienes decidís. A quienes recibimos la decisión nos interesa el efecto.

—¿Quieres que no vuelva a contactar?

—Quiero elegir cuándo.

—De acuerdo.

—Y no digas de acuerdo con esa voz de persona castigada. No te estoy castigando.

Me sorprendió que pudiera reconocer la voz. Marta también la reconocía: mi forma de aceptar un límite mientras convertía la aceptación en sufrimiento visible para que el otro me consolara.

—Lo intentaré otra vez —dije—. No iniciaré contacto. El canal queda abierto para ti y puedes cerrarlo cuando quieras.

—Mejor.

Antes de desconectarse, Nuria pidió hablar con Nora. Yo salí de la sala.

No supe qué se dijeron hasta semanas después. Nora me contó solo una parte.

—Le pregunté si me perdonaría si yo hubiera diseñado Umbral.

—¿Qué respondió?

—Que no se perdona una hipótesis para tranquilizar a alguien. Y que yo no soy tú.

—Tiene razón.

—También dijo que tú no eres solo lo peor que hiciste.

No pregunté si lo decía para consolarme. La frase no me pertenecía por haberla oído de segunda mano.

Entre las cartas apareció una dirigida a Daniel por el hermano de una víctima de Andrés. Lo acusaba de haber alterado el informe que permitió que siguiera libre. Daniel decidió recibirla completa. La leyó en presencia de su terapeuta y pidió responder.

El destinatario aceptó una carta, no una reunión.

Daniel escribió doce páginas. Las redujo a dos después de que Nora leyera el borrador.

—Hablas demasiado de por qué lo hiciste —dijo.

—Necesita contexto.

—Necesita saber si reconoces lo que causó. El contexto puede ir después.

La versión final empezaba:

Alteré un informe médico-forense para impedir que una investigación localizara a una niña. Con ello también contribuí a que Andrés Galván evitara durante años una investigación suficiente. No sé qué habría ocurrido con un informe correcto. Sí sé que le quité a su familia la posibilidad de averiguarlo entonces.

No pidió perdón en la primera línea. No pidió comprensión en la última. Ofreció responder preguntas por escrito y aceptar que no hubiera respuesta.

El hermano contestó tres meses después:

No le perdono. Agradezco que no haya intentado obligarme a hacerlo.

Daniel guardó la carta en su expediente de reparación, no en un álbum familiar.

La unidad devolvió treinta y ocho cartas durante el primer trimestre. Veinte personas rechazaron conocer el contenido. Once

pidieron destruirlas. Siete las recibieron. Ninguna decisión se presentó como cierre.

Aprendimos que conservar un documento podía ser cuidado o control, según quién decidiera su futuro.

122

La audiencia de guarda no empezó cuando entró el juez. Empezó dos semanas antes, cuando Nora recibió una versión comprensible de todos los informes y encontró seis frases con las que no estaba de acuerdo.

La primera decía que mantenía un "vínculo de dependencia intensa" conmigo.

—Parece que no puedo separarme —dijo.

La psicóloga explicó que se refería a la fuerza emocional del vínculo después de una crisis.

—Entonces escriba eso. Dependencia intensa suena a problema y quizá lo sea, pero quiero saber cuál.

La segunda afirmaba que Daniel había ejercido funciones parentales "de manera continuada y protectora". Nora pidió añadir "con conductas de vigilancia no consentida reconocidas y actualmente en tratamiento". Daniel apoyó la corrección.

Los informes se tradujeron a un lenguaje directo y conservaron anexos técnicos por separado. Nora pudo leer qué personas habían observado cada conducta y en qué contexto. Las frases valorativas llevaban una explicación de cómo impugnarlas. La comprensión no se redujo a simplificar vocabulario; incluyó mostrar de dónde procedía cada conclusión.

Las seis objeciones se incorporaron al expediente antes de la audiencia. Algunas fueron aceptadas y otras quedaron como discrepancia. El documento final no fingía consenso. Registraba que una menor interpretaba de manera distinta su dependencia, su miedo y sus preferencias de convivencia.

La sala de vistas evitó exponer detalles innecesarios. Solo asistieron las partes esenciales y Nora intervino en un tramo

adaptado. El juez no le pidió elegir entre adultos como si decidiera un ganador. Preguntó qué condiciones necesitaba para sentirse segura y qué decisiones quería revisar con el tiempo.

La resolución definió guarda, responsabilidades y contactos sin declarar que la familia estaba reparada. Incluyó revisión, apoyo psicológico y acceso a información sobre su identidad. El derecho podía ordenar convivencia. No podía producir confianza.

La tercera describía a Marta como "madre biológica fallecida". Nora añadió "cuya voluntad de preservar el vínculo y permitir elección de identidad consta en documentos autenticados".

—No quiero que quede como una mujer que solo dio a luz —dijo.

La cuarta hablaba de Andrés como "progenitor investigado". Patricia explicó que aún no existía sentencia por todos los hechos. Nora aceptó la cautela, pero pidió que constaran las prohibiciones de contacto y las pruebas ya incorporadas.

La quinta recomendaba que yo siguiera trabajando en la unidad de reparación como indicador de asunción de responsabilidad.

—Eso no tiene que decidir si soy su hija —dijo Nora—. Clara podría hacer bien ese trabajo y volver a controlarme en casa. O perder el trabajo y seguir siendo mi madre.

El equipo eliminó la relación automática.

La sexta frase decía: "La menor desea mantener la estructura familiar previa".

Nora la tachó.

—No quiero la estructura previa. Quiero una distinta con algunas de las mismas personas.

Aquella corrección se convirtió en el centro de la audiencia.

El juez escuchó primero a los profesionales. Después a Daniel y a mí por separado. Mi abogado había preparado respuestas, pero ninguna servía cuando el juez preguntó:

—¿Por qué considera que debe confiarse en usted después de mantener durante once años una filiación falsa?

Podía hablar de Marta, Andrés, corrupción y fallos institucionales. Todos eran hechos relevantes. Ninguno respondía por qué debía confiarse en mí ahora.

—No debe confiarse solo en mi palabra —dije—. Deben mantenerse controles, escucha a Nora y capacidad de revisión. Lo que puedo ofrecer es reconocer que mi maternidad no me da autoridad para administrar su identidad ni ocultarle información por miedo a perderla.

—¿Puede garantizar que no volverá a hacerlo?

—Puedo comprometerme, aceptar supervisión y mostrar conductas. Una garantía absoluta sería otra mentira.

El juez anotó.

Daniel respondió a una pregunta parecida.

—Mi tendencia es intervenir y documentar después. Durante años utilicé mi profesión para justificarlo. Ahora tengo límites externos y Nora conoce esa tendencia. No pido que se ignore. Pido que se valore si estoy corrigiéndola.

Andrés compareció por videoconferencia desde prisión. Solicitó conservar información periódica sobre Nora y participar en cualquier cambio de apellidos. Su abogado sostuvo que no había sentencia firme que extinguiera sus derechos.

Nora no estaba en la sala durante esa parte, pero su abogada sí.

—La filiación biológica puede constar sin generar contacto —argumentó Patricia—. Existen medidas cautelares, una investigación por hechos violentos y una voluntad expresa, sostenida e informada de la menor. Su identidad no puede utilizarse como vía de acceso del investigado.

Andrés pidió hablar.

—Es mi hija.

El juez le recordó que se dirigiera al tribunal.

—Mi hija ha sido manipulada por personas que falsificaron toda su vida. No puede saberse qué quiere realmente.

La frase contenía la objeción que temíamos: si Nora había vivido dentro de una mentira, cualquier deseo actual podía desacreditarse como resultado de ella.

Patricia no respondió con sentimentalismo.

—Precisamente por la manipulación sufrida, su voluntad debe recogerse con garantías propias, no sustituirse por la del progenitor que pretende beneficiarse de la duda. Ha sido entrevistada durante meses por profesionales independientes. Sus preferencias son consistentes, matizadas y revisables.

El juez rechazó la petición de contacto y mantuvo la prohibición.

Después escuchó a Nora en una sala separada. No hubo padres, periodistas ni cámaras de televisión. Solo el juez, Patricia, una psicóloga y la grabación judicial.

Nora nos contó más tarde algunas preguntas.

—Me preguntó si sabía que Clara podía ir a prisión.

—¿Qué dijiste? —preguntó Daniel.

—Que una condena no cambia quién es mi madre, pero puede cambiar dónde vivo. Y que no quería que la decisión sobre la guarda se usara para absolverla.

—¿Te preguntó por mí?

—Sí.

—¿Qué dijiste?

—Es privado.

Daniel aceptó.

El juez quiso saber si Nora se sentía obligada a elegirnos porque temía otra institución.

—Le dije que tenía miedo a muchas alternativas, pero que el miedo no anulaba mi preferencia. Si solo cuentan decisiones sin miedo, no cuenta casi ninguna decisión importante.

También le preguntó por su nombre.

—Dije Nora. Preguntó si rechazaba Sara. Dije que no rechazo a una bebé. Rechazo que otros decidan que tengo que convertirme en ella para reparar lo que hicieron.

La resolución llegó cuatro días después. Estableció una guarda principal conmigo, estancias amplias y flexibles con Daniel, seguimiento terapéutico temporal y un régimen de información que excluía a Andrés mientras persistieran las medidas. Reconoció a Adela como figura de apoyo. Ordenó continuar por separado la regularización de la guarda y el estudio de una eventual adopción por Daniel, sin borrar la filiación de Marta ni ocultar el origen de los documentos fraudulentos.

No decía que fuéramos una familia verdadera. La ley no utiliza esa expresión porque no puede medirla.

Sí decía quién podía decidir sobre educación, salud, residencia y datos; cómo debía escucharse a Nora; qué controles seguían vigentes; y cuándo se revisaría la medida.

—¿Es para siempre? —preguntó ella.

—No —respondió Patricia—. Es estable, pero revisable. La adopción tendrá otro procedimiento.

—Bien.

—¿No querías algo definitivo?

—Quiero que no puedan borrarme con una llamada. Eso no exige que nadie prometa el futuro entero.

Al salir del juzgado, Nora pidió un bocadillo porque no había desayunado. Mientras comía, leyó la resolución completa y marcó una errata en su segundo apellido.

—¿Importa? —pregunté.

Me miró como si la respuesta fuera evidente.

—Claro que importa.

Presentamos la corrección ese mismo día.

Fuera del juzgado no había periodistas. La historia había perdido actualidad. Otras noticias ocupaban las portadas. Agradecí la indiferencia pública que meses atrás me habría parecido una amenaza.

Fuimos a comer. Nora eligió un restaurante con ventanales enormes.

—Cuarenta y dos —dijo al sentarse.

—¿Qué? —preguntó Daniel.

—Ventanas desde el coche.

—¿Sigues contándolas cuando tienes miedo?

—También cuando estoy contenta. Quiero que deje de ser una cosa que hago solo porque alguien puede estar mirando.

Daniel levantó el vaso de agua.

—Por las cuarenta y dos.

—Eso es un brindis raro.

—Somos una familia rara.

Nora nos miró.

—No digáis eso como si fuera bonito por sí mismo. Algunas partes son raras y malas.

—Correcto —dije.

—Pero esta comida está bien.

—También correcto.

Brindamos por la comida.

123

Un año después, la fábrica de vidrio seguía cerrada.

El Estado había confiscado Casa Cero y todos los archivos. Teresa quería convertir parte del edificio en centro de documentación y memoria. Las asociaciones se opusieron a que un lugar de ocultación se transformara en museo antes de reparar a las personas afectadas.

El perímetro estaba cubierto por vallas nuevas y cámaras oficiales. Algunas naves habían sido estabilizadas; otras permanecían apuntaladas. Los técnicos entraban con equipos de protección para recuperar soportes, catalogar cajas y revisar daños. La investigación había convertido el lugar clandestino en una escena administrada, pero todavía inaccesible para la mayoría de personas afectadas.

Las asociaciones rechazaron un museo inmediato porque la exposición podía apropiarse del dolor antes de reparar expedientes. Propusieron priorizar archivos, asistencia y consulta. La memoria pública debía esperar a que quienes aparecían en el Libro pudieran decidir qué parte de su historia se mostraba.

Nora sugirió un centro de trabajo y no de exhibición. El edificio podía albergar laboratorios, asesoramiento y un archivo con acceso controlado. Una zona conservaría la maquinaria y las marcas del incendio, pero no se abriría al público hasta que existiera un acuerdo con las personas afectadas.

La propuesta no transformaba la fábrica en símbolo limpio. Mantenía la contradicción: un lugar usado para administrar vidas podía servir para devolver decisiones, siempre que no pretendiera que el nuevo uso borraba el anterior.

Nora propuso otra cosa.

—Que la casa no tenga visitas —dijo en una reunión—. Que se use para formar a jueces, policías y trabajadores sociales con casos anónimos. No para que la gente venga a hacerse fotos junto a los azulejos.

La propuesta fue aceptada de forma provisional.

Los cuarenta y ocho cierres forzados produjeron treinta y un casos aclarados. Veintidós personas habían muerto. Nueve sobrevivieron con otras identidades o regresaron. Diecisiete seguían sin localizar.

No todos los cierres eran asesinatos de Umbral, pero cada uno representaba una decisión sin revisión suficiente. Julia había entregado tres personas de forma consciente. Andrés y Baeza estaban vinculados a once desapariciones. El resto requería investigación.

La red había ayudado a más de mil personas. También había perjudicado a cientos. Ambos datos aparecían juntos en los informes. Nadie podía utilizar uno para borrar el otro.

La causa contra mí por las operaciones históricas aún no tenía fecha de juicio. La lentitud me frustraba y, a la vez, impedía una sentencia construida sobre titulares. Continué colaborando sin dirigir.

Daniel volvió a trabajar parcialmente. No en funciones periciales ni con acceso a certificaciones sensibles. Daba formación sobre detección de violencia y errores institucionales. En la primera charla contó que había falsificado un informe para proteger a una niña y que esa falsificación dejó libre a un agresor.

—¿No te dio vergüenza? —preguntó Nora cuando lo supo.

—Sí.

—¿Y por qué lo contaste?

—Porque la vergüenza privada no repara documentos públicos.

Nora guardó la frase.

Cumplió trece años sin fiesta grande. Invitó a Alba y a tres amigos. Alba conservaba la pulsera verde reparada. Admitió que Inés le ordenó negar a Nora en la cabaña y le prometió que así la protegería.

—Pensé que si decía tu nombre te harían daño —explicó.

—Y yo pensé que habías decidido olvidarme.

—Lo siento.

—Yo también habría tenido miedo.

No fue una reconciliación instantánea. Jugaron, discutieron y al final Alba se quedó a dormir. La normalidad no llegó como premio. Se construyó con actos pequeños que no necesitaban convertirse en símbolos.

Esa noche abrimos un álbum nuevo.

No sustituía los once anteriores. En la primera página colocamos cuatro imágenes: Marta con Nora recién nacida, Daniel sosteniéndola después de la cirugía, Adela frente al columbario y Nora en la audiencia de guarda, saliendo con un bocadillo en la mano.

Debajo de cada fotografía escribimos lo que sabíamos, quién la tomó y qué partes no podían comprobarse.

Nora tituló el álbum:

COSAS QUE OCURRIERON AUNQUE LAS CONTEMOS DISTINTO.

INTERLUDIO XXIV

SOLICITUD DE CIERRE VOLUNTARIO

Identidad de origen: reservada.

Identidad actual: reservada.

Estado: localizada con vida.

Solicitud: cese de búsqueda y conservación de identidad actual.

Declaración de la persona:

No fui secuestrada por Umbral. Tampoco fui salvada de manera perfecta. Me ayudaron a salir de una casa donde iba a morir. Después intentaron impedir que regresara, que hablara con mi hermana y que supiera qué datos conservaban sobre mí.

Durante años pensé que, si criticaba la red, estaba traicionando a quienes me ayudaron. Esa idea me mantuvo más callada que el miedo a mi agresor.

He visto las noticias. No quiero que mi nombre original vuelva a publicarse ni que mi familia reciba mi ubicación. Sé que me buscan. He decidido no responderles directamente.

Solicito que conste que estoy viva y que la ausencia actual es voluntaria.

No me encontrasteis. Decidí responder.

Revisión del equipo: identidad confirmada mediante procedimiento independiente. No existe indicio actual de coacción. Se recomienda revisión voluntaria en doce meses, sin contacto automático si la persona no lo autoriza.

Decisión final: aceptada por la persona interesada.

124

La propuesta de volver a La Encina apareció durante una sesión de terapia y nadie la celebró.

Eva preguntó a Nora qué lugares seguían organizando su miedo. Ella enumeró el aparcamiento del campamento, la cabaña Robles, el túnel de Casa Cero y nuestro antiguo dormitorio. Había regresado a tres. La Encina quedaba pendiente.

—No necesito volver para curarme —dijo—. Quiero volver porque dejé una nota que todavía pertenece a la investigación y no recuerdo exactamente dónde puse la cinta.

—La Guardia Civil fotografió la posición —respondí.

—Quiero verlo yo.

Daniel preguntó qué obtendría de hacerlo.

—No sé.

—Entonces quizá no merece el riesgo.

Nora cerró el cuaderno.

—¿Ves? Cuando no sé explicar una decisión, la convertís en un error. Vosotros habéis hecho cosas enormes sin saber qué obtendríais.

Eva intervino antes de que la discusión se endureciera.

—No necesita justificar un beneficio terapéutico. Sí debemos preparar seguridad, expectativas y posibilidad de abandonar.

La nueva dirección del campamento aceptó una visita privada antes de abrir la temporada. Inés no acudiría. Tampoco los antiguos monitores investigados. Un agente custodiaría la zona sin acompañarnos dentro de la cabaña. Nora podía decidir en cualquier momento no bajar del coche.

Durante la semana anterior tuvo pesadillas. No las utilizó como prueba a favor ni en contra. Preparó una mochila con agua, el cuaderno, una copia de la fotografía de Alba y cinta adhesiva. Añadió una tarjeta con tres frases:

ESTOY EN 2027.
INÉS NO ESTÁ AQUÍ.
PUEDO IRME.

—¿Por qué el año? —preguntó Daniel.

—Porque en los sueños no sé cuánto tiempo ha pasado.

Yo preparé rutas de salida, hospitales próximos y teléfonos de emergencia. Nora revisó la carpeta.

—Solo necesitamos la dirección, el contacto y una ruta alternativa.

—Hay obras en dos carreteras.

—No vamos a una extracción.

El término me avergonzó. Había convertido una visita elegida en un operativo.

Reduje la carpeta a una página.

La noche anterior, Alba llamó. Quería acompañarla y su madre volvía a negarse. Nora no intentó convencerla.

—No tienes que demostrar nada —le dijo.

—Quiero estar.

—Entonces habla con tu madre, no te escapes.

—Tú te escapaste.

—Porque me tenían encerrada.

—Ya.

Alba lloró. Nora permaneció en línea sin llenar el silencio. Finalmente acordaron una videollamada después de la visita.

En el coche, Daniel condujo. Yo iba delante. Nora y Adela, detrás. A veinte kilómetros del campamento, Nora pidió parar en una gasolinera.

—¿Quieres volver? —pregunté.

—Quiero ir al baño.

Mi pregunta había transformado una necesidad ordinaria en evaluación psicológica.

—De acuerdo.

—Podéis preguntar una vez si estoy bien —dijo Nora al regresar —. No cada vez que cambio de postura.

Daniel levantó una mano del volante.

—Regla aceptada.

Cuando apareció el cartel de La Encina, nadie habló. Nora sacó la tarjeta y leyó las tres frases. No parecía más tranquila. Parecía situada.

El campamento estaba cerrado por temporada. Sin autobuses ni familias, la carretera parecía más estrecha. Las hojas cubrían el aparcamiento, el edificio principal tenía las persianas bajadas y la humedad había oscurecido la madera. La Encina ya no estaba rodeada de música y monitores. Era un conjunto de construcciones silenciosas donde cada distancia podía medirse sin la protección del ruido.

La nueva directora nos recibió en la entrada. Se llamaba Marisol y había leído el expediente interno. Cometió el error de decir:

—Queremos que veas que ahora es un lugar seguro.

Nora respondió:

—No puede saberlo todavía.

Marisol corrigió.

—Queremos enseñarte qué ha cambiado y que nos digas qué falta.

Recorrieron juntas el protocolo de recogida. Dos verificaciones independientes. Registro que no podía modificarse sin conservar el historial. Prohibición de instruir a menores para negar la presencia de otro menor. Canal directo con familias y autoridades. Formación sobre coacción y escucha infantil.

En la oficina seguía la marca del archivador retirado y una cámara nueva cubría el antiguo ángulo muerto del comedor. Los

cambios eran necesarios, pero no convertían el recinto en inocente. Ningún protocolo podía borrar que, al principio, varios adultos habían confiado más en una pantalla que en la denuncia de una madre y en la nota de una niña.

—¿Qué ocurre si la directora es la persona peligrosa? —preguntó Nora.

Marisol mostró el canal externo de denuncia y la supervisión de una entidad distinta.

—¿Y si esa entidad falla?

—Entonces no tengo una respuesta suficiente. Podemos añadir una vía directa a protección de menores y otra a familias.

Nora anotó.

No estaba allí como símbolo de superación. Estaba auditando el mecanismo que la había borrado.

Antes de entrar en la cabaña, se detuvo.

—Quiero hacerlo sin vosotros durante cinco minutos.

Daniel miró al agente. Yo miré la puerta.

—Estaremos fuera —dije.

—Fuera de la cabaña, no pegados a la ventana.

Nos alejamos hasta el sendero.

Nora entró sola.

Cinco minutos son poco en un reloj y una vida completa cuando una hija vuelve al lugar donde aprendió que todos podían negar su nombre. No fui detrás. No activé el teléfono. No pedí al agente que mirara.

A los cuatro minutos y medio, Nora salió.

—No estaba como lo recordaba —dijo.

—¿Mejor o peor?

—Más pequeña.

Después nos pidió entrar. Nos mostró la litera, la marca de la cinta y el lugar donde Alba había escondido la pulsera. No lloró. Adela sí.

La nueva dirección había conservado la cabaña como parte de la investigación. Las literas estaban desmontadas y cada pieza llevaba una etiqueta. El colchón de Nora seguía embalado; en el travesaño, la cinta original había dejado una zona más clara. Bajo una pieza almacenada permanecía, dentro de su bolsa de evidencia, el resto adhesivo con fibras, polvo y una huella parcial ya documentada. Nora pidió verlo antes de devolverlo al agente.

Después recorrió el camino hacia el lago y señaló el punto donde la subieron al vehículo, la ventana desde la que vio marcharse a un grupo y el tramo de valla donde pensó en correr. No reconstruía la escena para satisfacer a los investigadores. Estaba devolviendo tamaño, orientación y salida a un recuerdo que durante meses había existido solo como miedo.

—¿Quieres hacer algo? —preguntó Daniel.

Nora sacó el papel nuevo.

—Sí.

Escribió despacio. No intentó reproducir la urgencia de la primera nota. Aquella había sido una instrucción para salvarla. La nueva era una advertencia para cualquiera que encontrara el mismo mecanismo con otro nombre.

Cuando terminó, no la pegó todavía.

—¿Puede quedarse aquí? —preguntó a Marisol.

—Sí.

—No quiero que la enseñéis en visitas ni en publicidad.

—De acuerdo.

—Y si un niño la encuentra, no le digáis que la escribió la niña borrada. Explicadle la regla.

Marisol aceptó por escrito. Nora pegó la nota bajo el somier.

Al salir, llamó a Alba. Le mostró la cabaña vacía y la marca de la cinta. Alba levantó la pulsera verde ante la cámara.

—La he reparado otra vez —dijo.

—No tienes que seguir reparándola.

—Ya lo sé. Quiero.

La diferencia importaba.

En el aparcamiento, Nora me entregó la carta que había preparado. Todavía no la abrí. Pregunté si quería esperar.

—No. Es para ahora.

La leí junto al coche. No contenía perdón ni una declaración definitiva. Contenía límites, vínculos y una petición concreta: no volver a protegerla de una pregunta.

Cuando levanté la vista, Nora ya estaba hablando con Daniel sobre la ruta de regreso.

La visita no cerró La Encina. Lo convirtió en un lugar al que había entrado y del que podía salir por decisión propia.

En el camino de regreso, Nora bajó la ventanilla. El aire desordenó su pelo. Habló de volver al club de programación en el grupo avanzado, de una discusión con Alba y de un libro que Iago le había regalado. No hubo mensajes ocultos, códigos ni nombres prohibidos.

Al entrar en Madrid, mi teléfono recibió una notificación de la unidad de reparación.

Una de las diecisiete personas desaparecidas había aparecido viva. No quería recuperar su nombre original ni hablar con su familia. Solo había enviado una frase para cerrar su expediente:

NO ME ENCONTRASTEIS. DECIDÍ RESPONDER.

Mostré el mensaje a Nora.

—¿Qué harás? —preguntó.

—Registrar que está viva, cerrar la búsqueda y no guardar su ubicación.

—¿Quién lo decide?

—Ella.

Nora asintió y volvió a mirar por la ventanilla.

Durante once años había creído que una madre protegía construyendo un mundo donde nada pudiera alcanzar a su hija. Había tardado todo ese tiempo en entender que una jaula perfecta sigue siendo una jaula.

No podía prometer que Nora estaría segura.

Podía prometer algo más difícil:

que nunca volvería a confundir su vida con una historia que me perteneciera escribir sola.

FIN